

LAS CATÁSTROFES DE
Alicia



Lightning Tucker

Las catástrofes de Alicia

Lighling Tucker

Copyright © 2019 LIGHLING TUCKER

1ª edición Julio 2019.

ISBN

Fotos portada: Shutterstock.

Diseño de portada: Tania-Lighling Tucker.

Maquetación: Tania-Lighling Tucker.

Queda totalmente prohibido la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Todos los derechos reservados. Registrado en copyright y safecreative.

POR ESA TORPE QUE LLEVAMOS DENTRO <3

ÍNDICE

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SINOPSIS](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

EPÍLOGO

Tu opinión marca la diferencia

Búscame

OTROS TÍTULOS

Otros libros: "No te enamores del Devorador"

Otros títulos:

AGRADECIMIENTOS

Afrontar este momento siempre es difícil. Cuesta poner nombres y me da miedo dejarme alguno. Así pues, permitidme que no os añada porque sabéis quiénes sois.

A mis lectoras 0, ellas aguantan mis locuras y mis cambios de escenas cuando veo que algo no cuadra.

A mis lectoras y lectores, porque sin vosotros este sueño no sería posible.

Y a mi familia, gracias por esos momentos de paz para poder seguir escribiendo.

Y gracias a ti por la oportunidad, no importa si es la primera vez o eres reincidente jejeje. Gracias.

Yo no podría ser escritora sin lectores y las voces de mi cabeza no tendrían escapatoria.

Por último, voy a romper mi propia norma de no nombrar a nadie y diré: gracias, Patri. Has significado mucho en mi vida y nuestras conversaciones en WhatsApp me han ayudado cuando lo necesitaba.

Gracias a todas aquellas personas que están leyendo esto y están a punto de adentrarse en mi novela más repleta de desastres. Cuidad de Alicia.

SINOPSIS

¿Crees que has tenido un mal día? Seguro que no supera el de Alicia.

Dejando España lejos se traslada a Manhattan para vivir su nueva vida, pero no empieza como ella espera.

La empresa que iba a contratarla ha sido cerrada a causa de una investigación policial. El piso que iba a compartir está en un edificio que apenas se mantiene en pie y, como postre, el coche que alquila y en el que mete sus cosas, pisa un clavo deshinchando una de sus ruedas.

Con el poco aire que queda en el neumático logra llegar al taller más cercano que encuentra por internet y está cerrado.

¿Qué más puede salir mal?

Justin contempla a la mujer que llega a su taller, la pobre parece haber sobrevivido a una catástrofe. Decide escuchar lo que tiene que decirle al mundo y le genera ternura su desesperación.

«—Entra, te arreglaré la rueda —dijo Justin apiadándose de ella.

—¿Eres el mecánico? ¿Y por qué has dejado que te explicase mi miserable vida?

—Mera curiosidad —contestó sonriente.

—Eres cruel».

¿Qué opinas? ¿Esta historia puede mejorar?

PRÓLOGO



—¿Disculpe? ¿Cómo que han cerrado?

Alicia no podía dar crédito a las palabras que escuchaba. La locutora estaba siendo lo más amable posible, dadas las circunstancias, pero eso no hacía que su sorpresa fuera menor.

—Espero que comprenda que no es nada personal. La empresa está siendo sometida a investigación policial y debemos prescindir de sus servicios hasta que todo se esclarezca.

La joven no fue capaz de articular palabra con claridad. Miró a su alrededor como si de una cámara oculta se tratase. No era capaz de creer lo que estaba sucediendo.

—¿Comprende que he venido desde España para este puesto de trabajo?

Sí, la pobre mujer entendía su situación y únicamente podía disculparse. No podían abonarle el viaje de regreso, tampoco el hotel prometido hasta que encontrara un apartamento; nada. Se había quedado en la calle.

Las cuatro maletas que había traído consigo las apretujó en el maletero del coche que acababa de alquilar. Era lo único que tenía en aquel momento.

—Puedo ofrecerle una habitación en un piso que solemos alquilar para trabajadores en su misma situación.

Al fin un rayo de esperanza ante tanta oscuridad.

—Gracias, es muy amable —dijo aliviada.

La muy servicial secretaria le pasó la dirección. Era sencillo, solo tenía

que buscar con su GPS y encontrar el inmueble; allí preguntaría al portero por el piso y una de las chicas que vivía en él ya sabría de su llegada.

Arrancó, yendo hacia allí. Al menos podría pasar la noche en un lugar caliente.

El viaje de España a Manhattan no estaba siendo todo lo agradable que ella había predicho. El vuelo se retrasó un par de horas antes de poder embarcar y en la escala les había sucedido lo mismo.

Por suerte, el hombre al que le había alquilado el coche la esperó el tiempo necesario.

Y justo después, la llamada había hecho que todo se viniera abajo.

Recordaba bien cuando *Return Enterprise* le había comunicado que iba a ser contratada. Después de seis entrevistas, un psicotécnico y cientos de videollamadas le daban el visto bueno. Ahora su trabajo de ensueño acababa de esfumarse de entre sus dedos.

Siempre había soñado con trabajar lejos de casa en algún país extranjero y exótico. Había luchado mucho por un puesto que no iba a ocupar jamás, una broma del destino que no mermaría su humor.

Iba a tener despacho propio y todo un equipo de personas trabajando bajo su mando. Aquella empresa vendía los mejores productos de videoentretenimiento del mercado y ser de su personal era todo lo que deseaba.

Ella iba a ser la encargada del *márketing* y la publicidad. Ahora era una extranjera en paro sin saber bien cómo regresar a casa.

Económicamente no podía permitírselo, llevaba el último año ahorrando lo que podía de su sueldo de camarera mientras se preparaba para esa gran oportunidad. El viaje resultaba demasiado caro para tomar un avión de regreso.

Alicia decidió ver el mundo con optimismo, no pensaba decaer por ese motivo. Iba a pasar su primera noche allí y mañana sería un nuevo y gran día. Podía tratar de buscar un trabajo nuevo para pasar una temporada en aquel país que no la acogía con muchas ganas.

Trabajó la positividad creyendo que eso le daría buenas oportunidades los próximos días. No obstante, fue muy difícil mantenerse optimista cuando vislumbró el bloque de pisos dónde la habían enviado.

Alicia había decidido no tener en cuenta el miedo que le dio el barrio cuando entró, sabía bien que no se debía juzgar sin conocer, pero la vivienda estaba tan derruida que tuvo la sensación de que la secretaria se había reído de ella.

No salió del coche por miedo a que se lo robasen. Aparcó en la puerta principal del inmueble y echó un vistazo.

La puerta estaba abierta, lo cual le dejaba ver el estado deplorable en el que se encontraba el rellano. Había una línea de buzones en el suelo y otra que colgaba, por el lado de la derecha, hasta descansar sobre la de abajo. Todo estaba negro como si una inundación hubiera cubierto las paredes en algún momento y el moho se hubiera adueñado de aquel lugar.

Decidió echar la vista arriba para descubrir que muchos de los balcones tenían las ventanas tapiadas. Eso no era una buena señal, al menos en su país. No iba a entrar en aquel lugar por mucho que fuera «gratis».

Sopesó sus posibilidades y decidió buscar algún motel cerca que tuviera un precio aceptable, además de alguna opinión buena. Cuando lo encontró llamó para preguntar si quedaban habitaciones disponibles, pero no reservó ninguna. Primero debía verlo con sus propios ojos para decidir si deseaba quedarse allí.

Estaba a unos veinte minutos en coche y tenía suficiente gasolina para llegar. No era un plan difícil.

—Vamos, Alicia, que esto no mine tu ánimo —se dijo a sí misma.

No le dio tiempo a arrancar el coche antes de que las primeras gotas de lluvia mancharan la luna delantera. Suspiró, estaba claro que Manhattan no iba a ponérselo fácil. No podía haber empezado con peor pie.

—¿Algo más? —preguntó enfadada al cielo como si alguien pudiera escucharla.

Su madre la había avisado de los peligros de una ciudad nueva. Como hija única que era, no había sido fácil convencer a su progenitora para que la dejara ir, y menos, a tantos kilómetros de distancia.

Su pollito ya tenía cerca de treinta años, había sido tardía en abandonar el nido, pero no pensaba regresar tan pronto. Estaba decidida a conseguir que aquello funcionase, solo necesitaba un nuevo trabajo.

El coche comenzó a pitar cuando llevaba medio camino. La pantalla del

ordenador de a bordo empezó a parpadear dejando claro un mensaje poco alentador: «Pérdida de presión en rueda trasera izquierda».

Se detuvo en el arcén con las luces de emergencia encendidas y salió a ver lo que pasaba. Sí, en efecto, aquel día estaba echando un pulso con el resto de su vida para ganar el puesto del más nefasto. Tenía un clavo en el neumático que el coche indicaba.

Bufó hastiada y tomó el móvil nuevamente. Le quedaba un ocho por ciento de batería. Estaba claro que todo podía empeorar.

—No te mueras todavía, por favor —suplicó.

Había un taller a un par de calles. Quedaban diez minutos para el cierre, pero podía llegar a tiempo.

Alicia subió al coche. Condujo hacia donde el GPS le indicó, pero poco antes de llegar el móvil decidió morir.

—Empiezo a sospechar que hubiese sido mejor no coger ese avión...

El destino decidió darle la razón cuando comprobó, con horror, que el taller estaba cerrado.

Negó con la cabeza una y otra vez mientras se aproximaba y estacionaba en la puerta. En efecto, ya habían cerrado.

Alicia salió del coche a toda prisa hacia la persiana del local.

—No, no, no. El móvil decía que estabais abiertos.

Puede que internet lo dijera, pero no el cartel con el horario que había pegado casi a su altura, que indicaba que habían cerrado hacía media hora.

Miró al cielo, dejando que la lluvia la empapase antes de hacer que sus pulmones se vaciaran y golpearse la frente contra la persiana de aquel local. Sí, Manhattan acababa de ganarle un pulso que ella no sabía ni que estaban echando.

«No está todo perdido. Puedo montar la rueda de repuesto para llegar al motel, dormir y buscar un taller mañana temprano».

Comprobó cómo la rueda había comenzado a desinflarse sin remedio alguno. Decidió abrir el maletero para buscar el neumático. Sacó sus maletas, dejándolas en la acera con la lluvia cayendo sobre ellas, y levantó el fondo del coche.

—¡Me cago en mi mísera suerte! —gritó cuando descubrió que en el hueco

donde debía estar la rueda había un gran vacío.

Cerró el maletero, presa del enfado y se sentó sobre el coche. Ya no importaba que su ropa estuviera empapada, no iba a luchar tratando de evitar lo inevitable.

Miró al cielo.

—¿Era mucho pedir un poco de ayuda?

Alicia podía escuchar la voz de su madre reprendiéndola cuando le explicase todo lo que le había pasado. Ella iba a ser muy dura.

—¿Se encuentra bien, señorita?

De no haber sido por su día penoso se hubiera fijado más en el hombre que aparecía ante ella. Era tan alto que se sintió pequeña, aunque no lo fuera. Alicia medía cerca de metro setenta y cinco y él le sacaba una buena cabeza.

La altura no fue lo único que la impresionó, también lo hizo su gran cuerpo, que le hizo pensar que se trataba de un jugador de rugby o algo similar. No quiso babear, pero se quedó mirando su pecho sabiendo que, en él, se podía lavar ropa como las abuelas en los ríos.

—Estoy bien, gracias —contestó logrando volver a hablar.

Él no pareció creer sus palabras, porque la miró a ella y a su coche destartalado.

Alicia se sintió sondeada por sus ojos intensos color chocolate. Su rostro era perfecto, como si lo hubieran esculpido a conciencia. Llevaba una pequeña cresta que se venía abajo por la lluvia que los mojaba, una lástima porque le quedaba muy bien.

—¿Está segura?

Ella cabeceó. No, en realidad estaba resultando ser de los peores de su vida, pero a aquel extraño no le importaba.

Sin saber bien el porqué, antes de contestar, Alicia se fijó en cómo el agua lo mojaba y certificó que aquel hombre podía llegar a ser un gran sueño.

—Sí, todo bien.

Decidió abrir el maletero y volver a subir sus cosas, no es que importase en exceso, no obstante, si después de todo le robaban aquello iría a peor.

Y, cuando creía que él se había ido, apareció a su lado con un dedo levantado llamando su atención.

—Disculpa que insista, pero te vi pidiendo al cielo algo de ayuda.

Alicia asintió.

—Así es, sin embargo, sobreviviré. Gracias.

Él se humedeció los labios y el centro de la tierra pareció moverse de golpe, fue como si todo cambiase de perspectiva provocando un terremoto. Tenía pinta de malo, no de esos asesinos, pero sí de los que las madres temían.

Sus andares peligrosos lo hacían similar a una pantera, una caliente a la que se habría insinuado de no ser tan tímida.

Él rodeó el coche hasta encontrar la rueda desinflada, le dio un pequeño golpe con la bota y ella no pudo más que cerrar los ojos asintiendo.

—Parece que necesitas un mecánico.

Alicia sonrió señalando el taller.

—Sí, pero está cerrado y he buscado la maldita rueda de repuesto de este coche de alquiler y no tiene. Así que esperaré pacientemente a que abran por la mañana y reptaré en busca de cualquier motel mejor que la basura que me han ofrecido para pasar unos días. Eso si no decido volver a España antes.

La sorpresa golpeó su rostro. Se cruzó de brazos y la miró fijamente.

—Al parecer, no está todo bien.

Negó con la cabeza enfadada.

—No, no lo está. Lo he dejado todo en España por un gran trabajo que me he ganado entrevista a entrevista para encontrarme la empresa cerrada al llegar. La «secretaria» que me ha atendido me ha enviado a un piso compartido porque ya no podían pagarme el hotel debido a que tienen las cuentas congeladas.

Tomó aire dejando que su ira se filtrase por todos los poros.

—El bloque apenas se mantenía en pie, así que he decidido buscar un motel y he pinchado antes de llegar. Pero he buscado el único mecánico que Google marcaba como abierto y no lo estaba. Llueve, me mojo y esta ciudad parece gritar que me vaya corriendo de aquí.

Él escuchó atentamente, no le importaba la lluvia o que una desconocida gritase presa de un enfado del que no tenía culpa.

—Pues parece que estás jodida —sentenció.

—Sí y no de la forma que me gustaría.

Alicia fue consciente de sus palabras justo cuando lo vio sonreír, en ese momento se sonrojó por completo.

—Entra, te arreglaré la rueda —dijo apiadándose de ella.

La joven no pudo procesar aquella información, parpadeó un par de veces antes de que el mensaje completo tomara forma.

—¿Eres el mecánico? ¿Y por qué has dejado que te explicase mi miserable vida? —preguntó incrédula.

Él se encogió de hombros.

—Mera curiosidad.

—Eres cruel —escupió casi sin poder creerse lo que estaba ocurriendo.

Al parecer, a él le importó muy poco lo que pensase de su persona, ya que fue hacia su local y abrió la puerta principal.

Giró hacia ella y señaló hacia el interior caballerosamente.

—Pasa, así dejarás de mojarte.

¿Acaso importaba? Estaba segura de que su ropa interior también estaba calada. Se iba a llevar un bonito resfriado de recuerdo de aquella ciudad. No obstante, obedeció no sin antes tenderle la llave del coche a aquel hombre.

CAPÍTULO 1



Justin dejó que la muchacha entrase en el taller. Sí, a esas horas debía estar lejos de ahí, en particular en una cena con una impresionante mujer que no le gustaba en absoluto. Se había entretenido con papeleo del trabajo y, al salir, se había encontrado a aquel pequeño desastre.

Parecía un gatito abandonado en una caja de cartón que se desmoronaba con la lluvia.

Marcó el número de su cita.

—Hola, Sarah. Siento decir que no podré acudir a nuestra cena, tengo muchísimo trabajo. Espero que lo comprendas.

Obviamente, no lo hizo.

Trató de recordar los motivos por los que sus amigos le habían concertado aquella cita. Sarah se acababa de divorciar y buscaba «diversión», él no había opuesto resistencia, pero tras revisar su perfil de Instagram algo cambió.

Las ideas que mostraba hacia la galería eran opuestas a los suyos. Aquella mujer estaba acostumbrada a grandes lujos, hombres de más edad que la suya y no le parecía tan impresionante como a sus amigos.

Iba a ser una charla aburrida, un polvo normal y a casa.

—¡Ay, no! No quiero hacerte llegar tarde, no te preocupes. Ve y mañana seguiré aquí.

La gatita habló señalando su coche. Tampoco es que pudiera ir demasiado

lejos con un coche que no podía circular. Era muy amable por su parte, pero había sido la excusa perfecta para no sufrir una noche aburrida.

De todas formas, no podía dejarla allí para que pasara la noche en su coche.

—Tranquila, no quería ir. Me has venido bien y todo.

Ella no supo reaccionar, hizo un par de muecas con la boca antes de asentir. Justin la miró, no tenía ropa para prestarle, pero tenía educación y podía invitarla a un café bien caliente.

—El servicio está al fondo a mano derecha. Si quieres, te llevo una de tus maletas; así podrás ponerte algo seco. Yo mientras prepararé café si te parece bien.

Ella no quería molestar, deseaba salir de allí corriendo tan rápido como sus piernas le permitieran, no obstante, permaneció allí. Él la vio contenerse y jugar con sus manos con el bajo de su camiseta.

Manhattan no estaba siendo gentil con la extranjera, había mostrado su cara más cruel a pesar de ser una preciosa ciudad.

Era más alta que muchas otras mujeres, lo que le gustó. Dado que él medía casi dos metros en algunas citas parecía el padre de las chicas que acompañaba. Además, besarlas resultaba incómodo ya que tenía que agacharse demasiado. Estaba seguro de que los labios carnosos de aquella mujer sabían a glaseado.

Sus cabellos castaños se escapaban sin control, cayendo poco a poco del moño perfecto que los había mantenido horas atrás. No obstante, eso la hacía lucir sexy y más sumando esas gafas cuadradas negras que le daban ese toque pícaro.

Estaba sonrojada y no tenía muy claro si era por el calor que hacía aquella noche de verano o por la situación tan incómoda que estaba viviendo. Fuera como fuese aquella mujer era muy atractiva.

—Soy Justin Turner, no he tenido ocasión de presentarme —dijo tendiéndole la mano.

—A... Alicia Arias —tartamudeó antes de devolver el gesto.

El apretón de manos duró apenas un par de segundos antes de dejarla ir a vestirse. Él decidió ir a por ese café que había prometido.

Cuando regresó ella lucía muchísimo mejor. Había dejado el traje de

chaqueta para optar por unos tejanos y una camiseta, azul, holgada con el símbolo de «Superman» en medio.

—Gracias —dijo antes de tomarlo entre sus manos.

Justin sintió que el corazón subía y bajaba buscando el sitio correcto donde latir, al final, prefirió mantenerse en el pecho. Salió de allí dispuesto a arreglar ese neumático que había atascado a Alicia ante su taller.

No debía estar bien gozar con la vista de un hombre empapado, pero, Alicia, no pensaba pedir perdón. Su ropa estaba pegada a sus músculos y apenas dejaban nada a la imaginación salvo algún lugar estratégico.

Sonrió cuando se agachó para empezar a enroscar los tornillos del neumático y los músculos de sus brazos se marcaron más.

Su madre pondría el grito en el cielo si la viera disfrutar de esa forma, no obstante, no pensaba dejar de hacerlo. Aquel hombre había sido concebido para hacer saltar todos los radares. Estaba segura de que tenía un cartel en algún lugar con la palabra «follable» en algún lado, solo tenía que seguir mirando para encontrarla.

Él miró de reojo por décima vez, sabía bien que lo contemplaba como a un dulce que se moría por saborear.

Puede que Manhattan la hubiera recibido mal, pero le había dejado un sensual regalo en forma de mecánico.

Estaba cansada del viaje y de los golpes recibidos. Todavía no sabía a dónde la llevarían sus pasos y, con la suerte que estaba teniendo, solo deseó que no acabara en el depósito municipal.

«Alicia, vas a acabar mal», pensó.

No había forma de salir de allí de una pieza y tampoco le molestaba aquel pensamiento.

Justin acabó, recogió las herramientas con tal lentitud que ella no pudo más que apoyar la cabeza en el marco de la persiana y suspirar disfrutando. Ahora solo le quedaba pagar, salir de allí y olvidarse de aquel hombre.

Tal vez su coche se averiase más a menudo.

Él caminó hacia el interior, soltó sus cosas en el suelo y tomó la persiana hasta bajarla algo por debajo de su pecho, lo que provocó que el corazón de Alicia diera un vuelco preso del miedo.

—Es para que no vean que estoy abierto, no quiero tener más faena — explicó.

Eso tenía sentido.

Caminó hacia la caja seguido de cerca por la muchacha, en aquel instante lo único que deseaba era pagar e ir al motel a dormir o a soñar húmedo. Bajó la vista y comprobó que el agua caía de su cuerpo mojando el suelo, el pobre iba a cobrarle un plus por toda la ropa. Y por disfrutar de aquello también.

Justin giró sobre sus talones de forma abrupta dejando que la frente de ella chocase contra su pecho. Tardó un poco en reaccionar antes de echarse hacia atrás con las mejillas sonrojadas.

Entonces, se quitó la camiseta y trató de secarse la cara con ella, al no conseguirlo la tiró al suelo.

—¿Has disfrutado de las vistas?

Si en aquel instante la tierra se hubiera abierto tragándola no se habría quejado. Aquello empezaba a ser incómodo, pero no pensaba mentir.

—Sí —contestó de forma tajante.

Él sonrió y ella supo que podía ser modelo de anuncio de pasta de dientes.

Alicia decidió sacar la cartera para pagar y dejar aquello en una graciosa anécdota que jamás contaría.

—Después de esto seguramente no volvamos a vernos nunca —comentó Justin.

Asintió dándole la razón. No sabía en qué parte de Manhattan iba a quedarse o si se vería obligada a volver a España.

—No servirá de mucho, pero quiero ser una muesca más en tu cabecera.

Aquello fue peor que si hubiera sacado un arma y la hubiera disparado. Sus palabras resonaron sin control en su mente provocándole una sonrisa antes de fruncir el ceño.

—Creo que no es buena idea —dijo Alicia.

Justin no pensaba lo mismo dado que ella seguía mirando esos pectorales perfectos mojados por la lluvia.

—Tú no puedes dejar de mirarme y yo me muero por saber a qué sabes.

Era tan brusco que apenas dejaba que su mente pudiera pensar algo lógico. Estaba segura de que su madre le había dicho algo, en algún momento, sobre tener sexo con desconocidos, pero no era capaz de encontrarlo.

—Yo... —tartamudeó.

Miró atrás hacia la salida, solo iba a poder huir una vez y se quedaría con las ganas de comprobar si era tan bueno como parecía.

Era una locura, pero de eso estaban llenos los libros. No escribían sobre vidas monótonas sin más, se narraban aventuras y él podía ser una de las grandes; una anécdota para guardar durante años.

Justin dejó las palabras para tomar su barbilla. Se acercó tanto que casi pudo sentir sus labios rozando los suyos. Sí, él olía bien de cerca y provocó que todas sus hormonas hicieran la ola ante la cercanía.

—Necesito que me folles sin piedad.

Alicia gimió.

¿Cómo podía negarse a algo semejante? Seguro que era de mala educación o iría al infierno de no hacerlo.

Pensó como decir que sí y no se le ocurrió otra cosa que decir:

—Tengo condones.

Justin rio en sus labios.

—Usaremos los míos que, con la suerte que tienes, seguro que, los tuyos, se desintegran con mirarlos.

No pensaba rebatir aquella afirmación.

Él se alejó de forma abrupta para acabar de bajar la persiana y cerró con llave. Ahora sí estaba encerrada con el lobo feroz.

Su mente se llenó de malos pensamientos. No lo conocía de nada y podía ser un asesino en serie, podía acabar en algún contenedor sin que su familia supiera jamás lo que le había ocurrido.

—Alicia, si has cambiado de opinión puedes irte.

—¿Tan asustada parezco?

Su mueca le indicó que sí, siempre había sido fácil de leer y no quiso saber qué había visto en ella para decirle eso.

Él giró dispuesto a abrir de nuevo.

—No —dijo sin estar convencida.

Alguien que hacía algo así no podía ser malo, ¿no?

—En cualquier momento puedes irte, sea cuando sea.

Se lo imaginó con los pantalones bajados, y una gran erección, viéndola marchar; arrancó a reír. Nadie como él podía ser un asesino en serie.

—Vale, lo mismo te digo —contestó.

Justin frunció el ceño.

—¿Por qué iba a querer huir?

Alicia se encogió de hombros. No era difícil llegar a la solución.

—Ya has visto lo desastrosa que puedo llegar a ser, tal vez no todo sea como esperas. Se nos puede caer algo encima o debajo, no lo sé. Después del día que llevo no prometo que salgas entero de esto.

Su mirada la calcinó allí mismo.

—No pretendo hacerlo —sentenció.

Justin se acercó a ella y la rodeó con sus brazos, estaba mojado y no importó. Era el hombre más sexy del universo, un gran regalo de bienvenida. La contempló durante unos largos segundos antes de que ella se desesperase.

—¿Qué ocurre?

—Estoy decidiendo qué parte de ti quiero saborear primero.

Aquella labia era peligrosa.

No le dio tiempo a contestar, él acertó la distancia que los separaba hasta que sus labios cubrieron los suyos. No hubo piedad ni tampoco tiempo para recular o tramar un plan B.

Allí mismo supo que estaba perdida.

CAPÍTULO 2



Aquello no había sido planeado, en ningún caso eso podía formar parte de un plan, pero no pensaba darle la espalda a lo que la vida le entregaba tan alegremente. Su mente daba vueltas sin parar tratando de esclarecer si había tomado una decisión correcta o acababa de meterse en la cueva del lobo.

Justin no parecía tener las mismas dudas. Ella le había gustado, tan simple como eso. La había visto sentada sobre su coche dejando que la lluvia la mojase como si ya nada importase.

Resultó ser una extranjera perdida.

Para él las cosas eran simples, sin permitir que nada le agobiase lo suficiente. Alicia le gustaba y ambos parecían estar libres para pasar un buen rato.

La besó mordiendo sus labios, dibujando una línea entre placer y dolor. Fue demasiado para ella, que gimió en su boca. La lengua de aquella muchacha recorrió su boca hasta encontrarse con la suya y ambas jugaron a dibujar círculos como si bailaran un vals.

Él le tomó el rostro con la fuerza suficiente para mantenerla quieta, pero sin hacerle daño, la apretó contra su boca como si quisiera comérsela. Alicia estaba a punto de desmayarse. ¿Cómo podía besar tan bien?

Debía estar considerado como delito ser tan provocativo.

La pasión fluyó entre ellos como si no fueran dos extraños y se hubieran convertido en dos amigos que llevaban años sin verse.

Él la tomó por el trasero y tiró hacia arriba, del impulso ella saltó para envolver sus piernas alrededor de su cintura, mientras él la llevaba sobre una

mesa. Caminó sin dejar de besarla, como si temiera que, al hacerlo, se rompiera el momento o algo.

Justin gruñó cuando tuvo que abandonar su boca para mirar a su alrededor. Aquella mesa estaba tan llena de cosas que Alicia temió que él las tirase al suelo.

Él lució una sonrisa perversa y una mirada que prometía sexo salvaje. Alicia estaba a punto de colapsar, aquel hombre era puro fuego y no recordaba la última vez que alguien había sido capaz de calentarla así.

—¿Alguna vez lo has hecho en la cabina de un camión?

Su pregunta la descolocó, si bien no de la forma que él esperaba puesto que vio cómo fruncía el ceño no demasiado convencida.

—No lo haré en el automóvil de un cliente, es una falta de respeto.

Justin echó la cabeza hacia atrás y comenzó a reír.

—Tranquila, es de mi hermano y lleva aquí casi seis meses. No te metería en el coche de nadie, no es profesional.

Su corazón se calmó escuchando eso, era mucho mejor saber que era de un familiar cercano y que no tenía uso.

Asintió incapaz de dejar aquello a medias, necesitaba seguir y no quedarse con las ganas de más.

Como si de un vikingo se tratase, Justin la cargó sobre su hombro para llevarla al camión. Alicia gritó presa del susto y se agarró a su cintura por miedo a caer, nunca antes la habían cargado de esa forma.

Entraron a la parte trasera del taller y pudo ver la cabina de camión al final, era blanca y estaba llena de luces como si fuera un árbol de navidad. Aquella gente era muy extraña.

—No teníamos árbol y lo usé ya que no tiene intención de llevárselo — explicó Justin sin que ella preguntase.

Abrió la puerta y, justo cuando iba a incorporarla, Alicia se golpeó la cabeza contra la misma.

—*Ouch*. Lo siento —se disculpó el mecánico volviendo a dejar que sus pies tocasen el suelo.

Alicia se agarró la cabeza, no había sido un gran golpe, pero sentía como si su cabeza palpitase. Él miró en busca de herida y masajeó un poco la zona. La

vergüenza se dibujó en el rostro de la joven mientras veía a aquel hombre preocupado.

—Estoy bien —dijo.

La mirada intensa de él la desnudó allí mismo como si fuera capaz de llegar a su alma. Con la mano todavía en el golpe asintió.

—De acuerdo.

En algún momento de su vida aquello le hubiera parecido una locura, en ese instante era algo correcto.

Justin tenía un brazo en su cabeza y el otro en el tirador de la puerta abierta. No hicieron falta más palabras para que Alicia entrara en la cabina y se sentara en la banqueta de asientos delanteros. Él la siguió, cerrando cuando ambos estuvieron dentro.

Se besaron recostándose uno encima del otro, cubriéndola completamente con su cuerpo. Él estaba caliente en más de un sentido, su cuerpo emanaba tanto calor que la reconfortaba cuando acarició su espalda.

De pronto la tomó por la barbilla y giró su rostro. No pudo pensar cuando sus labios dibujaron un reguero de besos desde el cuello hasta la oreja. Las cosquillas la hicieron retorcerse mientras reía suavemente y subía las manos a su pecho para empujarlo.

Pero llegó a su oído y tomó el lóbulo entre sus labios cambiándolo todo. El placer se disparó por todo su cuerpo, sacándole un fuerte gemido.

—Eso es lo que quiero escuchar —susurró antes de volver a arrancarle besos profundos a su oreja y cuello.

Alicia se agarró a su cuerpo como si fuera una isla en un océano, estaba a punto de carbonizarse allí mismo.

Una de sus manos, curiosa, viajó hasta su erección. Estaba tan duro que casi podía romper aquel empapado pantalón sin esfuerzo alguno.

Justin bajó a la base de su cuello y, allí, mordiendo la línea de su hombro, usó sus manos para dibujar su figura. Era hábil y caliente como el mismísimo infierno, llegó a su cintura dejando que se colasen dentro de la camiseta hasta alcanzar sus pechos. No le importó el sujetador, logró meterlas por dentro y acariciar su piel desnuda.

Alicia giró la cabeza tratando de alcanzar la suya, cuando no lo consiguió, bufó desesperada antes de que él se diera cuenta.

Fue hacia ella como deseaba y le dio lo que necesitaba. No fue un beso violento, pero pacífico tampoco. Él parecía ser un guerrero en plena batalla tomando sus labios como si le pertenecieran.

Su cintura bajó colocándose sobre su entrepierna. Donde apretó, dejando notar su erección con la promesa de sexo salvaje.

Los dedos de Alicia dibujaron la espalda de Justin hasta llegar a su pelo donde se agarró. Necesitaba ese contacto más que respirar, como si él hubiera logrado hacer que sus instintos más primarios salieran a la superficie.

—¿Justin?

Una voz masculina rompió aquel perfecto momento. El susodicho levantó la cabeza con el rostro desencajado y miró más allá. Alicia también lo hizo antes de dejar caer la cabeza contra el asiento.

—¿Justin?

El recién llegado era insistente.

—Mierda —masculló él.

Alicia lo miró sin comprender nada, solo sabía que, en aquel instante, tres eran multitud.

—¿Quién es? —preguntó presa de un ataque de pánico.

Él salió de encima suyo negando con la cabeza, fue a salir del camión, pero lo contuvo tomándolo de los hombros; no podía quedarse allí sola.

—Es un trabajador, bueno, un amigo también. No tendría que estar aquí.

No había que ser un genio para llegar a esa conclusión.

—Salgo, lo despacho rápido y vengo a por ti.

No esperó a ver si el plan la convencía, ya que salió de allí dejándola con la boca abierta. Parpadeó perpleja antes de sentarse y mirar hacia donde se dirigía Justin. Al ver una sombra a lo lejos se agachó para evitar ser vista.

—Esto no puede estar pasando... —suspiró estupefacta.

Justin corrió hacia la puerta principal con el corazón desbocado. No podía creerse que Rash estuviera allí, hacía horas que había acabado su jornada

laboral y no esperaban ningún envío importante.

Cuando su amigo lo vio llegar sin camiseta, frunció el ceño.

—¿Todo bien? —preguntó señalando su evidente desnudez.

Él hizo diferentes aspavientos antes de que su cabeza pudiera concentrarse en algo que decir.

—Sí. ¿Qué demonios haces aquí?

Necesitaba zanjarse ese tema rápido, no podía tener a la extranjera en la cabina del camión toda la noche.

—Me llamó tu madre llorando. Sarah la ha llamado diciendo que no ibas a acudir a la cita.

Justin puso los ojos en blanco. Su madre era una mujer dramática y su carrera como actriz la ayudaba.

—¿Y por qué no me ha llamado a mí?

Rash aplaudió contento llegando a lo importante de la conversación.

—Te hemos llamado cientos de veces y está apagado. Por eso me ha obligado a pasarme para ver si estabas vivo, ya sabes lo que se preocupa.

La reina del drama. Esa era su madre y nadie podía quitarle ese puesto. No hacía ni una hora que había acabado su jornada laboral y ya estaba llamando a la caballería para saber si, su dulce hijito, seguía con vida.

—Pues, como verás, estoy perfectamente —comentó antes de buscar su móvil en una mesa cercana.

Al tocar una tecla y comprobar que la pantalla no reaccionaba, cercioró que se había quedado sin batería.

—¿Y qué haces mojado y sin camiseta?

Rash quería saber más cosas de las que debía, no tenía cómo explicarle que había una mujer atrás.

—Arreglé el pinchazo del coche que hay en la puerta.

Era una explicación simple que no requería más detalles. Claro y conciso, como siempre le había inculcado su madre.

—Ah, pues voy a llamar que he avisado a la grúa —comentó Rash dándose prisa.

Justin tragó saliva, no podía pasarle eso a Alicia.

—Lo entraré por si acaso —anunció Justin.

Eso despertó la curiosidad de su amigo y empezó a comprender que allí estaba pasando algo incómodo. Lo fulminó con la mirada tratando de adivinar qué pretendía, pero no supo llegar a una conclusión clara.

—¿Y el dueño del coche?

«En el camión de mi hermano», pensó.

Justin fingió una sonrisa.

—Vendrá en un rato.

Si había alguien en el mundo que lo conocía a la perfección era Rash, se habían criado juntos en el mismo barrio y habían sido los gamberros del colegio. Nadie podía engañar a ese hombre, ni siquiera él.

Lo interceptó cuando se disponía a salir.

—¿Qué está pasando aquí?

Quería la verdad y solo eso. Él señaló a la parte trasera del taller antes de taparse los ojos con la mano libre y su amigo gritó.

Miró el dedo, el camión de su hermano, nuevamente el dedo, su rostro y ató cabos. Sí, él estaba teniendo una especie de «cita».

—¿Hay una mujer ahí dentro? —preguntó totalmente incrédulo.

Justin tragó saliva. Había llevado a una completa y desafortunada desconocida a la parte trasera del taller. No solo la había besado, sus manos acababan de recrearse sobre su figura.

—Ya no.

La voz de Alicia hizo que ambos dieran un brinco.

Tanto Rash como él la miraron. Sus mejillas sonrojadas y su mirada hacia el suelo indicaron la vergüenza que estaba sufriendo en aquel momento. Eso hizo que se sintiera culpable.

—Cóbrame lo de la rueda, por favor —pidió jugando con el asa de la maleta que él mismo le había acercado para quitarse la ropa mojada.

Aclaró su voz y miró a su amigo de forma recriminatoria para que no la mirase como si fuera un espejismo en pleno desierto.

—No, después de esto no creo que sea lo correcto —dijo.

Ella no pensó igual puesto que negó con la cabeza.

—Esto que está pasando es otra cosa. Tu trabajo es tuyo. Cóbrame, por favor.

Estaba a punto de huir y se veía por su lenguaje corporal. Después del día que acababa de tener aquello rizaba demasiado el rizo. Justin no podía reparar aquello, así que, lo único que pudo hacer fue ir hacia la caja y cobrar un precio simbólico.

No quiso tomar su dinero, pero lo hizo para no alargar aquello.

—Alicia, yo... Lo siento mucho.

Ella asintió de forma veloz antes de girarse camino a la persiana, que su compañero había dejado abierta. Pasó sin mirar a Rash, no obstante, alcanzó a escuchar cómo les deseaba un suave «feliz noche» a ambos.

Su amigo reaccionó como pudo, puesto que la sorpresa había sido demasiado grande.

—Discúlpeme, señorita.

Alicia entró en el coche y se marchó a toda velocidad sin mirar atrás.

Y Justin se quedó mirando hacia la salida con cierta decepción en sus labios. Aquella noche no había salido como había esperado.

—Tío, no sabía que...

Justin cortó a su amigo.

—No fue planeado. Apareció ahí ante mi taller, con esa pinta de perdida y le eché una mano.

Rash tosió.

—Vale, sí. Se la eché en más de un sitio, pero no pudo acabar.

—Llámala y queda con ella mañana. Juro no entrometerme.

Fue entonces cuando cayó en el gran error que había cometido: no le había pedido el teléfono. No tenía forma de contactar con ella. Alicia conocía el local y podía regresar a buscarle, sin embargo, después de lo que acababa de suceder no lo creyó en absoluto.

—Estoy jodido.

Rash vio las luces de la grúa aproximándose.

—Mierda, no les llamé. Yo me encargo.

CAPÍTULO 3



Alicia no podía tener más mala suerte aquel día. Se había quedado en la cabina del camión unos pocos minutos, pero la curiosidad la hizo salir. No iba a estar escondida allí como si de un conejo se tratase.

Agarró su maleta y se acercó a aquellos hombres cuando el recién llegado preguntaba, sorprendido, si había alguien ahí dentro.

Sí, toda una desconocida escondida como un ratón.

¿Qué había hecho? ¿Cómo se acababa de atrever a besar a un extraño?

Salió con toda la dignidad que pudo y evitó huir tal y como sus piernas le pidieron que hiciera. Eso sí, había pisado el acelerador cuando logró llegar al coche. No regresaría jamás a aquel lugar. No podía.

Dio vueltas por aquella ciudad sin tener claro si lo hacía en círculos o se perdía. Seguía sin batería en el teléfono y no podía consultar el navegador.

—Mañana sigue torturándome, pero deja que encuentre un motel decente. Necesito descansar —suplicó al cielo como si algún dios pudiera escucharla.

Cerca de media hora después su deseo se cumplió, no obstante, distaba mucho de lo que ella esperaba. Aquel lugar estaba plagado de luces rojas recordándole a los típicos burdeles de carretera que había a la salida de su pueblo.

Se rindió al destino, aparcó en el aparcamiento y volvió a mirar al cielo.

—Tú y yo tenemos conceptos distintos de decente.

Apretó su bolso a su cuerpo y agarró la maleta de mano. Si alguien se acercaba a ella sacaría el espray pimienta que llevaba consigo a todas partes.

Entró y el olor a miles de especias culinarias picó en su nariz. No debían tener lejos la cocina porque era tan fuerte que casi tuvo la sensación de que sus ojos arrancarían a llorar en cualquier instante.

Un gran pañuelo se movió.

Ante ella había una especie de recepción con un par de figuras en forma de elefante como decoración.

El pañuelo azul y dorado subió hasta descubrir que había un hombre debajo de él. Se lo había puesto de forma curiosa, ella no era capaz de atarse bien la toalla del pelo mucho menos algo semejante.

Su piel era oscura lo que hacía resaltar sus dientes perlados. Su sonrisa fue amable y se quedó en silencio esperando que ella tomase la palabra. Algo que, Alicia, no fue capaz de hacer.

Se fijó en sus ropas, predominaba el dorado por encima de todo. Los dibujos se expandían por aquella especie de casaca, eran de distintos animales o símbolos que lo hacían bonito.

El punto rojo que llevaba pintado en el entrecejo le hizo llegar a la conclusión de que se trataba de alguien de origen hindú. Sus ojos eran de un profundo color café que la sorprendieron. Estaba cerca de los cincuenta años o, al menos, eso creyó cuando vio que sus canas blancas cubrían la espesa barba.

—Hola, ¿tienen habitaciones libres?

Su acento marcado no la sorprendió. Ceceó como si la «s» pasara a ser una «z».

—«Zí», «zí».

Esa era una buena noticia, al fin.

—Bien, necesito una para esta noche.

Él repitió su «zí» un par de veces más, lo que le hizo sospechar que no acababa de entender el inglés.

—¿Me entiende? —preguntó buscando la cartera en su bolso.

El amable hombre asintió y respondió igual que las veces anteriores.

—¿Habrá un hombre en la habitación dispuesto a robarme? ¿Se me caerá el techo encima?

El recepcionista volvió con su canción del sí y señaló a un cartel que había

a su espalda.

—Wifi, sí.

Genial, al menos iba a poder conectarse para poder hablar con su familia. Ellos esperaban noticias y ella no pensaba decirles todo lo malo que acababa de suceder. Su madre era capaz de tomar el primer avión para hacerla regresar a España.

Aquel hombre le cobró una cantidad que consideró barata por la noche y le tendió una llave. Salió del mostrador echando a andar hacia el exterior esperando que ella lo siguiese.

Hicieron el camino a toda prisa, Alicia apenas fue capaz de seguirlo cargando las maletas. Acabó arrastrándolas mientras intentaba alcanzarlo para no perderse. No necesitaba una anécdota más a ese día.

Su habitación estaba en el segundo piso, al final de un pasillo tétrico y oscuro. Por suerte, estaba plagado de ventanas que, con la luz del sol, alumbrarían por la mañana cuando tuviera que salir.

—¿Ya está? ¿Algo más? —preguntó, cuando le enseñó la habitación.

No esperaba que tuviera que explicarle más, solo deseaba que se marchase de allí y pudiera dormir.

—«Zi, zi».

Alicia reprimió las ganas de poner los ojos en blanco antes de cerrar la puerta cuando el recepcionista se marchó.

Suspiró aliviada.

Miró a su alrededor, aquel lugar era tan pintoresco como aquel hombre. Las paredes de un rojo intenso que le hacían pensar en un lugar de alterne, una alfombra que habían limpiado demasiadas veces, desgastada por el centro, de forma que parecía dibujar un pasillo por donde más se transitaba.

Era una habitación funcional. Una cama individual, una mesa y un televisor colgado en la pared. El baño estaba limpio, con un olor a fresco que le recordó el producto de limpieza que usaba su madre.

Dejó la maleta a un lado de la cama y, del bolso, sacó el cargador del móvil. No podía ir por una ciudad desconocida sin carga. Además, también sacó la batería externa para no volverse a quedar tirada de nuevo.

Se sentó en la cama dejando que su cuerpo descansase. En colchón era lo

bastante duro como para no hundirse, un punto a favor para aquel lugar.

Suspiró agotada.

Jamás se habría imaginado una llegada tan desastrosa a la ciudad de sus sueños. Manhattan la había mordido y escupido para obligarla a marcharse. Ella había esperado un inicio difícil, pero no algo semejante.

Tomó su ordenador portátil de la maleta. Necesitaba encontrar trabajo a toda prisa para poder quedarse, los ahorros no le durarían mucho. Al día siguiente buscaría alguna librería para poder imprimir currículums suficientes como para dejar en todos los sitios que viera por los alrededores.

También usaría las tecnologías para enviarlos de forma online. No esperaba encontrar un alto cargo, cualquier cosa le servía para aguantar.

Buscó durante un par de horas olvidando lo tarde que era. Estaba desesperada, no quería tirar la toalla sin haber tenido tiempo de pelear. No había ningún trabajo que pudiera considerar interesante, pero no importaba. Solo esperaba que las entrevistas llegasen y pudiera conseguir algún puesto decente.

Cerca de las dos de la mañana recordó que tenía que llamar a casa. Encendió el móvil y preguntó a su madre si estaba ocupada. Ella contestó a la velocidad de la luz, tenían una conversación vía «Skype» urgente.

La llamada parpadeó incesante en la pantalla de su ordenador y descolgó con una cálida sonrisa.

—¡Cariño! ¡Nos has tenido muy preocupados!

No debatió eso. Era lógico.

—Lo sé, mamá. Ha sido un día muy cansado, perdona.

Las arrugas de los ojos de su madre se hicieron más profundas, lo que significaba que estaba tratando de no llorar. Era hija única y tenerla a tantos kilómetros de casa era algo devastador para su madre. No obstante, no le había quedado más remedio que tomárselo lo mejor posible.

—¿Te han tratado bien en la oficina? —preguntó esperanzada.

Alicia quiso decir la verdad, que estaba en un motel que le daba miedo y que no tenía trabajo, pero no pudo. No quiso preocupar a esa mujer que estaba dispuesta a dar su vida por ella, no se lo merecía.

En lugar de llorar hizo acopio de todas sus fuerzas para lucir una sonrisa

grande y eufórica.

—¡Sí! Todo genial. Ha sido un día raro porque me tengo que adaptar, pero todos geniales. Mi despacho es muy grande, ya te lo enseñaré.

«Voy a ir al infierno por mentirosa», pensó al mismo tiempo.

Eso alivió a su madre, que suspiró dejando que la preocupación abandonase su cuerpo. Con eso se sintió un poco mejor, la pobre mujer pasaría mejor día que ella.

—Papá está trabajando, pero te manda millones de besos. Cuídate mucho y come, que te veo muy delgada.

Alicia puso los ojos en blanco.

—No puedo estar delgada, solo hace un día que no me ves —se quejó entre risas.

No la culpaba por ello, era una madre y eso debía ser algo que tenían todas implantado en el ADN.

Estuvieron hablando pocos minutos más, los que tardó en ver la hora que era allí en Manhattan. Como buena madre, la envió a dormir a toda prisa y ella no opuso resistencia.

Después de despedirse, cerró el ordenador y se dejó caer sobre el colchón de espaldas. El olor a suavizante de flores le picó en la nariz, aunque era mucho mejor eso que algo nauseabundo. Aquel lugar estaba bien.

Los ojos empezaron a cerrarse solos. Apenas había reparado en el cansancio que abrazaba su cuerpo. Y fue allí entre la consciencia y el sueño que la imagen de Justin llenó su mente.

Aquel hombre la había besado mejor que muchos en toda una vida. Había encendido su cuerpo como si tuviera un botón y todo se había venido abajo por arte de magia cuando su amigo apareció.

Sonrió cuando notó un cosquilleo sobre la pierna.

Él había sido capaz de tocar su cuerpo como si fuera una obra de arte esperando ser descubierta. Sus labios temblaban con el recuerdo de los suyos mordiéndola. Sí, aquel hombre podía ser una gran tentación.

El hormigueo subió hasta la rodilla, lo que hizo que comenzase a pensar que no se trataba de su imaginación jugándole una mala pasada por el recuerdo de Justin.

Alicia se reincorporó lo justo para ver una cucaracha sobre sus pantalones. Durante unos segundos debatió qué hacer en un caso así, pero la histeria llamó a la puerta y dejó que entrase. Gritó presa del pánico mientras rodaba para ponerse en pie y golpearse las piernas.

Los chillidos se esparcieron por toda la planta y, antes de ser consciente de lo que ocurría, un hombre armado abrió su puerta de un fuerte empujón.

Alicia, aterrorizada, alzó ambas manos mientras seguía gritando por la cucaracha que corría por la alfombra. El recién llegado la miró asustado antes de que ella señalara el suelo al grito de «bicho, bicho».

El recepcionista llegó también a toda prisa. Ambos hombres se miraron unos segundos antes de que el armado caminara hacia ella y pisara al pobre insecto. Crujió bajo su bota mientras Alicia ponía cara de asco y pena.

—Ya no hay bicho.

—Gracias —susurró bajando las manos.

El recepcionista se fue, regresó con las herramientas necesarias para arreglar la puerta. Eso le hizo sentir peor todavía, había provocado que un hombre sufriera por ella por un bicho insignificante.

Se fijó en su salvador. Debía tener su edad o unos pocos años más, sobre los treinta y cinco. Iba vestido con unos tejanos tan apretados que no sabía cómo podía caminar, su camiseta también era del mismo tejido y se fijó en la gran hebilla con cuernos que tenía en la cintura. Eso sin mencionar el enorme sombrero marrón oscuro que lucía en la cabeza. Era todo un cowboy.

Sus ojos azules la miraron con el mismo interés que ella. Era un hombre atractivo. Su barba de una semana le quedaba demasiado bien.

—Tú no eres de aquí —afirmó.

—Lo mismo puedo decir de ti —contestó Alicia señalando su atuendo.

Él guardó su arma, lo que ayudó a que estuviera menos tensa.

—Sí, pero tú eres de más lejos. ¿Ese acento es latino?

Su pregunta la sorprendió.

—Vengo de España.

«Y estoy a punto de irme si mi vida sigue igual», pensó.

Lo vio sonreír antes de tenderle la mano.

—Mi nombre es Hunter, encantado de conocerte.

Ella devolvió el gesto, el apretón de manos fue fuerte, pero no como para hacerle daño. La soltó pasados unos segundos más de la cuenta.

—Yo soy Alicia. Gracias por lo de la cucaracha —dijo señalando el cadáver del pobre bicho.

El cowboy miró hacia allí antes de reír.

—Siento el susto y haberte despertado a estas horas —añadió, avergonzada.

Hunter le restó importancia con un ligero movimiento con su mano derecha.

—No ha sido nada, mejor así que encontrarme a una chica en apuros. Me alegra saber que tengo una vecina tan guapa.

Los mofletes se le encendieron como dos bombillas del árbol de Navidad. Aquel hombre no tenía reparos en decir lo que pensaba.

—Si necesitas cualquier cosa puedes decírmelo, sin sustos la próxima. Esta ciudad puede ser un poco caótica al principio.

Alicia frunció el ceño.

—¿Tan perdida parezco?

Ya no era la primera vez que lo preguntaba, todos podían leerla con mucha facilidad.

Hunter asintió.

—Pero no sufras, guardaré tu secreto. Dulces sueños.

Y, sin más, se marchó dejándola sola. Miró hacia la puerta y el recepcionista ya no estaba. Se acercó para comprobar que la puerta estaba completamente arreglada, al parecer, aquel hombre sabía trabajar rápido.

Cerró y echó la llave.

—No más sorpresas por hoy, ¿vale?

Sabía que no era un trato en el que saliera ganando, por ahora iba en clara desventaja, no obstante, el día siguiente iba a ser mucho mejor. El desánimo no iba a poder con ella.

CAPÍTULO 4



Alicia renovó la estancia en el motel por una semana cuando comprobó lo difícil que era encontrar un apartamento barato en aquella ciudad. Tenían unos precios desorbitados para cualquier sueldo medio.

El día siguiente no fue muy destacable, cargada con currículums y un móvil lleno de batería, fue empresa por empresa exponiendo sus aptitudes para una posible contratación.

Las horas pasaron sin pena ni gloria, como si no hubiera ningún lugar disponible para ella en aquella ciudad.

Giró la esquina cuando el navegador se lo indicó y el lugar le fue familiar. Frunció el ceño tratando de recordar, cuando vio que un coche subía la calzada y entraba en un taller.

El taller de Justin.

Sus pasos la habían llevado a un lugar al que no quería entrar. No podía volver allí sin que la vergüenza la golpease duramente.

Dudó un poco y miró el mapa para encontrar un plan B. Cogería una calle paralela y listo, no le iba a dar la ocasión de que pudiera verla. Aquel iba a ser un buen día por mucho que Manhattan no quisiera.

Giró sobre sus talones dispuesta a huir y escuchó:

—Te debo un orgasmo.

Alicia se quedó congelada cuando reconoció la voz de Justin. Giró sobre sus talones, lentamente, hasta encararlo.

Estaba a un metro escaso de ella, sonriendo, sabiendo bien lo que acababa

de provocar con su voz. Estaba congelada, como si su mente no supiera reaccionar a una situación algo violenta.

—¿Eso te funciona con otras?

Casi se derritió cuando levantó una ceja de forma pícaro. Aquel hombre prometía sexo salvaje con solo una mirada y ella era débil. Tenía algo que otros no, le provocaba sensaciones que jamás había sentido. Y era un desconocido, algo a recordar seriamente.

—No lo sé, ¿contigo lo hace? —preguntó Justin.

Alicia miró a su alrededor, la gente pasaba entre ellos ajenos a la conversación que empezaba a evolucionar hacia algo más.

—No —mintió.

Tenía que irse, su momento había pasado y deseaba seguir con su vida buscando un trabajo con el que pudiera conseguir quedarse en Manhattan.

—Tengo que irme —dijo sin saber bien a quién se lo decía si a Justin o a sus propias piernas.

Ellas no se movieron y él tampoco, por lo que sus palabras cayeron en saco roto. Eso le molestó un poco, ¿cuándo había perdido el autocontrol? Era una mujer adulta y capaz de comprender lo que hacía.

Al ver que no se movía, Justin sonrió, señaló a su espalda y abrió los brazos dejándola pasar educadamente.

Las piernas de Alicia tomaron el control de la situación y, al fin, logró caminar. Se resistió a correr por puro orgullo, pero no por falta de ganas. Estaba deseando dejarlo atrás.

Pasó por su lado y su mirada fue tan caliente que sintió que se fundía con el suelo. Estaba a punto de cometer una locura si seguía por ese camino. Suspiró como si fuera incapaz de tomar el control de sí misma.

—Siento lo de ayer... —susurró Justin casi a su oído.

Sí, ser descubiertos no había sido algo divertido y era un recuerdo que había llenado sus sueños. Tal vez, también sus besos y la sensación de que tenían algo pendiente entre ambos.

—¿Has pasado buena noche? ¿El motel está bien?

Alicia pensó en su noche anterior y en cómo su vecino había entrado con el arma cargada dispuesto a ayudarla. Una cucaracha había provocado el caos en

su habitación y en las contiguas. Se sonrojó cuando la imagen del cowboy llenó su mente.

Justin se sorprendió ante esa actitud, inclinando la cabeza trató de descubrir a qué se debía.

—¿Te ha pasado algo más?

Ella negó con la cabeza de forma instintiva.

Sorprendentemente, él no incidió en el tema dejando que pudiera guardarse ese secreto. Pasó a fijarse en el montón de currículums que llevaba entre sus manos, le quedaban un par de horas antes de que las empresas cerrasen y quería conseguir llegar a todas las posibles.

—Dame unos cuantos —pidió el mecánico.

Alicia los miró para después fijar su mirada, confusa, en él.

—Por aquí pasa mucha gente, tengo contactos y puede que alguien esté interesado en tu perfil —explicó.

Eso tenía sentido y era de agradecer. Así pues, tomó unos pocos y se los tendió.

—Gracias.

—Deja que de esta forma pague la pillada de Rash.

El nombre de aquel hombre sobrevoló la conversación, el pobre se había quedado pasmado cuando ella salió de su escondite agarrando su maleta y su bolso. No había sido un gran momento, pero iba a recordarlo mucho tiempo.

—Espero que encuentres trabajo pronto.

—Gracias.

Se despidió a duras penas y bajó la calle a toda prisa, como si fuera el mismísimo demonio el que viniera tras ella. Debía ser más valiente o aquella ciudad iba a comérsela viva.

CAPÍTULO 5



Hacía quince días que no sabía nada de Alicia. Por alguna extraña razón, Justin no podía quitársela de la cabeza, como si fuera una especie de hechizo. Necesitaba saber si estaba bien o había tirado la toalla.

La idea de que hubiera regresado a España no le gustó demasiado. Eso significaba que esa atracción había pasado a la historia sin llegar a nada.

—Yo ya le hubiera enviado un *WhatsApp* —comentó Rash.

Al darle los currículums había memorizado su número egoístamente para concertar una cita, pero no había tenido valor a decir nada.

—No puedo hacerlo, no me dio sus datos para eso. Sería como violar su intimidad.

Y quería ser legal.

Las normas no eran sus mejores amigas, no obstante, con ella quería cumplirlas. Se sintió estúpido.

—Tu madre quiere que vuelvas a salir con Sarah.

El nombre de esa mujer provocó que entornara los ojos e hiciera una mueca de desagrado. Su madre no se daba por vencida con su soltería y se había planteado dar remedio a esa especie de “enfermedad” que parecía padecer.

—No sé por qué pones esa cara, a mí no me importaría conocerla —insistió Rash.

«Y algo más», añadió mentalmente Justin.

—Pues tiene una solución sencilla: llámala y pídele salir.

Rash se negó, tenía el mismo reparo en hacer eso, que él en contactar con

Alicia. Acosar a una desconocida resultaba extraño.

Miró hacia la puerta cuando un cliente entró con su moto. Justo en ese momento reconoció el moño y las gafas de la mujer que llenaba su mente desde el primer instante que la había conocido.

Ella pasó por delante del taller hablando con el móvil, no se detuvo en mirar hacia allí, actuó como si no existiera.

Justin quiso salir en pos de ella, pero su cliente se colocó ante él luciendo una sonrisa educada esperando ser atendido. El mecánico evitó tener una pataleta de niño pequeño y devolvió el gesto antes de preguntar:

—¿En qué puedo ayudarle?

—Por supuesto, señorita Reed. Estoy de camino tal y como usted sugirió.

Decirle a su nueva jefa que le había ordenado entrar dos horas antes no era algo que pensara hacer. Alicia prefería ser sutil y dejarlo caer por si ella comprendía que no era petición que fuera a gustarle por costumbre.

Los días habían pasado de forma apacible en Manhattan. Al fin un golpe de suerte llamó a su puerta. Hacía una semana que había encontrado un trabajo y, sorprendentemente, similar al que había venido a buscar a la ciudad.

La entrevista apenas había durado unos veinte minutos y ya le habían propuesto firmar y tramitar su tarjeta de residencia. Un golpe de suerte así no se daba todos los días, pensaba trabajar de forma incansable para demostrar que estaba hecha para ese puesto.

¿Y qué decir de su jefa? La señorita Sarah Reed no parecía tener mucha más edad que ella misma, pero sabía que era por culpa de las cremas lujosísimas que se compraba. También ayudaba una genética envidiable que la hacía lucir realmente atractiva. Toda la oficina se giraba cuando ella se contoneaba hacia la fotocopidora o la cafetera.

Y sí, le gustaban las miradas. Algunos días traía conjuntos tan cortos que daba la sensación de que iba a la playa en traje de baño, sin embargo, también le daban un aspecto de elegancia.

Alicia solo deseaba hacer bien su trabajo y que su torpeza habitual no

hiciera acto de presencia en su jornada laboral.

Llegó a la empresa antes de lo que su jefa le había pedido y fue corriendo a su despacho para ser recibida con una sonrisa de aprobación. Eso la hizo sentir mejor, iba a pelear todo lo que fuera necesario.

—Esa es la actitud, Arias, ve a la sala de reuniones y mi hermano te dirá con qué proyecto ponerte. Por ahora estás bajo supervisión, pero si sobrepasas todas mis expectativas pronto te daré alas para hacer las cosas a tu ritmo.

Quiso decirle que prefería que la llamase Alicia, no obstante, se limitó a sonreír y agradecer sus palabras. Sabía que se trataba de costumbres distintas, no le dio importancia y mantuvo la compostura.

Su jefa se levantó con una carpeta morada entre sus manos. Ese era el proyecto de poco presupuesto que le habían asignado, era una prueba para ver sus aptitudes y ella se había propuesto brillar. Aunque no tanto como Sarah.

Aquel día llevaba un cortísimo vestido de volantes color amarillo canario, con un cinturón naranja que destacaba sobre él y marcaba su diminuta cintura. Su escote era de infarto, tapando estratégicamente sus pezones dejando poco a la imaginación.

¿Y qué decir de sus tacones? Alicia sabía bien que si se subía a uno de ellos acabaría en urgencias en menos de dos minutos. Eran de una aguja tan larga que se podía tejer con ellos y cubiertos de piedras brillantes. El conjunto la hacía tan elegante que no era capaz de comprender cómo lo hacía.

Cuando tomó la carpeta, pudo reparar en cómo su jefa, le daba un repaso de arriba abajo.

—Cuando tengamos más confianza podríamos tratar de hacer tu vestuario más atrevido. Tienes buenas curvas.

Tartamudeó como si le acabase de pedir una cita, al final, logró aclararse la voz y contestar.

—Gracias, pero creo que me moriría atrayendo las miradas.

Sarah no discutió, la miró unos segundos antes de que regresase a su ordenador y diera por zanjada la conversación.

Alicia se apresuró a marcharse hacia la sala de reuniones. No mentía cuando creyó que aquel lugar estaba demasiado lejos. Se le hizo mucho más largo que las otras veces y eso tenía que ver con el señor Maddox Reed.

Sus compañeros le habían hablado del hermano de su jefa. Aquella era una empresa familiar y sus hijos habían tomado el control de la misma cuando el señor Reed sufrió un ictus. Ya estaba recuperado, no obstante, había preferido retirarse de la vida laboral para disfrutar de una buena jubilación.

Si Sarah atraía las miradas, Maddox no se quedaba atrás. Casi toda la plantilla femenina se moría por verlo pasar o recibir una orden de sus labios. Y es que aquella familia podría bien haberse dedicado al modelaje.

Una idea que llenó su mente cuando tuvo el picaporte en su mano, dudó unos segundos antes de hacerlo girar y abrir.

Alicia dejó escapar todo el aire de sus pulmones cuando aquel hombre levantó la mirada para centrarse en ella. Vale, sí, sus compañeras tenían razón cuando decían que se trataba de un dios y ellas simples mortales.

Estaba apoyado en una mesa con los brazos ligeramente abiertos y una camisa con botones de más para su gusto. No necesitaba acabar de abrocharlos todos para parecer peligroso. Toda su aura lo decía y le pedía que no cerrase la puerta.

Compartía los ojos verdes de su hermana, con la misma cantidad de pestañas que tenían en forma de abanico tan rizadas que casi llegaban a sus cejas. Estaba perfectamente afeitado, luciendo un aspecto suave.

—Cierra la puerta —ordenó Maddox.

De los nervios, a Alicia, se le escapó la risa. Hizo lo que le acababa de pedir y rezó porque no se diera cuenta de cómo se sentía.

—Tú debes ser la nueva contratación para el puesto de jefa de publicidad. Un placer conocerte.

Ella le entregó la carpeta que su hermana le había hecho llevar, al mismo tiempo que asentía por sus palabras. Transcurridos unos segundos llegó a la conclusión de que los hombres atractivos que veía por televisión venían todos de Manhattan. En pocos días había conocido a algunos capaces de alegrarle la vista a cualquiera.

—Comprendo los nervios iniciales y que no estés habituada al idioma. Si hablo demasiado rápido dímelo para ponerle solución al momento.

Era atento y guapo.

«Lo tienes todo, chiquillo», pensó antes de volver a asentir.

Entonces él sonrió.

—¿Se te ha comido la lengua el gato?

Alicia sacó la punta de la suya antes de volver a esconderla luciendo una gran sonrisa. Era tímida los primeros instantes, pero después la confianza ya la dejaba ser ella misma sin esconderse.

—No, señor Reed.

—Señor es mi padre. Llámame Maddox, Arias, y nos llevaremos bien.

No pudo reprimir una mueca cuando volvió a oír su apellido, por mucha costumbre que fuera no le gustaba. Él lo comprendió al instante.

—Veo que mejor lo dejamos en Alicia.

—Gracias, sé que es algo normal aquí, pero prefiero mi nombre.

Reed sonrió.

—Hecho entonces. No hay nada más que hablar.

Tomó asiento y él le presentó el proyecto que tenían a medio preparar. No era una gran campaña publicitaria, pero trató de rebatir sus argumentos para demostrar que podían aspirar a algo mejor.

Las horas pasaron entre folios con lluvias de ideas. Resultó que ambos pensaban muy similar en cuanto al tema. Las ideas de Alicia fueron bien recibidas, lo que la hizo sentir bien.

Llenaron la mesa de anotaciones y usaron el portátil de Reed para empezar a guardar algunas imágenes que fueran a servir de inspiración. Al final, ella empezó a pasar las anotaciones a un Word para que cada uno tuviera una copia.

—Bien, tendrás que acabar de pulir un poco la presentación. Te dejo hasta el viernes para ir a enseñárselo a Sarah y confío en que tomes buenas decisiones después de todo lo que hemos hablado.

Alicia no pudo casi escuchar nada cuando vio que, Reed por culpa del calor, se abría cuatro botones de la camisa. Embelesada con ese pecho escultural que acababa de mostrarle, apoyó el codo sobre el teclado del ordenador sin darse cuenta.

—Eso sí, me gustaría una copia de esta lluvia de ideas para cuando tenga la reunión con los becarios. Hay que enseñarles cómo trabajar.

Asintió dándole la razón sin saber bien a qué. Él atraía toda su atención y sus hormonas bailaban sobre la mesa como si nunca antes hubiera

contemplado un hombre.

Reed, al no obtener respuesta, frunció el ceño y miró hacia el ordenador. Eso provocó que ella girara la cabeza hacia la pantalla. Se separó cuando vio que había aparecido una ventana donde decía que la impresora se acababa de conectar.

—Veo que eres efectiva y rápida. Vamos a llevarnos bien —anunció satisfecho con ella.

Alicia palideció cuando descubrió que había marcado mil copias en la impresión. Empezó a sudar como si aquel lugar fuera una barbacoa y ella la carne a servir a los jefes de la empresa.

Rio tratando de controlar su nerviosismo y aquel hombre pareció creer que acababa de enloquecer.

—Voy a por esa copia y te la traigo ahora mismo.

Se levantó tan veloz que tiró la silla al suelo, la recogió antes de salir de aquella sala sin mirar atrás.

Corrió pasillo abajo como si el mismísimo Lucifer hubiera hecho acto de presencia y la persiguiera por los pecados cometidos. Derrapó cuando tuvo que girar a la derecha, chocó levemente con la pared y siguió corriendo.

Cuando alcanzó la impresora aquel aparato del infierno ya se había puesto manos a la obra. Agarró los papeles que había expulsado y buscó en la pantalla digital algún botón que le permitiese cancelar la impresión.

Pulsó la «X» roja que había en un lateral y esperó algún tipo de reacción por parte de la máquina. Al no hacerlo, se puso nerviosa mientras repetía la operación una y otra vez deseando que dejara de escupir papel.

La impresora siguió haciendo su faena muy profesionalmente y Alicia se tapó los ojos con los papeles que llevaba en una mano mientras gemía asustada.

—No me puede pasar esto.

Pulsó la «X» con más fuerza, no obstante, no logró nada y, ella, emitió un pequeño grito de desesperación intentando detener aquel cacharro del infierno.

—Estate quieta ya, no hace falta imprimir más —le dijo como si pudiera conversar con ella.

Levantó la tapa del escáner en vano buscando una solución. Trató de abrir

los cajones del papel, pero esta siguió con su faena.

Al final, el cargador de papel comenzó a llenarse más de la cuenta y los sudores de Alicia eran tantos que empezó a notar la camiseta empapada. No podía ser un desastre en aquel trabajo.

Quitó los papeles y siguió buscando cómo detenerla.

—Por favor, bonita, detente ya que me buscas un lío.

Y, por arte de magia, hizo justamente eso. Alicia abrió los brazos a causa de la alegría y comenzó a saltar contenta.

—Eres genial —comentó sonriente.

Miró la gran cantidad de papel desperdiciado, necesitaba un plan para hacer desaparecer eso sin que los ecologistas se le echaran encima. Aquella empresa se tomaba muy en serio su papel con el mundo, cosa que admiraba, pero no pensaba morir por eso.

—¿Todo bien, Alicia?

La voz del señor Reed hizo que se quedara congelada al instante con los brazos extendidos por sus saltos y girase hacia él tratando de no morir de miedo.

En sus manos llevaba el portátil que acababan de usar durante la reunión y comprendió que no había presenciado ningún truco de magia. Él había cancelado la impresión.

«Tierra ábrete y escúpeme al otro lado del mundo», pensó.

—Lo siento mucho, de verdad. No me he dado cuenta.

Maddox, tras unos segundos en absoluto silencio, rio a causa de su cara de preocupación.

—Coge todos los papeles y llévalos a mi despacho. Vamos a triturarlos antes de que te crucifiquen en la sala de reuniones.

Tardó unos segundos en reaccionar, sin embargo, cuando comprendió que la estaba ayudando no tardó en hacer lo que le había pedido.

—Gracias.

—Nada, a todos nos ha pasado.

Claro, embobarse por culpa de los jefes debía ser deporte nacional en aquella empresa, y ella había caído el primer día.

CAPÍTULO 6



—Pero, ¿estás bien?

Alicia, con la boca llena, asintió ante la pantalla de su ordenador. Había tenido tanta faena que no le había dado lugar a comer en todo el día. De camino a casa un local de comida china hizo que su apetito se presentase fuertemente.

Cristina sonrió satisfecha.

Estaban compartiendo una llamada por *Skype* mientras una cenaba y la otra desayunaba.

Eran amigas desde hacía tantos años que podían pasar por hermanas. Se habían conocido en el colegio, cuando todavía comían tierra y disfrutaban pintando con todas las partes de sus cuerpos.

Cada una había elegido una carrera distinta, sin embargo, eso no había mermado su amistad. Seguían tan unidas como en el instituto, el momento en el que no se separaban ni para ir al baño.

—Mis jefes son fantásticos y la presentación ha ido genial. Ya sabes, no ha habido fuegos artificiales, pero han quedado satisfechos.

Cristina le pegó un sorbo a su leche de soja mientras ella devoraba el pollo con almendras, que sabía a gloria, y gimieron a la vez.

—Te extraño mucho. ¿Estás segura de que no quieres volver?

La pregunta de su amiga le rompió el corazón. De todo su entorno era la persona que peor había gestionado su marcha. Al principio había estado enfadada durante días, no le había contestado los *WhatsApps* y no había

cogido las llamadas. Después, pasó a la táctica del chantaje emocional para hacer que se quedara y, finalmente, aceptó su marcha no sin llorar a moco tendido en el aeropuerto.

—No creas que no he pensado volver en algún momento. Sobre todo, los primeros días.

Cristina la fulminó con la mirada.

—Lástima que no te subiste a un avión de vuelta.

La comprendía y se alegraba de tenerla como amiga. Sabía que podía contar con ella pasase lo que fuera.

—Sabes que puedes venir a verme. Puedes pasar las vacaciones aquí.

—Sí, siempre y cuando te hayas cambiado a un apartamento.

Aquel comentario fue como una daga en el pecho, seguía en ese motel vigilando que no hubiera ningún bicho acechando. La búsqueda de piso estaba siendo peor de lo que había vaticinado al principio, los precios elevados dejaban lejos la posibilidad de tener algo para ella por pequeño que fuera.

—Creo que voy a tener que alquilar una habitación o irme a la periferia. Los precios están por las nubes.

Cristina acabó su café y lo dejó sobre la mesa donde tenía el ordenador apoyado haciendo temblar la pantalla.

—Buscaré por internet y si veo algo te lo paso para que puedas ir a visitarlo.

Era muy amable.

Cambiaron de tema, en España llevaban unos días de lluvias muy intensas y gran parte del país estaba viviendo fuertes inundaciones. Además, le había explicado el transcurso de las fiestas mayores del barrio.

—¿Y qué me dices del mecánico? ¿No has vuelto a verlo?

Que le preguntase sobre Justin hizo que se atragantase con un poco de arroz tres delicias. Escupió sin ningún miramiento sobre la pantalla al mismo tiempo que luchaba por respirar.

—¿Por qué me preguntas por él? Casi me muero por tu culpa —se quejó mientras limpiaba el ordenador.

Eso no impresionó a su amiga.

—Porque os quedó algo a medias y te dijo que te debía un orgasmo.

Alicia supo que había hecho mal en explicarle lo ocurrido. Al mismo tiempo, era su mejor amiga, y eso significaba poder contarle todo sin miedo. Había compartido ese momento con ella porque había sido digno de mención.

—No pienso volver a pasar por allí jamás —susurró apurando su plato.

—¿Sabes que no se pueden dejar las cosas a medias? ¿Y si te mueres? Volverías como un fantasma por no follar con ese tipo caliente. Haz lo que tengas que hacer y a otra cosa.

Para Cristina las cosas eran blancas o negras, no había colores de transición, en su vocabulario no existía esa denominación. Además, ella no se hubiera pensado dos veces regresar para acabar aquello.

Alicia, en cambio, era distinta. Tímida al principio, sabía que aquello había sido un error. ¿Y si él había cambiado de opinión? No quería parecer desesperada, no es que no lo estuviera, pero aparentarlo no era algo que entrara en sus planes.

—No creo que vaya a hacerlo —se sinceró.

Cristina suspiró.

—Lo sé. Yo sí lo haría.

Y ahí radicaba la diferencia entre ambas, ella era muy lanzada, sin embargo, Alicia solía pensarse más las cosas.

—¿Y el vaquero guapo de al lado?

Dio un brinco y casi cerró la pantalla del portátil cuando sintió las palabras.

—No grites. Estas paredes son de papel y te puede oír. Ya tuve bastante con que viniera a salvarme por la cucaracha maligna.

Miró a sus lados sabiendo bien que estaba sola, lo que provocó que ambas arrancaran a reír. Comenzaba a sentirse paranoica.

—¿Y qué me dices de tu jefe?

Vale, lo de Cristina rozaba ya la obsesión. Estaba centrada en que su vida íntima se alegrase más de lo que ya lo estaba.

—Pero si Manhattan ya es una fiesta, ¿para qué quieres que me meta en un lío?

La ceja derecha de su amiga subió y la miró pícaramente.

—Donde esté un buen meneo que se quite lo demás —contestó convencida

con ahínco.

Alicia fue a por el postre, había elegido un helado de chocolate para acabar de superar el día tan largo. Ahora tenía todo un fin de semana para descansar, hacer turismo y conocer un poco más aquel lugar.

—Vete a dormir que te veo cansada.

Lo estaba mucho más de lo que ella creía. Se fijó en sí misma y descubrió que tenía débiles calambres en sus piernas, señal de haber estado demasiadas horas de pie. El sueño no iba a tardar en llamar a su puerta, así pues, asintió dándole la razón.

—Te quiero, Cris.

—Y yo a ti, Ali.

No se molestó en poner el portátil en su funda, lo dejó a los pies de la cama y se desplomó sobre la almohada.

Los consejos de su amiga rondaron su mente unos minutos. ¿Y si tenía razón? No podía volver a modo de fantasma porque no iba a disfrutar lo mismo. Miró el teléfono, era demasiado tarde para llamar, no obstante, entró en *WhatsApp*.

Él había estado en línea hasta hacía quince minutos.

Escribió y borró antes de enviarlo. Volvió a marcar las letras para hacerlas desaparecer al momento.

No era valiente.

«Di que quieres volver a verme, anda». El mensaje de Justin llenó su pantalla.

¡Oh, sí! Había pasado de estar desconectado a en línea sin que pudiera darse cuenta. ¿Cómo no había reparado en ese detalle?

«Eres un creído», contestó.

«Puede, pero eras tú la que me escribía».

Touché.

Alicia sonrió sin que reparase en ello.

«Y tú el que mirabas», le dijo para ganar el asalto.

Justin se mantuvo en silencio unos segundos que se le hicieron eternos. Al final, cuando el sueño comenzaba a vencer, siguió hablando.

«¿Qué haces este fin de semana?».

Estuvo tentada a decir que pensaba huir, no obstante, sintió como la voz de su amiga llegaba a su mente de forma imaginaria.

«Turismo y seguir buscando apartamento», contestó sin mentir.

Otra vez en silencio un buen rato. Cerró los ojos para reposar la vista y perdió la noción del tiempo. Fue como si todo se apagara con un botón central, dejando su cuerpo inerte sobre la cama.

De pronto, su tono de llamada la sobresaltó. Buscó a tientas su móvil, que había caído al suelo.

—¿Sí?

Volvió hacia la almohada y se colocó en posición fetal.

—Lo siento, no sabía que estabas tan cansada.

Alicia suspiró.

—El nuevo trabajo es agotador, pero no me quejo. Me tratan bien —susurró.

Estaba a punto de quedarse dormida por mucho que su subconsciente le decía que mantuviera los ojos abiertos.

—¡Qué pronto! Me alegro por ti.

Era muy amable.

Cerró los ojos lentamente como si, haciéndolo así, él no pudiera descubrirlo.

—¿Quieres que te enseñe la ciudad? —preguntó susurrante.

Alicia quiso pensar, lo intentó con ganas sabiendo bien que su mente se acababa de desconectar.

—¿Sólo guía turístico o algo más?

Justin tosió un poco.

—Puedo ser lo que tú me pidas.

Esa era la frase más morbosa y caliente que le habían dicho en toda su vida. Sonrió satisfecha asintiendo para un hombre que no era capaz de ver lo que hacía.

—Antes de visitar algo tengo que ver un par de pisos y, con suerte, tendrán un precio aceptable. Después turismo.

—De acuerdo, tú mandas. ¿Ves que bueno soy?

El mejor, demasiado bonito para ser verdad.

Morfeo ganó la batalla. Sin darse cuenta, dejó caer el móvil que había colocado sobre su oído estratégicamente para no tener que aguantarlo con las manos. No se despidió ya que fue incapaz.

—Dulces sueños, extranjerita.

CAPÍTULO 7



Justin sonrió cuando Alicia apareció por la esquina de su calle con unas gafas de sol enormes y un café en la mano. Ese día había elegido una camiseta con el logotipo de Batman amarillo en el centro y unos shorts negros. Llevaba un bolso mochila de cientos de colores que se colocó bien.

—Buenos días. ¿Has descansado? —preguntó.

Alicia subió las gafas a su cabeza antes de sonreír. Sí, tenía el rostro resplandeciente y esa era señal de una buena noche.

—He dormido como una niña, si alguna cucaracha se ha paseado sobre mí no me he enterado de nada.

Frunció el ceño ante esa afirmación.

—¿Cucaracha? ¿En qué clase de agujero estás metida?

Se encogió de hombros restando importancia al hecho de que estaba conviviendo con insectos y se colocó, nuevamente las gafas haciendo que no pudiera ver sus hermosos ojos.

—El primer motel que encontré sin GPS y que tenía un precio aceptable.

Ser nuevo en la ciudad no era fácil. Ya resultaba dura para un nacido allí, para ella debía ser mucho peor.

—Pues es tu día de suerte. Anoche estuve mirando pisos y hay un apartamento que puede gustarte.

Alicia pegó un sorbo a su café.

—Bueno, si, por mirar no pierdo nada. Me han gustado muchos, pero necesito que casi regalen el precio —rió siendo increíblemente sincera.

Justin sintió cómo algo en su pecho se removía, sentía algo de lástima por las catástrofes que había sufrido desde su llegada a Manhattan. Esperaba poder cambiar el rumbo de su estancia.

Giró sobre sus talones y señaló hacia la derecha.

—Si te parece bien, nos ponemos en marcha. Tengo mi coche unos metros más abajo.

Ella no reaccionó al instante, tardó unos segundos en procesar la información como si tuviera que pensar bien sus siguientes palabras.

—¿En tu coche?

Él sonrió ante la pregunta.

—Te prometo que no estoy intentando nada contigo. Es solo para que podamos ir más rápido —explicó para que no lo temiera.

El gesto que hizo subiéndose las gafas fue más sexy de lo que jamás pensaba reconocer. Ella y sus enormes ojos dudaron un poco antes de humedecerse los labios para hablar.

—Pero es solo ver pisos —inquirió.

—Nada más y nada menos —contestó sin dudar.

Ella no necesitaba más complicaciones, solo alguien que le echase una mano ahora que estaba algo perdida. No iba a hacer nada que no quisiera y él no iba a ser un baboso a sus pies.

—Vale, gracias.

No tenía por qué darlas, después de lo ocurrido con Rash se sentía en deuda con ella. Tal vez ese polvo prometido nunca llegaría, pero había encontrado una forma distinta de ayudarla.

Antes de dirigirse hacia el coche, ella guardó sus gafas de sol en el bolso y sacó las de vista; le quedaban mejor y le añadían un toque intelectual que le daba demasiado morbo. No obstante, se contuvo sin decírselo para no hacerla sentir incómoda.

Su coche era un utilitario funcional en una ciudad inmensa y aglomerada. Tenía tres puertas y era de tamaño reducido para poder aparcar en cualquier sitio. Después de tres coches enormes había aprendido la lección. Era rojo llameante, el único detalle que concordaba con los anteriores; le gustaba ese color.

Abrió con la llave y, tras una señal acústica emitida por el coche, fue hacia su asiento mientras ella entraba en el del acompañante.

Justo al cerrarse ambas puertas, Justin no pudo reprimir comentar:

—Ahora podría ser un asesino en serie y tirarte en algún vertedero.

Alicia lo miró sin inmutarse antes de acabar su café de un gran trago. Se relamió los labios en busca de alguna mancha marrón y sonrió.

—Eso sería curioso porque, según las estadísticas, es muy difícil toparse con un asesino en serie y en este coche ya hay una.

Touché. Aquella mujer jugaba en otra división cuando se trataba de humor.

Lo dejó sin palabras, algo que no solía suceder con frecuencia. Así pues, echó la cabeza hacia atrás y arrancó a reír a carcajada llena.

—Reconozco que esa ha sido muy buena —comentó.

A pocos metros del inicio de trayecto el móvil de la joven comenzó a sonar. Se apresuró a cogerlo y, Justin, reparó en la sonrisa que lució antes de descolgar.

—¿Sí?

El interlocutor habló un poco. Pudo deducir que se trataba de trabajo dado que hablaban de informes y reuniones. Pocos minutos después se despidió.

—Feliz fin de semana, señor Reed.

Al parecer, «el señor» dijo algo que provocó que ella rectificase casi al instante.

—Maddox.

Colgó, guardó el teléfono en su bolso y se apoyó acomodándose en el asiento sin mediar ni una sola palabra. Justin imitó su silencio antes de mirarla de reojo y comprobar que ella también lo miraba así.

—¿Señor Reed? ¿Maddox? ¿Y esa sonrisa antes de coger el teléfono?

Alicia inclinó la cabeza hacia la derecha hasta apoyar la frente en el cristal. Su silencio fue tan sepulcral que provocó que una punzada de celos retorciera sus intestinos.

—¿Por eso ya no has querido retomar lo que dejamos a medias?

Ella lo miró tan intensamente que casi provocó que impactaran contra el coche que tenían delante detenido por el semáforo en rojo. Ambos

sorprendidos, compartieron un segundo solo para ellos.

—No te conozco, pero pareces algo celoso.

La complicidad nació entre ambos sin que se dieran cuenta, como si conectaran de una forma que no sabían posible. Alicia parecía ser una amiga que llevaba mucho en su vida y a la que podía contarle cualquier cosa.

—¡Claro que estoy celoso! No se puede comparar un polvo sobre una impresora que el que yo podía ofrecerte en una cabina de camión.

Ella levantó el dedo índice para remarcar un punto de su teoría.

—Nos interrumpieron en tu maravillosa cabina. No sé si lo recuerdas, porque yo sí. Estabas comiéndome con la boca cuando un amigo tuyo entró como si nada al taller.

No iba a perdonarle a Rash ese momento en la vida. Nunca antes había besado a una clienta, pero empezaba a ver que Alicia era diferente a eso.

Llegaron al lugar e hizo subir el coche a la acera siguiendo un camino de piedras blancas que llevaba al garaje. Aparcó justo en la puerta ante la atenta mirada de aquella joven.

—Si no puedo permitirme un apartamento, mucho menos esto.

Justin llevó su mano a la guantera, lo que provocó que ella se encogiese pensando que se le lanzaba encima sin avisar.

—Tranquila, no muerdo —la tranquilizó sin quitar la mano del salpicadero al mismo tiempo que se miraban.

Una risa nerviosa se escapó por la comisura de sus labios.

—Bueno —remarcó—, siempre que no quieras, porque si lo pides puedo hacerlo.

Alicia hizo un aleteo con sus pestañas acercándose a él tanto que sus labios casi pudieron rozarse. Justin sintió como su respiración se entrecortaba por culpa de la cercanía, estaban a un suspiro de volver a sentirse y, esta vez, no iba a dejarla escapar.

—Ahora lo veo claro: te gusta pavonear.

Y salió del coche dejándolo sorprendido, se mordió el labio inferior y tomó lo que quería de la guantera.

No podía pagar esa casa por muy buen puesto que tuviera. Aquel lugar era bonito, pero no pensaba fijarse demasiado para no hacerse burdas ilusiones. Conocía su economía a la perfección.

Era una casa de dos plantas, lo curioso era que tenía dos puertas principales como si la hubieran dividido en dos casas independientes la una de la otra. La de arriba tenía las persianas arriba y una planta en cada ventana, que dicho sea de paso eran muchas.

La de abajo parecía vacía, con todo cerrado y sin señal de vida en ningún lado. La fachada era color beige como la superior y también compartían el aluminio marrón de las ventanas.

El jardín era bonito, no estaba perfectamente cuidado, sin embargo, se veía limpio y sin mala hierba. Le pareció curioso ver un porche partido en dos como si hubieran querido dividirlo para que cada piso tuviera un trozo, solo les había faltado una línea blanca divisoria.

—¿Qué me dices? ¿Te gusta?

Alicia asintió.

—Sí, pero le he cogido cariño a las cucarachas.

No tenía dinero para algo así, había visitado pisos más pequeños con precios tan elevados que parecía un insulto.

—No lo des todo por perdido, lo ves y después vemos precios —comentó Justin agitando unas llaves.

Ella las señaló sorprendida.

—¿Por qué las tienes?

—Porque soy amigo del dueño y le he pedido el favor.

Eso no le gustó, no quería quedar en deuda con nadie. Ella misma iba a ser capaz de salir de ese atolladero sin tener que abusar de nadie y mucho menos de un completo desconocido.

—No, creo que será mejor ir a ver algunas de las que tengo apuntadas.

Giró sobre los talones buscando la forma de salir de ahí antes de que la tomase por el codo, con suavidad, y la girase hacia él.

—Alicia, solo es una visita. Si no te interesa vamos a otra y listo.

Negó fervientemente.

—No quiero deberle nada a nadie y que tú molestes a un amigo por mí me molesta.

Ella era una mujer independiente y no necesitaba a nadie. Tarde o temprano encontraría un lugar aceptable para dejar el motel donde se hospedaba. Puede que no fuera el Palace, pero estaba limpio.

—Vamos, extranjera, no seas miedosa.

Justin arrancó a andar hacia la puerta principal esperando que la siguiera. La joven se quedó clavada en el suelo y, como si de una rabieta se tratase, se cruzó de brazos negándose a andar.

Él la ignoró, abrió la puerta dispuesto a entrar sin importarle mucho la decisión que ella tomase.

Alicia suspiró.

—No piensas dejarme aquí sola... ¿verdad? —dijo en voz alta.

Una mujer pasó tras ella y se la quedó mirando como si hubiera enloquecido por hablar sin nadie alrededor.

—Que no estoy loca. Justin está ahí mismo —explicó señalando a un jardín completamente vacío.

«Vale, Alicia. Plan B, que pareces más loca todavía», pensó cuando la miró todavía peor.

Se llevó los dedos a la oreja derecha y fingió tener el manos libres del móvil.

—Sí, voy a ver este piso antes de bajar. No tardaré mucho.

Justin rio apoyado en la puerta principal, estaba disfrutando con aquel momento que estaba contemplando. Aquello era mucho más vergonzoso ya que él sí sabía cómo había fingido una conversación que no existía.

—Tengo una cosa clara: de actriz no podías ganarte la vida —se mofó.

Alicia suspiró dejando caer la mano sobre su cintura.

—No quería que pensase que estoy para encerrar en un psiquiátrico.

—Tarde.

Ella se temía lo mismo, no tenía salvación, así pues, echó a andar hacia el apartamento para dar una vuelta. Cuanto antes acabasen, antes podrían

marcharse a otro lugar sin perder más tiempo.

—Bienvenida a tu humilde morada.

«No vas a matarlo, todavía», pensó tratando de controlarse.

Aquel lugar era mucho más acogedor de lo que parecía desde fuera. Al entrar había una diminuta entrada con un gran espejo que tenía unos pequeños ganchos alrededor para colgar las llaves.

Siguió a Justin hacia el comedor, era sumamente amplio y con un gran ventanal que se extendía por toda una pared. Le encantó ver que, bajo la ventana, habían construido un alféizar con cojines para sentarse.

El resto estaba vacío, no había mueble alguno salvo una lámpara con tres focos que no alumbraba demasiado.

—Allí tienes la cocina.

Era pequeña, pero funcional. Tenía los electrodomésticos básicos y una barra larga que la separaba del comedor. Por la parte de afuera había dos taburetes negros para usarla a modo de mesa.

—Es bonita —dijo sin demasiado entusiasmo.

No quería que aquel lugar le gustase. Lo cierto era que las condiciones eran mucho mejores que la de los otros que había visitado esos días. En todos había alguna pared desconchada o suciedad.

Aquella casa había sido cuidada y pintada hacía muy poco. Lo supo porque no encontró ninguna marca de cuadro o mueble en ese color beige clarito.

—Te enseñaré la habitación y el baño.

La guio sin preocuparse cuando no contestó. Caminó hacia aquella estancia que la enamoró.

No había mueble alguno, pero en su mente se dibujó la habitación de sus sueños. Era totalmente cuadrada y con una gran ventana con los mismos cojines bajo ella. Se vio a sí misma leyendo libros después de un agotador día de trabajo.

—Cabe perfectamente una cama *plus size*.

Sí, lo hacía y eso le gustaba porque podía dormir ampliamente sin sentir claustrofobia como le pasaba en el motel.

Esa vez tomó la iniciativa y siguió investigando por ella misma. Descubrió un baño con una ducha en la que cabían dos personas, lo que provocó que su

imaginación volara con su acompañante. A riesgo de ser descubierta, decidió disimular saliendo de allí para ver la puerta que quedaba al final de la habitación.

Justin la abrió y Alicia contempló un pequeño jardín vallado con un gran árbol en el centro. Aquel lugar era mágico.

—A este patio trasero solo se tiene acceso desde el piso inferior así que, sería solo para ti.

Él hablaba como si tuviera el alquiler ya en el bolsillo. Eso la molestó, pero decidió ignorarlo y salir allí para refugiarse en la sombra que el árbol proporcionaba.

—Bueno, ¿qué me dices? Este es el precio.

Le mostró la pantalla de su móvil con una cifra muy inferior a las que llevaba viendo esos días. Frunció el ceño extrañada.

—Esto es la mitad de lo que están pidiendo por la zona. Tu amigo va a perder dinero con este alquiler.

Justin suspiró.

—Dividió esta casa al poco de recibirla de herencia. Está pagada, no necesita mucho para mantenerla y tiene buen trabajo. Coge el alquiler antes de que alguien se adelante.

Eso tenía truco y lo veía venir. Seguramente era un psicópata, un asesino o un recolector de órganos. En vez de alquiler querría cobrárselo en especies y no las de la cocina.

—Lo siento, no puedo.

Él se extrañó de la respuesta.

—No comprendo. Creo que esto es mucho mejor del motel donde estás.

Alicia asintió.

—Lo es, pero no pienso vender mi cuerpo o mis órganos por vivir aquí. Eso tiene que ser trampa y lo siento si te ofende lo que digo de tu amigo. ¿Sabes si es de fiar?

Justin rio antes de pasearse por el jardín. Le indicó que lo siguiera y, sin saber bien el por qué, lo hizo. Atravesaron el apartamento a toda velocidad llegando al exterior donde se dirigió escaleras arriba y eso le provocó dolor en el estómago.

No tenía claro si quería conocer a su próximo asesino.

Vio que sacaba otras llaves y abría la puerta.

—¿También tienes llaves?

Él ya no pudo más que mirarla con suma ternura.

—Dime que no eres tan inocente como para no entender que soy el dueño de la casa.

La sorpresa la golpeó, pero trató de disimular. No lo consiguió porque él comenzó a reír sin control. Al final, Alicia no pudo más que hacer un leve puchero enfadada consigo misma.

—No quiero quedarme aquí —sentenció enfadada.

—Sí quieres. Te he visto los ojos brillar cuando has visto ese patio.

Bufó algo molesta.

—Vale, el sitio está muy bien, pero es como si te estuviera estafando.

No podía aceptarlo.

—Entra, anda, y lo hablamos con un refresco.

Aquel hombre no escuchaba, estaba convencido con lo que ofrecía y sabía que ella no podía negarse a algo así. Respiró profundamente antes de entrar en su casa, se mentalizó de ser fuerte y no dejarse ganar el pulso por muy bien que lo hiciera.

La disposición de la planta superior era similar, salvo por la diferencia de que había una habitación extra que usaba de trastero. Estaba amueblado con todos los muebles de color blanco. La verdad es que era un minimalista, no había rastro de fotografías, figuras o plantas.

—¿Qué te parece? —preguntó sabiendo bien lo que pasaba por su mente.

Alicia fue hacia el sofá gris del comedor y tomó asiento. No podía decir que aquel lugar era feo, ya que no lo era. A ella le gustaba más una decoración con algo más de personalidad, pero encontrarlo todo tan limpio, visualmente hablando, era agradable.

—Es bonito.

—Yo lo llamaría práctico. Cuando paso el trapo para quitar el polvo apenas tengo obstáculos.

No lo puso en duda.

De pronto algo saltó a su espalda y, ella, contestó gritando como si le fuera la vida en ello. Cuando se puso en pie para huir de su atacante vio cómo una gran bola de pelo negra caía de sus hombros al asiento.

Un ligero «miau» le indicó que «su peligroso atacante» no era más que un pobre gato cariñoso.

—Mr. Boots, ¿te ha asustado esa malvada mujer? —preguntó Justin tomando al felino entre sus brazos, abrazándolo.

El animal la miró como si le perdonase la vida antes de frotarse contra su amo entre ronroneos.

—Me ha asustado.

—Él es así, tiende a subirse encima de todos los recién llegados.

Se acercó a ellos estirando un poco la mano con cierto temor. Era una amante de los animales, no obstante, no habían empezado todo lo bien que cabía esperar. Boots olfateó sus dedos antes de aceptar su toque y ronronear.

—Es muy suave.

—Si vives abajo podrás verlo siempre que quieras.

Eso era chantaje. Lo fulminó con la mirada, algo que no hizo el mínimo efecto en él, que sonrió escondiendo el rostro entre el pelaje de aquella mini pantera.

—Podrías sacar mucho más dinero con ese apartamento y lo sabes.

Justin dejó al animal en el suelo y fue a servirles un par de vasos de un refresco con gas.

Alicia tomó asiento cerca de Mr. Boots, lo que hizo que el animal aprovechara eso y se sentara sobre su regazo.

—No quiero hacerme rico con el piso de abajo. Cuando heredé esta casa vi que me sobraba espacio y lo remodelé por mero aburrimiento. Lleva terminado cerca de un año y todavía no lo he puesto en alquiler.

Alicia se sintió algo confusa.

—¿Y por qué me lo ofreces?

Tomó asiento a su lado, su cercanía le hizo pensar en los cientos de cosas que podían ocurrir sobre ese sofá. Allí nadie los interrumpiría, pero su posible nueva relación dejaba un problema de base.

—Yo no soy nuevo en la ciudad, no obstante, sé lo difícil que es abrirse

camino. A mí me ayudaron en su momento y creo que es algo cósmico devolver el favor ayudando a otro.

Por mucho que tuviera sentido había algo que no le parecía correcto. Si él era su casero tener una relación sexual esporádica podía complicar mucho las cosas.

—¿Qué me dices? ¿Te animas a ser mi vecina?

Alicia tomó un sorbo largo. Ante ella tenía la posibilidad de dejar el motel y, con ese precio, podía ahorrar lo suficiente como para comprar un coche a corto plazo sin necesidad de alquilarlo.

—Antes me gustaría dejar algo claro —comenzó a decir.

Él prestó total atención.

—Si vas a ser mi casero, entre tú y yo no puede pasar nada —dijo señalándolos a ambos—. No es ético. Además, si después pasa algo podrías subirme el alquiler, echarme a la calle o el simple hecho de vernos puede resultar incómodo.

Eso sí cambió su gesto, no le gustó tanto y lo pudo notar por las muecas que hizo en completo silencio. Finalmente, suspiró.

—Creo que tienes razón. Algo entre los dos podría complicarlo todo. Siempre podemos darnos un beso de despedida —se mofó.

Iba a tener que acostumbrarse a ese carácter tan bromista, al parecer, iba a vivir sobre ella; literalmente hablando.

—En parte no está mal. Ahora necesitas más un amigo que otra cosa. Además, estoy muy desaprovechado como guía turístico.

Alicia rio.

—Pues tendré que contratar tus servicios.

Él enarcó una ceja de forma tan sensual que estuvo a punto de romper el pacto al que acababan de llegar.

—Estoy en oferta, así que, aprovéchate de mí todo lo que quieras.

Él sabía jugar con las palabras de un modo divertido, las giraba hasta hacer que todo pareciera tener doble sentido. Iba a ser difícil resistir la tentación de que hubiera algo más, pero siempre podía mudarse si las cosas cambiaban entre ellos.

Por ahora él era el único cabo que le habían tirado mientras se ahogaba en

el océano. No debía ser tan malo aferrarse a la vida.

—Además, mis amigas dicen que soy un gran amigo.

Alicia entornó los ojos.

CAPÍTULO 8



Alicia tardó casi media hora en hacer entender al recepcionista que dejaba la habitación a finales de semana. Al final y, por suerte, apareció su vecino cowboy para hablar con el buen hombre.

—Gracias, te debo una.

Él solo se colocó bien el sombrero como respuesta.

—Sé que mi inglés no es muy bueno, pero ese hombre lleva más tiempo viviendo aquí para no pillar lo que digo.

Entonces lo escuchó reír. Al parecer pensaban lo mismo.

—Así que no voy a tener que dormir pendiente de si mi vecina está en apuros —comentó el cowboy.

La imagen de la cucaracha llenó su mente, iba a recordarla toda la vida así por un momento en apuros.

—No es de buen caballero hacerme recordar un momento tan bochornoso.

Ellos iban camino a sus respectivas habitaciones y, sin darse cuenta, el tercio de la conversación había cambiado sustancialmente. Fue como si fueran dos extraños conociéndose por primera vez y viéndose con diferentes ojos.

—¿Ahora soy caballero? Tal vez y haciendo honor a mi cargo, debería invitarte a salir antes de que te pierda de vista.

Alicia se sorprendió con sus palabras, pero supo disimular lo suficiente como para que no lo notase.

—Salir, ¿eh? ¿A cenar?

Estaba siendo algo inesperado, nunca se habría imaginado que le pidiera

una cita, sin embargo, no le desagradaba la idea. No iba a imaginarse nada romántico o pensar en tener sexo, con una noche agradable se conformaba.

Lo miró con cierta timidez. No era un tipo feo y había comprobado cómo muchas disfrutaban con las vistas mientras se paseaba por el aparcamiento al regresar de correr. Puede que ella fuera una de esas, pero una mirada rápida no hacía daño a nadie.

—Por mí puede ser mañana mismo —se apresuró el Cowboy.

—¿Cómo una despedida?

Él inclinó la cabeza mirándola tan intensamente que no tuvo claro si pensaba lo mismo.

—Algo así —contestó al final.

Hunter podía ser mucho más de lo que parecía. Bajo esa imagen de vecino entrañable se escondía un hombre alto y apuesto.

—Bien, mañana pues. Como sabes dónde vivo no hace falta que te lo diga. Nos esperamos en la puerta.

Él asintió.

—¿A las seis?

Alicia aceptó antes de despedirse y entrar en su habitación. Justo en el momento en el que cerró la puerta se apoyó en ella, se deslizó con lentitud y dejó que su trasero reposara en el suelo.

«Voy a tener una cita con Hunter», pensó.

Buscó su móvil a toda velocidad cuando empezó a sonar. Frunció el ceño cuando comprobó que se trataba de Justin.

—Aún no soy tu vecina, ¿y ya no puedes vivir sin mí? —preguntó con una sonrisa dibujada en su rostro.

Él rio.

—Le he comentado a Rash que voy a tener a alguien en el piso de abajo y me ha ofrecido un par de muebles viejos que tiene en el trastero. No son muy modernos, pero pueden servirte hasta que puedas comprar algo. Y te llamaba para pedirte permiso para entrar en el piso y dejarlos dentro, tú ya te gestionarás como quieras.

Era demasiada información de golpe, sin embargo, comprendió todo lo que le decía. Asintió sabiendo bien que él no podía verla.

—¿Quién es Rash? No lo conozco.

Su interlocutor tosió.

—Sí. Lo viste el primer día... —canturreó dando a entender de quién se trataba.

¡Oh, sí! Cayó al momento.

—No necesito nada, gracias —contestó tajantemente.

De pronto, Justin arrancó a reír, se escuchó cómo cerraba una puerta y salía a la calle. Escuchó el tránsito y dio por hecho que estaba fuera del taller.

—Alicia, solo quiere ayudarte.

No lo ponía en duda, pero después de la pequeña presentación que habían tenido no podía pensar algo bueno.

—Gracias, no quiero deber nada a nadie y parece que te cuesta entenderlo.

Fue más brusca de lo que pretendía, así que pidió disculpas en cuanto se dio cuenta de su tono.

—Pues es tarde. Como no hemos firmado el contrato sigue siendo mi piso y te lo hemos dejado todo colocado. Como inquilina puedes quitarlos si quieres, sin embargo, en cuanto abandones el piso me gustaría recuperarlos en su estado original.

Alicia no salía de su asombro. Tomó un par de bocanadas de aire antes de seguir con aquella conversación.

—¿Y para qué me has pedido permiso si has hecho lo que has querido?

—Porque pensé que me dirías que sí.

Su sinceridad resultaba abrumadora, comenzaba a ver que era así, casi sin filtro. Pensó en Rash, no le gustaba empezar a deber favores, pero necesitaba algo de ayuda para mejorar su estancia en Manhattan.

—Dile que le debo una.

—Con una cena lo arregla.

Alicia suspiró.

—Se me van a acumular las citas.

Y se hizo el silencio antes de que Justin contestara a ello.

—¿Ya has pasado de mí ahora que somos amigos?

Se sonrojó un poco pensando en Hunter.

—Es solo una cena de despedida. Mi vecino me echó una mano para hacerle entender al recepcionista que me iba.

Fue incómodo hablar de eso con la persona con la que había tenido algo más que palabras. Eran los nuevos términos de su relación, sin embargo, no dejaba de ser extraño.

—Eso es bueno. También tienes que pasarlo bien.

Suspiró aliviada. Tenía claro que aquel hombre no mandaba en su vida, pero tener su aprobación la reconfortó.

—Voy a tener que ponerme las pilas si no quiero pasar el fin de semana frente el televisor —comentó Justin.

Alicia se dejó caer en la cama con un largo suspiro, estaba más cansada de lo que esperaba y sus pies agradecieron estar en alto.

—Te podría presentar a alguna compañera de oficina, si quieres —se ofreció amablemente antes de que él arrancara a reír.

—Mi vida no es tan triste, gracias. Creo que puedo conseguir una cita y que vaya mucho mejor que la tuya con el tipo ese.

«Ese» sonó despectivo, comprendió al instante que estaba celoso con su acompañante. Eso le provocó una sonrisa que Justin jamás vería. También escuchó el reto que se acababa de lanzar al aire.

—Te voy a decir algo muy español: «No tienes huevos».

Y, a pesar de ser de países distintos, surtió el mismo efecto. Tras un bufido fingiendo estar ofendido aceptó sin rechistar. Eso lo hacía más interesante y le daba un aliciente para tomarlo con más ganas.

A causa de su trabajo era una competidora nata, no le gustaba perder y pensaba hacer todo lo necesario para ganar.

—Domingo en el porche de «nuestra» casa. Te invito a un café y vemos a quién le ha ido mejor —concluyó Justin.

Alicia aceptó.

—No vale mentir —repuntó para dejar las normas claras.

—Por supuesto, soy un hombre de palabra. Solo me guardaré para mí los detalles más íntimos. Es lo justo siendo un caballero.

Alicia entornó los ojos antes de resoplar.

—¿Tu ego y tú cabéis en la cama? Porque la pobre mujer que pase la noche contigo no tendrá sitio.

Su risa fue como la de un rayo alcanzando el suelo. Él la ponía nerviosa, tenía un efecto en su sistema nervioso diferente al de todos los hombres con los que había estado, no obstante, no podía tener nada con él mientras fuera su casero.

—Tenemos espacio de sobra para ti si es lo que estás preguntando.

Su contestación la dejó atónita.

—Eso no le gustará a tu próxima cita —regañó como si se tratase de un niño de dos años.

Se sintió ruido a través del teléfono, él parecía estar moviéndose. Estuvo así un par de minutos antes de suspirar y explicarle:

—Ya estoy cómodo y tumbado en la cama.

Ambos estaban de la misma forma. Fue algo extraño, porque parecían una pareja en una relación a distancia hablando después de un día agotador.

—Yo también —confesó Alicia.

No podía saber sus gestos, pero se lo imaginó sonriendo como solo él sabía hacer.

—¿Y qué llevas puesto? —rio Justin de una forma tan sugerente que provocó que un escalofrío atravesara toda su columna vertebral.

Se miró, no llevaba lo más tentador del mundo. Un chándal algo gastado que usaba para salir a correr y quemar energía. No podía dormir si se metía en la cama después de la oficina, el cuerpo necesitaba desconectar de un lado para entrar en el otro.

—No te pondrías cachondo si me vieras en persona, eso te lo puedo asegurar —confesó ella.

Justin rodó por la cama hasta coger la postura.

—¿Y tú qué sabes lo que me pone?

Esa conversación no les hacía ningún bien. Estaba claro que existía cierta tensión sexual entre ellos que debía morir ya. Iban a ser amigos, lo que significaba que no podían estar jugando con un fuego con el que quemarse.

—No deberíamos... —susurró incapaz de seguir con la frase.

Justin se mantuvo en silencio unos segundos.

—Sabes que puedo ser un gran amigo, pero que acabaremos cayendo. Yo solo esperaré a que te decidas.

¿Así de simple? Él daba por hecho que ocurriría algo entre ellos y que ella era la que se negaba en rotundo. No supo cómo sentirse al respecto con aquello, todo se estaba complicando.

Manhattan estaba siendo un gran cambio.

—Sé que necesitas un amigo para sobrevivir a esta ciudad. Los cambios son difíciles.

Sus palabras la conmovieron, estaba mucho más sensible de lo que se sentía en un inicio. Tal vez, marcharse de casa tan lejos no había sido la mejor de sus ideas.

—Y siempre puedes querer un amigo con derecho a roce...

Alicia arrancó a reír. Él era así.

—Me voy a dormir —contestó Alicia.

Lo escuchó chasquear la lengua.

—Buenas noches, extranjerita.

—Dulces sueños, mecánico.

Su risa fue lo último que escuchó antes de colgar y caer dormida, no se molestó en desvestirse o cambiar de postura. Únicamente deseaba descansar y eso hizo, dormir hasta que el despertador sonara para una nueva jornada de trabajo.

CAPÍTULO 9



Justin entró en el taller pleno de energía. La noche anterior había caído rendido tras una corta conversación con Alicia.

Rash entró en pos de él, no parecía sentirse tan bien como su jefe. Se estiró sin muchas ganas y fue directo a la máquina de café, era un adicto a esa sustancia y podía tomar tantos que rozaba la peligrosidad.

—¡Necesito una cita para el viernes! —gritó Justin.

Provocó justo lo que buscaba. Su amigo dio un brinco al mismo tiempo que profesaba tantos improperios que podría haber ruborizado a una monja.

—Qué mal despertar tienes, amigo.

El susodicho lo fulminó con la mirada al mismo tiempo que se acercaba a él con un café doble entre sus manos. Aquel día iba a ser largo e iba a necesitar ese líquido por sus venas para poder acabar vivo.

—¿Qué narices te pasa esta mañana? ¿Llevas tres cafés encima y no me lo has dicho?

Negó con la cabeza sonriente.

—Tengo que ganar una competición con Alicia y necesito una cita. Así que, abre tu feliz agenda y concierta una.

Rash lo miró como si de pronto le hubiera surgido una cabeza de más. Entre el sueño y el desconcierto, el pobre hombre podía ser fotografiado para subir la imagen a las redes sociales, seguro que se hacía viral.

—Pero, ¿tú y ella no os estabais conociendo?

—Cierto, pero ahora va a ser mi vecina y prefiere que seamos amigos. Pues bien, pienso ser el mejor. Y me dijo que «no tenía huevos» a tener una cita. Ya sabes lo mal que llevo el tema de las competiciones.

Su amigo no daba crédito a sus palabras. Suspiró mil veces antes de asentir y tomar su móvil.

—Tú lo que necesitas es una cuenta en estas *apps* de citas. Te abro una en un momento y sondeamos quién es de tu zona para tener una cena pronto.

Esa era una buena noticia. La tecnología facilitaba mucho las cosas con el paso del tiempo.

—A ver, esto casi está. Sonríe.

Él obedeció en cuanto le apuntó con el teléfono, lució la mejor de las sonrisas y dejó que le hiciera tantas como quisiera. Cuando tuvo una aceptable la subió a su perfil. Siguió tecleando unos minutos antes de tenderle el móvil.

—Ya está. Ahora tienes que esperar que alguien te diga algo para quedar.

Justin lo tomó entre sus manos y observó, absorto, su perfil. Había sido algo muy rápido, cosa que le sorprendió. De pronto, frunció el ceño y lo miró con una pregunta entre los labios.

—¿Tú cuántos perfiles tienes?

Rash se sonrojó, al parecer, era un habitual de este sistema de citas. Por ese motivo todos los fines de semana estaba entretenido, no porque hubiera ligado como él siempre decía.

—Unos cuántos. Me gusta expandir mis horizontes —contestó encogiéndose de hombros.

Antes de poder seguir con la conversación un tintineo procedente del teléfono les distrajo. Al encender la pantalla comprobaron que una mujer le había dado un corazón en su perfil.

—Mira, esa quiere quedar contigo —le explicó Rash.

Justin miró el perfil de la susodicha. Al parecer, vivían muy cerca el uno del otro, cosa sorprendente porque nunca antes la había visto.

—¿Así? ¿Tan rápido? ¿Sin un «hola» o algo?

Esa forma de ligar no le gustaba, consideró que se habían perdido muchas cosas por el camino. Ciertamente era que había usado alguna red social para conseguir quedar con alguien, pero nunca antes una *app* de citas. De alguna

forma, lo sintió impersonal, solo números en un gran catálogo en el que ir cribando con cruces y tic en verde y corazones.

—¿Qué esperabas? ¿Flores o una orquesta? —preguntó Rash.

Hizo una mueca.

—Hombre, qué menos que conversar un poco antes de entrar en acción — se quejó.

No quería ir a un sitio donde la persona que fuera a conocer y él no hubieran cruzado ni una mísera palabra. Algunos gustos o una pequeña conversación donde se dieran los buenos días, no era mucho pedir.

Rash abrió un chat con la muchacha que le había regalado un corazón.

—Bueno, abuelo, aquí tienes para hablar con la chica.

¿Era un anciano por querer cruzar dos palabras? Se encogió de hombros aceptando su nueva posición. No le importaba en exceso que pudiera ser mayor solo por no perder el placer de una buena charla.

—A veces, una buena conversación es mejor que una mamada, amigo — comentó Justin presentándose virtualmente a Mariah.

Lo escuchó reír a carcajada llena.

—Te la han chupado poco, te compadezco.

—Grosero —contestó fingiendo estar ofendido.

Hunter estaba a punto de llegar y Alicia no podía estar más nerviosa. ¿Cuándo había sido su última cita? Ya apenas podía recordar ese detalle.

Era simple, se había centrado tanto en su carrera profesional que había descuidado lo personal. Las pocas veces que había ido a tomar algo había sido junto a Cristina y, solo ahora, se daba cuenta de ello.

También estaba la barrera del idioma, puede que lo hablase bien, pero había momentos en los que hablaban tan rápido que le costaba comprender lo que le estaban diciendo. Solo esperaba no tener que cortarle muchas veces para proponer hablar más despacio.

Preso de los nervios tomó el móvil, abrió una conversación en concreto y,

justificándose que era porque Cristina dormía, le escribió a Justin.

«No puedo hacerlo ».

Él estaba en línea, lo leyó y no tardó en contestar.

«¿Nerviosa?».

Alicia rio. Esa palabra no definía cómo se encontraba.

«Aterrada. Hace mucho de mi última cita».

«Entonces, debes decirle que coja luz de minero...».

Frunció el ceño, no comprendía aquella frase.

«¿Minero?».

«Para entrar ahí dentro ».

Quiso matarlo, aunque, al mismo tiempo, gracias a esa frase tan estúpida logró aligerar tensión.

«Eres tonto».

«Lo sé».

Pero uno de los mejores, parte de ella ya estaba algo más calmada y mentalizada para estar a solas con aquel cowboy tan atractivo.

«¿Y si no le gusto?».

Justin escribió un momento, se detuvo y volvió a la carga.

«¿No irás a preguntarme qué te pones? Porque soy un buen amigo, pero no tanto».

Alicia sonrió.

«Lástima, yo te quería enseñar lo sexy que voy... ».

« □ Eso sí que es cruel».

Escuchó el sonido de unos pasos que se dirigían hacia su puerta, las espuelas de los talones le confirmaron que se trataba de su cita.

«Creo que ya está aquí», le anunció a Justin.

Llamaron a su puerta con dos toques suaves, sí, estaba allí.

«Sería tonto si no le gustases».

Sus palabras la animaron, eso había sido demasiado gentil.

«Gracias». Y le envió un corazón.

—¡Ya voy! ¡Diez segundos! —gritó para que Hunter la escuchara.

«Disfruta de la noche», le deseó Justin.

Ambos tenían una cita en pocas horas, solo esperaba que les fuera bien a los dos y tuvieran algo de qué hablar al día siguiente.

«Tú también. Espero que te diviertas», contestó antes de guardar el teléfono en el bolso y salir corriendo hacia la puerta.

Abrió encontrándose con un Hunter, demasiado, arreglado. Estaba vestido con un traje negro que le quedaba como un guante. Seguía teniendo su aire vaquero con sus botas perfectamente pulidas y su hebilla con cuernos que siempre llevaba. Era un toque muy suyo.

De pronto dudó. Ella iba con un vestido azul turquesa hasta las rodillas y un escote muy comedido, casi invisible como diría su amiga Cristina. Se había recogido el pelo con un moño y un pasador de perlas blancas que hacía muy elegante el conjunto.

—¡Estás preciosa! —exclamó contento.

Alicia titubeó unos segundos.

—¿Seguro que voy bien? Entendí esto como una cita informal y no me arreglé demasiado.

Él negó con la cabeza cuando ella se dispuso a huir hacia el interior de su habitación. La tomó por el codo, con gentileza, e hizo que lo mirase.

—Estás perfecta, de verdad.

Alicia no estaba convencida, pero dejó a un lado sus inseguridades y fue a por su bolso. Cerró la puerta de su habitación dispuesta a disfrutar de aquella noche, seguro que aquel cowboy podía hacer de aquella una cita especial.

Él dobló el brazo proponiéndole agarrarse. Dudó un poco, no obstante, no quiso ser descortés y lo tomó. Hunter sonrió glorioso, como si ella fuera un trofeo al que exhibir al público.

Bajaron hacia el coche y todos los que se encontraron sonrieron cuando los vieron con ese nivel de confianza. No le importó, porque pronto iba a estar lejos de aquel lugar. Además, no debía avergonzarse por querer pasar una noche divertida.

Hunter la condujo hasta su coche y, muy amablemente, le abrió la puerta para que tomara asiento.

—Gracias —dijo una vez dentro.

Él ocupó el suyo y arrancó el automóvil. De pronto cayó en la cuenta de que no habían hablado del sitio donde ir a cenar, apenas conocía la ciudad y no sabía dónde acertar para pasar un rato agradable.

—¿Debería buscar algún local en internet? —preguntó sacando su teléfono del bolso.

Hunter negó rotundamente.

—Ya tenemos reserva en un lugar muy especial. No te preocupes.

Confió en sus palabras.

Durante el trayecto pasaron ante el taller mecánico de Justin. Vio a Rash en el exterior hablando con un cliente. La imagen de aquel hombre, justo en el momento en el que se habían conocido, llenó su mente. No iba a poder recordarlo de otra forma que no fuera esa.

Después pensó en el amigo que tenían en común y su cita con Mariah. En una de tantas conversaciones de *WhatsApp* que disfrutaban él había sacado el tema de una forma sutil, casi como si pidiera permiso.

¿Se lo estaría pasando bien? ¿También habría sido tan caballeroso como el cowboy que la acompañaba?

Pocos minutos después llegaron a un gran local. El restaurante ocupaba casi toda la calle, de lado a lado y con tres pisos de altura. El lugar imponía mucho por sus luces extravagantes, la gran hamburguesa que había en la fachada y la cola de espera que había.

—¿Es aquí? —preguntó con cierta timidez.

—Así es. Aquí hacen la mejor carne a la brasa de toda la ciudad —contestó orgulloso.

Aparcaron detrás, en un parking exclusivo para clientes. Antes de que pudiera abrir la puerta, él ya había saltado del coche y se disponía a ello. Alicia no quiso ser grosera, no obstante, se murió de ganas por decirle que eso no era necesario. No era ninguna princesa de cuento.

Camino hacia la puerta, el cowboy tomó su mano izquierda y entrelazó sus dedos con los suyos lo que provocó que, Alicia, se tensara. Era demasiado rápido aquel contacto y apenas se conocían de un par de «holas» y «adiós» camino a sus respectivas habitaciones. Eso sin contar el «momento cucaracha».

—Tenemos reserva para dos.

Dijo el nombre, pero no se molestó en escucharlo.

El recepcionista buscó en su pantalla y cuando lo encontró, les invitó a entrar. Allí tomó el relevo una mujer de mediana edad muy sonriente, casi se sintió fascinada con sus dientes tan blancos. Parecía una actriz recién salida de un anuncio de pasta de dientes.

Alicia empezó a temer que aquella cita no era tan informal como habían acordado cuando, la metre, sonriente, los guio hasta una mesa muy íntima. Toda aquella planta lo era.

La de abajo era para grupos y familias, donde había facilidad para juntar tantas personas como se quisiera. En cambio, donde estaban no.

Estaba todo lleno de sofás que solo daba la posibilidad de sentar a cuatro personas, como mucho, en cada mesa. Cada una con su propia lámpara en miniatura sustituyendo a unas luces de techo apagadas.

Tomó asiento y miró con terror al pobre camarero que se acercó a entregarles las cartas. Cuando los dejó a solas, proporcionándoles intimidad ella se apresuró a sacar el teléfono de su bolso por si tenía que salir corriendo.

No estaba preparada para algo así.

—Esta no es la cita que habíamos acordado —comenzó a decir—. Creí que sería algo más informal.

Él la miró con cierto rubor en sus mejillas y, para alguien tan alto e imponente, resultaba curioso de ver.

—Quería que nuestra primera cita fuera especial, para recordarla toda la vida.

Sus alarmas saltaron en ese momento, sin embargo, decidió ignorarlas en pos de una noche tranquila. Era lo mejor y, seguramente, ella estaba exagerando la situación. Hunter era un hombre amable y se estaba portando bien.

Ojeó la carta, había tantos platos diferentes que necesitó bastante tiempo para decidir qué deseaba cenar.

Pidieron sus platos, él quiso probar uno con nombre extraño y lo pidieron para compartir.

El camarero llegó raudo y veloz con sus bebidas, primero le sirvió a ella y sonrió cuando comprobó que no había ni rastro de ese miedo inicial.

—Es un lugar muy bonito —comentó Alicia tomando un trago.

Hunter asintió orgulloso.

—Conocí este lugar al poco de llegar. Hacen una carne exquisita y me hace sentir como en casa cada vez que vengo.

Él extrañaba su hogar, cosa que comprendió perfectamente. En las pocas semanas que llevaba en Manhattan ya había tenido la sensación de que hacía años que no veía a su familia.

—¿Por qué no regresas? —preguntó.

Él estaba mucho más cerca de su hogar que su querido país natal.

—Todavía no puedo, pero confío en que pronto lo haré.

Ese misterio la confundió. Por una parte, pensó en sus palabras y algo le dijo que tenía que ver con ella.

«Estás loca», pensó.

Sí, comenzaba a sentir que no estaba bien psicológicamente hablando.

Los platos llegaron y la conversación fue fluyendo entre ellos de forma muy natural. Poco a poco descubrieron que tenían muchas cosas en común. Él era un gran bailarín de country y ella era una aficionada a los bailes de salón.

Era un hombre muy culto, apreció su trabajo cuando ella explicó los pormenores de montar toda una campaña publicitaria y escuchó atentamente cuando se volvió algo más técnica.

—¡Esta carne está buenísima! —exclamó dejando que el sabor de la ternera y la mantequilla se fundieran en su paladar.

Casi gimió al probar aquel manjar.

—Estás preciosa comiendo con tanto gusto. Seguro que te encantarían las barbacoas de mi madre.

Casi se atragantó cuando escuchó aquella palabra.

—Estoy convencida de que es una gran cocinera —dijo de forma educada.

Hunter asintió satisfecho con sus palabras. Alabar a una madre siempre daba buen resultado con las personas.

Minutos después, cuando acabaron los segundos platos, vio cómo se

removía inquieto en su asiento. Después, sus mejillas adquirieron un color rojizo y la miraron con cierto pesar.

—¿Todo bien? —preguntó algo asustada con la contestación.

—Excúsame unos minutos. Enseguida vuelvo.

Lo hizo y casi salió corriendo de allí, yendo el baño a toda velocidad. Alicia lo siguió con la mirada y rio.

Ir al baño en las citas era un tema espinoso, algo que no comprendía porque era algo natural. Las reacciones biológicas no podían detenerse por mucho que quisieras, ni aunque estuvieras en plena audiencia con la mismísima casa real.

El camarero llegó con sus bebidas recargadas, se llevó las anteriores y comenzó a servir las nuevas.

—¿Todo bien, señorita?

—Sí, gracias. Estaba algo asustada al principio. Falta de costumbre, supongo —se excusó.

Fue un detalle que quisiera comprobar que todo iba sobre ruedas.

Ojeó el teléfono cuando su acompañante comenzó a tardar en regresar a la mesa. Tal vez se encontraba más indispuerto de lo que parecía en un principio.

«Buenas noches». Había escrito Cristina.

«Buenos días. Estoy en una cita, ya te contaré ».

«Recuerda: sexo, ya».

Entornó los ojos, su amiga no podía pensar en otra cosa que no fuera intimar con la gente. Parecía estar obsesionada con eso y no solo se limitaba a su propia salud íntima, también trataba de controlar la de su amiga.

De reojo comprobó que alguien se aproximaba, bajó el móvil y vio a Hunter totalmente pálido.

—¿Te encuentras bien? No tienes buen aspecto.

Él asintió.

Lo curioso fue que no se sentó en su sitio, se quedó en pie, a su lado y mirándola con tanta intensidad que se temió lo peor.

—¿Estás seguro? —inquirió.

Se ajustó la camisa, la cual estaba perfectamente colocada, y aclaró su garganta antes de sacar el móvil.

—He estado hablando con mi madre unos minutos. Le he hablado sobre ti y de lo fantástico que está siendo nuestro encuentro. Ella hubiera preferido conocerte antes, pero ha cedido cuando le he dicho que te mudarías a vivir a la casa familiar.

Alicia estaba atónita. De pronto, la realidad había cambiado y estaba siendo víctima de una cámara oculta que no podía ver.

Miró a su alrededor en busca de algún presentador que grabase su reacción, pero jamás ocurrió. Eso fue lo más aterrador, que aquello parecía terriblemente real.

Todo empeoró cuando Hunter se agachó hasta poner su rodilla izquierda contra el suelo. Sus manos buscaron algo en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una cajita diminuta de terciopelo rojo.

«Joder, no», pensó asustada.

Alicia se agarró al sofá con las uñas como si de un gato se tratase. Aquello no podía ser real y no podía estarle pasando.

¿Y cómo reaccionó? Arrancó a reír de forma nerviosa mientras comprobaba, con estupor, que todo el comedor los miraba como si fueran una pareja entrañable.

—Hunter... No nos conocemos de nada.

Él la miró con ternura.

—Eso no importa. Eres la clase de mujer que le gusta a mi madre, me pareces preciosa y estoy seguro de que nos irá bien a medida que pase el tiempo.

Alicia casi saltó del sofá cuando escuchó sus palabras. Negó con la cabeza fervientemente mientras buscaba tirarse por la ventana.

—¿Sabes que la gente se pasa años conociéndose antes de dar el paso? —preguntó casi sin comprender lo que ocurría.

—Lo sé, pero fue un flechazo cuando te apunté con mi arma y sé que tú lo sentiste.

La situación rozaba la locura.

Él abrió la caja y mostró un enorme anillo con una piedra tan brillante que casi podía brillar por sí sola. Como acto reflejo, corrió a cerrársela entre sus manos y quedó arrodillada ante él.

—Esto no es normal y no puedo dejarlo todo por una persona que no conozco.

Hunter parpadeó perplejo.

—¿Y por qué aceptaste mi invitación a salir? ¿Acaso eres una casquivana?

Alicia lo soltó y volvió a tomar asiento, se ocultó como pudo de ser vista por el resto de los clientes del restaurante.

—Dijiste que era a «modo despedida». Yo creía que iba a ser una cena agradable, un polvete aceptable y un adiós para siempre —explicó.

El cowboy no tenía nada más que escuchar. Se levantó con el orgullo herido y la miró como si fuera un simple insecto.

—Nunca antes me habían insultado de esta forma. Y pensar que he estado a punto de mancillar el anillo de mi madre con tus sucios dedos. Yo busco una mujer respetable que se venga a vivir conmigo.

Alicia aguantó el chaparrón con la esperanza de que se marchase al acabar o ella misma lo tiraba por la ventana, al final de la noche alguien iba a salir por allí le gustase o no.

—Sí, soy el anticristo. Ve a por otra alga dulce y buena que pueda engendrar tus hijos y sé feliz.

Él giró sobre sus talones y se dispuso a marcharse antes de dedicarle una dura mirada.

—Espero que tengas una buena vida, Alicia, aunque hayas hecho daño a mi madre con tu egoísmo.

Alicia asintió deseándole lo mismo y se quedó sentada en su sitio mientras lo vio marcharse a toda prisa. Al final, logró respirar cuando vio pasar su coche por toda la avenida.

Para entonces el comedor había vuelto a la normalidad, cada uno en su plato y su conversación sin tener en cuenta a la mujer que acababa de dar calabazas a un pobre vaquero.

Levantó la mano y el camarero se aproximó a toda prisa. La miró con cara de culpabilidad regalándole una sonrisa amistosa.

—¿Tienes carta de postres? —preguntó.

Necesitaba un dulce con el que pasar todo aquello.

—Por supuesto, ahora mismo se la traigo.

Hizo lo que le había pedido y mientras elegía le sorprendió que, el muchacho, no se fuera de su lado.

—¿Todo bien? —le preguntó algo asustada con la respuesta.

—Sí. Es solo que...

Su silencio la incomodó, pero no apresuró la respuesta.

—Eres su cuarta cita en lo que llevamos de mes. A todas les hace lo mismo.

Alicia asintió interiorizando sus palabras, al parecer, su vecino Hunter no se había enamorado de ella a primera vista. Buscaba una mujer con la que compartir su vida por el resto de los tiempos.

—Bueno, me consuela saber que no he sido la única en decirle que no.

Pidió un helado de chocolate, de esa forma endulzaría un poco su noche.

Cuando llegó el plato el camarero le explicó:

—El señor Hunter ha dejado todo pagado y al postre y café invita la casa.

—No es necesario, de verdad.

Pero comprobó que la miraba como si fuera un dulce corderillo que se acababa de librar del matadero.

—No se preocupe señora, casi es el procedimiento habitual.

—Pues os recomiendo que le cobréis más caros los platos u os vais a arruinar con él.

El camarero rio en respuesta y se marchó hacia la cocina.

Ella miró su plato, al menos el dulce no le iba a pedir matrimonio.

CAPÍTULO 10



Los pasos de Alicia la llevaron hasta el taller de Justin que, para su sorpresa, seguía abierto. Sabía bien que él no estaba allí porque había visto en *Instagram* que disfrutaba de una romántica velada con Mariah.

Quiso pasar de largo, de hecho, comenzó a caminar cuando la voz de Rash la asaltó.

—¿Alicia?

Giró hacia él luciendo una sonrisa culpable.

—Buenas noches —saludó.

—¿Qué haces a estas horas sola?

Miró a su alrededor buscando a su acompañante, a lo que ella contestó negando con la cabeza. Hunter habría llegado al hostel casi una hora atrás.

—No está. La cita no ha ido muy bien —justificó.

Rash asintió.

—¿Y te deja ir sola? No es muy caballeroso por su parte. Es demasiado tarde.

—¿Y tú? Parece que Justin te explota.

Él negó antes de explicar que, su jefe, le dejaba tener un coche clásico en el taller y que lo estaba restaurando en sus ratos libres. Aquel hombre era un buen tipo y cada cosa que conocía de él se lo confirmaba.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció amablemente.

—No, gracias. Daré un paseo antes de volver, él es mi vecino de al lado y

no me gustaría encontrármelo cuando llegue.

Rash corrió al interior del taller dejándola con la palabra en la boca. Se lo quedó mirando como si estuviera loco y esperó a que saliera. Lo hizo con unas llaves en la mano, agitándolas como si eso significase algo.

—Puedes ir a tu nuevo apartamento. Sé que, técnicamente, es mañana el traslado, pero seguro que a Justin no le importa.

Alicia dudó, casi prefería dormir en el suelo que regresar al motel para encontrarse con el loco cowboy que le había pedido matrimonio.

—Uno de los muebles que te hemos llevado es un cómodo sofá en el que puedes dormir.

Rash sabía tocar las teclas adecuadas para hacerla reaccionar. Era como si supiera qué decir en cada momento para conseguir que hiciera lo que realmente quería. Solo con eso la ganó.

¿Era una cobarde por ello? Puede que sí, pero esa noche estaría lejos de aquel hombre.

Tomó las llaves entre sus manos.

—Gracias.

Pero Rash no quiso dejarlo ahí.

—Te acompaño. Nadie debería ir caminando solo a estas horas de la noche. Si mañana me enterase por los periódicos digitales de que te ha ocurrido algo no me lo perdonaría jamás.

Alicia se sintió culpable por las molestias que estaba causando, pero agradecía el gesto. Eran altas horas de la noche y no conocía la ciudad todo lo bien que debería, no sabía si podía entrar en algún barrio poco recomendable sin saberlo.

—Siento mucho las molestias que te estoy causando.

Él le restó importancia moviendo las manos y le pidió unos minutos para cerrar el taller. La hizo entrar mientras recogía las herramientas, comenzaba a apagar luces y se lavaba un poco los brazos llenos de grasa negra.

Alicia miró hacia la cabina de camión donde había compartido un ardiente momento con Justin y su mente imaginó lo que podía haber pasado.

—Menuda pillada os hice, ¿eh?

La pregunta de Rash la sonrojó, no tenían ese nivel de confianza para

hablar sobre ello.

—No podías haber entrado en otro momento.

El chico aceptó su culpa, aquella noche hubiera sido muy distinta si él no hubiera hecho acto de presencia.

—La madre de Justin me llamó. Estaba tan preocupada por su hijo que me hizo venir a comprobar que estaba sano y salvo.

No habían hablado de su madre y, mucho menos, de los motivos de Rash para ir al taller aquella noche. Era algo que se había guardado para sí mismo, lo que significaba que no tenía confianza suficiente como para hablar de ella.

—Uno que no habla de su madre y otro que la llama al acabar de comer para pedirle permiso para casarse. A los hombres no hay quién os entienda — suspiró algo cansada de todo.

Él la miró sin comprender lo que decía y no le extrañó.

—Disculpa. La cita de esta noche quiso casarse conmigo y sigo sin entender cómo alguien cuerdo puede pedir matrimonio en la primera cita.

Arrancó a reír como si hubiera explicado el mejor de los chistes, salvo que ella, todavía, no le había encontrado el sentido. Hunter la había sorprendido con su petición y seguía sin lograr creer que no fuera una cámara oculta.

Seguramente, días después encontraría el vídeo en *Youtube* de su reacción y cómo había decidido tomar el postre. Solo esperaba que no se hiciera viral y no se viera en internet muchos años por una cita estúpida.

Rash la condujo hasta un *Jeep Renegade* negro, era un modelo que recordaba con cariño ya que su padre había tenido uno. Entró en su interior con una sonrisa en los labios recordando los miles de veces que había hecho lo mismo en el otro.

—Mi padre tuvo uno. Una versión anterior a esta.

Esa era una muy moderna y confortable.

La llevó a casa, aquel lugar iba a ser su hogar a partir de mañana. Era extraño porque nunca se hubiera imaginado viviendo en un sitio como ese. No podía permitirse los precios desorbitados de aquella ciudad.

—Gracias por traerme. ¿Seguro que no le importará? Lo llamaría, pero no quiero molestar.

Rash asintió.

—Yo le dejo un mensaje. Ya verás que no pasa nada. Entra, descansa y ya mañana será otro día.

Eso es lo único que deseaba, dejar atrás aquel día tan loco.

Suspiró aliviada.

—Gracias, prefiero no ver a «mi cita» más esta noche. Te agradezco que me hayas traído.

Rash se pellizcó el puente de la nariz.

—Deja de decir gracias y entra a descansar. Ya tienes un amigo más.

Aceptó lo que le decía sin rechistar por miedo a que se enfadase. Bajó del coche y caminó hacia su nuevo apartamento. Antes de entrar echó la vista atrás, él seguía allí asegurándose de que estaba a salvo. Le dijo adiós con la mano y entró.

Iba a dormir todo lo que pudiese.

«Le he dado la llave de repuesto. Espero que no te importe, tenía unos ojillos que me dio pena. Parecía un cachorrito». Dijo Rash en su mensaje de audio.

Le había escrito hacía una hora.

Llegó a casa y aparcó en la puerta del garaje. Alicia estaba allí de verdad, la luz que salía desde el comedor se lo confirmaba.

Una parte de él le dijo que se fuera hacia su apartamento, se duchase, comiera algo y se metiera en la cama lo más rápido posible, no obstante, dejó que su curiosidad ganase el pulso.

Se acercó a la ventana, la cortina no era del todo opaca lo que le permitió ver el cuerpo de su amiga descansando en el sofá. Frunció el ceño pensando en la noche tan rara que acababa de vivir.

¿Tan mal le había ido a ella también?

Reprimió el impulso de llamar, eran cerca de las tres de la madrugada y no era lo correcto. Así pues, subió las escaleras y se dispuso a ducharse antes de que el sueño ganase la batalla.

«No sabía que eras un mirón».

Alicia le había escrito un mensaje.

Justin, con una toalla rodeando su cintura y con otra secándose el pelo, sonrió.

«Quería saber cómo de guapa es mi vecina», contestó.

«Si sigues diciéndome cosas tan bonitas es porque no te has comido un rosco esta noche...».

Río, era muy directa y eso le gustaba.

«Como si tu hubieras tenido mejor suerte».

Tardó en contestar.

«¿Sigues en pie el café de mañana?».

Justin pensó en ello, iban a poner en común sus experiencias de la noche pasada. Algo que no sabía si era del todo bueno, aún así, quería hablar con ella. Al parecer, ninguno de los dos había triunfado.

«Por supuesto, yo invito».

«Gracias, cuando tenga cafetera te lo compensaré».

Chasqueó la lengua pensando en qué contestar.

«Y si dices que te lo compense de otra forma me enfadaré», dijo Alicia vaticinando lo que estaba a punto de teclear.

« □ ».

«Dulces sueños», cortó Alicia.

Ya se había convertido en una costumbre hablar con ella antes de dormir, pero no se lo dijo para no asustarla. No era el momento de resaltarle ese detalle si quería ser su amigo.

Suspiró antes de ponerse unos calzoncillos. Hacía tanto calor esa noche que pensaba dormir solo con esa prenda, no quería que nada más le tocara la piel.

No se molestó en abrir la cama, se tiró sobre las sábanas y cerró los ojos. Estaba agotado, aquella noche había resultado ser tan surrealista que podía escribir un libro con ella.

El sueño llamó a su puerta con tanta fuerza que no pudo contenerlo.

CAPÍTULO 11



Eran las diez de la mañana y Justin se despertó con tanta energía que saltó de la cama a toda velocidad. Tenía un café pendiente y, solo deseaba que no llevara mucho esperando.

Salió cargado con las bebidas y bajó silbando por las escaleras a modo de aviso. Las dejó sobre la mesa de madera, esperó unos minutos pacientemente y, cuando no hubo señal de vida, fue a buscarla.

—Café a domicilio, señorita Arias.

Minutos después ella abrió adormecida. Iba vestida con una camiseta que le llegaba a las rodillas y despeinada. Se frotó los ojos mientras bostezaba con más sueño de la cuenta.

—¡Oh! ¿Mi bebé sigue con sueño? —se mofó.

—¿No te pasa que no puedes dormir en casa nueva? He estado toda la noche mirando la puerta con miedo de que entre alguien —explicó.

Justin se encogió de hombros pensando en la pregunta.

—Yo puedo dormir de pie en cualquier lado. No extraño nada si tengo sueño.

Alicia volvió a bostezar.

—¡Qué suerte tienes! —exclamó.

Asomó un poco la cabeza para ver si ya estaba todo preparado. Se desperezó con calma antes de seguir hablando.

—Deja que me vista y salgo. Dos minutos.

—Por supuesto, pero ¿de dónde has sacado esa camiseta si todavía no te

has trasladado?

Ella le dedicó una mirada mientras enarcaba una ceja, al parecer, no le gustaba esa curiosidad que le asaltaba.

—Siempre llevo una en el bolso, con lo torpe que soy es lo mejor.

Era una buena idea. Sin decir nada más, se fue hacia el porche y se sentó a esperarla. No tardó en aparecer con un espectacular vestido azul turquesa que la hacía mucho más atractiva de lo que era.

—Se me hace raro no verte con los logos de superhéroes —confesó.

Alicia se miró a sí misma.

—Pues yo era la mal vestida de la noche. Él iba con un traje tan arreglado que casi me pide ir a Las Vegas a que nos case Elvis —se quejó dejándose caer sobre la silla de madera.

Le acercó el vaso que le correspondía y se abrazó a él como si fuera un salvavidas en mitad del océano.

—Café... Alimento de dioses —canturreó dejando caer la frente contra la mesa, el golpe sonó tan fuerte que creyó que se acababa de hacer daño.

Si se lo hizo lo disimuló muy bien porque se levantó lo suficiente como para dar un trago antes de seguir reposando sobre la mesa. Al parecer, estaba tan cansada que no podía consigo misma.

—¿Tan mal fue?

Casi se arrepintió de haber preguntado cuando ella lo fulminó con la mirada.

—Me llevó a una brasería increíble, la comida fue genial y la conversación aceptable. Todo se fue por el desagüe en cuanto sacó un anillo con un pedrusco incrustado y me dijo que lo había hablado con su madre. Que viviríamos en la casa familiar y que nos íbamos a querer mucho con el tiempo.

Justin se quedó perplejo y sin palabras. Vale, eso quizás no, tenía que preguntar o iba a morir allí mismo.

—¿Hincó rodilla?

La muchacha asintió con pesar.

—Como todo un caballero y todos los clientes mirando. Si cuando dijo que iba a ser una cita que «íbamos» a recordar toda la vida y me saltaron las alarmas tenía que haberme largado.

Reprimió una carcajada por respeto.

—Míralo por el lado bueno, no mintió cuando dijo que la recordarías. Fijo que no lo olvidas.

Ella no le veía el humor.

—¿Y cómo plantaste al caballero de brillante armadura?

Justin sabía que si seguía preguntando iba a morir lentamente, no obstante, no podía dejar de hacerlo. La curiosidad y las ganas de reír eran más fuertes que su instinto de supervivencia.

Alicia tomó un largo trago de su café y él juró que aquel líquido quemaba, sin embargo, no demostró dolor alguno.

—Le dije la verdad. Que yo solo quería una cita agradable, un polvo aceptable y hasta nunca.

Al parecer, no había conseguido nada de lo propuesto. Al final había acabado en su nuevo apartamento. Lo que hizo que, en su mente, se formulase una nueva pregunta. Apretó los dientes conteniéndose y explotó sin controlarlo.

—¿No regresaste al motel para no encontrártelo?

La culpabilidad se reflejó en sus ojos.

—Si llega a abrir la puerta me muerdo. No pensaba que aquel hombre pudiera estar trastornado. ¿Y sabes lo mejor? Que el camarero me dijo que no era la primera que llevaba allí. Era la cuarta en un mes.

No pudo soportarlo más. Con fuerza golpeó la mesa con la palma de la mano y comenzó a reír a carcajada llena. Aquello lo animó, su noche había sido algo peor que la suya.

Ese pensamiento lo perturbó un poco, era cruel por sentirse mejor sabiendo que había tenido una noche más entretenida que la suya.

—¿Y tú qué tal? ¿Cómo fue con tu Mariah?

Justin tomó un trago de su café haciéndose el interesante. Saboreó aquel líquido oscuro en su boca y se divirtió con las miradas asesinas que ella le dedicaba.

—Conversación agradable, teníamos algunos gustos en común y parecíamos sexualmente compatibles.

Alicia parpadeó sin perderle de vista.

—¿Y? —inquirió cuando dejó de hablar.

Justin visualizó ese momento en su mente.

—*Discúlpame un momento. Debo ir al baño* —explicó antes de dejar a su acompañante comiendo la pizza que compartían.

Se levantó y preguntó por el excusado.

Entró justo en el momento en el que un hombre salía. Se saludaron, algo incómodo ya que no se conocían, pero el protocolo exigía ese saludo absurdo que no servía para nada.

Se acercó a una letrina, hizo lo que tenía que hacer y se lavó las manos. Justo en el momento en el que levantó la vista, vio reflejada a Mariah en el espejo. Dio un brinco antes de girarse hacia ella.

No pudo preguntar nada, la chica se lanzó a su boca y la besó tan profundamente que casi sintió su lengua en la garganta. Al parecer no iba a esperar a acabar la comida para llegar al postre y él no pensaba quejarse.

Con pasión, lo empujó hacia uno de los baños. Entró sin rechistar y la besó al mismo tiempo que la tomaba de la barbilla.

Mariah cerró la puerta y, como si eso fuera un pistoletazo de salida, su carácter cambió radicalmente. Cortó el beso con violencia y le profesó un manotazo en la mejilla que lo dejó perplejo.

—*¿Qué coño...?*

No pudo seguir hablando, ella lo empujó hasta girarlo y ponerlo contra la pared. Allí lo cogió del cabello antes de morderle el lóbulo de la oreja.

Él se giró tratando de mantener el control de la situación, pero no lo consiguió. Aquella mujer forcejeó con él mostrando más fuerza de la que esperaba.

—*Agáchate, perro y cómeme el coño hasta que tu ama se corra.*

Justin parpadeó y la tomó de la muñeca cuando trató de abofetearlo otra vez.

—*Creo que te equivocas conmigo.*

Mariah palideció.

—*Ponía en mi perfil que soy una dominatrix. Creí que lo habías leído.*

Justin pensó en Rash, ese era el claro ejemplo de que había que mantener un ligero contacto antes de pasar a una cita.

—Pues, como podrás comprobar por mi cara de susto, no lo leí. Te agradecería que me dejaras salir de aquí antes de que me ponga más nervioso.

Mariah se atusó el pelo como si nada hubiera pasado antes de abrir. Salieron de allí como pudieron sin levantar la menor sospecha. Un hombre entró cuando se dirigían a la mesa y le sonrió como si fuera un triunfador. Nada más lejos de la realidad.

—¿Te apetece que acabemos la cena o lo dejamos aquí? —preguntó ella visiblemente avergonzada.

Justin se lo pensó un poco.

—A mí no me importaría un postre.

Mariah sonrió.

Siguieron juntos hasta después del postre, después de eso se despidieron sabiendo que no se iban a volver a ver jamás; al menos no de forma sexual.

Justin regresó a la realidad dejando a un lado sus pensamientos antes de resumirle su cita a Alicia.

—Todo cambió cuando fui al baño. Se metió conmigo, me acorraló en uno de los retretes y me ordenó que me arrodillase y le comiera el coño. ¡Ah! Y me llamó perro. Lo peor no fue eso, quiso pedir una pizza con piña.

Ella parpadeó un par de veces, estuvo en silencio más segundos de lo establecido como «normal». Miles de emociones cruzaron su rostro, la sorpresa fue una de las primeras hasta llegar a la diversión.

—Te lo estás inventando.

Negó sin reparos.

—Ojalá pudiera decirte que he tenido el polvo de mi vida, pero no. Fue tal y como te lo he explicado, me comí una hostia por inocente.

Alicia comenzó a reír como si acabase de enloquecer. Al final, se tomó la barriga entre las manos a causa del dolor que le producía. Las lágrimas llegaron a sus ojos y no se detuvo hasta pasados unos largos segundos.

—No eres la más indicada para reír, que tu cita no ha sido una maravilla.

Ella siguió riendo un poco más.

—Al menos me siento mejor sabiendo que la tuya también fue un desastre.

Era una forma de verlo.

Siguieron hablando dejando que los minutos se convirtieran en horas sin darse cuenta. Las mofas que se dispararon el uno contra el otro aliviaron el recuerdo de la noche que habían sufrido cada uno.

—Espero que no te hayas enfadado con Rash por darme las llaves del apartamento. No quería volver al motel y encontrarme con Hunter. Me hubiera tirado por la barandilla con tal de huir de él.

Justin no lo puso en duda.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció.

Alicia negó con la cabeza, no pensaba pedirle ese favor. Ya había recibido mucha ayuda por su parte.

—Puedo yo sola.

—Así me gusta, sé una chica valiente y cómete Manhattan.

Ella suspiró. Ser nuevo en cualquier lado del mundo no era fácil, pero los meses pasarían y aquello quedaría como una mera anécdota que contar a los nietos cuando pasaran los años.

Al final dejaron que cada uno se fuera a su casa para seguir con el día. Antes de entrar en la suya, Justin silbó atrayendo su atención.

—Mañana café a la misma hora y mismo sitio.

Ella aceptó sin reservas.

CAPÍTULO 12



La mudanza fue muy corta porque no llevaba un exceso de maletas. Alicia sabía bien que Hunter estaba en su habitación, lo escuchó caminar y usar el baño en el rato que tardó en recoger todas sus cosas.

No obstante, y por suerte, no salió a despedirse.

La despedida con el recepcionista fue corta, el hombre seguía sin entenderla. Solo esperaba que aprendiera el idioma para que su negocio mejorase y fuera el mejor de la zona.

Con sus maletas en el coche supo que el siguiente paso iba a ser comprar lo indispensable para su nuevo hogar. No podía hacer un gran desembolso, pero necesitaba alguna cosilla para el día a día.

Buscó tiendas de segunda mano en internet y también alguna barata donde pudiera comprar los muebles que fueran totalmente necesarios.

Maddox le envió un mensaje.

«¿Tienes el informe del lunes listo?».

«Sí. Te lo envié al correo».

Tras un «gracias» dejó de hablar. Aquel hombre parecía que no era capaz de desconectar de la oficina ni los fines de semana.

Y, sin darle tiempo a relajarse, Cristina la llamó como si supiera que necesitaba saber de ella.

—Acabo de escuchar tus audios. ¿Cómo has podido no casarte con él?

Alicia apoyó la cabeza en el volante del coche. Seguía aparcada en el aparcamiento del motel, uno en el que esperaba estar lo menos posible para

reducir al mínimo la posibilidad de encontrarse con el vaquero.

—Debería haberle dado tu número. Tal vez lo haga si me lo vuelvo a encontrar —contestó.

Su amiga bufó.

—Ese hombre no está nada bien. El pobre busca algo que no se consigue en una primera cita.

Tenía toda la razón.

—Pues si te explico la que ha tenido Justin... Al parecer teníamos la noche en contra.

Supo que Cristina sonrió en el momento en el que habló del mecánico. Sí, ella estaba empeñada en que fueran ellos los que tuvieran un momento sexual.

Ignorando ese pensamiento le contó todo lo que él había compartido con el café de la mañana. Al final, su amiga acabó riendo tanto como cuando había escuchado la suya. Casi parecían un dúo cómico.

—Pagaría por haberle visto la cara en ese momento. Alicia, eso es cosa del destino. Teníais que haber salido vosotros dos.

—Estoy convencida de que lo hubiéramos pasado mucho mejor y sin llegar a la cama, mente caliente.

Cristina era así y no la iba a cambiar por mucho que quisiera. Ya se conocían tan bien que sabían las virtudes y defectos de cada una. Era lo bonito de su amistad, que se complementaban de una forma que las hacía indispensable la una en la vida de la otra.

—¿Y qué de malo habría en que tengáis sexo?

Bufó algo cansada del tema.

—Es mi casero, no es ético.

Su amiga rio antes de escucharla hacer ruido en la cocina dispuesta a asaltar a la cafetera.

—Cariño, si yo hiciera todo lo que se considera «ético» no me estaría tirando a mi jefe y me estaría perdiendo el gran espectáculo que es.

¿De qué se sorprendía? Ella era la diversión personificada, hacía lo que el corazón le pedía sin pasar la información por el cerebro. Eso, a veces, le comportaba problemas, pero no pensaba cambiar.

—Y cuando digo «gran» me refiero a...

La cortó antes de que pudiera acabar.

—¡Lo sé! Lo he entendido.

Tenía que ser más como Cristina y dejarse llevar más por el corazón que por la cabeza, tal vez así las cosas empezasen a ir mejor. Un pensamiento cruzó su mente, había roto las normas al besar a Justin y el destino había querido castigarla por ello.

—Escúchame bien: no voy a tener nada con Justin salvo una sana amistad.

Y Cristina contestó riendo como si fuera la malvada de un cuento de princesas.

—En unos meses ya hablaremos del tema, ya verás.

Mirando hacia arriba vio como Hunter bajaba las escaleras, reconoció su coche y se dio media vuelta al momento, para salir corriendo hacia su habitación. Era una reacción infantil, pero agradeció no tener que encararlo.

—Necesito conocer gente y un polvo —suspiró Alicia viéndolo marchar.

—¿Y por qué no usas las *apps* de ligar?

Ella dudó.

—Cariño —insistió Cristina—, ¿sabes que allí también las usan?

La verdad es que no había caído en eso. En España había buscado citas a través de ese tipo de aplicaciones, no todas habían ido bien, sin embargo, eso no era culpa del sistema sino de las personas que aparecían.

Muchas veces el parecido con la foto era meramente anecdótico, eran humanos y era lo que se esperaba. Otras, superaban las expectativas mejorando el momento que fueran a pasar juntos.

—Después de la cita de anoche no sé si... —Titubeó.

—¡Venga ya! ¿Qué probabilidades hay de que encuentres otro más loco que el cowboy? Ha sido una mala experiencia, la siguiente será mucho mejor.

Se dejó convencer muy rápidamente, tal vez se tratase de su curiosidad por saber si era cierto que la próxima podía mejorar.

—Tampoco le entres al primer tío que veas. Filtra un poco —aconsejó.

Alicia asintió tomando nota de los consejos.

—Sería mucho más fácil si estuvieras aquí —suspiró.

A veces, la idea de haberse marchado tan lejos la atormentaba. Había sido

una inconsciente creyendo que, en un nuevo país, todo iría a mejor. Ahora extrañaba a sus seres queridos y su vida daba tumbos de un lado al otro de la ciudad.

—Pronto iré a verte, te lo prometo. Y cuéntame, ¿qué tienes pensado hacer hoy?

Era sábado, el trabajo quedaba lejos hasta el lunes. No podía descansar ni un minuto si quería dejarlo todo listo antes de que el fin de semana decidiera marcharse para entrar en la rutina.

—Voy a llevar mis maletas al apartamento y a comprar unas cosillas. Lo principal es una cama, cosas para la cocina y el baño.

—Tienes un *Wallmart*^[1] a pocas calles del motel, te paso ubicación ahora mismo.

Alicia se sorprendió, Cristina la ayudaba hasta estando a tantos kilómetros de distancia. No tenía cómo agradecer tanta ayuda. Su móvil vibró cuando entró el mensaje. Puso el altavoz para poder abrir el GPS y así ver el mejor camino hasta allí en coche.

—Oye, me ha llegado la invitación de Juanjo para su cumpleaños. ¿Vas a ir? —le preguntó Alicia queriendo conversar un poco más antes de despedirse.

Su amiga no reaccionó como esperaba, tras un par de improperios y palabras mal sonantes contestó:

—Por mí puede morir electrocutado en la bañera.

Se sorprendió con la respuesta.

Juanjo era un gran amigo del grupo en el que llevaban casi desde el instituto. Ellos dos habían sido compañeros especiales durante muchos años. Alicia había visto química cuando se miraban, pero habían decidido dejarlo estar para seguir con la amistad. A veces, el sexo complicaba demasiado las cosas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó confusa.

Cristina no habló al momento, se quedó en silencio poniendo sus pensamientos en regla hasta que empezó a dejar ir alguna palabra.

—¿Te acuerdas de que siempre has dicho que teníamos una tensión sexual no resuelta?

Comenzó a temerse lo peor, no obstante, le siguió el juego y dejó que dijera lo que había pasado.

—El día que te fuiste, estaba muy triste y fui a su casa a tomar un café. Estuvimos hablando durante horas de ti, de lo mala persona que eras yéndote a Manhattan y todo derivó al tema sexual.

Alicia entornó los ojos, con ella todo acababa en ese punto, aunque no hubiera conexión como en ese caso.

—Me dijo que era muy guapa, que él podía ayudarme a alegrarme y yo me dejé...

—Claro, te sentiste obligada a caer en su boca y sujetarlo con la lengua — se mofó Alicia desmontando sus argumentos.

Tras el puchero de Cristina decidió dejar la mofa a un lado hasta que fuera conocedora de todos los datos.

—Y cuando tenía una teta en su mano dejó caer la bomba. Dijo que le ponía cachondo tener un trío conmigo y que, si le dejaba llamar a la novia para divertirnos, que ya lo tenía hablado con ella y estaba encantada con el tema.

Alicia tragó saliva tratando de comprender lo que le estaba diciendo. Que ellas supieran, Juanjo, hasta la fecha, no había hablado de novia alguna.

—¿Cómo? —Alcanzó a decir.

—Como lo oyes. Está saliendo con la dependienta del Zara del centro comercial, Jennifer creo que se llama.

Quedarse sin palabras era poco en comparación a como se sentía. Él nunca había hablado de la chica en cuestión y no tenían conocimiento alguno de su existencia. Siempre había sido reservado, pero eso ya era exagerado.

Le dio miedo seguir con la conversación. Llegados a ese punto sabía bien que era una bomba de relojería a punto de explotar. Respiró profundamente, mientras Cristina callaba incapaz de decir algo.

—¿Y qué hiciste?

Alicia cerró los ojos esperando algún insulto o grito cuestionando su pregunta.

—Follé con ambos, por supuesto, pero no fue lo que yo esperaba.

Supo, con absoluta certeza, que, si trataban de sacarle sangre en ese momento, no iban a encontrar rastro de líquido alguno. Cristina seguía

sorprendiéndola a pesar de todos los años de amistad.

—¿Y por qué no te gustó?

—Tuvo el valor de decirme que ella lo hacía mejor que yo —contestó Cristina, ofendida.

Aquello era surrealista. Alicia comenzaba a pensar que le había pasado lo mismo que al cuento tan famoso con su nombre y había entrado por una madriguera hasta un mundo extraño.

—¿Cómo pudiste quedarte allí?

No acabó la pregunta porque no hacía falta, ambas entendían bien lo que estaba preguntando.

—Necesitaba pasar el calentón como fuera y sabes que me gusta experimentar con todo.

No iba a recriminarle eso porque era libre de hacer lo que quisiera, pero sí podía regañarla por no conocer antes a la tercera involucrada. El sexo con desconocidos era peligroso, por mucho que uno de los dos fuera un amigo de toda la vida.

—La próxima vez sé un poco más cuidadosa —suspiró tratando de contener su lengua.

Cristina bufó.

—Claro, la invito a un café antes de bajar a comerle el...

Alicia chistó la lengua.

—Sabes que no me refiero a eso. ¿Y si tiene alguna enfermedad de transmisión sexual? Tienes que conocer bien a quien metes en tu cama.

Supo que acababa de dejar escapar una frase que rebatiría, porque así era Cristina. Hablando era algo quisquillosa, pero la quería igual.

—Técnicamente no fue en mi cama.

Miró al techo del coche como si pidiera fuerza a los dioses para soportar lo que estaba viviendo.

—Tengo que dejarte o se me irá el día. Te llamo mañana para contarte mis progresos.

—Quiero fotos de los chicos guapos que te digan algo por la aplicación. Así, juntas, podemos elegir tu próxima cita.

Rio, era capaz de saltar de tema como si nada olvidando el anterior.

—Sí, «mami» —contestó sin rechistar.

Cristina le explicó lo que tenía que hacer ese fin de semana y después la dejó ir.

—Te quiero —dijo Alicia.

—Yo también, tontorrón.

CAPÍTULO 13



Aquel era su día de suerte. En *Wallmart* tenían unos buenos precios, consiguió gran parte de las cosas de cocina y lavabo por unos pocos dólares. Lo cargó todo en el coche y decidió ir al apartamento a empezar a dejar cosas.

Le quedaba encontrar un somier y un colchón, no podía pasar más noches en el sofá sin que su espalda acabase gritando pidiendo auxilio.

Al llegar, aparcó delante del garaje, esperando no molestar. Solo iban a ser unos minutos antes de volver a irse a toda prisa.

Al bajar del coche, descubrió que había una mujer llamando a la puerta de Justin. Al parecer, él no estaba en casa porque no salió a abrir.

«A ti eso no te importa. Sigue como si nada», pensó Alicia.

Eso hizo, fue hacia el maletero dispuesta a sacar las maletas y las cosas que acababa de comprar.

—Disculpe, ¿vive aquí?

Alicia gritó asustada cuando la desconocida apareció a su lado. La pobre mujer alzó ambas manos a modo de rendición al ver su reacción y ella se golpeó la cabeza contra la puerta del maletero con el susto.

—Perdona, no pretendía asustarte —se disculpó.

Pues lo había hecho. Se frotó el golpe palpitante de su coronilla y la miró frunciendo el ceño.

—No te ha salido muy bien —se quejó mientras seguía acariciándose su incipiente chichón.

Fue en ese momento en el que se fijó en la barriga de esa mujer, parecía

muy embarazada, pero no pensaba decirlo si ella no lo mencionaba. Recordaba una vez que felicitó a una amiga que solo tenía gases y no pensaba caer en lo mismo dos veces.

Era una mujer muy alta con el cabello extremadamente largo, llevaba una trenza que le llegaba por debajo del trasero, de un hermoso color cobrizo. Su rostro lleno de pequitas le hizo pensar en una niña pequeña. Era muy atractiva y el colofón eran esos ojos grandes como dos lunas, verdes como esmeraldas.

—¿Vives con Justin? —preguntó frunciendo el ceño.

La tensión creció entre ellas sin decir palabra alguna, la recién llegada parecía sentir alguna especie de posesión con aquel hombre.

—Es mi casero, me estoy mudando al apartamento de abajo —explicó señalando la puerta de su casa.

El alivio golpeó su rostro, se llevó la mano sobre el pecho y suspiró mientras sonreía.

—¡Qué susto! A veces es tan reservado que pensaba que no nos había contado que tenía novia.

Alicia enarcó una ceja. Seguía sin entender nada y, su interlocutora, no ayudaba mucho a mejorar la situación. Al parecer, era alguien que pertenecía a la vida de Justin. Llegó a la conclusión de que era una amiga de su grupo o algo similar.

Solo esperó que él no fuera el padre de la criatura.

—Soy Alicia Arias, un placer —se presentó tendiéndole la mano.

Ella le devolvió el gesto con una gran sonrisa.

—Peyton Turner, soy la hermana mayor de Justin.

Justo entonces Alicia canturreó un «ah» entre sorpresa y alivio. Le resultó curioso conocer a un familiar tan cercano y comprobar que no había similitud física. Eran totalmente diferentes el uno del otro.

—¿Sabes dónde puede estar? Tengo clase de parto en el agua, el padre no puede ir y pensé que podría acompañarme.

Alicia se encogió de hombros, desconocía su paradero; no habían hablado de lo que iban a hacer ese fin de semana, salvo el café del domingo por la mañana en el porche.

—No tengo ni idea, siento no poder ayudarte —contestó.

Fue a por las cosas que había comprado y comenzó a descargar. Tenía un largo día por delante, le quedaban muchas cosas por hacer y no podía pararse si quería dormir en un cómodo colchón esa noche.

La dejó allí, en el jardín, mientras miraba hacia el apartamento vacío de Justin.

Solo cuando hubo entrado todas las cosas salió a ver si Peyton seguía allí. La pobre mujer había tomado asiento en el porche mientras revisaba el móvil una y otra vez.

Alicia sacó el suyo.

«¿Dónde estás? Tu hermana espera aquí ». Le escribió.

No estaba en línea y la última vez había sido hacía cerca de dos horas. Trató de llamarlo logrando que saltara el contestador.

Suspiró, la pobre mujer parecía apurada. Sintió pena, quizás podía ayudar a pesar de no conocerse de nada. Volvió a ponerse los zapatos, los cuales había mandado lejos nada más entrar todas sus cosas.

Se dispuso a salir y, cuando abrió la puerta, escuchó cómo Peyton estaba hablando con su hermano por teléfono.

—¿Cómo que no puedes venir? ¿Y ahora qué hago?

Al parecer, no eran buenas noticias. Estuvo escuchando la conversación sabiendo que eso no se debía hacer.

Lo mejor era dar marcha atrás y volver a su casa, de lo contrario sabría que había salido a fisgonear. Justo cuando quiso retroceder chocó con la puerta con la espalda provocando un sonoro estruendo.

Peyton la miró y ella se sonrojó por ser descubierta. Ahora no podía salir corriendo, ya la había visto; debía seguir adelante y aceptar las consecuencias.

De pronto la mirada de aquella mujer se iluminó de forma sospechosa lo que hizo que ella se temiera lo peor. Bastante cosas le habían pasado en Manhattan como para vivir una aventura más.

La susodicha tuvo una conversación con su hermano extraña, parecían hablar en clave o un idioma que solo ellos comprendían. Finalmente le sonrió y canturreó:

—Alicia, ¿podrías salir un momento?

Su instinto le dijo «no» en grande y fosforito, no obstante, era una persona

educada. Así pues, fue hacia allí para descubrir qué se proponían.

—¿Sí? —preguntó inocentemente con la sensación de que estaba a punto de ser sacrificada.

Peyton le tendió el teléfono móvil.

—Justin quiere hablar contigo.

La cosa mejoraba por momentos. Tomó el aparato y lo apretó contra su oreja antes de decir algo.

—Dime —susurró casi sin querer saber más.

—Necesito un grandísimo favor.

«No me lo pidas», pensó, incapaz de decirlo en voz alta.

Justin carraspeó un poco, como si sintiera vergüenza de lo próximo que iba a salir por su boca.

—El caso es que no recordaba que tenía que acompañar a mi hermana a clases de parto en el agua. Estoy liado recogiendo unas piezas en el otro lado de la ciudad y llegaré muy tarde.

«Esto no pinta bien», pensó.

—¿Y qué tengo que ver yo en todo eso? —preguntó fingiendo ser inocente.

Él tomó una bocanada de aire antes de explicar el plan que rondaba su mente.

—Acompáñala tú y te deberé un favor grandísimo.

Alicia palideció. No podía acompañar a Peyton a esas clases, no la conocía de nada y no eran amigas para ese tipo de favor.

—No puedo, tengo que ir a comprar un colchón y un somier si no quiero dormir en el sofá otra vez.

La hermana de Justin les había dado intimidad, se había alejado de ellos como si escuchar estuviera prohibido.

—Yo te compro el mejor colchón y somier del mercado, lo mejor para mi princesa. Y esta noche duermes en mi cama —explicó Justin.

Antes de poder quejarse corrió a acabar de explicar lo que acababa de decir.

—Yo lo haré en el sofá. Mujer, que no voy a aprovecharme.

Alicia trató de pensar a toda velocidad. No podía dejar que eso pasase, no

quería deberle nada a nadie y eso era demasiado después de toda la ayuda. Además, insistía en el hecho de que Peyton era una total desconocida.

—No lo veo claro.

Pero él no pensaba dejarlo estar, necesitaba ese favor y le había tocado ser la persona encargada de ello.

—Por favor, Alicia. Ella no puede ir sola porque muchos de los ejercicios son para dos personas. No te lo pediría si no fuera importante.

Estaba en un callejón sin salida. Lo peor era que, si decía que no, iba a tener que convivir con él en el piso superior. Suspiró rendida y miró a Peyton.

—¿A ti no te importa ir con una desconocida a las clases? —preguntó.

Ella giró sobre sus talones al mismo tiempo que se encogía de hombros. Después, se tocó la barriga acariciándosela.

—No es el sueño de mi vida, pero ya he perdido dos clases y no me gustaría no poder ir a esta.

Vale, no tenía escapatoria. ¿Cómo le pasaban estas cosas?

Asintió produciéndole una sonrisa gigantesca de su hermana que susurró un «gracias» con ilusión.

—¿Has dicho que sí? —preguntó Justin.

Alicia entornó los ojos, no veía justo lo que le estaba obligando a hacer. No quería estar en una piscina llena de embarazadas hablando de sus futuros retoños. Todo era demasiado extraño.

—Sí...

Justin rio preso de la felicidad.

—Gracias. El mejor colchón te voy a traer. Vas a dormir mejor que la realeza.

De pronto, ella lo cortó antes de que la conversación siguiera.

—Eso no, no es necesario. Ya has hecho mucho por mí, ya iré el lunes a comprarlo.

—Por supuesto, lo comprendo.

Alicia frunció el ceño, que cediera tan pronto debía tener truco. No podía ser tan fácil conseguirlo, no obstante, no quiso seguir. Ya tendría tiempo para dejarle claro que no tenía que comprar nada.

—Eres la mejor, hasta luego. Pasadlo bien —se despidió Justin colgando antes de que pudiera retractarse.

Ella se quedó mirando el móvil.

Si alguien le hubiera dicho que eso pasaría hubiera arrancado a reír como una loca. Eso no era posible, salvo tratándose de ella, ya que su vida era un constante altibajo de aventuras.

Sonrojada, miró a Peyton, pero fue incapaz de hablar.

—De verdad que lo siento —comentó la joven.

Alicia aceptó sus disculpas asintiendo y se puso manos a la obra.

—Creo que, en una de las maletas, tengo un bañador. Entra y siéntate, si quieres, mientras yo me visto.

Resultaba incómodo conversar con aquella mujer. ¿Qué podía decirle? ¿Qué tal gestando? ¿Te gusta estar embarazada?

Se escabulló en su apartamento como si le persiguiese el mismísimo diablo. Dejó la puerta abierta para que pudiera entrar, pero corrió cogiendo una de sus maletas por el camino.

Solo cuando se encerró se sintió a salvo. Respiró agitadamente a causa de los nervios, allí fuera había una mujer desconocida a la que iba a acompañar a una piscina para flotar como si de un corcho se tratase.

—¿Estás bien, Alicia? —preguntó provocando que se tensara.

—Sí, estoy desnudándome —mintió.

La única relación con una embarazada había sido con su amiga Luisa. La pobre se había quedado después de años buscando, con la suerte de acabar con dos bebés preciosos y sanos que la estaban volviendo loca. Por lo que decían, el marido se había desmayado en el paritorio, no obstante, él lo negaba.

Eso le hizo preguntarse: ¿dónde estaba el padre del niño y por qué no podía llevarla a esas clases?

Buscó entre sus ropas hasta encontrar un bañador, horrible, que había guardado a modo de previsión hasta que se comprase uno. El día que decidió que era una buena idea uno color amarillo fosforito con líneas verticales rojas no debía estar bien. Algún trastorno mental le hizo creer que era precioso y que quedaría bien en su cuerpo.

Cuando se lo puso agradeció no tener espejo para verse. No quería sentirse ridícula y el mejor remedio era evitar verse reflejada en algún lado.

Cogió un bolso algo más grande que el habitual y echó una toalla, además de cuatro cosas que pudiera necesitar. Acabó de vestirse colocándose los zapatos bien atados al mismo tiempo que trataba de adivinar qué hacía la hermana de Justin.

Cuando llevó a la conclusión de que estaba dando pena decidió abrir y enfrentarse a la realidad que había elegido.

La pobre mujer, que la esperaba sentada en el sofá, dio un brinco y se llevó las manos al pecho.

—Siento el susto, no era mi intención.

—Tranquila, no esperaba que salieras con tanta energía.

«Hubiera preferido huir por la ventana, pero tu hermano es mi casero y no tendría escapatoria», pensó luciendo una sonrisa educada para evitar que adivinara que no le apetecía hacer aquello.

—¿Nos vamos? Cojo las llaves del coche y me vas indicando el camino, llevo poco tiempo en la ciudad y no me la conozco.

Sacó las llaves de su bolsillo y se dirigió hacia la puerta. Antes de poder tocar el pomo, escuchó como le decía:

—Mejor en metro. La zona es muy transitada y aparcar es un suplicio. Yo sé el camino, no te preocupes.

Alicia sonrió, genial, una experiencia más.

CAPÍTULO 14



El metro de Manhattan era mucho más caótico que la vez que había ido a Madrid de turismo. Era tan fácil perderse que agradeció que Peyton se lo conociera como la palma de su mano o moría allí perdida. Resultaba más fácil salir de un laberinto que de aquel lugar.

Ambas estaban en absoluto silencio sentadas en un banco. Faltaban unos minutos para que llegase el tren, después tenían un viaje de una media hora aproximadamente. La clase duraba una hora, se le sumaba otra entre despedidas, ducharse y arreglarse y el metro de nuevo. Iba a regresar muy tarde a casa.

—Justin me dijo que llevas aquí muy poco tiempo —comentó Peyton tratando de conversar con ella.

Alicia asintió.

—Y se me está haciendo eterno. Cada día me pasa algo extraño... Estoy empezando a pensar que Manhattan no me quiere aquí.

Con el calor que hacía iba a agradecer un buen chapuzón, era la forma de ver con mejores ojos esa situación tan inusual.

—España debe ser precioso. ¿De dónde eres?

Cerró los ojos unos segundos visualizando su hermosa ciudad en la mente, ahora la tenía lejos por voluntad propia, pero la extrañaba.

—Soy de una ciudad muy pequeña de Galicia, en el norte del país.

Peyton asintió.

—Estoy segura de que es un lugar hermoso.

Ella estaba tratando de ser amable, algo lógico dada la situación que estaban compartiendo.

—Gracias. Lo extraño, pero yo elegí estar aquí. Ahora debo luchar por tratar de quedarme todo el tiempo posible.

En los siguientes minutos explicó todo lo ocurrido desde que sus pies tocaron el suelo de aquel lugar. Ella trató de no reír, pero acabó haciéndolo cuando supo lo mal que había ido su cita anterior. Quiso explicarle la de su hermano, aunque, al ser algo privado, prefirió guardárselo para sí misma.

—Lo que menos esperabas es a una gorda embarazada pidiéndote ir a chapotear en el agua —comentó con una media sonrisa.

«Pues la verdad es que no. Ni en mis peores pesadillas», pensó.

—Bueno, prefiero verlo de una forma distinta, de mayor tendré muchas cosas que explicar a mis nietos. Jamás se van a aburrir cuando vayan a visitarme.

Eso pareció aliviarla, sin embargo, el silencio las abrazó como si los temas se hubieran agotado.

Odiaba los silencios incómodos, nunca había sido muy dada a ellos y prefirió hablar de cualquier cosa antes de quedarse mirando sin más.

—¿Y el padre del pequeño? ¿Trabajando?

La mirada de ella se ennegreció y tuvo la sensación de que había cruzado una línea roja o acababa de pisar una mina antipersona. Quiso creer que tenía tiempo para echar el pie atrás antes de que saltase todo por los aires.

—Déjalo, no debería haber preguntado. No es asunto mío.

Resultaba difícil saber qué decir cuando no se conocía a la otra persona, pero recordaría no preguntar eso en próximas ocasiones.

—No hay padre —contestó tragando saliva.

La mente de Alicia voló entre los miles de posibilidades. Antes de meter la pata, por suerte, ella acabó de aclararlo.

—Fue fecundación in vitro a través de un banco de semen.

Aquello la sorprendió, pensó en la idea unos segundos antes de poder decir algo al respecto.

—Eres muy valiente y lo digo de verdad. Criar a un hijo no es fácil siendo dos, no me imagino una persona sola. Vas a ser una gran madre.

La pobre muchacha se emocionó y no supo decir si se trataba de sus palabras o sus hormonas revolucionadas.

—Tengo endometriosis, casi cuarenta años y no tengo pareja, pero sí un deseo enorme de ser madre. Así pues, tomé la decisión y me puse a ello. Unos pocos intentos después, mi pequeño milagro, estaba aquí.

Se abrazó la tripa con tanta ternura que el corazón se le estrujó de puro amor. Sabía que, antes de dormir, tenía que llamar a su madre para darle las gracias por haberla cuidado tan bien.

—¿Ya sabes el sexo? —preguntó deseando saber más de ese milagro que su madre quería con tanto amor.

Asintió.

—Y va a ser grande porque la comadrona dice que ya ocupa casi todo el espacio.

Alicia no supo qué decir durante unos segundos.

—Pues compra ropa de tres o cuatro meses o solo podrás ponerle el pañal.

Ambas rieron. Lo importante es que era un bebé sano y pronto podría estar en los brazos de su orgullosa progenitora.

En la siguiente parada entró mucha gente a pesar de lo lleno que estaba el vagón. Aquello era peor que estar en hora punta, apenas tenían movimiento alguno. Ellas, por suerte, habían subido en las primeras paradas y habían conseguido asiento, eso hacía más llevadero el trayecto.

Alicia se fijó en que había entrado una persona de muy avanzada edad apoyada únicamente con un bastón algo torcido. Se sintió mal y se levantó. La persona que tenía delante trató de ocupar su sitio, lo que provocó que ella lo tomara del codo negando con la cabeza.

—Señor, siéntese aquí, por favor —le dijo mirando al pobre hombre que no podía moverse.

Con mucha dificultad, la gente empezó a dejar espacio para que pasara cuando, Alicia, les llamó la atención. Al final, pudo interceptar al pobre abuelo y, tomándolo del brazo, lo ayudó a llegar hasta la silla.

—Gracias, señorita.

—Un placer.

Se giró hacia el hombre que había tratado de arrebatarle el sitio y lo

fulminó con la mirada.

—Tenemos que cuidar de nuestros mayores.

Se hizo el loco ignorándola mirando hacia otro lado y decidió dejarlo estar. Sabía que existía mucha gente sin educación, por suerte, no había acabado de poner el culo en el asiento o lo hubiera echado de malas maneras.

El tren entró en una curva a toda velocidad y todo el vagón se movió a un lado. Alicia perdió el equilibrio tambaleándose hacia atrás hasta quedar más próxima a la puerta. Chocó contra el pecho de un pobre hombre que la miró con sorpresa.

—Lo lamento, no fui capaz de agarrarme a ningún sitio —se disculpó levantando una mano para sujetarse a la barra del techo.

Él no le dio importancia, le contestó con una sonrisa y dejó estar el tema.

Quiso buscar a Peyton con la mirada, pero llegaron a una nueva parada y una avalancha de gente la golpeó en todas direcciones. Nadó a través de ellos siendo incapaz de sujetarse a algo o alguien. Al final, dio con la espalda en las puertas que acababan de cerrarse.

Respiró aliviada por no haber caído del vagón y se dispuso a moverse.

—¡Alicia, quieta! —gritó Peyton como si de un perro se tratase.

Al parecer, al verla dando tumbos había corrido a buscarla entre la multitud.

—Estoy bien, aunque he estado a punto de salir de aquí de mala forma.

La embarazada se abrió paso a empujones, nadie se quejó, la miraron y le dejaron sitio para que alcanzara su objetivo.

—No te muevas ni un centímetro.

Alicia frunció el ceño.

—Que no me voy a escapar o huir de aquí, tranquila. Llegaremos a las clases preparto.

La cara de aquella mujer estaba tratando de decirle algo que no era capaz de comprender. Estaba pálida y miraba hacia atrás como si, en la nuca, tuviera algo enganchado.

El miedo se apoderó de ella, se tensó como un palo y preguntó:

—¿Tengo un bicho?

Negó con la cabeza mientras levantaba las manos lentamente.

—No sé cómo decirlo...

Alicia creyó que iba a morir, tal vez tenía una herida y no era capaz de notarla. Había leído sobre eso, quizás estaba en shock y había perdido toda la sensibilidad de la zona.

—Todo tu pelo se ha quedado enganchado entre las puertas.

Quiso reír para evitar llorar. Con cuidado, se llevó las manos a la coleta alta que se había hecho y, efectivamente, la parte de la goma estaba pegada a su cabeza y el resto había sido atrapado por las puertas.

Trató de tirar y se hizo daño en la raíz del cabello.

Peyton trató de coger la coleta para hacer entrar la parte de su anatomía que había quedado fuera del metro y fue incapaz.

—No puedo moverlo —concluyó apenada.

—¿Y qué, me quedo aquí hasta la próxima parada?

El chico contra el que había impactado minutos antes decidió entrar en acción.

—En la siguiente solo se abre la otra puerta.

Eso fue como un jarro de agua fría y empeoró cuando, la hermana de Peyton, añadió que era en la que debían bajar.

—¿Qué propones? ¿Qué me quede aquí hasta la próxima? —preguntó rozando la desesperación.

Llevó las manos al cabello y luchó por liberarlo, al no poder conseguirlo bufó de forma sonora. Lo único que consiguió fue hacerse daño por tratar de hacerlo de forma desesperada.

—Buscaré al revisor para que nos abra la puerta cuando lleguemos a la estación —le explicó Peyton antes de mezclarse entre la gente.

Alicia extendió ambas manos buscando alcanzarla.

—No me dejes sola... —susurró.

Aquello era inaudito, estaba en el metro enganchada a la puerta con muchísimos ojos mirándola detenidamente.

¿Y qué hizo ella?

Sacó su móvil y se hizo una foto para pasársela a Justin con las palabras

«esto es por tu culpa» acompañándola.

Él no contestó.

Manhattan la odiaba.

CAPÍTULO 15



Por suerte el revisor que encontró la hermana de Justin fue muy amable con ellas. Después de aguantar la risa con todas sus fuerzas, logró abrir la puerta para liberar su cabello y que pudieran marcharse en la estación que necesitaban.

Llegaron a la piscina y había una docena de mujeres en la misma situación que Peyton. Todas estaban allí con sus respectivas parejas, excepto ella, que no pintaba nada en un lugar como ese. Pero estaba para hacer un favor y no iba a pensar más en ello.

En el vestuario se puso el bañador y ayudó a la hermana de Justin a colocarse el suyo. Fue un momento algo incómodo, pero supieron sobrellevarlo.

—Gracias, después de esto te invito a cenar —susurró Peyton cuando acabó de ajustarle la tela de la espalda.

—No es necesario, de verdad. Si puede que le coja el gusto y todo, y me apunte a la próxima. Como una excursión.

Ambas rieron.

Fueron al exterior y llegó el momento de meterse en el agua. Por suerte, resultó que no estaba tan fría como esperaba. El cuerpo agradeció comenzar a flotar y dejarse llevar.

Y apareció el monitor que iba a impartir la clase en cuestión. Alicia se quedó boquiabierta cuando el hombre en cuestión llegó vestido con un bañador slip y todo su sexy cuerpo al descubierto.

Para tratar de disimular que no podía dejar de mirarlo, sumergió la cabeza

en el agua para enfriar las ideas. Al salir, se fijó en que Peyton le sonreía y la miraba cómplice sabiendo lo que pasaba por su mente.

No le extrañaba. Aquel hombre le había alegrado el día. No era excesivamente alto, no obstante, lo suplía con unas piernas musculosas y duras como piedras. No había rastro de pelo en todo su cuerpo, dándole un aspecto suave que se moría por acariciar.

Su pecho era un espectáculo, mirándolo sintió la necesidad de hundirse hasta el final de la clase y no salir del agua.

—Veo caras nuevas, hoy —sonrió mirándola a ella.

Alicia devolvió el gesto impidiendo que sus rodillas colapsaran y acabara haciendo el ridículo.

Sus ojos eran de un color chocolate increíblemente bonito, las pestañas eran tan largas y rizadas que muchas mujeres matarían por ellas. Lo vio lamerse los labios gruesos y sonrojados, algo que colapsó su corazón.

«Madre mía, muchacho. Si haces eso otra vez te secuestro y te llevo a mi casa como esclavo sexual», pensó mojándose la nuca con las manos.

—Para las «recién llegadas», me presentaré: soy Aylan y os acompañaré en esta clase.

«Yo soy Alicia y te dejo acompañarme a donde tú quieras, guapo», añadió mentalmente incapaz de decirlo en voz alta.

Explicó la primera postura que iban a poner en práctica. Consistía en tomar a la embarazada, dejar que flotase y tomarla por la espalda y las piernas ayudándola en la flotación para relajarse.

Peyton se dejó llevar mientras hacían lo que indicaba el profesor. Fue fácil, mucho, ya que no comportaba esfuerzo ninguno.

La tensión entre ambas duró apenas unos segundos, ella se dejó ir cerrando los ojos y comenzó a flotar relajándose. Aylan hablaba sobre la conexión única entre madre e hijo, ese vínculo tan fuerte que no se rompería después del parto.

Ellos estaban en su barriga nueve meses, sintiendo su voz, su corazón y sería eso mismo lo que necesitarían en el exterior.

—...Porque sois su refugio, en quien confían y os van a necesitar para todo. Ahora, aquí tumbadas, centraros en sentirlo, sus movimientos, sus patadas...

Él tenía una voz tan profunda que la hipnotizó, cerró los ojos y disfrutó de la experiencia. Tomando a Peyton de esa forma y con esa calma, llegó a sentir uno de los movimientos del bebé. Sonrió sintiéndose agradecida por forma parte.

La experiencia duró unos minutos antes de cambiar de postura.

Pasaron a otra algo más complicada, con un churro de poliexpán tenía que ayudarla a sentarse encima y mantener la postura unos minutos.

—Que buena acompañante tienes hoy —dijo Aylan pasando por delante de Peyton.

—Sí, una buena amiga —contestó ella de forma educada.

Alicia creyó que él la miraba de forma intensa. Evitando hacerse ilusiones se centró en la postura que estaban haciendo mientras él se paseaba entre las otras parejas.

«Lo estás volviendo a mirar». Se regañó a sí misma cuando sus ojos lo persiguieron a lo largo de la piscina.

Aylan, después de ayudar a otra mujer a sentarse bien, miró en su dirección de una forma tan intensa que sintió que estaba a punto de desmayarse allí mismo.

Alicia trató de disimular, pero fue incapaz de no ser descubierta. Compartieron un par de momentos tan intensos que, gran parte de los asistentes se dio cuenta.

—Pídele el teléfono —propuso Peyton.

Justo en ese momento, Alicia soltó el poliexpán como si quemase provocando que ella se hundiera en la piscina. Entonces gritó mientras la tomaba de las axilas y la ayuda a sacar la cabeza fuera del agua.

—Perdóname, no era mi intención —se disculpó.

Aylan corrió hacia ellas, puso sus manos en los hombros de Alicia y preguntó, preocupado:

—¿Todo bien, chicas?

«Si sigues tocándome te pido un favor en el vestuario», pensó ella ante el contacto de aquel hombre.

Se sonrojó como si los demás fueran capaces de escucharla. Negó con la cabeza antes de señalar a su acompañante.

—Me despisté y se tumbó, lo siento mucho —se disculpó.

Aylan bajó sus manos a lo largo de sus brazos, eso hizo que se tensara por el contacto.

—Bueno, no es nada. Lo importante es que no os habéis hecho daño.

Ambas asintieron.

La clase siguió con la normalidad esperada. Alicia no volvió a cometer errores y disfrutó de todos los ejercicios. Agradeció la oportunidad de ir, pasar un rato agradable y conocer a gente tan simpática.

Peyton se colocó el albornoz y lo anudó por debajo de su prominente barriga, no iba a tardar mucho en tener al pequeño. Ella se secó con la toalla mientras pensaba en la noche que tenía por delante en su sofá de ensueño.

Justin se había ofrecido a ceder su cama, no obstante, no era una opción viable. Pasaría un par de días en su sofá antes de que su dormitorio llegase.

—Te sigue comiendo con la mirada.

Ante el comentario de su acompañante, ella se giró y chocó directamente con la mirada del profesor. En efecto, estaba a punto de fundirla allí mismo, casi se sintió desnuda ante él.

—Eres fantástica disimulando, ¿eh? —ironizó Peyton.

La verdad era que no, no era buena en ese tipo de cosas y, siempre, sus amigas se lo habían echado en cara.

—Solo quería saber que no te equivocabas —se justificó.

Su reciente amiga rio negando con la cabeza.

—Ve a hablar con él. Aprovecha que todos estamos en el vestuario.

Eso la sorprendió. Negó con la cabeza con rapidez antes de que las dudas asaltaran su mente. No sería tan terrible hacerlo, ¿no? Después de todo, no hacía nada malo con eso.

—¿Estás segura? —preguntó cerciorándose de que no quedaba mal con ella.

Peyton asintió completamente convencida.

«Pues si tú lo ves bien y yo lo veo mejor...», pensó con una sonrisa.

La dejó allí y se giró en busca del monitor, el cual, ya no se veía a metros a la redonda. ¿Cómo había desaparecido tan rápido?

Frunció el ceño y caminó por las instalaciones para ver si lo encontraba. Al no hacerlo, decidió que era mejor desistir y dejarlo estar. Al parecer no le había impresionado tanto como había pensado en un inicio.

—¿Me buscabas?

Alicia gritó y arrancó a correr presa del miedo, pocos metros más allá la detuvo una papelera sujeta al suelo que debía llevar allí años.

«Esto no puede pasarme a mí», pensó.

En efecto, la voz era la de Aylan y había aparecido a su espalda provocándole un susto de muerte. Agarrada a la papelera se negó a darse la vuelta, no podía encararlo y reconocer que se acababa de chocar con aquel objeto.

—¡Cielo santo, Alicia! ¿Estás bien?

Asintió a punto de fundirse por la vergüenza.

—En mi cabeza, aparecer así sonaba mucho más erótico de lo que lo ha sido. Lo lamento mucho.

Estaba de acuerdo con el monitor. Tal vez en las películas quedaba bonito, pero en la vida real era un susto difícil de digerir.

Al fin logró reunir el valor suficiente para girar y encararlo de forma directa. Sabía bien que estaba sonrojada porque sus mejillas estaban tan calientes como la lava de un volcán.

—Tranquilo, yo he reaccionado de una forma muy exagerada. No te escuché llegar.

Y justo en eso estaba la magia, la misma que había estropeado arrancando a correr como si un asesino la persiguiese.

—No quería causarte una mala impresión. Espero que no pienses que soy un tío raro.

«Eso, todavía no, por ahora lo dejamos en guapo y espectacular», pensó.

Le restó importancia al tema agitando, de forma leve, las manos. Ni él había pretendido asustarla ni ella salir corriendo.

—Podemos dejarlo en tablas y hacer como si no hubiera pasado — sentenció Alicia.

De pronto aquel hombre se acercó tanto a ella que se vio obligada a retroceder hasta golpear con la espalda contra la pared. Él aprovechó eso para

seguir cubriendo los espacios libres en una especie de abrazo, aunque fue gentil porque no usó sus manos en ningún momento.

—Me ha gustado tenerte en la clase. Es un cambio agradable después de tener tantas mujeres embarazadas.

Eso era una especie de piropo o ella quiso tomárselo así. Él era mucho más atractivo de cerca, estaba convencido de que era un hombre exitoso entre las mujeres. Solo su cuerpo ya prometía la seguridad de pasar un buen rato.

—Lo imagino. Las chicas se lo han pasado muy bien en la clase —dijo de forma educada.

—Creo que, tú y yo podríamos pasarlo mucho mejor que ellas flotando en una piscina.

Estaba convencida de ello. Asintió siendo incapaz de dejar de mirar sus profundos ojos, unos que parecían deseosos de pasar a otra base.

—¿Me das tu número y quedamos el próximo viernes?

No escuchó el día, dijo que sí antes de saber nada más. Sí que quería esa cita y esperaba que eso le hiciera pasar el mal trago de la anterior. El cowboy había dejado una huella en su mente difícil de borrar.

Se separaron cuando las futuras mamis comenzaron a salir de los vestuarios y recorrían ese pasillo para alcanzar la salida.

—Apunta —pidió Alicia dejando que él anotase el número en su móvil.

—Mándame un mensaje para guardarte yo.

Vio cómo lo hacía, lo que significaba que podía marcharse, darse una rápida ducha fría y regresar a casa.

—Nos vemos en unos días —se despidió.

Aylan la dejó ir, lo que hizo que fuera hacia el vestuario femenino. Allí, una muy sonriente Peyton la esperaba desenredando su cabello con un cepillo.

—¿Cómo ha ido?

Ella fue hacia la taquilla, abrió el candado y dio un brinco girándose hasta encararla. Estaba tan contenta que pegó un par de saltos muy efusivamente.

—Tengo su teléfono y vamos a quedar el viernes que viene.

La hermana de Justin se alegró por ella.

—Al final, tu enorme barrigota y tú me habéis ayudado para quedar con un

hombre guapo —comentó empezando a bailar presa de la alegría.

El día había sido raro, demasiado, pero acababa mucho mejor de lo esperado. De esa forma comenzaba a comprender que Manhattan le daba una de cal y otra de arena. Solo tenía que encontrar lo bueno que le entregaba la vida, aprovecharlo y vivir una buena experiencia.

—Voy a la ducha, a ver si el agua fría me quita el calentón que llevo —rio antes de que Peyton le diera un pequeño golpe en las nalgas.

CAPÍTULO 16



—Aquí llegan las dos princesas —dijo Justin cuando escuchó a las dos mujeres reír entrando en su jardín.

Se sorprendió cuando vio la complicidad que compartían. Se conocían de apenas unas horas, pero hablaban como si fueran grandes amigas y llevaran meses sin verse. Había un tema que hizo que las dos estuvieran muy animadas.

—¡Oh, hermano! Creo que no me lo hubiera pasado tan bien si llego a ir contigo. La próxima vez me la vuelvo a llevar.

Justin enarcó una ceja.

—¿Qué ha pasado?

Alicia no le quiso mirar directamente, seguía con la risita floja mientras se miraban de forma cómplice.

—Con gusto iré a la próxima clase —le dijo a su hermana.

Aquello no tenía sentido alguno y su curiosidad le pedía indagar un poco más en aquello que no deseaban contarle.

—Por mí puedes venir a todas las que quieras. Eso sí, al paritorio no que estoy segura de que algo catastrófico te pasa.

Alicia se tapó los ojos ante las palabras de Peyton, la vergüenza se dibujó en su rostro durante unos segundos.

Al final ya no podía más. Justin se cruzó de brazos algo molesto con ese secreto tan divertido que se negaban a compartir. Comenzaba a entender que eso tenía a un hombre de por medio.

—Venga, no me hagáis suplicar. Decidme qué ha pasado.

Peyton pidió permiso a Alicia y esta se lo concedió.

—A tu amiga se le ha enganchado el pelo en las puertas del metro, después casi me ahoga en una piscina por babear mirando al monitor...

—Y me he comido una papelera cuando me han asustado, pero he conseguido una cita con un hombre... ¡Qué hombre! —exclamó muy contenta.

Sus sospechas se hacían realidad, todo tenía que ver con un hombre y se alegraba de que estuviera tan contenta. Esperaba que esa cita la recordase y no de la forma con la que recordaría al cowboy.

—¡Qué pronto me olvidas! Eres déspota —comentó fingiendo un puchero.

Peyton los señaló a ambos boquiabierta.

—¿Vosotros habéis...?

Alicia negó a toda velocidad antes de arrancar a reír.

—Nos besamos el primer día que nos conocimos en la cabina de un camión, pero nos pilló su amiguito Rash. Después me ofreció el apartamento y le propuse ser amigos.

«Muy a mi pesar», añadió Justin mentalmente.

Peyton empezó a atar cabos.

—¡Ah! ¿La cabina de Kurt? —preguntó.

Sí, su hermano mayor la había dejado allí meses atrás y allí seguiría durante mucho tiempo. Había dejado su trabajo como camionero para empezar a estudiar turismo y poder dedicarse a su auténtica devoción.

—Esa misma, es muy cómoda, más de lo que yo pensaba —contestó Justin.

Alicia le dio un leve golpe en las costillas.

—No me agredas solo porque no pudimos acabar la faena. Mírate, no quieres estar conmigo y me sustituyes con un triste monitor. Solo espero que te vaya igual que cuando estuviste con Hunter.

Peyton arrancó a reír, agarró a su nueva amiga por el codo y esperó que le explicase lo que no entendía.

—Lo que el cruel de tu hermano quiere decir, es que tuve una cita con un cowboy que me pidió matrimonio. Pretendía llevarme al campo a vivir a la residencia familiar.

El rostro de su hermana pasó por miles de estados hasta llegar a la

diversión, echó la cabeza hacia atrás y arrancó a reír a carcajada llena.

—Solo espero que Aylan sea mucho mejor. Que a la tercera sea la vencida y que tengas la cita que te mereces. Además de un buen polvo que nunca viene mal.

Los hermanos eran muy similares y hablaban sin tapujos, algo que la hizo sonrojarse. Se alejó de ellos unos pasos en dirección a su casa.

—Sois iguales. Ya no sé si quiero conocer a Kurt porque imagino que es como vosotros. —Cerró los ojos y se agarró las sienes—. Si me disculpáis, voy a entrar en casa a dormir. Ha sido un día intenso, divertido en algún momento, pero agotador.

Peyton aceptó su despedida, agarrándose la barriga se acarició como si el bebé pudiera notar sus dedos.

—Ha sido un placer conocerte, Alicia.

—Lo mismo digo. Ya sabes que a la próxima clase me apunto.

Alicia entró en su casa.

—Es buena chica, ¿lo sabes? —preguntó Peyton.

Justin pensó en ello unos segundos. No podía decir que la conocía desde hacía años, pero, en el poco tiempo que llevaban, había hecho ver la gran mujer que escondía bajo una capa de torpeza.

—Lo sé —se sinceró.

No pensaba esconderse.

—Me gusta y sé que a ti también.

Las palabras de Peyton no buscaban herirlo, más bien ayudarlo. Quería que viera que podía dejarla escapar de cita en cita mientras tenían un tema pendiente. No obstante, Alicia había sido la que había elegido otro rumbo para su relación.

—Soy su casero y su amigo, nada más —contestó.

Eso no convenció a su hermana mayor, sin embargo, no siguió insistiendo. Saltó a otro tema y listo.

—Kurt llega la semana que viene, acuérdate de tener lista la habitación de invitados. Me dijo que esta vez sería para quedarse una temporada hasta que encuentre un apartamento. Le hablé del piso de abajo, pero no sabía de Alicia en ese momento.

Lo gracioso de aquella situación era que, su hermano, no había hablado con él directamente. El mensaje se lo había dejado a su hermana para que se lo transmitiera. Pensaba vivir en su casa sin siquiera preguntar si podía hacerlo.

—Si quiere vivir conmigo que me lo diga a mí o dormirá en el porche, ahora es verano y se está fresco —sentenció Justin.

No se llevaban mal, pero tampoco una relación muy fluida. Sabía bien que Kurt era de esa forma de ser, llevaba siendo así toda su vida, aunque eso no era una excusa. Si quería algo debía pedirlo educadamente.

Él siempre trataba de volver a Manhattan, lo había hecho cientos de veces. Con el tiempo se cansaba y buscaba una nueva aventura lejos de casa para acabar regresando al poco después.

—Le mandaré un mensaje para que te llame mañana sin falta —explicó Peyton antes de tomarle el rostro y darle un beso en la frente.

—Cuídate, pequeño.

—Cuídate, gorda —contestó él con sus manos sobre la barriga.

Justo en ese momento sintió a su sobrino moverse, lo que hizo que se llenase de orgullo ante algo semejante.

—Va a parecerse a mí por ser niño.

—O a Kurt —puntualizó su hermana sin gracia alguna.

Él la fulminó con la mirada.

—Eso no. A mí.

Cedió por puro cansancio y se dejó abrazar. La acompañó al coche y dejó que se marchase a su casa.

—Avísame en cuanto llegues.

—Sí, papi —canturreó antes de pisar el acelerador.

Llamó al timbre y esperó a que Alicia abriera. No lo hizo, se quedó detrás, en silencio, y lo supo por la sombra que salió por debajo de la puerta.

—¿Ahora soy el lobito y debo enseñarte la patita? No me voy a disfrazar de cordero porque quiero comerte entera.

La risa la delató, no era buena escondiéndose y manteniendo el misterio.

—Soplaré, soplaré y la casa derribaré^[2].

—Es una casa de ladrillo, lobito y no te voy a abrir.

Al fin una palabra, no se le había comido la lengua el gato. Justin supo que debía dejarla estar, pero fue incapaz de hacerlo. Así pues, se quedó allí empujando unos límites que quería derribar.

—Te dije que si llevabas a Peyton a la clase te dejaría dormir en mi cama —dijo tratando de disuadir ese intento de dejarlo fuera.

Alicia tosió producto de la risa que trataba de aguantar.

—No es necesario, me gané una cita. Estamos en paz.

No, no lo estaban. La había «obligado» a asistir a una clase llena de mujeres embarazadas, siendo pareja de una desconocida. Había ido bien, aunque podía haber sido muy distinto.

—¿Tienes miedo del lobo? Ya te dije que yo dormiría en el sofá.

La sombra que salía por debajo de la puerta se movió dejando pasar la luz, segundos después, volvía a estar ahí.

—No me fío de ese lobo que imita ser un cordero. Piensas cenarme en cuanto me despiste, ir a tu cama es demasiado tentador.

Él sabía bien que eso era cierto, se moría por algo más. ¿El porqué? Por atracción pura y dura, necesitaba acabar aquello que había empezado. Tal vez eso les hiciera ver que estaban mejor siendo amigos.

—Prometo no hacer nada que tú no quieras. Si solo deseas dormir lo aceptaré y te dejaré descansar.

Era un hombre de palabra y no quería dejar que su espalda padeciera en ese sofá tan viejo que le había traído Rash.

Los dedos de Alicia tintinearón sobre la puerta.

—No quiero quitarte la cama. Si es amplia podemos dormir los dos, sin roces, sé que sabes hacerlo.

Ella pedía algo peligroso, pero podía cumplirlo.

—Tengo cama, aire acondicionado, cena y bebidas frías —ofreció Justin.

La puerta se abrió al momento dejando que él sonriera victorioso mientras ella lo miraba con cierto pesar.

—No me lo pintes tan bien, que no puedo decir que no... —Susurró suplicante.

Él se abrió de brazos en señal de bienvenida. Sí, acababa de ganar un pulso y así era como se ganaban las guerras, batalla a batalla.

—Bien, señorita, bienvenida al hotel cinco estrellas Justin Turner. Y los Turner tenemos un gran apellido que cuidar.

Alicia suspiró.

—Vale, vamos a ello.

CAPÍTULO 17



Alicia estaba agotada. Lo supo en cuanto su cuerpo tocó el cómodo sofá de Justin. Se ajustó a su cuerpo como si de un abrazo se tratase proporcionándole el confort que necesitaba.

—Me lo he pensado mejor, tú a la cama y yo al sofá —susurró cerrando los ojos.

Justin canturreó en la cocina. Llevaba cerca de veinte minutos cocinando sin dejarle pasar o ayudar. Lo había intentado, pero se había negado en rotundo una y otra vez hasta que ella se dio por vencida.

—Eso huele genial —comentó con cierto hormigueo en el estómago.

El móvil de Justin, que estaba a escasos centímetros, sonó. Fue un leve «bip» que se convirtió en otro y otro hasta ser molesto.

—Parece que alguien te busca, igual es importante —le comentó.

Entonces reaccionó. Sacó la cabeza por la barra de la cocina y se lo señaló.

—Échale un ojo, puede que sea mi hermano. Quiere quedarse en mi casa y le he pedido que me lo pida con educación. La contraseña es una «M».

Alicia obedeció y, al desbloquear la pantalla, descubrió que no se trataba de Kurt sino de las muchas notificaciones que procedían de una aplicación para ligar. La misma que ella se había descargado en su teléfono.

—No, no es él. Es una tal Lisa...

Movió el dedo y otra notificación apareció en la pantalla.

—También Mery, Violete, Paige... Vaya, tienes a muchas locas detrás de ti

y eso que no es una gran foto, estás mejor al natural.

Justin comenzó a poner la mesa ignorando por completo a las chicas, lo que hizo que ella echara un vistazo en sus perfiles.

—Son guapas... —Susurró algo celosa.

Él siguió sin hacerle caso, acabó de poner los cubiertos y los vasos para traer los platos.

—Mira, a Mery, le gusta restaurar coches. Va contigo.

—«Uh-hum» —contestó.

Ella no vivía cerca, pero eso era una ventaja porque si no salía bien tenía la certeza de que volverían a verse.

—Podrías proponerle quedar. ¿Tienes algo el viernes? —preguntó sin levantar la vista del teléfono.

Justin llegó a su lado, tomó el móvil y no se molestó en mirar la pantalla; lo bloqueó y le indicó que tomara asiento para comer. Alicia lo hizo con la sensación de que había hecho algo malo.

—Escucha, no quería molestarte, no debí ojear.

Tomó asiento y se quedó boquiabierta con todo lo que había preparado en un momento: ensalada Waldorf, patatas fritas y sándwich de pastrami. Se le hizo la boca agua con solo mirarlo.

—Esto es comida de reyes.

—Ya que vas a vivir aquí, tienes que conocer lo típico de la zona. Toma asiento y come, por favor.

Hizo caso a su petición.

Decidió tomar un pequeño sorbo de agua antes de intentar decidir qué probaba primero. Al final decidió atacar la ensalada y servirse un plato reducido para dejar sitio a lo demás.

—No me has molestado. Solo quería compartir este momento contigo y no con las citas. Ya decidiré con quién salir más tarde.

El sabor explotó en su boca arrancándole un gemido.

—Esa Mery pinta bien, seguro que te lo pasas genial.

Justin cogió un poco de sándwich y empezó a devorarlo sin piedad. Parecía que acabaran de regresar de una isla desierta y estaban hambrientos, iban a

comer hasta reventar.

—Si quieres te dejo elegir mi próxima cita si, a cambio, yo te elijo una.

Alicia se atragantó con un trozo de manzana de la ensalada, tosió fuertemente tratando de respirar. Pasados unos segundos, Justin le dio pequeños golpecitos en la espalda para ayudarla.

—No elijo tan mal, seguro que es un gran tipo.

No lo dudó, solo había un pequeño problema.

—Ya tengo una cita el viernes con el monitor de tu hermana.

Él comió sin inmutarse.

—Pues para el sábado —dijo sin más.

No lo vio una mala solución, solo había que pulir un poco los bordes del plan antes de poder acabar de trazarlo.

—¿Y si me gusta, Aylan?

Justin se encogió de hombros.

—Si te gusta ese monitor le mandas un mensaje al hombre de tus sueños, el cual yo elegiré, y le dices que estás indisputada. Si quieres excusas internet está llena de ellas, solo viaja un poco por ahí.

No supo por qué, pero dejó que ganase. Buscó su teléfono en el bolsillo, lo desbloqueó y abrió la aplicación. Descubrió, con sorpresa, que ya había recibido algunas invitaciones para salir. No las miró y se lo tendió.

—Venga, elige.

Justin lo dejó a su lado y siguió comiendo. Después de todo el tiempo que había invertido en preparar la cena iban a degustarla sin distracciones. Alicia disfrutó de los platos, comió mientras hablaban acerca de cómo les había ido el día. A grandes rasgos había sido bueno, si no contaba sus torpezas.

—¿Cuántos hermanos sois?

Él se limpió las comisuras llenas de mayonesa antes de disponerse a contestar. Deseaba conocerlo un poco más y ese era un buen tema.

—Tres: Kurt, Peyton y yo. Fui la última bendición que necesitaba la familia.

Alicia sonrió. Había visto lo bien que se llevaban los hermanos, a pesar de que, con Kurt, la cosa fuera tensa, pero hablaban con mucho cariño de él.

—¿Y qué me dices de tus padres?

Justin suspiró entornando los ojos a la vez.

—Mi madre es actriz y loca, dramática como ninguna, pero ama a sus hijos con toda su alma. De ahí que mandara a Rash para que nos pillara en plena faena.

No la conocía, no obstante, la señora Turner ya le caía bien; las madres debían amar a sus hijos y viceversa.

—¿Y tu padre?

Su rostro se ennegreció un poco, sabía que acababa de pisar una mina. Trató de retroceder torpemente:

—Bueno, yo, ah, no, vale. ¡Alicia, por favor!

Provocó su risa.

—Murió hace un par de años, cáncer. Era una persona muy importante para mí.

Sintió pena al escuchar eso. Por desgracia, aquella enfermedad se llevaba a muchísima gente cada año. Todas las familias del mundo habían sufrido, alguna vez, una pérdida por ello.

—Lo siento mucho. De verdad.

Él siguió comiendo tratando de dejar a un lado todo aquello.

—Ahora es tu turno. Dame el parte familiar antes de que me mate la curiosidad —se mofó.

Alicia tomó un trago de agua para poder bajar la cena y empezar a explicar. En realidad, iba a ser corta la historia.

—Pues soy hija única, siempre quise tener hermanos, pero me conformé con los animalitos que teníamos en casa. Mi madre es muy buena, tiene una paciencia inmensa y me quiere tanto que me dejó marchar. Otra me hubiese atado a la pata de la cama o algo.

Había llorado tanto que habían tenido miedo de que se deshidratase. El disgusto de la marcha de su hija le había durado semanas.

—Y mi padre es un gran hombre, severo, pero siempre ha querido lo mejor de mí. Cuando les expliqué que mi sueño era viajar aquí casi me hace la maleta él mismo. Ve lo bueno que tengo y quiere que aspire alto.

Justin sonrió.

—Parece un buen hombre.

Lo era. Dado el carácter, similar, que tenían, habían chocado mucho a lo largo de la vida. Sus fricciones se debían a que eran exactamente iguales.

—Y no tengo hermanas, pero tengo una amiga, llamada Cristina, que ha cumplido la función. Cuando tenga amueblado el apartamento la invitaré a pasar unos días, aunque no sé si tendré que atarla o algo.

Eso atrajo su completa atención. Dejó los cubiertos mirándola fijamente esperando una explicación a esas palabras.

—Cristina vive la vida al máximo sin contemplaciones. Es una buena vida, pero quiero tener tiempo para enseñarle la ciudad.

Alicia pensó algo que prefirió guardarse para sí misma. Por desgracia él la supo leer a la perfección.

—¿Tienes celos de que pueda tener algo con ella?

Negó con la cabeza sabiendo que mentía. Se sonrojó solo con la idea de que no quisiera algo así. No tenían nada entre ellos salvo una amistad que insistían en recordar, pedirle eso era demasiado.

—Vale, no tendría que haber sacado el tema. El karma me la ha jugado —rio sin ganas.

Se levantó dispuesta a recoger la mesa. La cena había sido agradable, pero ella misma había jugado con las cartas equivocadas. Se enfadó consigo misma y empezó a recoger los platos dispuesta a huir de su cercanía.

Ella no era nadie y no podía pedir que no tuviera nada con Cristina, al igual que no podía demandárselo a su amiga. Quizás no se gustaban. O, tal vez, para cuando ella viniera a Manhattan ya no había amistad entre ellos.

Llevó los platos a la cocina para comenzar a vaciarlos y enjuagarlos. Descubrió que había un friegaplatos, lo que aligeraría la faena de dejarlos limpios. Abrió la máquina para disponerse a dejarlo todo limpio. Era lo justo después de haber cocinado.

—Ey, ¿todo bien? —preguntó Justin entrando tras la muchacha.

No, no lo estaba porque había pretendido pedir algo a alguien con el que apenas tenía relación alguna.

—Perfectamente —contestó siguiendo con su faena de forma concienzuda.

Rezó porque lo dejase estar. Que esta vez, a pesar de leerla, abandonara el

tema lo más lejos posible.

Justin no era de esos. Interceptó uno de los platos que estaba a punto de enjuagar y se lo arrebató de las manos. Alicia trató de tomar otro, pero fue incapaz porque la tomó de las muñecas.

—¿Te das cuenta de que te has enfadado tú sola? Yo no he abierto la boca.

Esa era la cuestión. Se negó a contestar.

—No estaré con Cristina por muy buena que esté o lo mucho que yo le guste a ella, porque, reconoce, que voy a gustarle —explicó socarronamente.

Alicia rio.

—Y no lo haré porque no quiero estropear nuestra amistad y eso lo haría. Y a ti te conocía primero.

¿Era malo decir que se sentía aliviada? Solo con mirarlo supo que él era demasiado gentil.

No pudo contenerse, lo abrazó con fuerza y él la estrechó entre sus brazos. Estaba tan sola en esa ciudad que se había convertido en un apoyo al que recurrir siempre que lo necesitase.

Cuando se separaron estuvieron un rato sin hablar. Se dedicaron a limpiar los platos antes de seguir con la noche.

—Voy a coger una camiseta para usarla de pijama. No vaya a ser que salgas a beber agua por la noche y te tires sobre mis pectorales desnudos —se mofó yendo hacia donde había dicho.

Alicia lo siguió a toda prisa.

—No, yo me puedo quedar en el sofá, es más cómodo que el mío y dormiré bien.

Justin la fulminó con la mirada.

—Eres la invitada, me toca a mí dormir en el salón.

Pero ella no estaba de acuerdo, solo por acompañar a Peyton no debía pagar un precio tan alto. Para empezar, debía haberse quedado en su casa y no en la de aquel hombre.

—¿Y si dormimos juntos? —preguntó señalando el colchón.

Eso hizo que él sonriera con picardía.

—Como amigos... Ya lo sabes... —canturreó como una madre a su hijo

repitiendo una lección que sabía de sobra.

Entonces él se sentó en el borde de la cama, en silencio, pensando en lo que le había propuesto. Alicia casi pensó que iba a negarse, no obstante, y después de mucho rato, se echó hacia atrás acabando tumbado.

—Vale, acepto.

Respiró aliviada.

—Ha sido fácil convencerte.

Él se encogió de hombros.

—Soy un chico fácil.

CAPÍTULO 18



Alicia despertó sobresaltada cuando le faltó la respiración, quiso moverse, pero encontró que estaba inmovilizada. Presa del miedo comenzó a hiperventilar, sus pulmones apenas podían expandirse y eso la hizo entrar en pánico.

Con las manos, buscó qué era lo que tenía sobre sí y notó que era el brazo de Justin. Siguió bajando y encontró su pierna.

Vale, aquel hombre la estaba abrazando en sueños.

—Justin... —susurró intentando no despertarlo de forma abrupta.

Él no respondió.

Pasó al plan B, trató de ir quitando una a una las extremidades que la aplastaban. El brazo fue sencillo, lo dejó caer contra el colchón y se detuvo a respirar unos segundos. Cuando quiso ir a por la pierna, algo cambió.

Justin se removió, con ambas piernas y brazos la envolvió como si de un caramelo se tratase y la apretó contra su pecho.

«Claro que sí. Pónmelo fácil», pensó enfadada.

Luchó por liberarse, pero fue incapaz de conseguirlo. Bufó molesta antes de seguir intentándolo. Al final, logró lo que no quería: despertarlo.

Los ojos de aquel hombre se abrieron y tardaron unos segundos en enfocarla. A pesar de la oscuridad de la noche, a través de la ventana entraba un rayo de luz procedente de las farolas.

Justin sonrió al verla, lo que se hizo contagioso y ella devolvió el gesto.

—Siento despertarte, pero me estás aplastando —susurró.

Pero él no parecía estar allí, miró cómo se movían sus labios, aunque no tuvo claro si era capaz de escucharla.

De pronto, y con suavidad, él se aproximó a sus labios para depositar un casto beso. Alicia se quedó paralizada al instante.

Se separó para mirar sus ojos, fue un instante en que el sueño se desvaneció y fue consciente de lo que acababa de hacer. Se quedaron en silencio, incapaces de moverse o articular palabra.

Justin se lamió los labios como si quisiera saborear los restos del beso.

—Deberíamos dormir —sentenció, él, con seriedad.

Alicia le dio la razón, no obstante, ninguno de los dos hizo el mínimo intento de moverse hacia ningún lado.

—Amigos, ¿verdad? —preguntó para cerciorarse de que las reglas del juego no habían cambiado durante la noche.

Ella, muy a su pesar, asintió.

La dejó ir, al fin, como ella había deseado desde el primer momento. Alicia supo que debía moverse y alejarse. ¿Y qué hizo? Se quedó allí, inmóvil, mirándolo. Su instinto le gritó en los oídos que se diera la vuelta, pero no hizo el menor caso.

—¿Todo bien? —preguntó algo inquieto.

Alicia tomó la iniciativa sabiendo que se tiraba a una piscina sin agua. Se acercó a él, colocó sus manos sobre su pecho y, Justin, solo pudo suspirar.

—Amigos... —canturreó.

Al final, logró separarse de él y moverse hasta su lado de la cama. Respiró profundamente unos segundos sabiendo bien que ambos habían estado a punto de cruzar una línea que ella misma había dibujado al principio.

Justin le atraía, mucho más que cualquier otro, pero no quería romper la conexión que tenían por un polvo. Él aportaba a su vida mucho más que el placer que podía proporcionarle.

Quería un amigo para no estar sola en aquella grandísima ciudad.

Entonces él la tomó de la barbilla, la giró y mordió sus labios antes de que pudiera pensar en nada más.

El beso fue intenso, como dos bestias salvajes peleando una contra otra con

ferocidad. Se mordieron y saborearon de forma concienzuda. Sus lenguas bailaron un tango al mismo tiempo que Alicia ahogaba un gemido en su garganta.

Solo cuando el beso se rompió se quedaron mirada contra mirada.

—Vamos a ser amigos, pero, joder, me moría de ganas.

Alicia asintió ante las palabras del hombre. Ella también quería eso.

Nunca dormir había sido tan difícil. Alicia pasó toda la noche despertándose cada media hora con ganas de girarse hacia Justin. Al final, el cansancio ganó la batalla y se durmió, solo para tener un sueño erótico con aquel hombre.

Hasta su subconsciente la traicionaba.

Él ya no estaba en la cama, lo que hizo que frunciera el ceño extrañada.

—Café en el porche, a la de ya —canturreó Justin desde la calle.

La joven necesitó pasar por el baño para asearse y después se dirigió hacia donde le había indicado.

Al salir a la calle no fue capaz de mirarlo a la cara, corrió a sentarse y tomó el café entre sus manos.

—¿Nos levantamos vergonzosas? —Jugeteó Justin.

Ella negó con la cabeza, pero la verdad era que no podía encararlo sin sentir vergüenza. Había establecido normas que no eran capaces de cumplir.

—Vamos, ha sido un pequeño desliz. Seguimos siendo buenos amigos. Yo ya no recuerdo haberte metido la lengua hasta la garganta.

Tras la broma, él tapó su boca con sus dedos.

—¡Ups! ¿He dicho yo eso?

Al final ganó la batalla provocándole una carcajada. Sí, él sabía cómo tratarla y cambiarle el humor con pocas palabras.

—Que conste que empezaste tú abrazándome.

—Claro, tengo un bellezón en la cama y no puedo sobarlo. No soy de piedra.

Ninguno de los dos lo era.

—Tienes que dejarme tu móvil para elegir la cita del sábado, que anoche no lo hicimos —comentó.

Alicia desbloqueó la pantalla y se lo ofreció.

—Todo tuyo, pero sé amable conmigo y no elijas a alguien que veas que pueda ir mal.

Justin sonrió, malicioso.

—Esa es una buena táctica. Si las citas te van mal acabarás en mis brazos suplicante.

Dejó estar la broma, no podían seguir jugando con ese tema o iban a caer sin contemplaciones. No necesitaba eso en aquellos momentos, por ahora se conformaba con el café.

—Listo, concertada cita. Según la aplicación tenéis un 89% de compatibilidad, es muy alta. Si no te gusta el monitor puedes pasar un buen rato con este.

Agarró su móvil intentando ver la foto de la persona en cuestión, pero Justin no soltó el teléfono con un dedo acusatorio en su dirección.

—No vale mirar. Yo no miraré a Mery tiene un corderito^[3] y tú no lo harás con el que te he elegido.

Aceptó a regañadientes.

—No me gustan estas reglas del juego —se quejó Alicia.

—Y a mí tampoco no poder follarte y me adapto a la situación.

Suspiró algo enfadada, él no podía estar sin sacar el tema, aunque ella suplicase.

Acabaron su café con el canto de los pájaros como único sonido. Era tan temprano que apenas había coches y podían disfrutar de los animales, que cantaban con alegría.

—Te doy diez minutos. Sé de una tienda que abre los domingos y tiene buen precio. Vamos a buscarte una cama, porque si vuelves a estar en la mía te devoro.

Alicia se atragantó con el café.

—Dame la dirección y voy.

Negó con la cabeza.

—No tengo nada que hacer hoy. Y Peyton me explicó lo torpe que puedes llegar a ser, quiero que regreses sana y salva. Vamos a mi taller, cogemos una furgoneta y vamos a buscar lo que necesitas.

No tenía opción y no quiso pelear.

—Deja que vaya un momento a casa y vuelvo.

Él esperó pacientemente.

CAPÍTULO 19



Aquello no era una tienda, era un centro comercial con casi tres plantas de colchones. Miró boquiabierto la fachada de aquel lugar antes de volverse hacia él. Justin parecía divertido con su sorpresa.

—Este lugar es enorme. Tardaré todo el día en decidirme —explicó señalando hacia el local.

Él se encogió de hombros.

—Tenemos todo el día.

Eso era cierto, pero gastarlo en una tienda no era su idea de plan ideal.

Al entrar, una chica fue a toda velocidad a atenderles. Con amabilidad, Alicia logró explicarle lo que deseaba y se puso manos a la obra para encontrarle un colchón bueno a precio reducido.

Al final, con todas las opciones sobre la mesa, los dejó a solas para que ellos pudieran elegir cómodamente. Porque sí, creía que eran pareja. De hecho, había dejado constancia en algún momento de la conversación diciendo «para los dos es mejor una King Size». Justin la había mirado sonriente y casi pudo sentir su voz en su mente.

Lo vio acercarse a una de las camas antes de tumbarse y ponerse cómodo. Entrelazó los dedos en la nuca, la señaló con picardía y la instó a que lo acompañase.

—No, gracias —dijo educadamente.

—Tumbate para probar si te gusta.

Alicia se cruzó de brazos como signo de negativa. Ya habían jugado

demasiado y podían acabar quemándose.

—¿Qué? ¿Ahora me tienes miedo?

Le negó la mirada y se sentó en un colchón cercano. Ese se ajustaba a un precio aceptable y era lo suficientemente cómodo. Adjudicado, esa noche iba a estrenar cama.

—Me quedo este.

Justin asintió aceptando su decisión.

Alicia fue a buscar a la dependienta. Su amigo la siguió de cerca en completo silencio, dejando que hiciera todos los pagos y operaciones necesarias.

—Ahora mismo se lo acercarán al coche. Muchas gracias, señorita Arias.

Satisfecha se dirigió a la salida a la espera del mozo del almacén con su paquete. De pronto se dio cuenta de que Justin estaba en la puerta y no avanzaba.

—¿Todo bien? —preguntó confusa.

—Sí, voy a preguntarle por el que he probado, que me ha gustado.

Alicia se encogió de hombros, aquel hombre era incorregible. Lo dejó ir, no sin antes pedir las llaves de la furgoneta para subir el suyo. Se sentó en el asiento del copiloto y esperó, con tranquilidad, que regresase.

Justin corrió tras la dependienta.

—Disculpe.

—Sí, el chico está buscando el colchón de su mujer. Sea un poco paciente —dijo algo molesta con la intromisión.

Él frunció el ceño, lo que quería decir no tenía nada que ver con eso. Comprendió que, dado su trabajo, esa mujer debía estar acostumbrada a lidiar con gente sin educación alguna.

—No, no es eso. Nos lo hemos pensado mejor y preferimos ese más bueno.

La dependienta titubeó un poco.

—Ese es más caro, señor.

Justin sacó la cartera.

—Por supuesto que pagaré la diferencia. No se preocupe.

Una vez lo hizo, la misión era entretener a Alicia lo suficiente como para que no notase el cambio hasta llegar a casa. Allí se enfadaría, pero no tendría mucho que hacer, solo dormir y descansar.

—¿Me has echado de menos, mujercita de mis amores?

Gozó cuando lo fulminó con la mirada. Solo ver ese levantamiento de ceja y cómo su rostro se transformaba le provocó la risa.

—Tú y yo no somos nada.

Levantó un dedo dispuesto a corregirla.

—Amigos si mal no recuerdo. Yo acepto los términos, no lo comparto, pero acepto con pesar la penitencia con increíble entereza...

Y siguió hablando sin parar tratando de provocar que se enfadase. Lo logró a los pocos segundos, ya que se encerró en el coche con llave y subió la ventanilla para dejar de escuchar todo lo que decía.

El mozo llegó y él le abrió las puertas traseras de la furgoneta. Su plan estaba funcionando mejor de lo que esperaba.

—Sí, cariño. Este chico tan amable está cargando la compra. Ya le he dicho que lo vamos a estrenar con mucho amor.

Iba a morir y lo sabía.

Alicia abrió la puerta, quiso gritar y decirle tantas cosas que se trabó un poco antes de hablar.

—Cuando lleguemos a casa vamos a tener una charla agradable, cielo.

Justin miró al muchacho.

—La tengo loquita.

«Y no sabes hasta qué punto».

Cuando acabó lo agradeció y se subió al asiento del piloto. No se atrevió a mirarla porque tuvo la sensación de que se iba a desintegrar.

—¿Te has divertido? —preguntó poniendo énfasis en cada sílaba.

—Mucho —se sinceró.

Aunque eso podía costarle la vida.

Alicia descansó más que en las últimas semanas. Su colchón nuevo era mucho mejor que el que tenía en España. Lo curioso era que no recordaba que fuera tan cómodo al probarlo en la tienda, pero no le dio importancia.

¿Quién podía testar un colchón en condiciones con gente mirando? Solo la tensión ya provocaba que no pudiera hacerlo al cien por cien.

Antes de ir a trabajar necesitaba una ducha. Era la única forma de despertarse de verdad y poder enfrentar el duro día que le venía por delante.

Casi a ciegas, entró en el baño y abrió el grifo para que el agua empezara a calentarse. Los últimos minutos eran con agua fría, pero debía entrar en caliente para que no le diese un ataque al corazón.

Se desnudó y colocó, sobre la cama, la ropa que iba a ponerse. Se fijó en lo mal que quedaba un colchón desnudo, así pues, decidió que compraría un par de juegos de sábanas en cuanto saliera del trabajo.

No podía permitirse más, el sueldo estaría a punto de llegar y le hacía falta, porque los ahorros habían mermado a gran velocidad.

Dejó el albornoz colgado tras la puerta del lavabo, se quitó la ropa interior y se dispuso a entrar en la ducha. Cuando las primeras gotas tocaron sus piernas gimió de placer, esa era la mejor forma de empezar un día con energía.

«Mentira, lo mejor es un polvo, no obstante, no va a pasar», pensó.

Algo que no debía estar ahí se materializó en su pierna izquierda en forma de hormigueo. Fue extraño y no le dio la suficiente importancia durante unos segundos, al final, apartó la alcachofa de la ducha y esa sensación no desapareció.

Lo peor vino después.

Cuando su mirada descendió comprobó, con estupor, que una cucaracha subía por su pierna hasta llegar a la rodilla.

No entró en pánico al instante, su mente tardó unos segundos en procesar la información suficiente como para perder el control. Y fue en ese momento en el que arrancó a gritar como si su casa hubiera salido ardiendo.

Empezó a dar saltos y manotazos a su carne buscando quitarse ese feroz

insecto que amenazaba su vida.

Al salir de la ducha patinó y se deslizó con velocidad hasta chocar contra el mueble. Allí miró hacia abajo para cerciorarse que todo había acabado. No fue así, ahí seguía en su pierna aferrada como si le hubieran salido anclajes en las patas.

Volvió a gritar, esta vez con más y más fuerza.

Tal fue su tono de voz que no pudo escuchar el estruendo del piso superior. Tampoco notó como Justin arrancaba a correr hacia el exterior y llegaba hasta su puerta para golpearla con los puños.

—¿Todo bien? —preguntó preocupado.

Alicia siguió luchando con el monstruo del infierno, el pobre debía estar más asustado que ella, no obstante, no dejó que ese pensamiento la entretuviera. Saltó, brincó y se golpeó de forma desesperada.

La puerta de su apartamento se desplomó de una patada. Él corrió hacia el lavabo y abrió tratando de descubrir quién era el intruso. No iba a permitir que nadie la dañase, aunque no sabía que era un inofensivo insecto.

Cuando la vio saltando y gritando presa del miedo corrió hacia ella, le pegó un manotazo en la pierna haciendo que, la bestia, cayera al suelo rebotando y desapareciendo entre los muebles.

La conmoción golpeó la mente de Alicia unos segundos. De pronto, tapó con sus brazos sus zonas íntimas y volvió a la carga con los gritos.

—¡FUERA!

Justin estaba sorprendido con su reacción. Tartamudeó unos segundos y quiso moverse, pero la sorpresa lo tenía paralizado.

—¡Fuera, fuera, fuera, fuera, fuera! ¡Que salgas de aquí!

Al final lo logró y cerró la puerta tras de sí.

—¡Pero no me dejes aquí sola con el bicho!

Justin volvió a entrar.

—Vale, me estás volviendo loco. Entro, salgo o me hago amigo de la cucaracha. La pobre tiene que estar asustada con tantos gritos.

Alicia trató de no seguir gritando. Corrió a por su albornoz y se lo echó sobre los hombros antes de salir a toda prisa.

Justin se encerró en el baño con la cucaracha, lo que hizo que

hiperventilara con la espera. No iba a ducharse jamás en aquel lugar, tendría que hacerse socia de algún gimnasio para ponerse al día con su limpieza corporal.

—¿Puedo salir? —preguntó el pobre hombre desde el interior del lavabo.

—Si ese bicho sigue vivo os encierro a los dos y tiro la llave.

Sabía que no estaba siendo lógica, pero no era capaz de pensar con claridad.

—La he tirado por la ventana y me ha dicho que no volverá. Está tan asustada que se lo dirá a todas tus amigas para que nadie venga a visitarte —explicó Justin.

Alicia se sentó en el colchón cuando sus piernas fallaron, tenía la respiración tan agitada que apenas podía no jadear tratando de mantener el control de sus pulmones.

Justin salió después de pedir un salvoconducto para abandonar el baño. Ella había dejado de contestar, así pues, lo tomó como una invitación a marcharse. Sin embargo, la encontró sentada en su colchón tapándose el rostro con ambas manos.

—Ya está. Le he regañado y me ha prometido que no volverá, aunque compraré alguna trampa por si se le olvida el mal rato que acaba de pasar.

Ella siguió absorta entre sus manos, como si no fuera capaz de escuchar nada más que sus propios latidos.

Justin, con suavidad se sentó a su lado y la abrazó. La muchacha dio un brinco al no esperárselo y luchó por apartarlo. Al no conseguirlo acabó apoyando la cabeza sobre su hombro.

—Me voy a morir de vergüenza... —gimió abrumada.

—Que no, mujer. Que la cita con el «señor Cucaracha» no ha ido tan mal. Ha sido un poco verde al tocarte por encima de la rodilla, yo no hubiera subido hasta que no me hubieras dado permiso.

El humor no ayudó, la hizo sentir peor y provocó que se atase el albornoz más fuerte.

—Me has visto desnuda.

Justin acarició su coronilla con cariño.

—Vamos, tranquila. Apenas recuerdo nada, solo unos gritos estridentes y

molestos.

Alicia asintió.

—Tienes que ir a trabajar. Coge tus cosas, sube arriba, dúchate y yo haré vigilancia para que nadie te dañe.

Ella miró hacia su puerta, la cual había derribado después de dos o tres patadas cuando había escuchado sus terroríficos gritos.

—Tengo que llamar a un cerrajero —comentó.

Justin se encogió de hombros.

—Llamaré a Rash, su padre fue ladrón unos años hasta que lo atraparon. Te aseguro que sabe unos trucos buenos. Te lo dejará todo arreglado.

Eso la ayudó a relajarse. No podía darle importancia a aquello o todo en su vida sería un desastre. Las catástrofes se agolpaban una sobre la otra sin posibilidad de huir.

Miró el reloj y comprobó que debía darse prisa. No pensó en todos los contras que traería aquella decisión, no podía depender de él hasta ese punto. Pero llegar tarde no era una opción, así que, sin que sirviera de precedente, salió corriendo hacia arriba para acabar de ducharse.

CAPÍTULO 20



La semana había sido muy aburrida. El trabajo la había absorbido tanto que las horas pasaron sin poder controlarlas, reunión tras reunión y cientos de horas extras que habían hecho que trabajase con Maddox codo con codo.

Sarah Reed apenas tenía contacto con el personal. Ahora, con Maddox al cargo de casi todos los proyectos, ella se dedicaba a captar más clientes para seguir expandiendo la empresa.

No sabía nada de Justin salvo por los pocos mensajes que se habían enviado cada noche. Él la instaba a fugarse y fantaseaban con una vida sin trabajo, solo hobbies y lugares donde viajar a disfrutar.

Esa noche era su cita con el monitor Aylan. No iba a optar por un vestido, el precioso turquesa le traía malos recuerdos y decidió cambiar de táctica. Unos shorts tejanos y una blusa rosa serían su imagen nocturna.

Se maquilló lo justo, ya llegaba tarde y no le gustaba hacerlo. Podía tener muchos defectos, no obstante, ese no estaba en su lista; solía llegar casi media hora antes.

«Va a pensar mal de mí», se regañó mentalmente.

Al salir de su apartamento vio que Justin llegaba. Él sonrió al verla, a pesar de ser vecinos y vivir tan próximos no se habían visto ni una sola vez. Fue agradable reencontrarse.

—Vaya, parece que doña trabajadora tiene algo de vida social.

—Reza porque esta cita vaya bien —pidió guardando su móvil en el bolso.

Justin se santiguó antes de entrelazar los dedos y comenzar a pedir al cielo.

—No te rías de mí. No quiero un novio, pero un buen rato sí.

Él dejó esa postura para entornar los ojos con cierta desesperación.

—Te traduzco para quien no te entienda: hace mucho que estoy en dique seco y necesito follar hasta caminar como un cowboy al día siguiente —se mofó Justin.

Al decir eso se tapó la boca como si acabase de cometer un pecado demasiado ardiente y trató de rectificar.

—¿He dicho cowboy? ¡Qué torpe soy! Debería escoger mejor mis palabras.

Alicia lo fulminó con la mirada.

—Claro, seguro que lo has dicho sin querer.

Caminó hacia su coche, no podía llegar más tarde de lo que ya lo estaba haciendo si no quería que la dejaran plantada.

—Todo va a ir bien. Ya lo verás. Son tontos si no ven la mujer con la que han quedado a cenar —le comentó Justin antes de que se metiera en el coche.

Sonrió.

—Gracias, amigo.

Él le sacó la lengua a modo de burla, sabía bien que no le gustaba que le recordase los términos de la relación que compartían.

Llegó al sitio de encuentro mucho más tarde de lo que jamás hubiera hecho. El trabajo se había alargado demasiado, aunque después del aviso él parecía comprensivo con su situación.

—¡Estás preciosa! —Exclamó muy sonriente cuando la vio llegar.

—Gracias, eres muy amable.

Aylan era muy atractivo, aunque eso ya lo había pensado antes. Ya apenas recordaba su rostro por culpa del trabajo, así pues, fue como volver a conocerlo de nuevo. Se había arreglado para ella, un detalle conmovedor que la hizo sentir especial.

Los tejanos se ajustaban a sus músculos demasiado provocativamente y su camisa a medio abrochar dejaba entrever un pecho capaz de hacer soñar a cualquiera. Aquella noche esperaba recibir clases particulares.

Esta vez el restaurante no fue tan ostentoso como en la cita de Hunter, Aylan la llevó a un bar muy íntimo con las luces tenues. Después de la cena, aquel

local se convertía en un pub donde tomar unas copas antes de seguir la noche en otro lugar.

La carta estaba plagada de platos mexicanos. Tras pensarlo mucho decidió tomar unos tacos y una bebida XXL con mucho hielo, era la única forma de paliar el calor que sentía.

—¿Llevas mucho tiempo siendo monitor? —preguntó sin que le importase demasiado quién era.

Aylan, pletórico, explicó que estaba acabando la carrera de medicina. Cuando esa gran carrera finalizase podría dejar las clases para dedicarse a un bien mayor. Aquel hombre era un filántropo y le gustaba dedicar su vida a hacer sentir mejor a los demás.

La conversación fue fluida, hablaron de tantos temas diferentes que llegó a sorprenderle la química que compartían entre ellos.

El camarero llegó para servir el postre, lo que ella aprovechó para dejar que su pie acariciase toda su pierna hasta descansar en su entrepierna. Él la miró con una ceja levantada y temple algo severo; durante unos segundos dudó si continuar. Al final, Aylan se lamió los labios con cierto morbo.

—¿Quieres compartir el postre? —preguntó empezando a jugar.

El monitor asintió y Alicia desplegó todos sus encantos. Removió la nata con su cuchara e hizo una especie de avión para llegar a su boca. Antes de aterrizar sobre su lengua, notó su mano sobre su rodilla. Eso hizo que reaccionara bruscamente e impactara en la nariz llenándole los orificios nasales del dulce y espumeante postre blanco.

—¡Dios mío! Perdona, no era mi intención.

Se disculpó mil veces mientras él usaba la servilleta para poder quitarse los restos que quedaban.

—Tranquila, el humor siempre es bien recibido en una pareja.

Alicia parpadeó confusa, nadie había hablado de una relación. No era bueno cuando se estaban conociendo después de un día. Decidió ignorarlo y seguir adelante, tal vez, los chicos de esa ciudad eran diferentes al resto.

Siguieron jugueteando. Caricia por allí, abrazo por allá y todo fue avanzando como se esperaba. Habían conectado de una forma especial, lo que le hacía sentir mejor que bien.

Aylan fue a besarla, no obstante, sin saber exactamente el porqué, se apartó

con suavidad.

—Disculpa, ha sido muy...

—Pronto, lo sé —añadió sonriente.

¿Cómo podía sonreír después de que le hubiera negado un beso?

—¿Sabes? En realidad, prefiero las mujeres tímidas y dulces —le susurró al oído.

A pesar de lo atractivo que era fallaba algo, no había chispa suficiente como para querer pasar a esa base sin pelotear un poco.

Alicia sabía que algo no iba bien. Aylan era sexy, gracioso, tenían tema de conversación y, a pesar de eso, no era capaz de seguir adelante. Había llegado allí con ganas de culminar la noche por todo lo alto, pero ese plan se había desvanecido de entre sus dedos sin haberse dado cuenta.

—¿Qué te gusta de mí? —quiso saber.

Aylan tomó una de sus manos, entrelazó los dedos con los suyos y comenzó a hablar.

—Eres preciosa. Me gustó la forma en la que me mirabas, tu risa mientras impartía clase y tu timidez.

No se consideraba tímida, pero no podía culparle ya que se había echado atrás en el momento crucial.

—Espero que no pienses que es demasiado pronto o demasiado raro, pero me gustaría verte en mis clases más veces.

Alicia sonrió.

—Sí, le he dicho a Peyton que iré en las siguientes.

Aylan negó con la cabeza antes de explicarse mejor. Su mano voló hasta su estómago, allí lo acarició haciéndola sentir incómoda.

—Quiero plantar mi semillita aquí y ver cómo crece mes a mes. Ser el que te imparta las clases para hacerse sentir mejor. Que sea mi culpa por la que esa barriga se vuelva prominente y acabes teniendo el fruto de nuestro amor.

«¡Oh, no! alarma de loco activado», pensó Alicia.

—Eso es... Adulador, pero antes deberíamos conocernos un poco más —dijo amablemente.

El monitor apretó su mano mucho más de lo que le hubiera gustado, al final,

terminaron aquel contacto cuando ella echó el brazo hacia atrás con fuerza.

—Tu timidez... seguro que eres todo fuego en la cama. ¿Lo harías conmigo sin condón?

Suficiente.

—Ni por todo el oro del mundo. La salud sexual es algo que no hay que tomarse a la ligera —comentó visiblemente enfadada.

Aylan frunció el ceño.

—Creí que habíamos conectado de esa forma.

—La cena ha sido buena, hemos tenido una conversación muy agradable, pero soy de las que quiere ir paso a paso.

Al parecer aquel hombre quería algo de ella que no era posible. ¿Qué le pasaba al mundo? ¿Solo quedaba con locos?

«Procede con cautela», pensó.

—¿Me disculparías un segundo? Tengo que ir al baño.

Él asintió.

Alicia se levantó procurando ir despacio, no quería parecer desesperada por huir de aquel lugar. Corrió al baño y se encerró con pestillo antes de echar mano a su bolsillo para sacar su teléfono móvil.

—¿Todo bien en el paraíso? —preguntó Justin.

—¿Estás ocupado?

Casi sintió que cruzaba los dedos de los pies deseando que estuviera libre. En la próxima cita iba a llevarse su propio coche para evitar que algo semejante volviera a ocurrir.

—Rash y yo estamos viendo el partido y compartiendo una pizza como buenos novios, pero sin sexo. Nos estamos reservando para el matrimonio.

Alicia sonrió, ese humor era el que le gustaba. Quiso decirle que quería huir de allí, pero eso sería una molestia; saldría de esa cita por sus propios medios.

—Me alegro. Siento haber llamado, disfrutad de la velada, tortolitos.

Con cautela trató de retroceder.

—¿Va todo bien? —preguntó cambiando el tono de voz.

Alicia negó al mismo tiempo que decía que sí en voz alta. Fingió una

sonrisa como si él pudiera verla.

—¿Estás segura? ¿Te ha tocado o mirado mal?

Su tono duro lo hizo sentir peligroso.

—Tranquilo, tigre. Estoy bien. He ido al baño y quería saber cómo estabas.

Se despidió de él fingiendo que todo iba bien. Aylan estaba siendo un encanto con ella y era un príncipe encantador con el que iba a pasar una noche de sexo.

—¿A qué restaurante te ha llevado?

Alicia dijo el nombre. Justo después, él gimió como si pudiera saborear los platos.

—Se come de lujo. Prueba los tacos, te correrás saboreándolo —rio provocándola.

—Es justo lo que he pedido.

Se despidieron y Alicia se quedó sola ante un hombre que deseaba embarazarla. Tenía que pensar una excusa rápida para salir de allí y que notase que no quería saber nada.

Salió y se sentó al lado de su cita. Él la miraba como si fuera una obra de arte recién colgada, lo que la hizo sentir especial.

—Aylan, creo que no nos hemos entendido. Yo quiero ser madre, algún día —puntualizó—. Pero antes debemos conocernos un poco, saber si queremos ser pareja. Los hijos podrían llegar tiempo después.

Él pensó en sus palabras, fueron unos largos segundos en los que estuvo en silencio antes de hablar.

—Yo no quiero esperar tanto. Hemos conectado, sé que eres la adecuada. Además, nos saldrían unos niños preciosos.

«¿Tengo un imán de locos?», pensó.

—Creo que las relaciones llevan unos tiempos. ¿Podríamos dejar este tema y fingir que lo de la semilla nunca salió de tu boca? Todo estaba yendo bien hasta ese momento.

—No, quiero que ese tema esté presente. Tengo prisa para que eso suceda. Pronto seré doctor y dejaré de impartir clases. Quiero ese bebé antes de todo eso. Mira —dijo llevándose la mano a un bolsillo. Sacó un papel y se lo mostró—. Este plan lo hice cuando era un adolescente, estoy a punto de pasar

la edad que me marqué para ser padre.

Los sueños infantiles debían quedar en eso, dejarlos controlar nuestras vidas debería ser un delito. Aquel hombre había sustentado toda su vida en un plan que no tenía sentido. No se podía comenzar la casa por el tejado.

—Yo no quiero eso —comentó con sinceridad.

—Creo que podría convencerte.

Ni en un millón de años iba a consentir que ese hombre fuera el padre de sus hijos.

—La señorita te ha dicho que no de forma clara. ¿Necesitas un traductor?

La voz de Justin la asaltó de forma violenta, dio un brinco antes de verlo tras de sí. No había venido solo, Rash lo acompañaba con el mismo semblante serio que su compañero.

—¿Quiénes sois? —preguntó Aylan preso de la confusión.

«Mi príncipe salvador», pensó inmensamente feliz.

—Soy un amigo que va a llevarse a «su amiga» lejos de aquí. Se acabó la cena.

Justin afianzó su mano sobre la muñeca de Alicia y la ayudó a levantarse con suavidad. Aylan no se esforzó en pelear, no dijo nada, solo se la quedó mirando como si acabara de cometer la mayor de las traiciones.

Y ella salió de allí con la sensación extraña de que había sido una noche agradable hasta precipitarse todo al vacío.

Con auténtica alegría, tomó el codo de Justin y se aferró a su brazo sin mirar atrás. Pagó la mitad de la cuenta, subió al coche y se olvidó de todo lo que acababa de ocurrir las últimas horas.

Justin la hizo sentarse a su lado, en el asiento del copiloto. Entraron en el coche en silencio, los tres. Comprendía que hubiera venido acompañado por si el tipo se volvía violento, pero se sintió culpable de molestar en su noche de chicos.

—Siento haber estropeado vuestra cita, tortolitos.

Él con su mano derecha, tomó la suya y la estrechó con suavidad.

—No pasa nada. Ha sido divertido, su cara pálida y desencajada.

Ella no pensaba igual.

Miró hacia atrás, Rash miraba algo en su móvil relajadamente y Justin conducía hacia casa. Estaba a salvo de locos que deseaban que las relaciones fueran fugaces. Necesitaba hombres que quisieran ir base a base hasta lograr ganar el partido.

—Gracias por venir a buscarme.

Ninguno de los dos dijo nada. Pero sabía bien que la habían escuchado, en parte fue mejor porque no quería hablar del tema. A pesar de todo, una duda rondaba su mente y no podía dejarla allí.

—¿Cómo lo supisteis?

Él suspiró como si fuera algo lógico. Alicia llegó a la conclusión de que había preguntado a qué restaurante la había llevado para sonsacar información.

—Tu voz, sabía que algo iba mal en cuanto descolgué el teléfono.

Alicia sonrió.

—Hay algo que me gustaría saber —comentó Rash.

Giró la cabeza hasta mirarlo.

—¿Cuándo vas a darle un bebé a ese hombre?

Dejó ir la mano de Justin para golpear a su amigo con el bolso. Aquella broma estaba fuera de contexto y no era momento para bromear con algo así.

—No sé si ha sido buena idea contactar con vosotros —jadeó sonriente.

La noche acabó pronto, los chicos la dejaron en la puerta de su casa para seguir viendo el partido. Agradeció poder meterse en su cama directa a descansar, ese colchón era la mejor de sus citas.

—Disfrutad de la noche. Gracias por venir a buscarme.

CAPÍTULO 21



Aquella noche tenían una cita cada uno. Después de la noche anterior no sabía si era una buena idea. Alicia ya llevaba dos citas desastrosas y arriesgarse a una tercera era jugar fuerte.

El teléfono de Justin sonó, era Sarah, hacía días que no sabía nada de ella. Casi pensaba que se había librado de esa mujer.

—Dime.

—Hola, cariño. ¿Qué haces esta noche?

Desde que Sarah estaba divorciada, Justin había entrado en el radar de aquella mujer. Además, ser amiga de su madre no mejoraba las cosas.

—Tengo una cita —contestó con sinceridad.

¿Para qué molestarse en mentir? Era un desgaste de energía inútil y no era propenso a eso.

—Sé un buen chico, llama a tu cita y dile que la llamarás otro día. Vas a estar conmigo esta noche.

Rio con fuerza, casi parecía un buen chiste, pero contado por la persona equivocada.

—No haré eso. Y no soy un perro para que me digas buen chico.

Sarah canturreó alguna canción de moda, una que llevaría sonando en las radios durante semanas hasta que todo el mundo se supiera la letra. Fue casi como un insulto que se pusiera a cantar cuando él se había quejado.

—¿No vas a quedar conmigo? —preguntó haciendo un pequeño mohín.

Justin se miró al espejo, estaba perfecto. Ni demasiado arreglado ni poco,

una forma resultona de parecer guapo sin querer ir vestido de boda. Unas copas después, regresaría a casa y podría contarle a Alicia que, a él, sí le salían bien las citas.

—No, tengo una señorita esperándome. Buenas noches.

Colgó sin esperar respuesta. Aquella mujer debía empezar a comprender que no deseaba nada con ella, ni siquiera un buen rato.

Salió a la calle en cuanto sintió la puerta de Alicia abrirse. Quería ver cómo se había vestido para el chico que había elegido para ella.

Sí, le resultaba curioso haber tenido el placer de poder elegir entre los muchos candidatos que le habían dejado un corazón en una aplicación. Solo esperaba que este fuera un tipo normal.

Cuando sus ojos contemplaron a Alicia casi se quedaron en *shock*. Durante unos instantes la respiración se agolpó en su pecho con fuerza, casi bloqueando su caja torácica.

Estaba radiante. Llevaba un hermoso vestido verde, su escote dibujaba sus pechos como si fuera un pintor y se extendía hasta sus hombros. Tenía una cinta que se apretaba en la cadera resaltando su figura.

—Estás muy guapo —comentó mirándolo de arriba abajo.

—Tú también —se sinceró con ella.

Se sonrojó de tal forma que tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no ir a besarla. Ese era el efecto que ejercía en su cuerpo con una sola mirada, sin tener necesidad de abrir la boca.

—Te propongo un plan mejor, dejamos plantados a nuestras citas y salimos tú y yo.

Vio la duda en aquellos grandes ojos de Alicia, pero se desvaneció poco después. La verdad era que tenía férreas convicciones.

—Si esta cita va mal será por tu culpa —le advirtió acusándolo con un dedo.

Rio.

—Si sale mal es porque quieres. Conmigo te iría mucho mejor.

Entornó los ojos hasta suspirar hastiada. Estaba cansada de que tratase de tener algo, debía aceptar las reglas del juego y rendirse, pero eso convertiría su relación en algo aburrido.

Cada uno subió a su coche, apenas se despidieron salvo por la promesa de un café a la mañana siguiente. Eso era lo único cierto, que fuera como fuese se verían al próximo día.

Mery y él habían quedado en una gasolinera cercana. Allí se encontrarían, irían a ver una película, después una cena rápida junto a una conversación agradable y todo lo demás se vería después.

Cuando llegó a la gasolinera, se dio cuenta de que había sido el primero en llegar. Esperó sin salir, hacía tanto calor que prefería no morir fuera. Cuando llegase saldría y la cita daría comienzo.

Estaba nervioso, no obstante, y de un modo muy extraño, no por la mujer que estaba a punto de conocer.

Según la aplicación, la persona que iba a pasar la noche con él tenía muchas cosas en común. Sus gustos musicales, la comida, la lectura y su afición por los paseos en bicicleta; todo lo que un hombre podía soñar.

Eso le hizo sentir culpable. Algo le decía, que ser tan compatibles, era muy aburrido. No serían capaces de discutir si se tenían tantas cosas en común, no se podía ser tan compatible.

Quiso sentir hormigueo en sus extremidades o mariposas en el estómago y nada, su cuerpo estaba como si acabara de quedar con un amigo para ver un partido.

No obstante, pensaba mostrar la mejor imagen de sí mismo. ¿Y si resultaba ser la mujer de su vida? No iba a desaprovechar esa oportunidad. Así pues, cuando llegó un sedán rojo con la matrícula indicada supo que era ella.

Antes de salir, miró su móvil y escribió:

«Espero que tengas una gran noche, la mía está a punto de empezar».

Alicia no contestó y tampoco estaba en línea, con lo cual, era poco probable que pudiera escribir. El príncipe de ensueños que había elegido para ella debía estar haciendo sus sueños realidad.

—Los hombres no se deben elegir, solo los vestidos. Soy un idiota.

Una punzada de celos atravesó su corazón, sabiendo bien que no tenía ningún derecho a sentir algo semejante.

Mery llevaba un vestido rojo despampanante. Se ceñía a su voluptuoso cuerpo plagado de curvas. Atravesarlo debía ser como hacer un rally, a toda velocidad y sin pisar el freno.

Era morena y se había planchado el pelo perfectamente dejándolo libre y suelto. Lástima, casi hubiera deseado un moño despeinado y una camiseta larga con un logo conocido. Sus ojos eran azules como el cielo, claros y casi cristalinos.

Ella lo reconoció al instante, le regaló una cálida sonrisa y caminó hacia él.

—Tú debes ser Mery, soy Justin.

Sin vérselo venir, la mujer se lanzó sobre su pecho y lo abrazó con fuerza. Fue un acto cálido y sorprendente, pero dejó que pasara.

—Vaya, eso es un saludo.

—Estoy encantada de conocerte. He visitado tu perfil cientos de veces, eres tan guapo que no puedo creer que me hayas dicho que sí. Tenemos tantas cosas en común que casi me desmayo.

Una cosa estaba clara: aquella mujer hablaba muy deprisa. Justin no tuvo claro cuándo respiraba porque no la vio hacerlo ni una sola vez. Al final, después de palabras y más palabras se centró en su pecho. No en la forma o lo bien que le sentaba ese escote prominente e interminable, solo en si subía o no. Solo cuando se cercioró de que respiraba se sintió mejor.

—¿Te gusta el cine? Podíamos ver una película —propuso educadamente.

—Sí. Nos encanta el cine de acción, aunque las románticas también me gustan y las de drama o terror. En realidad, todo me gusta, es el placer de las palomitas, las sillas mullidas, la oscuridad y el poder hacer manitas.

Aquella mujer se había propuesto ganar un concurso de palabras pronunciadas en un minuto y estaba seguro de que podía salir con el primer puesto. No había estado nunca con alguien que usara tantas palabras en tan corto laxo de tiempo.

—Entonces será fácil elegir —bromeó.

Llegaron mucho más lento de lo que le hubiera gustado, ella no tenía problema en sacar tema ya que saltaba de uno a otro con velocidad. En poco tiempo ya sabía que tenía dos hermanos, que era mecánico y que había alquilado el apartamento de abajo a Alicia.

Mery había escuchado cuando había hablado de ella. Justin le había explicado todas las catástrofes que había vivido y sintió miedo de que eso pudiera ser contagioso. Al final, el tema derivó a alguna cosa que ya no recordaba.

—¿Qué te parece si vemos una comedia romántica? Me encanta la actriz protagonista.

Se fijó en el cartel, sí, aquella señora participaba en todas las de ese estilo; seguro que solo era conocida por eso.

No le apetecía demasiado, pero decidió ser educado. Si Mery quería ver aquella película con un bol lleno de palomitas, él disfrutaría de saladas, dulces y chucherías varias para poder soportarlo.

Entraron y descubrieron que no había mucha gente en aquella sesión. Quiso ir al centro de la sala para tener más visibilidad, no obstante, su cita lo guio hacia un lateral, solos y a oscuras.

Fue entonces cuando creyó que no era un buen plan estar a oscuras con una desconocida.

La mano de Mery cayó sobre su rodilla sin timidez ninguna. Justin decidió ignorarla, porque no quería ese tipo de contacto todavía. Antes deseaba conocerla un poco más, porque, seguramente, debajo de toda esa verborrea había una mujer increíble.

El plan de ignorarla no fue buena idea ya que decidió subir en busca de su entrepierna. Justin brincó y tomó su mano para entrelazar los dedos, así la controlaría.

Mery no cejó en su empeño de conseguir algo más de él. Se liberó de su agarre en un par de ocasiones para volver a buscar su gran premio, uno que no dio, aunque no supo los motivos.

Solo cuando acabó la película y se encendieron las luces se sintió a salvo. No podía intentar manosearlo con todo el mundo mirando.

Justin buscó su mirada, pero ella se negó en rotundo. Al parecer, la pobre mujer estaba avergonzada de su comportamiento. Por suerte, no era una persona rencorosa y podían hacer borrón y cuenta nueva.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Lo siento, no quería importunarte.

Sonrió.

—No sé de qué me hablas. No recuerdo nada de nada.

Mery sonrió agradecida.

Y se marcharon a cenar. Él quería algo rápido y sencillo, lo justo como para poder charlar, disfrutar y decidir si valía la pena otra cita.

—¿Te gusta la comida japonesa?

Asintió. Mery tenía muchas cosas iguales a él y, al menos por esa vez, estuvo satisfecho porque se moría por ir a uno.

—Han inaugurado uno a pocas calles de aquí y no he encontrado el momento adecuado para ir.

Iba a estrenarlo con ella y se sintió halagada con sus palabras. Al menos, con eso, acababa de salvar la situación tan incómoda del cine. Eso le daba puntos extras para el final de todo cuando pasaran la evaluación.

Porque sí, una cita era como una especie de examen. Se podía ir muy estudiado o nada, pero siempre había una nota y, dependiendo de esta, una siguiente oportunidad.

Al llegar al restaurante tuvieron que hacer un poco de cola, cosa que ella aprovechó para explicarle la importancia de reservar antes de llegar. Estuvo todo el rato hablando sobre cómo las esperas se reducían un sesenta por ciento solo con una llamada. De pronto, Justin sintió que lo regañaba como si fuera un bebé.

Por suerte, una vez sentados, la comida no tardó en llegar. Tenía tanta hambre que ya casi lo había olvidado todo.

Miró su móvil, Alicia había visto su mensaje, sin embargo, no había contestado. Ese era un pecado que no olvidaría rápidamente y se vengaría de alguna forma cruel. Tal vez con un cubo de harina sobre la puerta o algo así.

—¿Sabes algo de cultura japonesa? —preguntó Mery.

Justin negó con la cabeza. Siempre había deseado aprender, sin embargo, el tiempo era el principal problema. No podía estar mirando cosas entre coche y coche, así pues, había decidido investigar en vacaciones.

¿Y qué pasaba entonces?

Que perdía las ganas de investigar, únicamente de descansar o de salir a disfrutar de la calle.

Ella comenzó a hablar y, sorprendentemente, empezó a explicar leyendas

fascinantes de aquel imperio. Era una chica muy culta sabía de muchas cosas a la vez, pero no disfrutaba haciendo sentir inferior a la otra persona.

Muchos lo hacían. Usaban su verdad para hundir a otros. Ella le enseñaba como si fuera una profesora.

Al final, se sorprendió descubriéndose a sí mismo escuchando todo lo que le contaba con suma atención. Explicó leyendas plagadas de dioses, magia, amor y seres mitológicos de una forma tan interesante que comenzó a verla con otros ojos.

Hablaba como mecanismo de defensa, no quería pecar de no tener conversación. Era tan culta que olvidaba que también tenía un hermoso físico y disfrutaba enseñando. Tal vez, ser docente era su vocación.

—Me siento halagado porque compartas todo ese conocimiento conmigo. Japón es un país sorprendente.

Y ahí estaba la chispa que había faltado. Se acababa de encender de forma mágica y, comprendió, que solo había necesitado tiempo y mimo para tomar forma. Sí, ella le parecía increíble en muchos sentidos.

—He viajado mucho —se justificó Mery.

Compartieron los platos y explicó una historia con cada uno de ellos. Casi se sintió en una visita guiada a un país lejano que podía ver con solo cerrar los ojos. Estaba logrando ese efecto de una forma increíble ¿Se daba cuenta?

Ahora ese vestido rojo parecía ajustarse más a una figura muy deseable. Al parecer, tras una buena conversación había visto más allá de la pobre mujer nerviosa y habladora.

—Tal vez te gustaría tomar una copa después —propuso Justin.

El rostro de la muchacha se encendió con timidez, pero a él le gustó la forma en la que se le iluminó la nariz color bermellón.

—Me encantaría. Después de lo del cine, pensé que me dejarías a la primera ocasión.

Había sido muy lanzada, en eso le daba toda la razón, pero ahora estaban mucho mejor; como si existiera una sintonía entre ellos. Ahora sí deseaba estar a oscuras para poder dejar que sus manos se perdieran en sus curvas.

Todo estaba saliendo a pedir de boca. El inicio, a pesar de ser abrupto, había quedado atrás dejando a dos personas que se atraían mucho. Después de todo, eran compatibles en tantas cosas que resultaba gracioso.

Justin confesó que los nervios le habían traicionado. Al principio solo quería pasar ese trance a toda velocidad para poder regresar a casa. En ese momento ya no deseaba eso, solo pasar a un lugar más íntimo para conocerla de otra forma.

De pronto y sin venir a cuento, una mujer mayor corrió hacia ellos interceptando la mesa.

Por el gesto que hizo Mery supo que ya la conocía porque se tapó el rostro con ambas manos.

—¡Maldito! —gritó la recién llegada propinándole un golpe en el hombro con la palma de la mano.

Justin saltó en su asiento. Se echó hacia atrás y esquivó un par de golpes que lanzó sobre él.

—¡Señora! —exclamó sin comprender a qué venía todo aquello.

Mery se levantó lo justo como para tomar las muñecas de la señora. La zarandeo con suavidad y, solo así, logró ser libre. Justin aprovechó para echar la silla hacia atrás y tomar distancia de aquella trastornada.

—¡Eres un pecador!

Aquella mujer se confundía de persona. No entendía por qué se le tiraba encima con tanta ira.

—Mamá, siéntate que estás haciendo un espectáculo.

La mujer obedeció al instante. Cogió una silla libre de la mesa más cercana y se sentó en el asiento entre ambos como si nada hubiera pasado. Solo entonces el comedor logró calmarse y que cada uno estuviera por sus platos.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —preguntó la señora al borde de las lágrimas.

—No sé qué...

Mery lo cortó diciendo que no con las manos.

—Mamá, este es Justin y no le estás causando una buena impresión.

Él evitó el comentario irónico que tenía en la mente. Después de lo ocurrido solo quería salir vivo de allí, no siempre se conocía a la madre de una de las citas esporádicas que estaba teniendo.

—Mi hija es casta y pura. No puedes tocarla porque se está reservando para el matrimonio.

Aquellas palabras lo dejaron petrificado. De pronto todo se volvió del revés y el comedor comenzó a dar vueltas. Para su alegría, pasados unos segundos regresó a la normalidad y a esa locura de cita.

—Madre, no puedes avergonzarme así. Ya te he dicho que no me voy a casar con el sobrino de tu vecina. Quiero sexo ya y Justin es el candidato perfecto al que entregar mi flor.

Justin tomó aire, de pronto el restaurante se había vuelto excesivamente caluroso. No notaba el aire acondicionado y eso hizo que estirara el cuello de su camiseta para intentar sentirse mejor. No funcionó.

—Creo que no nos estamos entendiendo —alcanzó a decir.

La madre de Mery lo fulminó como si fuera un insecto al que aplastar.

—No puedes entregar tu flor a este impuro que tiene sexo con mujeres sin comprometerse.

Sí, estaba en la cita más surrealista de su vida y eso le hizo recordar a Alicia. Estaba comprobando en sus propias carnes que era contagioso.

—Pero yo quiero, necesito sentir el calor de un hombre en mi interior y él es el adecuado.

Las palabras de Mery le hicieron sentir más incómodo todavía. En una escala donde eso se podía cuantificar, estaba seguro de que pasaba el estándar.

—Veréis, señoras, la velada comenzaba a mejorar, pero tal vez no sea el más adecuado para tal hazaña. La primera vez es algo especial para recordar toda la vida, eso es mucha responsabilidad.

En aquel momento pasó de tener una mujer enfadada a dos. Ambas la miraron, cada una por sus propios motivos, y sintió que estaba a punto de morir.

—Tú vas a follarme como me merezco antes de que mi madre me obligue a casarme con algún idiota que se crea que los orgasmos femeninos no existen.

Ahora sí que acababa de escucharlo todo en la vida. Eso era mucho más de lo que su mente estaba dispuesta a procesar.

Se levantó de la mesa y trató de irse, no sin antes ser interceptado por la madre.

—Puede que seas un pecador, pero Dios es suficientemente misericordioso como para perdonarte.

—Mamá, suéltalo.

Justin sonrió intentando digerir lo que estaba pasando. Aquello parecía algo irreal hasta para una persona que conocía lo desastre que solía ser Alicia.

—Reza conmigo para poder perdonar tus pecados.

Aquella era la señal de salir corriendo y sin mirar atrás. Pidió la cuenta mientras trataba de explicar que se encontraba indispuerto y que debía marcharse a casa cuanto antes.

—Así me gusta. Eres un buen chico —le dijo la madre.

—No puedes irte, necesito sexo.

«Todos lo necesitamos», pensó Justin.

Pero no por eso tenía justificación ese comportamiento. No quiso preguntar cómo había sabido dónde estaba su hija, aunque se lo imaginó porque juraría haberla visto subir algo a *Instagram*.

Las redes sociales delataban muchos planes ocultos.

—De verdad, tengo que irme. Lo siento. Otro día, a solas —señaló a la madre—, podremos seguir con suficiente tranquilidad. Gracias.

Casi le faltó decir «un placer conocerlas», pero no era verdad.

Cuando pagó la cuenta casi echó a correr hacia el exterior, siempre mirando atrás para no recibir una puñalada. La madre estaba contenta por haber logrado su objetivo, aunque ella insistía en la importancia de esperar al sexo hasta después del matrimonio.

El infierno estaría lleno de pecadores.

Salió de allí y no se detuvo hasta llegar al coche. Bloqueó las puertas con miedo a que lo siguieran, arrancó y solo cuando llegó a casa, pudo respirar tranquilo.

Aquella noche se acababa de estropear de una forma surrealista. A nadie le pasaban esas cosas. Además, ¿quién deseaba ser virgen?

Tomó el móvil, entró en la aplicación y bloqueó a Mery. Ella y su virginidad podían encontrar a otro que corriera el riesgo de morir a manos de su madre. No deseaba conocer a su suegra tan pronto.

Levantó la vista y se sorprendió. No esperaba nada, solo la inmensidad de la noche, mas fue así como descubrió que Alicia ya estaba en casa.

¿Todo iría bien?

CAPÍTULO 22



La cita de Alicia le había mandado la dirección de un local de comida rápida. El olor de los perritos calientes hizo que sintiera sus tripas demandar comida. Estaba tan hambrienta que sintió la tentación de pedir sin estar presente.

Tomó asiento y pidió una bebida, ya tendría tiempo de comer cuando llegara Aaron. Era lo poco que sabía de la persona con la que estaba a punto de tener una cita.

Esperó pacientemente durante media hora larga. Estaba a punto de pedirse algo, comer e ir a casa para quejarse al mundo de que la habían dejado plantada.

Pasado un cuarto de hora escuchó:

—Hola, Alicia, siento el retraso.

Ella levantó la cabeza para sonreír al recién llegado cuando se quedó pasmada de la persona que tenía ante sí.

La persona que tenía ante sí no podía ser Aaron o, si lo era, lo había sido hacía años.

Era un hombre alto, completamente vestido de negro, con cadenas envueltas en sus brazos y unos zapatos con altas plataformas. Pero lo mejor estaba por llegar. Su rostro estaba pintado de blanco con los ojos ahumados en negro.

Alicia miró, con estupor, que le colgaba un piercing de la nariz exageradamente largo. Además de otra docena que adornaban sus cejas, labios

y orejas.

—¿Aaron? —preguntó confusa.

—Llámame Sombra Nocturna.

Alicia alzó las cejas a modo de sorpresa.

Él, como si todo estuviera bien, tomó asiento y comenzó a hojear la carta que les acababan de dejar ante ellos. Ella, en cambio, se quedó paralizada sin saber muy bien qué pensar.

Ella tomó el móvil dispuesta a comprobar que Justin no le había elegido esa cita solo para vengarse por no querer tener una con él. Llegó al perfil de Aaron y vio cómo, el hombre que sonreía, no era el mismo que tenía delante.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó enseñándole la pantalla.

—Ese ya no soy yo. Es una imagen de mí totalmente errónea. Ahí era un pobre hombre que no sabía que la vida es algo más. Me liberé de las cadenas de la opinión pública hace mucho.

Asintió dándole la razón.

Trató de mirar la carta, pero fue incapaz ya que sus ojos habían elegido mirar a conciencia el look de Aaron. Sombra Nocturna.

—¿Haces esto muy a menudo?

Él no comprendió la pregunta y tuvo que puntualizar un poco más.

—Lo de concertar citas por internet.

Asintió.

«No me digas que no han salido corriendo al verte», pensó.

El camarero, divertido con la situación, llegó para tomarles nota. Él pidió dos platos y un vino tinto para acompañar. Alicia prefirió algo ligero y agua, si tenía que salir corriendo no podía estar con el estómago lleno.

—Me encanta el vino tinto, me recuerda a la sangre.

«Esta cita tampoco va a ir bien», pensó Alicia.

Ya era la tercera. Quizás el motivo fuera el karma, como no quería darle la cita a Justin él le pagaba con la moneda de los hombres más raros del planeta.

—Bien, una anécdota muy bonita —comentó Alicia.

Tomó aire para seguir hablando.

—Cuéntame un poco de ti y sobre qué te hizo querer quedar conmigo.

Sombra Nocturna la miró, fue entonces cuando vio que llevaba lentillas amarillas simulando los ojos de un gato.

—Me has parecido muy guapa y necesito follar un poco.

Alicia escupió su bebida de golpe en su cara. Había sido un sorbo pequeño, pero casi había parecido un aspersion mojóndolo entero.

—¡Mil disculpas! —exclamó corriendo a secarlo con su servilleta.

Por suerte Aaron no tuvo reparos con esa reacción. La aceptó y dejó atrás todo lo que acababa de suceder.

—No te preocupes, veo que eres tímida y eso me gusta. Sois las que mejor la chupáis porque os dejáis enseñar.

Alicia tomó el móvil dispuesta a pedirle a Cristina que la llamase para fingir una emergencia, después recordó la enorme diferencia horaria y la dejó como último plan.

—¿Y nada más?

Asintió.

—Me gustó tu bonito cuello. Uno hermoso al que agarrarse cuando te folle desde atrás.

Alicia se quedó sin palabras, cosa muy extraña. Lo que él entendió que le estaba gustando lo que le decía y siguió hablando.

—Adoro estar encima con las manos alrededor privando de respiración. Solo así puedes liberarte lo suficiente como para correrte, porque sabes que no te haré daño. Que tu vida está en mis manos.

Aquel hombre estaba hablando de asfixia erótica y no pensaba cruzar esa línea.

—Creo que no nos hemos entendido. Yo no soy de ese tipo de prácticas, me moriría si alguien intentara eso conmigo.

Fue demasiado diplomática porque lo que en realidad quiso decir fue que mataría a quien tratara de asfixiarla.

—¿No te parece fascinante la muerte? Es acabar de sufrir de este mundo cruel y de mierda.

La cosa mejoraba por momentos. Alicia ya casi sintió la necesidad de quedarse a cenar solo para ver qué más era capaz de decir. Y por hambre, por

ese motivo también se quedó.

La pasta tardó poco en llegar, así que ambos empezaron a comer bajo la atenta mirada de toda la sala.

—¿Y qué más te gusta a parte del sexo? —preguntó.

Él bufó como si estuviera molesto.

—He venido a eso. Si quisiera hablar te hubiera mandado audios. Solo has venido porque eres una guarra que necesita mi polla dentro. Te gusta que te digan palabrotas, pero soy gentil. Vas a disfrutar más que yo.

«Lo dudo mucho».

Alicia, en parte, deseaba conocer más al desequilibrado que tenía ante sí. Solo por curiosidad científica. Aunque comenzaba a ver que no estaba ante alguien que fingía un papel, era así como se mostraba al mundo.

—¿A todas tus parejas sexuales las asfixias?

Asintió.

—Me gusta ese tipo de control. Saber que el placer y la vida de una persona me pertenecen hasta el punto de elegir qué dar si orgasmo o muerte. A veces dudo, pero siempre elijo una buena corrida.

Aquel hombre no estaba bien.

No era por ser gótico, eso no tenía nada que ver. Era por esa forma tan retorcida de ver el sexo. Sabía bien que había gente que le gustaba ese tipo de prácticas, pero se requería confianza entre las dos personas para dar ese nivel.

No se podía jugar con desconocidos a vivir o morir.

—¿Dices todo esto de verdad o eres un papel tras mucho maquillaje?

Sombra Nocturna le dio un leve golpe en la mano.

—Me vas a hablar con respeto, como si fuera tu dios. Y vas a suplicar tener mi polla entre tus labios.

Aquel hombre fantaseaba demasiado. Alicia no estaba en contra de aquel tipo de prácticas, no obstante, eso no era posible entre dos desconocidos y menos sin avisar. Ella pensaba que iba a ver a alguien, tendrían una cena agradable y poco más.

En su caso, tenía a un hombre pintado como una puerta que simulaba ser un maestro sexual capaz de llevar el control.

Tenía amigos que disfrutaban del placer del sexo con dominación y distaba mucho del loco que tenía ante sí.

Sus dedos acariciaron su cuello, lo que provocó que se apartase a toda prisa.

—Es precioso, tan frágil... Puedo ver las venas palpar debajo.

Alicia no supo contestar. Ya había tenido suficiente.

—Disculpa, Aaron, pero no haré nada de esto. Solo buscaba alguien con quien hablar, reír un poco y, si hubiera surgido, otro tipo de sexo diferente al que buscas. No soy la adecuada para tomar ese rol.

Un segundo manotazo en su mano la cabreó de verdad. Tomó el cuchillo de la mantequilla y se armó con él como si fuera una espada.

—Vas a venir al baño a pedirme perdón como me merezco.

Evitó reír, así pues, enarcó una ceja incrédula. Eso no iba a pasar ni en sus mejores sueños.

—¿Y qué te mereces? —preguntó empujando los límites un poco más.

Él se aproximó apoyando los codos sobre la mesa. Quiso tomarla por la barbilla, no obstante, se negó en rotundo a permitir que la tocara más. Al final, contestó a su pregunta con un gesto de enfado que no la sorprendió.

—Soy el maestro Sombra Nocturna. Irás al primer baño libre, te arrodillarás ante mí y me suplicarás que te folle la boca hasta correrme y te tragarás mi semilla. Ese es el regalo que te daré esta noche. Otro día puede que te folle.

La cita acababa allí. Nadie podía faltarle el respeto de esa manera.

No era una cosa a la que tratar como si fuera su esclava. No buscaba ese tipo de sexo y, aunque fuera así, en ese ámbito existían unas normas de cortesía. El hombre que tenía ante sí era un estúpido que se creía algo que no era.

Seguramente, alguna pobre mujer caía en ese papel de maestro, pero no era más que eso, un papel para atraer a las mujeres por el boom de películas de dominación. Él no tenía nada que ver con un dominante de verdad.

Se levantó dispuesta a dejarlo allí mismo.

—No te enfades. Puedo ser flexible con lo que pasará esta noche.

Alicia tomó la bebida y se la tiró sobre la entrepierna, hielo incluido.

Aaron abrió la boca sorprendido mientras miraba su nueva obra de arte.

—Disculpe, maestro Sombra Nocturna. Tengo tortícolis de follar tanto y no puedo agacharme a chuparle la polla. Deberá hacerse una paja. Buenas noches.

Y se marchó.

CAPÍTULO 23



Justin salió de su casa cargado con dos cafés, uno bien largo y fuerte, y el otro con leche y mucha espuma. Tomó asiento en el banco que tenía en el jardín, esperando a que Alicia saliera del apartamento de debajo.

Cuando lo hizo totalmente despeinada le provocó risa. Se había recogido el cabello en un moño que tenía un problema de arquitectura, inclinado y con muchos mechones sueltos.

Se sentó a su lado, en absoluto silencio, y tomó un largo sorbo a su café repleto de espuma. Solo después fue capaz de aclarar su voz y hablar.

—¿Cómo fue tu cita de anoche?

Justin cabeceó un poco.

—Bien, al principio.

Ella lo miró con un gran bigote espumoso que se mordía por besar, se contuvo y le hizo señas para que se limpiase.

—¿Y después? Me pareció una buena chica —indagó.

Ella misma la había elegido y necesitaba saber si había acertado con su perfecta elección. En la aplicación ponía que eran compatibles hasta un número insólito, así pues, nada podía salir mal.

Justin se encogió de hombros.

—Lo era, pero después apareció su madre gritando que no podía mancillar a su pura hija y todo se torció.

Alicia arrancó a reír.

—No puede ser verdad —dijo incrédula.

Justin asintió con vehemencia. Había soñado con la madre de Mery persiguiéndolo con un garrote en la mano dispuesta a golpearlo hasta la muerte por tocar a su hija. Si ella la hubiera visto intentando tocar más allá de la rodilla...

—Lo es. Todo verídico. No te rías. Creo que me estás pegando tu mala suerte.

Fue en ese momento que ella lo contempló con estupor, no daba crédito a sus palabras y acabó fulminándolo con la mirada.

—No seas malo. No tengo mala suerte.

Justin no quiso rebatir aquella falacia, sonrió y tomó su café. Iba a necesitar muchos como ese para afrontar el día.

—Puedes apuntarme en ese diario de desastres que llevas haciendo desde que llegaste a la ciudad.

Su sonrisa maléfica le indicó que ya se lo había planteado.

—¿Cómo sabes que escribo un diario? —preguntó al borde de la risa.

Justin se frotó el mentón.

—Soy tu vecino y muy observador. Me he fijado que no te separas de una libreta azul, solo he tenido que deducir un poco.

Alicia asintió. Tomó otro sorbo de su espumoso café y dejó que aquel líquido llegase a su estómago antes de decir:

—Justo cuando acabe el año lo pondremos en común a ver quién ha salido más malparado.

Se quedaron en silencio unos segundos, sí, la noche anterior había sido muy extraña.

—Seguro que yo gano. Antes era todo un ligón.

La pobre muchacha comenzó a toser atragantándose con el café. Al final, Justin tuvo que darle un par de golpecitos en la espalda para ayudarla.

—¿Cuándo lo fuiste? Porque desde que te conozco no te ha salido ni una cita bien —preguntó totalmente desconcertada.

Eso hirió su orgullo. Fingió un disparo en el corazón y morir en su regazo antes de seguir con la conversación.

—Las abuelas de mi barrio se morían por tocarme los mofletes. Las tenía a mis pies y me daban todos los dulces que quería.

Alicia arrancó a reír a carcajada llena sin poder contenerse.

—Me adoraban.

Alicia estaba radiante esa mañana.

Tuvo algo de miedo cuando quiso preguntar por su cita. Al regresar, ella ya estaba en su apartamento porque había visto la luz del comedor encendida, pero eso no significaba nada. Tal vez todo había sido un sueño fantástico y el príncipe encantador vendría pronto en su blanco corcel.

—¿Y tú qué? ¿Cómo fue mi elección? Porque era todo un partidazo.

La mirada de la mujer se oscureció, casi le hizo sentir miedo por lo que estaba a punto de escuchar.

—Pues eliges tan mal como yo. Cuando llegué allí, además de esperar cuarenta y cinco minutos, no apareció Aaron. —Usó los dedos para hacer comillas al aire—. Fue «Sombra Nocturna» el que apareció diciendo que tenía que chuparle la polla mientras me cogía el cuello y decidía si me asfixiaba o dejaba que me corriese.

No salía de su asombro. Sin palabras, pensó en lo que le acababa de contar y quedó boquiabierto.

—¿Sombra Nocturna?

Asintió.

—Vestido de negro y con la cara maquillada de blanco como si de un vampiro se tratase. Al final le bajé el calentón con una buena bebida fría sobre las pelotas, para que pudiera llegar a casa sin que le explotasen.

La imagen apareció en su cabeza provocando que arrancase a reír como nunca antes en toda su vida.

—Se lo tenía bien merecido.

Ella le dio la razón.

Alicia se acabó el café y, acto seguido, apoyó la frente contra la mesa y suspiró. La alegría se había marchado dejando una mujer algo triste.

—¿Qué hacemos mal? Porque ya llevo tres citas que son un desastre.

Justin valoró un poco la idea. Al final, sin respuesta convincente, prefirió llevar su mano al rostro de ella y acariciarla con los nudillos. Alicia contestó cerrando los ojos y gimiendo de placer.

Entonces una pregunta llenó su mente, una que no podía dejar escondida

mucho tiempo más sin que se desquiciara.

—¿Por qué no quieres nada conmigo cuando te mueres de ganas? Seguro que nos iba mucho mejor que anoche.

Alicia respondió alejándose de él como si quemase. Su semblante serio y cansado le demostró que aquel tema estaba comenzando a desgastarla. No obstante, él necesitaba una respuesta para comprenderla.

—Porque estoy sola —contestó.

Justin parpadeó sorprendido, necesitaba un poco más para acabar de comprenderla.

—Seguro que nuestra cita sería genial, después follaríamos como locos unos días y cuando todo acabase ya no podríamos vernos. Yo estoy sola en esta ciudad, no tengo amigos y te tengo a ti. Si me pasa cualquier cosa o quiero hablar puedo llamarte, pero si tenemos algo más y la cosa acaba mal perderé eso. Te necesito cerca, necesito a un amigo.

Aquello lo dejó sin palabras, la comprendía y sintió lástima de lo que Alicia experimentaba. No era fácil mudarse a un lugar nuevo.

—Valoro más lo que tenemos que todo el placer que puedas darme y espero que lo entiendas.

Eso le hizo sentir halagado. Ella quería su compañía y le necesitaba como amigo. Él llenaba esos espacios vacíos que tenía, la hacía reír y la ayudaba en todo lo que necesitase.

Después de todo, seguir insistiendo le hizo sentir culpable.

—Discúlpame, no imaginé todo lo que tenías sobre las espaldas.

Ella se encogió de hombros con pesar. Se había desnudado con él explicándole la importancia de aquella situación.

Y él no quería verla triste, así pues, cambió de tema.

—Vamos a iniciar una competición. Antes has dicho que de aquí a final de año quién tendrá mejores citas, ¿no? Pues acepto el reto. Vamos a tener citas y a apuntarlas para ver cuál de los dos lo ha pasado mejor. Ganará quien tenga mayor número de buenas y si, encima, tenemos pareja, eso hará que seamos el vencedor absoluto.

Alicia parpadeó perpleja.

—¿Y qué ganamos?

Justin pensó unos segundos.

—El que pierda le paga un viaje al otro. Según economía, si puedes me mandas al Caribe y si no al hostel donde estuviste hasta hace poco.

El humor de su amiga cambio, pudo ver en sus ojos que el pesar quedaba lejos y cuando sonrió el mundo pareció iluminarse.

Sí, acababa de iniciar una competición absurda para ver quién era el mejor. Él deseaba demostrar que podía ser todo un ligón y que la mala suerte no era contagiosa. Alicia tendría un aliciente para salir y divertirse.

—¿Aceptas? ¿O eres una cobarde?

—Claro que acepto. Y si gano, te vendrás a España conmigo para enseñarte mi hogar.

Ese plan le gustó. Era un país que siempre había deseado visitar, además, con saber que ella lo acompañaría la idea resultó aún más atractiva.

—No me digas eso que perderé a propósito.

Alicia rio.

—Una norma más. Una vez al mes nos elegiremos las citas como esta vez y no vale elegir lo peor que encontremos en la aplicación. El sabotaje no es una opción.

Eran unas condiciones justas que quitaban toda la diversión al juego. Sin embargo, se vio en la obligación de aceptar.

Alicia le tendió la mano.

—Tenemos un trato.

Justin la tomó estrechándosela.

—Que gane el mejor.

CAPÍTULO 24



—¿Vas a venir? —preguntó Alicia antes de proferir un grito estridente.

Entonces recordó que estaba en su despacho y se tapó la boca mirando por los cristales para cerciorarse de que nadie la había visto. Toda la empresa seguía con su ritmo frenético de trabajo y eso la alegró.

—Sí, en dos semanas. He pedido vacaciones adelantadas para ir a verte —contestó Cristina.

Estaba tan contenta que comenzó a bailar presa de la emoción. Que ella viniera significaba mucho.

—Pero cómo vuelvas a enfadarte imaginando que puedo tener algo con Justin te pego. Sabes que jamás haría algo semejante.

Alicia se lo había contado en una de sus cientos de llamadas, no tenía secretos con ella y las disculpas no parecían haber sido suficientes porque no dejaba de recordárselo. Resopló algo molesta.

—Déjalo ya, fue una tontería.

Cristina decidió aceptarlo.

—Además, tengo que tener citas en esa ciudad para ver la fauna de allí. Solo espero tener más suerte que tú...

Su amiga estaba disfrutando metiendo el dedo en la herida.

—No pienso contarte nada más —dijo haciendo un puchero.

A ella le dio igual, ya que bostezó como única respuesta. Después pensó en que allí era muy tarde y debía estar cansada.

—Gracias por llamarme, avísame cuando despiertes y seguimos con la

conversación.

Cristina susurró algo. Seguramente se estaba quedando dormida en el sofá.

—Despierta y ve a la cama o te dolerá todo el cuerpo mañana.

Dijo un suave «chi» y un «te quiero» antes de colgar. Apenas tuvo tiempo a contestarle, pero no le importó. Ya tendría tiempo para hacerlo como le gustaba.

—Yo también te quiero —susurró aún a sabiendas que ya no podía escucharla.

Iba a ver, achuchar y abrazar a Cristina. Era una gran noticia. No esperaba visita tan pronto, pero la aceptaba de buen grado. Nadie podría separarla de ella ni con agua caliente. Pensaba pegarse a su espalda toda la estancia.

Estaba feliz. Tanto que comenzó a bailar por todo su despacho.

—Vaya, alguien está contenta siendo lunes. Debería grabarte y usarte en las reuniones de motivación al personal.

La voz de Maddox la asustó. Dio un salto, pegó un chillido y resbaló tirando una silla cargada de informes. Los papeles volaron por la oficina y se desperdigaron por el suelo tapando toda la alfombra.

Alicia solo supo taparse los ojos, esperarse lo peor y desear que no fuera excesivamente severo. El despido estaba cerca.

—Tengo que aprender a llamar antes de entrar.

El comentario de su jefe le hizo abrir los ojos y mirar a través de sus dedos. Él estaba sonriendo, lo que no casaba con el gesto de enfadado o molesto. Poco a poco fue retirando sus manos hasta comprobar que, el señor Reed, seguía allí.

—Lo siento mucho.

—Me está bien merecido. Por asustarte.

Era demasiado gentil con ella.

—Mi hermana te está esperando en su despacho para un nuevo proyecto. Ve mientras recojo esto.

Alicia se negó en rotundo.

—Lo hago yo, no te preocupes.

Maddox no aceptó esa respuesta.

—Ha sido culpa mía y quiero ayudar. No te preocupes, sé hacerlo.

Alicia aceptó a regañadientes y solo porque él era su jefe. No podía desobedecerlo o hacer lo que le diera la gana como si nada. Si deseaba recoger, pues buena suerte, eran bastantes informes los que habían salido volando.

Se apresuró a llegar al despacho de la señora Sarah Reed. Llamó a la puerta y entró en cuanto se lo dijo. La descubrió haciendo pilates en el suelo sobre una colchoneta color morado.

—Pasa y cierra, por favor.

Lo hizo y se acercó a ella. Sarah, por su parte, siguió el ejercicio que estaba imitando de un vídeo que tenía abierto en internet.

Los minutos pasaron de forma incómoda. No sabía si podía mirarla o no, así que, decidió intercalar rápidas miradas a ella con otras al despacho.

Cuando acabó, recogió la colchoneta con suma tranquilidad y la guardó en una esquina. Después tomó una toalla para secarse el sudor, bebió un gran trago de agua y se sentó en su silla.

—¿Te gusta el pilates, Alicia?

—La verdad es que no. Soy tan torpe, que cuando lo probé, me hice daño. Prefiero no arriesgarme a una contractura.

Aquello no la sorprendió, ya comenzaba a conocerla.

—Ha entrado un nuevo proyecto y quiero que te encargues.

Alicia esperó algo más de información.

—Es sobre bodas en globos aerostáticos. Debe ser una gran campaña porque el dueño espera casar a mucha gente en las alturas. Ya sabes lo extravagante que puede llegar a ser el público, véndelo bien y los tendrás en el bolsillo.

Le tendió una carpeta con toda la información que había facilitado el cliente. Debería hacer un estudio antes de poder presentar una propuesta coherente.

—Tienes mi total confianza y absoluta libertad. Haz y deshaz lo que quieras. Toma todo el personal que creas necesario y preséntame, en un mes, un buen proyecto de mercado. Si lo consigues, te hago fija.

Aquello la sorprendió, no esperaba algo así. Eso significaba que

conseguiría el permiso necesario para solicitar la tarjeta de residencia. La que tenía era temporal por el contrato de un año que había firmado, ser fija cambiaba mucho las cosas.

—Gracias por la oportunidad.

Sarah sonrió.

—No hay de qué. Gánatelo.

Tecleó algo en su ordenador y la miró de soslayo.

—Puedes irte. Yo me marcharé de aquí a pocos minutos, tengo que llevar el coche al taller.

Alicia asintió y salió de allí todo lo seria y profesional que pudo. Una vez hubo cerrado la puerta, comenzó a saltar de alegría camino a su despacho.

—Las paredes son de cristal, podemos verte —le dijo Maddox saliendo de su oficina riendo.

Alicia se sonrojó, siempre lo olvidaba.

—La verdad es que das alegría a este lugar tan soso.

Esas palabras llenaron su corazón. Si lo hacía bien no solo se quedaría en la empresa sino, además, en el país.

«Manhattan, sé bueno conmigo. Por favor», suplicó mentalmente.

—Justin, Sarah te ha traído el coche para revisión —anunció Rash mientras él cambiaba una rueda pinchada.

Se encogió de hombros.

—Déjalo con los demás y lo miraré en cuanto pueda.

Su amigo asintió y, cuando no dejó el trabajo para mirarlo, tosió. Eso le obligó a mirarlo con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Rash señaló a su espalda.

—Pide verte en persona.

Bufó en respuesta. Aquella mujer no se daba por vencida. Había decidido

que él era su presa y que haría todo lo posible por conseguir tenerlo. Era como una especie de trofeo.

Se limpió las manos sucias con un trapo y salió a recibirla.

La mujer en cuestión, estaba esperándolo en la puerta del taller. Iba con un vestido color nude, ajustado a su cuerpo y tan corto que casi podía pasar por una camiseta larga. Llevaba un moño tan engominado, peinado y perfecto que deseó poderse despeinar.

—Hola, Sarah.

Ella se alegró sumamente de verlo. Corrió a abrazarlo y dejó que el contacto durase mucho más de lo necesario.

—Hola, querido. He traído el coche a revisión, últimamente el aire acondicionado no enfría lo suficiente.

Tomó nota mental.

—Será la carga, te avisaré en cuanto lo tenga.

Pero ella no iba a dejarlo así y lo sabía. Tenía ganas de hablar y él ninguna, no podían ser más diferentes por mucho que, Sarah, solo quisiera ver similitudes.

—¿Qué haces este fin de semana?

—Morirme —contestó sin tapujos.

Uno de sus trabajadores rio provocando la ira de la empresaria.

—Creo que iré con unos amigos a un festival de música —rectificó simulando hacer una broma.

Eso calmó el ambiente.

—¿Qué te parece si un par de días antes me paso y disfrutamos de la compañía mutua?

Aquella mujer no se daba por vencida. Estaba convencida de que podía conseguir todo lo que se propusiera con solo desearlo e insistir.

—No, gracias.

Aquella respuesta no le gustó en absoluto.

—Vamos, Justin, estás siendo muy injusto conmigo.

Su pataleta infantil no le sorprendió, no era la primera vez que se quejaba por no recibir la atención adecuada.

—¿Por qué estás tan interesada en mí? —preguntó tratando de comprender ese carácter tan impulsivo.

Sarah levantó el mentón con orgullo antes de contestar.

—Cuando fuimos vecinos me encantaba verte desde mi habitación. Estabas en la piscina de tu madre, refrescándote, con ese cuerpo escultural y me moría por probarte, pero eras menor de edad. Ya no lo eres, te has hecho un hombre hecho y derecho. Así que, fuiste mi prioridad en cuanto le di esquinazo a mi exmarido.

El pobre hombre tenía tantos cuernos que no debía caber por ninguna puerta. Aquella mujer siempre había necesitado la «atención» de muchos. Le gustaba seducir jovencitos y tenerlos como trofeos.

—Me siento halagado, pero no eres mi tipo. No me malinterpretes, eres una mujer muy atractiva. Es solo que estoy interesado en otro tipo de mujeres.

No quiso decir que había una torpe con moño despeinado, que le estaba volviendo loco.

—Bueno, en unos días tengo que irme por un viaje de negocios. Espero que, de vuelta, te hayas replanteado la situación. Tengo un as en la manga.

Justin entornó los ojos. Incansable. Ahora sabía cómo había llegado a ser tan buena empresaria, no soltaba la presa hasta tenerla bien muerta y enterrada con sus propias manos.

—Gracias, señora Reed. Si me disculpa, tengo trabajo que hacer.

La formalidad y educación de sus palabras no gustaron a Sarah. Giró sobre sus talones visiblemente molesta marchándose calle abajo.

Solo entonces, Justin suspiró.

—¡Qué mujer!

Su teléfono sonó. Entonces vio que se trataba del número de su madre.

—¡Ah, no! No puedo lidiar con las dos a la vez.

Lo silenció y lo volvió a guardar. No deseaba escuchar a su progenitora pedirle que le diera una oportunidad a Sarah.

Habían sido vecinas y muy buenas amigas. Por alguna extraña razón, su madre, no veía mal que pudieran tener una relación. Estaba encantada con la idea de que tuviera algún tipo de contacto carnal con la señora Reed y eso le molestaba.

Pensando en Sarah dijo:

—A ti sí que te concertaba una cita con el más raro que encontrase en la aplicación.

CAPÍTULO 26



Nuevo sábado, nueva tanda de citas y esperaba ganar. Alicia ya no estaba convencida con salir por ahí con desconocidos. Cada loco que se había encontrado resultaba ser peor que el anterior. El de ese día podía superar al Sombra Nocturna, aunque fuera difícil.

—Siento lo de Aylan, hablaré con él.

Estaba al teléfono con Peyton, la pobre se sentía tan culpable que no paraba de disculparse. Lo curioso era que no tenía culpa alguna ni responsabilidad. Ella no era su monitor de parto en el agua, por lo tanto, no debía haber rastro alguno de remordimientos.

—No tienes que decirle nada. Te lo he dicho mil veces, no es culpa tuya. Tampoco suya, solo vemos el mundo de distinta forma.

Eso no convenció a la hermana de Justin, pero lo dejó pasar. Por un rato, al menos.

—¿Y con quién vas a salir hoy?

Alicia sonrió. Esta vez había hecho una búsqueda exhaustiva para encontrar al hombre ideal. Además, llevaban hablando cuatro días para cerciorarse de que estaba más cuerdo que el resto.

—Eliot, treinta y nueve años, médico de urgencias y guapo hasta morir. Es alto, rubio, ojos azules y tiene una perilla que lo hace *taaaan* sexy.

Peyton contestó:

—Uy, ¿y está soltero? Algo malo tiene, vigila y llámame si necesitas ayuda.

Alicia se imaginó la situación. La avisaría, llegaría a los pocos minutos y

ella y su enorme barriga irrumpirían donde fuera dispuestos a ayudarla.

—No te preocupes por mí, estaré bien. Trata de descansar que en pocas semanas dejarás de dormir con la llegada del bebé.

La escuchó bufar.

—No me digas eso. Me estás dando miedo.

No tenía por qué, tal vez su hijo era un dormilón. Ella solo había conocido a la hija de sus vecinos, la pobre había llorado sin descanso seis meses. Todo el vecindario temía que llegase la noche.

—Hazme caso y aprovecha.

—Sí, mami.

Siguieron hablando un rato de lo aburrida que era su vida desde que estaba de baja maternal. Al ser una mujer muy activa descansar no era su fuerte. Aprendería, aunque pronto llegaría la energía a su vida.

—Por cierto, ¿ha llegado Kurt?

Negó con la cabeza como si pudiera verla.

—No, ¿por qué?

Peyton masticó alguna cosa, ese mes estaba siendo presa de la ansiedad y lo suplía comiendo sin descanso. Además, estando embarazada tenía una buena excusa para hacerlo sin remordimientos.

—Me envió un mensaje diciéndome que llegaría hoy.

Estando su hermano, ¿seguirían los cafés en el porche? Esperaba no perder ese ritual que se había hecho tan suyo. Puede que en invierno tuvieran que cambiar el lugar, no obstante, la bebida seguiría siendo la misma.

—Ya te avisaré cuando lo vea.

Eso la tranquilizó. Estaba inquieta con su llegada y con cómo se iban a llevar los dos hermanos. Al parecer, la relación entre ellos era tensa. Solo esperaba que todo fuera bien.

—No puedes preocuparte por todo o explotarás. Ve, come algo y descansa debajo del aire acondicionado.

Peyton rio.

—A sus órdenes. Tengo tanto calor que podría derretirme.

Y se despidieron de forma fugaz sabiendo que no tardaría en ponerse en

contacto. Muchas veces dejaban la llamada para pasarse audios por mensajería instantánea.

La cita con Eliot sería en unas horas, tenía tiempo suficiente para ir al súper a hacer la compra semanal. Le gustaba adelantar faena el fin de semana, así, el resto de los días iba algo más liviana. Con la oficina tenía de sobra.

Buscó el bolso y lo encontró en la encimera de la cocina. Tarde o temprano tendría que comprar un colgador para tener un lugar adecuado donde dejarlo. Cada día empleaba parte de su tiempo en encontrar dónde se le había ocurrido guardarlo.

Salió de casa y un completo desconocido estaba en su puerta. Eso la sorprendió y asustó a partes iguales provocando que gritase.

—Disculpe, señorita. No quería asustarla.

Alicia se llevó las manos al pecho en un intento inútil de cogerse el corazón.

—Pues no lo ha conseguido. Casi me muero. ¿Es deporte nacional aquí?

Aquel hombre frunció el ceño.

Sorprendentemente, le resultaba familiar. Sus cabellos algo largos y rizados, caían alrededor de su cabeza de la forma adecuada. Pero no fue eso, era su rostro o parte de él lo que le hacía creer que ya lo había visto antes.

Iba vestido con un pantalón tejano lleno de agujeros, una moda que no comprendía mucho. También llevaba una camiseta blanca y un chaleco negro que le daba un toque de moderno interesante.

—¿Y tú eres?

—Kurt Turner y creía estar en casa de mi hermano. Si ha vendido la casa y no me lo ha dicho me vengaré de alguna forma cruel.

Ahora todo encajaba, esa similitud que veía era puramente familiar.

—¡Anda! Así que eres su hermano —dijo son sorpresa.

Sin más que decir, se la quedó mirando esperando una explicación.

—Está arriba, me ha alquilado el apartamento de abajo. Tu hermana Peyton me acaba de hablar de ti.

Ahora todo tenía sentido y eso hizo que se sintiera mejor. Él pareció relajarse, hasta sonrió al escuchar eso.

—Bien. Iré a verlo. Siento haberte asustado, no era mi intención.

Alicia le restó importancia agitando las manos. Ahora ya no se asustaría al verlo porque sabía quién era.

—Cuidado, no te acerques a mi torpe que puede pasarte algo seguro.

La voz de Justin la hizo bufar algo enfadada. Sacó la cabeza por la puerta y miró hacia el piso de arriba. Él estaba apoyado en la barandilla esperando su reacción, sonriente. Le gustaba hacerla enfadar.

—Eso es cruel. Sabes que no soy torpe. ¿Qué imagen tendrá tu hermano de mí?

—Mejor que te conozca ahora y que no se haga ilusiones. Eres mía y no pienso compartirte. Eres mi mala suerte personificada.

Kurt los miró a ambos de forma intermitente sin comprender qué estaba ocurriendo allí. La complicidad entre los dos era tal, que no osó interponerse de forma alguna, ni siquiera hablando.

—Tu próxima cita irá tan mal que ganaré la competición —anunció Alicia haciendo un puchero.

Justin le sacó la lengua.

—Seguro que no. Para eso ya eres tú la experta.

Los dos siguieron diciéndose cosas mientras su hermano los miraba, divertido con la escena que tenía ante sí.

—Parecéis un matrimonio.

Los dos se horrorizaron con la idea y lo miraron de forma desproporcionada. De pronto, alzó las manos a modo de rendición temiendo perder la vida por un comentario inocente.

—Tranquilos, chicos —suplicó Kurt.

Justin sacó un poco más la cabeza.

—Anda, sube. Tenemos mucho de qué hablar y tengo trabajo para ti.

El susodicho suspiró.

—¿Ya? Si no me ha dado tiempo a poner el culo en el sofá —se quejó.

—Ni lo pondrás. Aquí hay que ganarse el pan.

Kurt y Justin también parecían un matrimonio extraño. No parecía que el hermano menor fuera su casero, y el recién llegado, el mayor. En algún momento de sus vidas se habían intercambiado los papeles sin darse cuenta.

—Un placer conocerte, espero poder volver a hablar contigo pronto —se despidió Kurt antes de salir a toda prisa escaleras arriba.

—Igualmente.

Justin se descolgó un poco más por la barandilla.

—De placer nada, que aquí no folla nadie.

Alicia rio. Él siempre le sacaba una sonrisa hasta en los peores momentos, su humor era particular y comenzaban a llevarse mejor como amigos. Después de la charla de hacía unos días, Justin no había intentado volver a bromear sobre estar juntos.

Miró el reloj y se sorprendió.

—¡Llego tarde al supermercado!

CAPÍTULO 27



Eliot era un hombre encantador y, afortunadamente, no parecía tener defectos evidentes. Llevaban cerca de una hora hablando en persona y no había dado muestra alguna de locura como los anteriores.

No quería embarazarla, casarse con ella o asfixiarla en una felación, solo hablar. Además, sabía escuchar, lo que le hacía más interesante.

La comida fue exquisita o quizás era producto de la compañía. Lo mejor estaba siendo que todo parecía normal, aunque no bajaba la guardia por miedo a encontrarse algo peor que lo de las veces anteriores.

Encima era gracioso. Casi comenzó a creer que acababa de encontrar al hombre de su vida.

—¿Puedo preguntarte por qué estás soltero? Es que eres guapo, divertido y no me cuadra que no tengas a nadie especial.

Él sonrió complacido con sus palabras, algo lógico después de todo.

—El trabajo en el hospital es agotador. Pocas comprenden mis turnos interminables y que me llamen en cualquier momento.

Lo comprendió y sintió pena por él. Su vocación había afectado a su vida privada a un nivel muy alto. Hacía el bien salvando gente, pero estaba pagando un precio elevado. Eso la entristeció.

—Imagino que debe ser duro una situación así.

—Lo es, pero tengo esperanza en que aparezca la persona adecuada — sonrió guiñándole un ojo de forma cómplice.

¿Se refería a ella? ¿Le había gustado? Esa era una buena noticia, porque la

atracción era en doble sentido.

Sus hormonas hicieron la ola cuando, de pronto, él usó su pulgar para limpiarle una mancha de salsa de la comisura de sus labios. No podía ser más provocativo y dulce a la vez.

«Al ataque, Alicia. Este es normal, no puedes dejarlo escapar», se animó a sí misma.

Pasada la cena, decidieron ir a tomar una copa. Algo rápido para no alargar demasiado la noche. Fueron caminando hacia los coches, uno al lado del otro, casi acaramelados.

Sí, se gustaban.

—Te llevo en mi coche, después venimos a buscar el tuyo y ya está — propuso Eliot.

Alicia dudó.

—Vamos, está cerca. Es para evitar arrancar los dos.

«Y para comerme los morros o eso espero», pensó Alicia.

Aceptó con reservas, no se sentía segura con un desconocido por muchos días que llevasen hablando o lo bien que estuviera yendo la cita. Al final, decidió ser valiente y aceptó la invitación.

Como todo un caballero, Eliot le abrió la puerta dejándola entrar en su todoterreno.

No tardó en subir a su asiento y arrancar el motor. Estuvo conduciendo unos minutos hasta llegar al aparcamiento de una coctelería. Desde fuera ya podía ver la decoración hawaiana, cosa que le gustó.

Apagó el motor y ninguno de los dos corrió a bajar del coche. Se quitaron los cinturones y se quedaron mirando.

—¿Has venido alguna vez? —preguntó sonriente.

Alicia negó con la cabeza antes de recordarle que era nueva en la ciudad. Eran muy pocos los sitios que había tenido ocasión de visitar.

—Te va a gustar —prometió.

Lo creyó a pies juntillas. Salieron del coche dirigiéndose al interior del local y, por supuesto, era mucho más bonito desde dentro. Se sintió como si acabase de aterrizar en alguna playa paradisíaca.

Los acompañaron a una mesa y las bebidas llegaron casi al instante de

pedirlas. Se notaba que estaban acostumbrados a tener que servir a muchas personas a la vez.

Alicia dio un sorbo a su copa, que parecía un volcán en erupción, gracias a la bengala que habían colocado sobre la jarra de licor rosa que había pedido. Era dulce y apenas tenía alcohol, ya que prefería mantener sus facultades al máximo.

Eliot bromeó acerca de las flores en el pelo que había tenido que llevar toda una jornada laboral al perder una apuesta. Fue una anécdota divertida. Solo de imaginarlo, Alicia carcajeó sin parar durante minutos.

—Lo más cerca que he estado del Caribe fue cuando mi padre decidió remodelar el jardín. Estuvo semanas sin dejarnos salir a mi madre y a mí, además, tapó la salida con una lona para privarnos de las vistas.

Eliot pareció interesado en su anécdota.

—¿Y fue cómo esperabais?

Negó casi atragantándose, riendo con la boca llena de bebida. Cuando logró beber sin morir en el intento contestó:

—Un día, los alaridos de mi padre hicieron que corriéramos a ver qué ocurría. Cuando tiré de la tela para asegurarme que todo estaba bien, medio jardín estaba en llamas. Se le acababa de volcar la barbacoa y el césped artificial prendió como la pólvora.

Su madre había gritado durante semanas. Había amenazado con hacer dormir a su padre en el sofá, pero su corazón blando no se lo permitió. En el fondo, se amaban sin reservas lo que facilitaba que perdonase los desastres de su padre.

—Yo lo veo por el lado bueno, aquel día vi muchos bomberos guapísimos.

El silencio los abrazó, como si el tema ya no hiciera falta para seguir allí el uno ante el otro. Alicia bebió un poco más antes de fijarse en que la miraba con tal profundidad que prometía deshacerla allí mismo.

Él se acercó, en silencio, y acarició su barbilla con suma suavidad. Alicia cerró los ojos esperando sentir sus labios caer sobre los suyos, casi temblaba por los nervios y, en el mejor momento, el teléfono sonó.

Ambos dieron un brinco.

Eliot se apresuró a descolgar al mismo tiempo que ella retomaba la compostura. Miró el móvil mientras él hablaba, ojeó un par de redes sociales

antes de no saber qué más hacer.

—¡No puede ser! —exclamó sorprendido.

Eso llamó su atención al instante.

Su rostro mostraba signos de preocupación, lo que hizo que su corazón se encogiese.

—Lo siento mucho. Hay una emergencia grave en la autopista, uno de mis mejores amigos ha tenido un accidente cuando conducía su ambulancia.

Eso era grave, lo comprendió al momento.

—Tranquilo, debes ir.

Llamaron al camarero y pagaron la cuenta, la noche se había acabado antes de tiempo.

Siguió a Eliot a través de las mesas en dirección a la salida. Esperaba, al menos, un par de besos antes de concretar una segunda cita.

—Espero que...

—Sube al coche —ordenó sin vacilar.

Alicia dudó, pero obedeció sin rechistar. Eliot la ayudó a ponerse el cinturón, la cercanía fue tal que la hizo sentir algo incómoda. Tragó saliva y trató de respirar con tranquilidad a pesar de que su corazón galopaba en su pecho.

Él arrancó el motor y pisó el acelerador con tanta fuerza que el coche salió disparado. Alicia luchó por no rodar por los asientos y corrió a sujetarse en el pomo de la puerta mientras se santiguaba en silencio.

Ella esperó que la dejase en su coche, no obstante, Eliot corrió entre las calles de Manhattan a tal velocidad que se agarró a la puerta del todoterreno. Aquel hombre podía ser piloto de carreras.

Comenzó a esquivar coches en una larga avenida hasta que logró colarse en la autopista. Solo allí, Alicia, sintió lo que era el miedo de verdad. Condujo haciendo eses a lo largo del camino, esquivando un automóvil y otro.

Presas del miedo, ella gritó cuando se aproximó demasiado a un camión.

—Tranquila, tengo práctica. Antes estuve en los servicios de emergencia.

Rio a causa de los nervios y el terror que sentía. Le importaba bien poco qué trabajo había tenido antes, solo quería que detuviera el coche para poder salir y besar el suelo.

Iba tan rápido que dejó de mirar el cuentakilómetros para no morir de un ataque al corazón y que tuvieran que asistirle allí mismo. Lo mejor fue que empezó a rezar, una costumbre que había perdido desde que había entrado en la adolescencia; en momentos como ese era una buena idea volver a retomar viejos hábitos.

«Voy a morir», pensó incapaz de decirlo en voz alta.

Al final, llegaron al lugar del accidente.

El paisaje era dantesco. La ambulancia había salido para atender una emergencia y un coche la había embestido por el lateral hasta hacerla volcar ¿No la habría visto venir?

Eliot y ella salieron a toda prisa. Alicia no quiso separarse del coche así que vio cómo se iba a atender a los heridos.

La policía ya había llegado y comenzó a acordonar la zona. Cuando fueron a echarla, Eliot les dijo que lo acompañaba, que podían dejarla. Alicia no estuvo muy segura de que eso fuera buena idea, pero decidió mantenerse en silencio.

Las piernas seguían temblándole a causa del miedo.

Una segunda ambulancia se abrió paso entre la multitud, cuando llegó con la sirena y las luces puestas. De allí bajaron un par de hombres para ayudarlos.

Los coches comenzaron a moverse, salvo que de una forma extraña. El policía no dio bien las indicaciones y, sin darse cuenta, logró que la ambulancia no tuviera salida. Acababa de bloquear las opciones de evacuación.

—No importa, mi coche puede salir por el carril de la derecha. Lo trasladaremos así —anunció Eliot tomando el control de la situación.

Todo el mundo se puso manos a la obra.

Entraron con una camilla a la ambulancia accidentada y fueron, a toda velocidad, hasta donde estaba ella. Una vez allí, abrieron el coche y pudieron meter al herido. Alicia no tuvo la oportunidad de verlo por la cantidad de gente que había alrededor.

—Sube al coche —ordenó él sin darle opción a vacilar.

Como pudo, Alicia logró hacer obedecer sus piernas. Entró en el coche y tuvo terror de mirar hacia atrás.

—¿Cómo está? —preguntó tartamudeando.

—Grave, salió disparado contra una de las paredes de la ambulancia.

Los gemidos doloridos del hombre que tenían atrás la hicieron temblar. Eliot acarició su rodilla tratando de reconfortarla y ella no pudo más que cogerle la mano y ponérsela sobre el volante para que pudiera conducir.

—Tú céntrate en llevarnos de una pieza.

—Eso haré.

Tomando un bache, el herido gritó fuertemente. Alicia cerró los ojos con tanto ímpetu que temió no ser capaz de abrirlos nunca.

—Tienes que ayudarme, la herida sangra mucho y necesito que ejerzas presión alrededor.

Ante las palabras del doctor quedó conmocionada. No podía hacer eso, no era capaz de girar el cuello, mucho menos el cuerpo completo, hacia aquel hombre. Al ver que no hacía caso, Eliot elevó un poco el tono de voz y acarició su barbilla con sumo cariño; sabía bien que estaba paralizada por el miedo.

—Por favor, preciosa. No quiero que muera camino al hospital.

Aquello era grave. Así pues, giró el rostro hacia él y buscó la herida a tientas mientras dejaba los ojos cerrados. Al no conseguirlo, no le quedó más remedio que abrirlos.

Cuando vio la magnitud de la herida gritó asustada. Antes de que pudiera seguir haciéndolo, él la tomó de la barbilla y lo obligó a mirarlo.

—No es momento de perder el control. Te necesito aquí, por favor.

Hizo caso.

Volvió a girar la vista hacia el herido y su estómago se revolvió cuando vio la barra de aluminio que le atravesaba el pecho. No gritó por respeto al herido, pero casi sintió que se desmayaba.

—¿Con qué hago presión? —preguntó muy asustada con la situación.

Él pensó un poco antes de contestar.

—Quítate la camiseta, ponla sobre la herida y aprieta para parar la hemorragia.

Con estupor hizo todo lo que le pidió. Se arrancó su camiseta con el logo de Superman y la puso alrededor de la barra de metal, entonces, para llegar

mejor se quitó el cinturón de seguridad y echó el cuerpo hacia atrás para poder presionar con fuerza. El herido gritó tanto que Alicia se echó a llorar.

—Lo siento mucho, de verdad.

Eliot acarició su cabeza.

—Lo estás haciendo muy bien.

La sangre mojaba sus manos. Estaba muy caliente y manchaba sus dedos para seguir resbalando por donde tuviera paso.

El herido, preso de la confusión y el dolor, tomó la barra con una mano y comenzó a sacarla. Alicia luchó por detenerlo, no obstante, perdió la batalla y él logró sacarla. El sonido fue tan gutural que una bocanada de bilis recorrió su esófago.

Justo en ese momento la herida comenzó a sangrar sin control alguno. Ella trató de contenerla de alguna forma, pero fue incapaz.

Empezó a sentir que no se encontraba muy bien. Su estómago estaba a punto de dejar salir la cena.

El herido agitó la barra. Por miedo a que hiciera daño a alguien más, usó la mano derecha para pelear contra él y arrebatársela. Solo cuando la tuvo entre sus dedos se dio cuenta de que parte de su otra mano se había colado por la herida del pecho.

No pudo soportarlo más.

Tuvo una arcada y, antes de poder avisar, se echó hacia delante para no vomitar sobre el herido y lo hizo sobre Eliot. Dejó que todo su cuerpo se vaciase sin control, bocanada a bocanada mientras lloraba y pedía disculpas a la vez.

Pocos minutos después aparcaron frente a las urgencias del hospital. Allí, por suerte les estaban esperando. Abrieron la puerta y cargaron al herido para llevarlo a quirófano lo más rápido posible.

Eliot, ignorando el vómito que cubría parte de su anatomía, salió del coche y se metió dentro del hospital sin acordarse de ella.

Alicia salió del coche y miró al cielo. Acababa de vomitar sobre su cita ideal y con ello concluía que no estaba hecha para aquello.

Una compañera de Eliot se compadeció de su situación al verla al lado del coche intentando limpiarlo con toallitas. Ella también estaba cubierta de

sangre, vómitos y sudor por culpa del miedo.

Así pues, la instó a entrar, limpiarse y ponerse un uniforme de trabajo para llevar ropa limpia sobre su piel. Por supuesto, no se negó.

CAPÍTULO 28



Cuando Justin vio a Alicia llegar, estaban Kurt y él en el porche tomando unos mojitos. Él había vuelto a tener una cita horrible. Tras conseguir huir ileso, había regresado a casa para ahogar las penas en alcohol y llegar a la conclusión de que todo era culpa de su inquilina.

Algo había pasado.

La joven bajó del coche vestida como una enfermera de hospital, además, si le miraba el rostro, parecía que acababa de salir de una guerra real.

—¿Qué ha pasado? —preguntó tirando la silla al suelo cuando se puso en pie.

Corrió a por ella bajo la atenta mirada de su hermano y se detuvo cuando la tuvo justo delante. Allí se fijó en que su rostro tenía algunas gotas de sangre, entonces se temió lo peor.

—Alicia, háblame.

Ella parecía estar en trance. Lo miraba, pero sin enfocar la mirada. Como si hubiera un punto muerto donde quedarse fijamente.

—Por favor, dime que estás bien —suplicó acongojado.

Al fin, ella parpadeó e intentó sonreír al reconocerle. Quedó en una mueca extraña, no obstante, nadie podía acusarla de no intentarlo.

—Menuda noche —susurró antes de tirarse sobre él con los brazos abiertos.

Lo abrazó con fuerza antes de que él le devolviera el gesto y la tomara con auténtica desesperación.

—Alicia, ¿qué ha pasado?

—Estoy bien —jadeó en busca de aire.

No pudo respirar tranquilo hasta que, pasados unos minutos, la joven pareció volver en sí.

Kurt se marchó corriendo al interior de la casa en busca de un vaso de leche. Ambos querían reconfortarla, lo que pareció agradecer cuando Justin la ayudó a sentarse con ellos en el porche.

—Explícanos que ha pasado.

Alicia lo hizo con todo lujo de detalles. La cita pasó por su mente como si lo viviera nuevamente segundo a segundo.

Justin quiso reprimir la puntada de celos cuando hablaba de Eliot como alguien muy especial. Al parecer, aquel hombre le había causado buena impresión. Parecía el chico perfecto. Todo lo ocurrido después fue causa de una cadena de infortunios.

—Vale, tú ganas esta vez con la cita —sentenció Justin.

Alicia parpadeó antes de mirarlo.

—¿También has tenido una mala noche? —preguntó.

Asintió, pero restó hierro al asunto con ligeros aspavientos de manos.

—Tú ganas, créeme.

Ella estaba tan cansada que sus ojos comenzaron a cerrarse. La instaron a terminarse la bebida y, solo entonces, la ayudó a ponerse en pie y la acompañó hasta su casa.

—Deberías ducharte antes... —susurró Justin.

Alicia dudó unos segundos y miró a su alrededor como si buscara alguna cosa. Al final, se encogió de hombros dándose por vencida y dejando caer el trasero sobre la cama.

Justin suspiró.

Con rapidez, buscó ropa que pudiera ponerse después. Unas bragas que creyó cómodas y una camiseta larga como le gustaban. También llevó el albornoz al baño y abrió el grifo para que el agua fuera calentándose.

—Lo tienes todo preparado, dúchate y descansa.

Alicia camino al lavabo volvió a abrazarse a él.

—Gracias por todo. Eres un buen amigo.

—Mamá, ven a la tarde. Ella tuvo muy mala noche y está descansando — explicó Justin por decimosexta vez.

Pero su madre no parecía escuchar o, tal vez, es que no lo hacía de verdad por mucho que le insistieran.

—Pásame a Kurt, él entenderá mi situación.

Su hermano mayor comenzó a negar con ambas manos, pero él le dio el teléfono móvil de igual forma. Aquella mujer era la madre de ambos y debían aguantarse con la herencia familiar que les había tocado. La suerte de no ser hijo único.

—Hola, mami.

Justin entornó los ojos. Siempre había sido un pelota y, por ese motivo, conseguía todo lo que deseaba.

Por suerte, Kurt pensaba como él con respecto a Alicia. Necesitaba descansar porque la noche anterior había sido un desastre. Al encender la televisión, el accidente había aparecido en todos los informativos.

—Ven después de comer. Anoche, la pobre se llevó un susto desagradable. Yo te aviso en cuanto despierte. Sí, mami. Te quiero.

Cuando colgó, la mirada de Justin lo fulminaba.

—¿Qué? Si eres cariñoso con ella cede antes.

Era verdad y lo había visto a lo largo de los años. Su madre era una buena mujer, algo testadura, pero con un corazón tan grande que no sabía cómo le cabía en el pecho. Pronto estaría allí besando a sus hijos con devoción y pasando entrevista a la nueva vecina.

Pobre Alicia. No sabía lo que se le venía encima.

CAPÍTULO 29



Cita de Justin a la vez que la de Alicia con Eliot.

Para evitar malentendidos habían quedado directamente en un local de copas. Allí podrían beber un rato, charlar, bailar y lo que surgiera.

La chica que había elegido era su tipo completamente. Guapa y muy alta, con los ojos grandes y labios gruesos. Y, dejando a un lado el aspecto físico, también tenía un buen perfil.

Había aprendido a alejarse de aquellas con las que tenía mucho en común, ahora solo buscaba a las que tuvieran tres o cuatro cosas, como mucho.

—Un placer conocerte, Bonnie —dijo dándole dos besos de cortesía cuando llegó.

Ella sonrió pletórica al verle. Al parecer, le gustaban las vistas que tenía y eso era empezar con buen pie.

—Hazte una foto conmigo, cariño —pidió casi ronroneando como un gato.

Aceptó encantado, no tenía nada que ocultar. Puso su mejor sonrisa y se abrazó a ella con la excusa de salir bien en la foto. El *flash* los cegó un poco antes de poder seguir, con normalidad, la cita.

—Yo ya he pedido una cerveza, ¿quieres algo?

Bonnie asintió.

—Un gin tónico, por favor.

Justin debía reconocer que le gustaba. Era tan atractiva que solo podía pensar en estar cerca de ella y lograr besarla.

Deseaba que esa cita saliera bien, tenía ganas de contacto humano y parecía ser la candidata perfecta para ello.

—Has elegido un buen local para vernos.

Le gustaba aquel lugar, estaba ambientado con decoración hawaiana. Las mesas tenían una jarra llena de paraguas de colores para que cada uno se los pusiera en su bebida.

Estaba decorado con lujo de detalle, no faltaban las faldas de paja en las paredes, los collares de flores y los sillones con cojines muy mullidos. Aquel lugar le gustaba mucho y trataba de ir siempre que podía.

—Así que mecánico, es un trabajo que me pone mucho. Ese mono de color azul, las manos sucias y callosas tratando con piezas duras y grandes. Ese cuerpo musculoso escondido bajo la ropa...

Aquella mujer iba a por todas, no tenía vergüenza en admitir que tenía ganas de pasar al sexo en vez de tener una conversación.

Por eso no habían deseado una cena, ella había puesto muchos impedimentos. Así pues, al final decidieron ir a beber sabiendo bien qué es lo que querían el uno del otro.

Brindaron con sus bebidas golpeando el botellín contra la copa de ella.

—Eres muy atractivo.

Sus palabras lo encendieron, no de golpe, pero sí cuando lo miró intensamente lamiéndose los labios. Ella sabía qué botones tocar para encender a una persona, porque lo estaba consiguiendo.

—Tú sí que eres guapa.

Lo era, mucho, del tipo de mujer con el que siempre había estado, no obstante, a todas le parecía faltar algo. No quiso pensar en eso y se dejó llevar, no debía imaginar a quien quería en su mente.

Bonnie acarició sus brazos.

—Te noto un poco tenso. ¿Acabas de salir de una relación? —preguntó.

Él negó con la cabeza.

—Casado, ¿quizás? Porque no me gustan esos rollos. Una vez fui la cornuda y no siento bien.

Justin volvió a decir que no. Nunca sería de esos que traicionaban, prefería acabar la relación antes de hacer daño.

—Es que no te veo del todo cómodo con la situación.

No lo estaba, pero el alcohol haría cambiar eso. Le daría el punto que le faltaba y, tal vez, distrajera su mente lo suficiente.

—¿Cuánto hace que no tienes un encuentro sexual?

Bonnie iba en serio.

Justin rio, ya no recordaba la última vez. Como si su vida hubiera cambiado desde que una española la había arrasado como un huracán.

—Mucho, ¿y tú?

Con su sonrisa contestó, ella no tanto.

Cuando acabaron la primera bebida sus manos ya estaban entrelazadas, pidieron más y decidieron hablar muy próximos el uno del otro. Apoyaron los codos en la mesa y juntaron sus frentes, como si quisieran besarse, pero sin dar el salto.

Y, de forma cruel, se imaginó a Alicia en aquella posición.

Eso provocó que diera un brinco y se alejase de Bonnie. La pobre mujer lo miró sorprendida y frunció el ceño sin comprender lo que ocurría. Necesitaba salir de allí como fuera, unos segundos, antes de continuar.

—Voy al lavabo, discúlpame.

—Claro.

Fue hacia allí. Una vez dentro se mojó las manos para lavarse la cara y despejarse un poco. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué justamente ahora no podía quitársela de la cabeza?

Alicia llenaba su mente de una forma extraña y no podía estar con otra mujer. No era justo para Bonnie besarla imaginando a otra persona. Se miró al espejo y decidió hacer lo correcto.

Caminó con paso firme hacia la mesa, ella lo esperaba con una sonrisa.

Al llegar, tomó asiento y aire para ser valiente, y decir lo que había ensayado en el lavabo segundos antes.

—Bonnie, yo...

La muchacha quiso dejar claro que le interesaba estar con él y, sin pedir permiso, se sentó sobre su regazo sorprendiéndolo. Ambos sonrieron cuando se miraron a los ojos.

—¿Todo bien?

—Todo perfecto —contestó mintiendo Justin.

Esa cercanía le gustaba, su olor le recordaba a las flores de un campo silvestre; embriagador y dulce a la vez. Estaba claro que sabía lo que hacía.

De pronto, echando la vista atrás, vio algo que no quiso ver. Alicia estaba unas mesas más allá con un hombre. Ambos parecían tener una conversación muy animada lo que le provocó una punzada de celos demasiado dolorosa.

Bonnie miró hacia allí.

—¿Te encuentras bien? Te has puesto blanco.

—Sí, he visto a una amiga.

No era mentira, ella era eso porque había establecido mantenerlo fuera de su vida sentimental solo por conservarlo cerca. Eso, en parte, era cruel. Comenzaba a entrever que no la quería exclusivamente de modo sexual, empezaba a desear algo más.

Bonnie la miró unos segundos.

—¿Quién es ella?

Esa pregunta lo incomodó.

—Es una amiga y, además, soy su casero.

De pronto, su cita bajó de su regazo y volvió a poner su trasero en la silla. Quiso decirle que regresara, pero fue incapaz.

—Cuéntame más —pidió para su sorpresa.

Justin debió negarse, no decir nada al respecto de la mujer que tenían unas pocas mesas más allá, pero no pudo callarse. Se lo explicó todo. Desde cómo la había encontrado

—Te gusta.

Y, sorprendentemente, no le costó decir que sí. Cuanto más tiempo pasaba y mejor la conocía, más fascinado se sentía. Se había acostumbrado a los cafés de la mañana, a sus mensajes a todas horas y a todas sus catástrofes.

—Es una chica afortunada y deberíais hablar del tema. Si ella siente lo mismo, claro...

Bonnie era una buena mujer.

Se alegraba de que hubiera podido leerlo con tanta facilidad, sin tener que

rechazarla en el último momento. No era lo que había pensado, pero estaba contento con su decisión.

—Yo no quería que esto fuera así —susurró algo avergonzado con su actitud.

Su cita, en cambio, miró a Alicia y después a él.

—¿Y por qué conciertas citas si la quieres a ella?

Esa era una buena pregunta.

—Decidimos competir ya que solo podemos ser «amigos». Si yo gano me invita a España a conocer su país.

Bonnie sonrió con dulzura.

—La quieres mucho.

Asintió.

Estuvieron hablando, largo y tendido de lo complicadas que podían resultar las relaciones. A veces tenían lo que queríamos al alcance de los dedos sin poder acariciarlo. Eso era algo cruel.

—Yo creo que trataría de conquistarla en vez de ganar esa competición.

—Eres una mujer muy sabia, Bonnie.

No le molestó que hablaran de otra mujer y comprendió su situación. Fue algo admirable, porque pocos lo hacían. Después de una hora conversando de mil temas distintos decidieron dar la cita por acabada.

—Perdóname, te merecías mucho más —se disculpó Justin.

Bonnie depositó un tierno beso en su mejilla.

—No te preocupes, te entiendo perfectamente. Quédate mi número y avísame si consigues estar con ella, me gustaría verte feliz.

Aquella mujer era increíble. Se abrazaron con ternura durante unos segundos, sin rastro de connotaciones sexuales y la dejó ir.

Lo mejor era marcharse a casa y descansar. No podía explicarle lo ocurrido a Alicia, tal vez se inventaría cualquier excusa absurda y seguiría adelante con su vida.

Él había propuesto la competición y, ahora que la veía sonriente con otro hombre, se arrepentía de su decisión.

«Eres un idiota», pensó torturándose.

CAPÍTULO 30



Alicia despertó totalmente aturdida. La noche anterior pasó por su mente recordándole una y otra vez la situación tan absurda que había vivido. Sus manos habían estado taponando una gran herida.

Tomó el móvil dispuesta a saber algo más de Eliot y su paciente. Dudó unos segundos antes de enviar el mensaje, le había vomitado encima y, seguramente, no quería saber nada de ella.

Sus otras citas habían sido un paseo en comparación con la que había vivido con Eliot. Esa sí iba a ser una que no olvidaría en años.

«Buenos días, espero que haya ido todo bien». Envió.

Él no tardó en estar en línea y contestar. Casi parecía que había estado esperando a que ella hablase para iniciar una conversación.

«Casi creía que no ibas a volver a dar señales de vida».

No se equivocaba, una parte de sí misma le había pedido desaparecer. En cambio, la otra, deseaba una segunda oportunidad. Después de todo, hasta la llamada telefónica, se habían llevado de maravilla.

Eliot parecía un hombre de ensueño con un trabajo interesante. Solo esperaba no tener que ayudarlo jamás en una emergencia o se moriría de un ataque de nervios.

«¿Nueva oportunidad el próximo fin de semana?», pidió el doctor.

Aquello le provocó una sonrisa de completa felicidad. Al parecer, no había salido tan desastrosa como pensaba ella.

«Te vomité encima... ».

«No pasa nada. No es la primera vez que tengo que limpiar uno. Trabajo en urgencias, estoy acostumbrado a todo tipo de experiencias».

Eso la reconfortó.

Eliot tenía razón, gracias al trabajo que tenía, estaba convencida de que era capaz de escribir un libro de anécdotas interminables. El personal de los hospitales debía estar acostumbrado a todo tipo de extravagancias.

«¿Y estás seguro de que quieres salir conmigo otra vez?», preguntó con el corazón en un puño.

Deseaba tener una segunda oportunidad para redimirse de su comportamiento.

«Por supuesto. Esta vez salimos a cenar y prometo apagar el teléfono móvil».

Ese era un buen aliciente, no tendrían que volver a salir corriendo de allí por una emergencia que la pusiera en evidencia.

«De acuerdo, nos vemos el próximo sábado». Aceptó Alicia.

La felicidad embriagó su cuerpo hasta el punto de saltar de la cama y bailar una estúpida danza de celebración.

Era domingo y tenía todo el día para pensar en el nuevo proyecto que Sarah le había encomendado. Era su primer trabajo sola y a ciegas, lo que significaba que tenía que destacar para agradar a sus jefes y acabar de ganarse el puesto.

Esa campaña publicitaria era la llave para quedarse en la ciudad.

Se asomó al porche y comprobó, algo triste, que Justin no la esperaba con el café. Después de la noche anterior imaginó que había preferido descansar o pasar tiempo con su hermano Kurt en vez de con ella.

Eso la hizo pensar. ¿Y si se acabaran los cafés? Tenían tal nivel de complicidad que le gustaba creer que iba a durar toda la vida, pero puede que hubiera exagerado creyendo que podían ser amigos.

Las lágrimas llegaron a su rostro con ese pensamiento. Se limpió las mejillas y se obligó a sonreír. Seguramente, estaba haciendo una montaña de un insignificante grano de arena.

Se hizo un café y salió al porche con el portátil, dispuesta a trabajar. Tenía poco tiempo para preparar la campaña y debía asombrar.

Justin salió cuando Kurt le avisó de que la vecina estaba desayunando en el jardín. Se sorprendió cuando su hermano corrió a buscar un café para hacerle compañía. Nunca antes lo había visto así.

Estando solo, el mayor de los hermanos aprovechó para llamar a su madre

—Hola, cielo —contestó ella a los dos tonos de llamada.

—Alicia ya ha despertado. Te prometí que te avisaría cuando lo hiciera —dijo como buen hijo.

Apartó la cortina y comprobó, con perplejidad, la buena conexión que había entre ambos. Rieron de alguna cosa y comenzaron a hablar de una forma que pudo describir como entrañable. A su hermano Justin se le veía feliz a su lado, algo que significaba mucho.

—Ahora mismo voy, procura que no se vaya ninguno de los dos —le pidió su madre.

Kurt asintió.

—Creo que estás a punto de conocer a tu futura nuera... —susurró mirando a la pareja.

Parecían un matrimonio. Las chispas saltaban entre ellos de tal forma que le sorprendía que ninguno de los dos se hubiera dado cuenta.

—Yo esperaba que le diera una oportunidad a Sarah. Está muy interesada en tu hermano y harían buena pareja. La conozco desde hace muchos años.

Kurt entornó los ojos cuando escuchó el nombre de su vecina.

—Mamá, le saca casi veinte años. Que sé que la edad no es un problema, pero Justin no parece querer nada con ella. Además, cuando veas a Alicia comprenderás porqué creo que va a ser parte de la familia.

Su madre colgó a toda velocidad, quería llegar allí lo antes posible.

Justin se acercó a Alicia con un café entre las manos. Ella parecía estar

trabajando o esa era la impresión que desprendía con el ordenador sobre la mesa y un par de carpetas a su lado.

—Buenos días, vecina. Esperaba que te despertases más tarde.

Ella lo ignoró. Estaba tecleando algo en el ordenador con un bolígrafo entre los labios completamente concentrada.

Solo cuando se sentó a su lado pareció regresar a la realidad.

—¿Tú te casarías en un globo aerostático?

Aquello lo descolocó. La miró como si acabara de enloquecer y pensó en la pregunta tan extraña que le acababa de hacer.

—¿Me estás pidiendo matrimonio?

Alicia negó con la cabeza sin apartar la mirada de la pantalla de su ordenador. Tecleó un poco más antes de que él siguiera hablando.

—No he tenido nunca una relación seria, no me imagino casándome y menos en el aire.

Eso hizo que frunciera el ceño. Soltó el bolígrafo y centró su atención en él. Antes de hablar, tomó un sorbo de café y lo saboreó a conciencia; su cara de placer lo dijo todo.

—¿No has tenido nunca una relación seria?

Justin trató de recordar.

—No que durara más de tres meses. Supongo que no he encontrado a la persona adecuada. Además, aparte de ser mecánico restauro coches antiguos y paso gran parte del día fuera.

Alicia inclinó la cabeza.

—Pero siempre que quieras puedes sacar tiempo para un café.

Ambos chocaron sus vasos a modo de brindis. Eso era cierto, buscaba la manera para no faltar a esa cita.

—¿Y tú?

Alicia parpadeó sin comprenderle.

—¿Yo qué? —preguntó.

Justin deseó deshacerle el moño, aquella mañana le había salido tan bien que no tenía su toque. Su cabello estaba destinado a estar despeinado.

—¿Cuántas relaciones serias has tenido? —preguntó deseando conocer

algo más de ella.

Con el bolígrafo otra vez en la boca, Alicia pensó unos segundos antes de arrancar a hablar de su pasado.

—Estuve con un chico un año y no funcionó. Yo siempre he tenido muy claro que vendría a esta ciudad y eso no es compatible con alguien que no quiere viajar.

La comprendió.

—¿Y por qué esas ganas de venir aquí?

Alicia apoyó los codos sobre la mesa y colocó la barbilla entre sus manos, miró al cielo y sonrió feliz. Era una imagen bonita, parecía una chica alegre que disfrutaba de su estancia en una ciudad que no la había tratado con demasiado cariño.

—Siempre que veía películas americanas me decía que tenía que ir allí. Resultaba extraño, pero me sentía en casa cuando veía las imágenes en televisión. Planeé mi vida con la idea de que acabaría aquí y no puedo marcharme sin pelear.

Fueron unas palabras que lo conmovieron, deseaba quedarse de verdad.

—Por eso te decía lo del globo. Mi jefa me hará fija si hago bien la campaña de un cliente que quiere vender bodas en el aire.

La idea era original, pero no apto para gente con vértigo. Le gustaba saber que iba a conseguir la tarjeta de residencia y lograr su sueño. Parecía haber luchado muy duro para conseguirlo.

—Te mereces quedarte —le dijo.

—Gracias.

Entonces pensó en las palabras de Bonnie. Debía dejar esa competición absurda y pensar más en lo que deseaba hacer con Alicia. Puede que fuera su casero y comprendía sus miedos respecto a la soledad, no obstante, valía la pena arriesgarse. Él haría todo lo posible para no dejarla sola jamás.

—¿Qué haces el sábado que viene? —preguntó a punto de lanzarse a la piscina.

El rostro de Alicia se iluminó de felicidad.

—Voy a volver a ver a Eliot. No le importó que le vomitase encima y quiere que volvamos a vernos. ¿No es genial? Me gustó mucho estar con él.

No, no era «genial», más bien un desastre.

Antes de que se diera cuenta de que le había sentado como una patada en el estómago, sonrió y fingió que se alegraba de su buena suerte. Jamás sabría lo doloroso que estaba siendo.

Ahora que se había propuesto lanzarse, encontraba un hombre con el que ilusionarse y repetir cita. Acababa de dejar escapar un tren que llevaba detenido en su puerta semanas.

«Soy un genio», pensó.

—¿Dónde están mis amados hijos?

La voz de su madre hizo que se pusiera tan tenso que apenas pudo respirar. No podía estar ahí tan pronto sin que hubiera tiempo de advertir a Alicia de lo que sería un momento con ella.

Kurt abrió la puerta con los brazos abiertos.

—Mami, qué alegría y sorpresa verte —canturreó.

«Mentiroso de mierda», pensó Justin.

Se levantó al igual que Alicia, que comenzó a recoger sus cosas para darles intimidad. Lo que no esperaba es que la visita fuera solo y exclusivamente por ella, su madre se moría de ganas de conocerla.

—No te marches querida, no estorbas. ¿Eres la nueva inquilina?

Su madre entró en acción con todo su esplendor. Odiaba cuando sobreactuaba, pero no podía pedirle que no lo hiciera siendo actriz de profesión. Le gustaba ser exagerada y llamar la atención.

—Sí, soy Alicia Arias, un placer conocerla.

Ella pasó por el lado de su hijo, le dio un abrazo antes de tomar la mano de la joven que se presentaba sin saber cómo era ella.

—Encantada, querida. Yo soy Meg Turner.

Justin entornó los ojos, incapaz de creer que su madre lo hubiera vuelto a hacer. Tomó una bocanada de aire antes de decirle:

—Mamá, te llamas Ava.

El corte fue tan épico que Alicia no pudo contener la risa. Para cuando su madre la fulminó con la mirada, tragó saliva y se mordió los labios.

—Meg es mi nombre artístico. No tengas en cuenta a mi hijo, siempre fue el

más rebelde de los tres.

Su amiga levantó las cejas con picardía y, comprendió que, tener a su madre allí le iba a comportar muchos problemas. Ella lo conocía a la perfección y tenía algunos datos vergonzosos que esperaba que no sacara a la luz.

—Seguro que fue un niño adorable —comentó Alicia.

Sí, estaba vendido.

Su madre se sentó al lado de ella dispuesta a conocerla. No había venido para ver a sus dos hijos queridos, solo quería conocer a la mujer de la que tanto le habían hablado él y sus hermanos.

—Querido, trae un café a tu madre. Con hielo, hace muchísimo calor —le ordenó antes de que pudiera volver a su asiento.

Con una sonrisa en los labios, se marchó hacia el piso de arriba para complacerla con la esperanza de que no rebelase nada turbio en su ausencia.

—¿Y qué te trae por aquí, Alicia?

—Trabajo. Y el sueño de poder quedarme a vivir en esta ciudad.

Asintió satisfecha con la respuesta.

—Ese es un gran sueño y espero que se cumpla. —Aprovechó que estaban a solas para acercarse a ella y susurrar—. Ahora que estamos solas, ¿qué te parece mi hijo? Es guapo, ¿verdad?

Meg se sonrojó con sus palabras y quiso explicarlas.

—A ver, que para una madre todos sus hijos son guapos, pero es que los míos lo son. Los tres.

Alicia rio ante sus palabras. Asintió estando de acuerdo con ella, los tres eran muy atractivos, aunque solo tuviera ojos para Justin.

Él bajó las escaleras lentamente, cargado con el café que su madre le había pedido. El pobre parecía estar a punto de morir de un ataque al corazón a causa de los nervios o algo. Tener a Meg allí no le gustaba.

—Sus hijos son muy guapos, no supo hacerlos feos ni por dentro —le contestó haciendo sentir a esa mujer orgullosa de su prole.

Y llegó el momento de la pregunta estrella. La que Justin había temido desde que la había visto llegar. Alicia se dispuso a acabar su café cuando su madre decidió abrir la boca.

—¿Cuándo vas a dar el paso con mi hijo? Porque yo pensaba que encontraría una mujer desaliñada y que no me gustase, pero me estás encantado. Eres muy dulce y me muero por tener nietos lo antes posible.

Alicia se atragantó con su bebida, escupió por la boca y la nariz a partes iguales mientras luchaba por respirar.

—¡MAMÁ! —exclamó Justin llegando hasta la muchacha y propinándole unos golpes en la espalda para ayudarla a sentirse mejor.

Meg se encogió de hombros.

—¿Qué ocurre? Solo era una pregunta inocente. Veo mucha química entre vosotros. Además, sabes que Peyton es autosuficiente y apenas me dejará estar con mi nieto. Así que, me aseguro de tener lo que quiero.

Alicia respondió mirándolos perpleja. La risa de Kurt podían haberla escuchado a calles de distancia, el muy traidor se lo estaba pasando de lujo con el espectáculo que estaba montando su madre.

—Le agradezco que me vea apta para su familia, sin embargo, hemos acordado ser amigos.

Meg la fulminó con la mirada. Y no contenta con eso, se llevó la mano derecha al pecho para hacer el drama mayor. Era una reina en ese campo, con lo que no contaba era con que Alicia se lo tomara como una broma en vez de un drama real.

—Mi hijo está loco por ti.

—¡Mamá! —gritó enfadado.

Pero su madre lo ignoró, lo mandó callar con un dedo al mismo tiempo que se daba la vuelta y volvía a prestarle atención a la muchacha.

—Él no te lo dirá, pero son cosas que una madre sabe.

Tomó sus manos y las estrechó entre las suyas con sumo cariño. Alicia aguantó por educación, pero Justin estuvo tentado de ahogar a su madre con sus propias manos. No podía estarle pasando algo así.

—¿Sabes? De pequeño, Justin era más feo que un dolor. Sé que no está bien que una madre diga eso de sus hijos y sabe Dios que lo amaba igual que si fuera el más bonito del mundo.

Justin decidió tomar asiento y ver cómo su madre lo ponía en ridículo, estaba claro que no iba a dejarlo estar hasta decir todo lo que deseaba.

—Yo le decía a mi madre, que en paz descansa, que el pobre chiquillo iba a quedarse sin catar mujer. Esas orejas de soplillo, ese poco pelo que tenía y la nariz demasiado redondeada, pero hizo el cambio. Como el cuento del pavo real feo.

Justin se pellizcó el puente de la nariz y la corrigió.

—Es *El patito feo*.

Meg lo miró como si quisiera hacerlo desaparecer en aquel instante, pero decidió ignorarlo. Siguió con su cuento como si pudieran aprender algo de él.

—Y llegó el día en que se hizo el hijo más guapo de todos y comenzó su declive. Salía hasta altas horas de la noche, fiestas, borracheras, alcohol, sexo y algún tonto con las drogas sin importancia. Y yo solo le pedía al cielo que lo hiciera feo de nuevo.

Él estaba a punto de tirarse a la carretera para que lo atropellase un coche y lo librara del dolor.

—Por suerte, todo eso quedó atrás y se dedicó a la restauración de coches. Gracias a Rash que no perdió la fe en ningún momento.

Alicia no comprendía lo que quería transmitirle, lo intentaba, pero no daba con la solución a todo eso.

—Justin es muy extremista, ¿sabes? Pasó de salir en exceso a perder días y días en alguno de sus proyectos. Sin que lo sepa me he abierto perfiles falsos con su foto solo para enviarle alguna mujer que quisiera darle una alegría.

No daba crédito a sus palabras. Se levantó y alargó los brazos con la intención de ahogarla, pero Kurt lo detuvo tirando de él hacia atrás y llevándoselo al piso de arriba.

—Sé que algo de sexo tiene, pero es como un ermitaño. Llevo meses queriendo que quede con una vecina nuestra y ni caso le ha hecho el ingrato.

Justin miró a Kurt de forma suplicante.

—Mátame y líbrame del sufrimiento.

Su hermano se negó en rotundo, algún día se vengaría.

—Y, de pronto, llegaste tú y cambió. Ha empezado a llamarme más a menudo. Peyton también me habló bien de ti y el gran favor que le hiciste. Además, también ha visto la conexión que tenéis. Solo faltaba Kurt, lo mandé para que pudiera decirme cómo eras y me he enamorado al verte. Has traído

felicidad a nuestras vidas.

La dramática de su progenitora estaba interpretando el papel de la madre de un drogadicto que había superado sus problemas, de una obra de teatro que había interpretado durante meses en un local de la ciudad.

Justin se conocía el texto de memoria, aunque no se molestó en decírselo. Solo quiso ir a buscar una corbata y colgarse de la barandilla de su casa.

—Señora, agradezco de corazón sus palabras, pero se equivoca. —Miró a Justin y a Kurt en el piso superior—. No voy a negar que nos llevamos bien y que parece que tenemos una tensión sexual no resuelta, sin embargo, quiero a su hijo como amigo. En esta ciudad tan grande ha sido de los pocos apoyos que he tenido y no me gustaría estropearlo por un par de momentos buenos.

Meg se emocionó. Trató de ocultarlo, aunque al final dejó que las lágrimas mancharan su perfecto maquillaje.

Alicia supo que estar con aquella mujer era como revivir una fotografía de una gloria antigua. Esas fotos de los años sesenta que salían preciosas en blanco y negro. Su tocado con sus cabellos oscuros, parecía esculpido por profesionales y su maquillaje natural, aunque recargado.

—Yo también fui nueva en esta ciudad y sé lo duro que es. Me alegra que Justin te tendiera una mano.

—Y yo.

Al final, las dos mujeres acabaron abrazadas la una a la otra con un sentimiento que solo ambas comprendían. Habían vivido una experiencia similar, conocían la soledad del extranjero.

Después de todo, hablaron de cientos de cosas como amigas de toda la vida. Justin prefirió dejarlas estar mientras tomaba algo con su hermano Kurt. Necesitaban un momento a solas y no sería él quien se interpusiera.

CAPÍTULO 31



Eliot había elegido un restaurante carísimo, solo esperaba que quisiera pagar a medias porque no tenía economía suficiente para invitarlo. Era una marisquería de lujo, con todas sus peceras llenas de animales esperando la muerte. Las pobres langostas la miraban con cara de pena y ella sintió que no podía hacerles eso.

¿Quedaba mal comer ensalada o carne en un sitio como ese?

Les dieron asientos en unos reservados. El médico estaba guapísimo y eso la hizo sentir algo insegura de su look. Llevaba un vestido, turquesa, que ya había utilizado en una cita anterior algo desastrosa, con esta segunda oportunidad quería cambiar la racha.

—Gracias por querer volver a verme. No tuvimos una primera cita demasiado formal.

Alicia rio con su término, para nada lo había sido. Ella había acabado con la mano dentro de la herida de un hombre medio moribundo y, la guinda del pastel, fue vomitar encima de Eliot.

—Gracias a ti, no siempre le perdonan a una que pueda echar toda la cena. ¿Has podido quitar la mancha del coche? Debería pagarte algo por ello.

Eliot negó con la cabeza. Sin pedir permiso tomó sus manos y las estrechó entre las suyas. Aquel hombre era tan gentil y amable que estaba consiguiendo desarmarla por completo.

—Sería estúpido si no quisiera una segunda oportunidad contigo.

Miraron la carta. Como era de esperar, no había ni rastro de carne en ese lugar salvo por un menú infantil que pensaba pedir. No deseaba asesinar a

ningún pobre cangrejo, bogavante o langosta innecesariamente.

—¿Ya saben que van a pedir, señores? —les preguntó el metre.

Eliot pidió una ensalada de langostinos y piña y de segundo un buey de mar en su propia salsa. La pobre Alicia solo pudo vislumbrar al pobre buey entrando en la olla cociéndose poco a poco.

—¿Y usted, señorita?

—El menú infantil.

Lo dijo sin reparos ni vergüenza alguna, no tenía por qué esconderse de no querer matar a un animal inocente. Ambos hombres la miraron atónitos, como si acabase de decir una insensatez, no obstante, no la contradijeron.

—¿Y de beber?

—Puedes traer un champán de la cas...

—¿Tienes alguna bebida con gas? —cortó Alicia a toda prisa.

Odiaba el champán, le subía muy pronto y no quería decir tontería alguna. Esa cita tenía que salir bien sí o sí.

—Por supuesto, una bebida con gas para la señorita y champán para el señor.

Cuando el camarero se fue, ella quiso disculparse, pero no lo hizo porque no debía explicación alguna. Tenían una carta y había elegido algo que había en ella. Era un plato más del servicio.

—¿Me disculpas un segundo? Tengo una llamada importante.

Lo disculpó sin reparos y tomó su móvil para ver si tenía algún mensaje. Después de aquella semana tan dura necesitaba desconectar.

El trabajo en la oficina había sido agotador, las horas pasaban sin que pudieran detenerlas y tenía la presentación de la boda en globo a escasos días. Tenía un plan trazado, pero eran pequeños esbozos de lo que circulaba por la mente.

«¿Todo bien? Hoy te has ido tan rápido que no he podido preguntarte nada». Le había escrito Maddox.

Después de trabajar un sábado lo que menos quería era tener que hablar de trabajo con su jefe.

«Todo perfecto. Tenía una cita».

Quizás era demasiada explicación, no obstante, no iba a esconderse de nada. Era libre de hacer en su tiempo libre lo que le placiera.

«Tengo entradas para el partido de béisbol de la semana que viene. Podrías acompañarme».

Saltaron sus alarmas, su jefe no podía estar quedando con ella por mensajería instantánea. Además, ¿eso era ético? Seguro que infringía mil normas morales y legales.

«Lo siento, viene una amiga de España a verme», respondió.

Cristina estaba a punto de llegar y deseaba poder desconectar del mundo con su llegada a la ciudad.

«¿Necesitáis guía turístico?».

Al parecer, Maddox era un poco duro de roer. Se había propuesto algo y no pensaba soltar su presa hasta conseguir lo que deseaba.

«No, gracias. Eres muy amable ».

«Tengo entradas para el partido y después podemos ir a dar un paseo por el lago de Central Park».

Aquel lugar era inmenso, en el tiempo que llevaba en la ciudad le había dado tiempo a ver pequeños trozos. El lago aún no había sido uno de ellos, todos los comentarios en internet decían que era un lugar precioso.

«¿No es un poco raro que mi jefe me pida salir?».

«Soy tu jefe en la oficina, puedo ser tu amigo fuera. Solo sería una cerveza entre amigos».

No sonaba mal, de hecho, sabía que Maddox quedaba con muchos de la oficina. Era lo malo de perder tantas horas en el trabajo, la vida personal se diluía entre carpetas y acababas relacionándote solo con gente del trabajo.

«Le consultaré a mi amiga y te digo. ¿Vale?».

«Me parece bien».

Eliot regresó.

—Disculpa el retraso, trabajo.

Sabía lo que era eso porque acababa de estar hablando con su jefe. Los oficios resultaban ser pequeñas cadenas alrededor del cuello de una persona que lo apretaban tan fuertemente que podía dirigir su vida.

Obviamente, él pasaba mucho más tiempo en el hospital que ella en la oficina.

Llegó el primer plato, a pesar de la diferencia, Alicia no quiso probar nada de lo que Eliot, gustosamente, le ofrecía. Ella solo podía ver unos ojos suplicantes que habían estado en la pecera al entrar.

No podía cometer ese crimen.

Entre plato y plato el teléfono de Eliot volvió a sonar, se disculpó y se marchó a hablar. Así era compartir su vida con un médico, su trabajo era importante y lo requerían muchas horas.

«¿Qué haces en línea? ¿Aburrida?», preguntó Justin.

Alicia sonrió como una boba cuando vio su mensaje. Había pensado en él en algún momento, pero obligaba a su mente a no vislumbrarlo cuando no estaba presente.

«Tiene una llamada de teléfono. ¿Qué haces? ¿No sales?».

«No, me he cansado de tener tu mala suerte. Voy a quedarme en casa, comer pizza y ver una película abrazado a mi almohada hasta dormir y quedar con la baba colgando».

Ese plan sonaba tan bien que sintió envidia de no poder hacer lo mismo.

Alicia miró a su alrededor. Ella no pertenecía a ese mundo de lujos, era alguien sencillo que disfrutaba con un perrito caliente en un banco de Central Park. Mucho mejor que asesinar a un pobre animal indefenso.

Miró hacia la pecera y le hizo una foto.

« □ ». Puso al enviársela a Justin.

«Pobrecillos, roba uno y montamos un acuario».

Rio.

Él siempre podía hacer eso, tenía esa cualidad.

De soslayo comprobó que Eliot regresaba a la mesa a seguir con la cena, lo que hizo que ella se apresurase a soltar el móvil como si estuviera haciendo una travesura.

«¿Café mañana?», preguntó ella antes de bloquear el móvil.

«Siempre ».

—Pareces muy feliz —comentó Eliot sentándose en su asiento.

Lo estaba, pero no le dijo que se debía a las palabras de otro hombre. Se limitó a asentir y hacerle creer que era por su regreso.

—Disculpa la tardanza. Tenemos personal nuevo en urgencias y tengo que ir controlando que todo esté bajo control. Los recién llegados siempre dan faena.

Asintió comprendiéndolo.

Él sacó tema, hablaron de los viajes por el mundo que habían hecho. Alicia tenía pocos sellos en su pasaporte, pero le gustaba conocer lugares nuevos. Él, en cambio, tenía visto medio mundo. Le habló de lugares de ensueño, hermosos y con culturas increíbles de conocer.

El rato pasó agradablemente. Él era un cuentacuentos maravilloso, solo con contar una anécdota te atrapaba como en una tela de araña invisible. No obstante, después de un rato comenzó a ver que le faltaba el humor de alguien que conocía muy bien.

No quiso nombrarlo en su cabeza por miedo a que fuera un pecado. Él no debía aparecer en su mente durante aquella noche.

Su móvil volvió a sonar con una melodía conocida. Alicia frunció el ceño reconociendo el despertador y quiso preguntar, no obstante, él se levantó y volvió a excusarse. Fue entonces cuando suspiró. Tal vez era su forma de controlar el hospital, se ponía alarmas cada cierto tiempo para ir llamando.

Regresó pronto con una conquistadora sonrisa. Al tomar asiento, Alicia reparó en el detalle de que llevaba una mancha de chocolate en la comisura de los labios.

—Estás sucio de chocolate —le dijo limpiándolo con el pulgar.

Lo curioso fue que ninguno de los dos tenía ese ingrediente en su plato y no habían servido el postre todavía.

Sonrojado se excusó.

—Llevaba un dulce en el bolsillo y me lo comí.

Eso tenía sentido y se relajó.

Siguieron hablando, esta vez de sus respectivas familias. Él tenía hermanos y le sorprendió que sus padres tomaran la decisión de que fuera hija única. Ella siempre había deseado tener alguien más en la familia con quien hablar, pero Cristina suplió con creces ese vacío.

Una nueva alarma hizo que ambos se miraran con complicidad.

—Ve tranquilo, aquí te espero.

Eliot sonrió orgulloso y le dio un beso en la mejilla.

—Eres muy especial.

Alicia sonrió como una boba al oír esas palabras. Él la veía diferente al resto y, por ese motivo, se había tomado la molestia de darle una segunda oportunidad. Después de lo ocurrido en la primera, muchos se hubieran marchado para no volver.

El camarero retiró los postres, esta vez con un semblante serio y triste. La miró a los ojos un par de veces, salvo que no pronunció palabra alguna. Tomó su plato y se marchó hacia la cocina.

Curiosamente, antes de llegar, se dio la vuelta y regresó con paso ligero.

—¿Todo bien? —preguntó Alicia algo sorprendida.

El pobre hombre sudaba como si estuvieran a cuarenta grados en ese establecimiento y comenzó a temer lo que deseaba decir.

—¿Se encuentra bien? Mi cita es médico y puede echarle un ojo.

Entonces, él reunió el valor suficiente como para tomar aire y hablar con ella.

—¿Sabes que está teniendo otra cita a la vez? Está cerca de la entrada principal.

Alicia parpadeó sin comprender lo que aquel buen hombre se había propuesto decirle.

—Creo que se equivoca —susurró consternada.

El camarero negó con la cabeza.

—No, señorita. Mi compañero le está sirviendo y, al ver lo que hacía, he decidido avisarla. Ahora harán lo mismo con la otra mujer.

Debía tratarse de un error, no podían hablar del mismo hombre gentil y bueno con el que estaba compartiendo una velada agradable. Sin embargo, la curiosidad llamó a su puerta.

Se levantó, tomó su bolso y sus cosas y el camarero la condujo hasta la otra mujer. A medida que se fueron acercando vio una pecera con un único bogavante, el pobre parecía apuntarle con la pinza hacia la mesa diciéndole lo que ya sabía.

Sí, de espaldas tenían un parecido razonable.

Su estómago se encogió. Si se trataba del mismo hombre no sabía cómo reaccionar a algo semejante.

Caminó hacia la feliz pareja que brindaba con champán con los brazos entrelazados. Se colocó justo al lado de ellos y pudo comprobar, con estupor, que se trataba del mismo hombre.

Eliot, al verla, palideció al instante y se atragantó con la bebida.

—¡Cielo, que te ahogas! —exclamó su acompañante.

Alicia se sintió traicionada por un hombre que no significaba nada. Eran desconocidos, ¿había necesidad de mentirse de esa forma? No tenían obligaciones el uno para el otro, no obstante, ahí estaba.

Tarde comprendía el motivo de las alarmas y las llamadas largas. Alicia lo había asociado a su agotador trabajo, pero no.

—Puedo explicarlo...

La típica frase, una que carecía de gracia cuando se escuchaba en vez de verla en una comedia romántica.

—No. No puedes —contestó Alicia manteniendo el control.

Miró a la pobre mujer. Su abultada barriga y su anillo en el dedo y la mano adecuada le rompieron el corazón. No podía hacerle eso a ella en un momento tan importante de su vida.

Ya no sentía dolor por el engaño hacia sí misma sino hacia el de ella. La miró con pesar y se disculpó.

—Señorita, ¿qué ocurre? —preguntó desconcertada.

Eliot se levantó y sus ojos suplicaban que mintiese, que no destapase lo que estaba ocurriendo, pero no pudo. Se trataba de piedad, aquella mujer estaba siendo engañada por quién creía que era el amor de su vida.

—Eliot está teniendo esta misma cita romántica pocas mesas allá. ¿No le hace el mismo truco de la llamada de urgencias y el personal nuevo?

La mujer la miró con sorpresa y, en sus ojos, vio la comprensión de sus palabras. En efecto, le estaba diciendo la misma excusa.

Lo siguiente sucedió muy rápido. La mujer se levantó y se puso a su lado para pedir explicaciones a un hombre que acababa de palidecer.

—¡Me dijiste que no volverías a estar con otra!

Al parecer aquel hombre era reincidente. Sintió lástima por ella.

—No soy nadie para decírtelo, pero no te conviene un hombre así en tu estado.

La mujer comenzó a llorar y Alicia quiso abrazarla, no obstante, se contuvo porque la ira hacia Eliot era superior. Lo encaró con ganas de gritarle, deseaba decirle lo poco hombre que era haciéndole algo así a dos mujeres que confiaban en él. Pensó las palabras y el discurso que le soltaría.

Al final, dejó eso en el tintero para esperar una explicación por su parte.

—Me gustas mucho, solo quería conocerte. Las cosas con mi mujer no van bien y quería...

«Tener algo antes de poder dejarla», añadió Alicia mentalmente.

Con furia lo empujó mientras gritaba:

—¡Eres despreciable!

Y su mala suerte hizo acto de presencia. Eliot se tambaleó hasta golpear con la espalda el acuario que tenía detrás con un único bogavante. El cristal decidió no aguantar y se quebró en mil pedazos.

Cuando el hombre cayó al suelo sobre su propio trasero, los cientos de litros de la pecera cayeron sobre sus hombros. El bogavante, en cambio, lo hizo sobre su cabeza, agarrándose con las patitas con miedo a precipitarse al suelo.

Alicia tomó al pobre animal y decidió adoptarlo.

—No vales nada y es una pena, porque podías haberme gustado —le escupió.

Entonces miró a la mujer que lloraba desconsolada.

—Lo siento.

Se disculpó sabiendo que ella no había hecho nada malo. Después de eso, decidió que él podía pagar la cuenta.

Tomó el animal y salió por la puerta con todo el orgullo que pudo, el mentón bien arriba.

CAPÍTULO 32



Justin no podía dar crédito cuando vio a Alicia regresar con un bogavante en la mano. Por algún motivo estaba furiosa y caminaba como si de un militar se tratase. Con cada golpe del pie en el suelo parecía que todo temblaba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó temiendo la respuesta, sabía bien que con ella todo era posible.

—El muy desgraciado estaba teniendo dos citas a la vez. Conmigo al final del restaurante y con su muy embarazada mujer en el otro lado del restaurante.

Levantó al bogavante y lo agitó.

—Lo he rescatado, no merecía morir allí asado en una olla.

—Lo de adoptar un animal era broma.

Su mirada llena de furia lo asustó, así pues, decidió guardar silencio. No era una buena noche para bromear. Lo que aquel médico había hecho era deleznable, pronto dejó el humor para abrazar la furia.

¿Cómo podía haberle hecho algo así?

Alicia fue hacia su apartamento y se detuvo justo en la puerta. Acto seguido miró hacia arriba esperando que él también la mirase. Al hacerlo, fue como una conexión extraña.

—No quiero estar sola —suplicó.

Justin suspiró.

—Ven conmigo. Kurt ha quedado y no llegará hasta mañana, tienes sitio de sobra.

Alicia subió sin rechistar uno a uno todos los escalones. Cuando llegó

arriba le tendió al bogavante y lo tomó de la cola sin saber bien cómo sujetar al pobre animal.

—¿Cómo piensas llamarlo? —preguntó abriendo la puerta.

—Hijo de puta —contestó.

Justin miró al crustáceo y sus pequeños ojitos negros.

—Lo dice de broma, no va a llamarte así. Está enfadada.

Entró en casa y dejó al animal en el fregadero. Sin agua no tardaría en morir, así pues, lo había salvado para dejarlo morir después. Lo peor fue que ella llegó a la misma conclusión y comenzó a llorar como si la vida se le escapase.

Corrió a su lado, necesitaba estrecharla entre sus brazos y no tuvo claro si tenía permiso. Al final, al ver su dolor, decidió hacerlo y aceptar las consecuencias de sus actos.

Alicia se aferró a él como si fuera la única boya en el océano. Escondió la cabeza en su pecho y lloró, de rabia por ser engañada, de pena por el animal y la mujer y de puro cansancio por no conseguir que nada le saliera bien.

—Todo pasará, será solo una anécdota.

La joven saltó como un resorte. Se puso en pie ante él y comenzó a respirar agitadamente.

—Estoy harta de anécdotas. Manhattan entera lo es. Creo que podía escribir un libro de mi vida y lo catalogarían como drama. Me he cansado de este lugar.

Su confesión lo dejó sin aliento.

—¿Qué dices? ¿Vas a tirar la toalla tan pronto?

El rostro de Alicia lo decía todo. Esta cita había sido la gota que acababa de colmar un vaso que llevaba lleno muchos días.

—¿Pronto? Llevo aquí golpe tras golpe, aguantando esperando algo mejor. Y hoy, me encuentro un hombre que me estaba engañando con su mujer embarazada. No quiero ni pensar cómo se sentirá la pobre.

Alicia tenía un corazón enorme. No estaba enfadada con Eliot por lo que le había hecho sino por el daño que le había causado a la otra cita.

—Ya te lo dije, te hubiera ido mejor conmigo, pero te empeñas en tenerme como amigo. Estoy desaprovechado.

Su humor no calmó su ira. Estaba tan enfadada que caminaba por el comedor dando círculos como si de un buitre se tratase. Al final, pasados unos largos minutos, tomó asiento a su lado en el sofá.

Suspiró vaciando todo el aire de sus pulmones y se tapó el rostro con ambas manos.

—Ey, tranquila.

Ella alcanzó a mirarlo de soslayo.

—Yo solo quiero un maldito polvo. Un rato divertido sin más complicaciones, pero todas las citas buscan algo de mí que no puedo dar.

Justin tragó saliva. Esas palabras habían sido un disparo en el pecho a bocajarro. No podía pronunciar esas sílabas y esperar que no pasara nada.

—Joder, Alicia...

Si quedaba rastro de autocontrol en alguno de ellos, se desvaneció en el aire como si nada. Esa frase lo había destruido todo. Eran amigos o puede que no, no obstante, ya no pensaba fingir que aceptaba las reglas.

Alicia acababa de volverlo loco.

Se acercó a ella y, cuando no se retiró, le indicó lo que quería saber. Sonriendo de forma gloriosa, puso su frente contra la suya y la tomó de la barbilla.

—Dilo una vez más.

—Quiero follar contigo.

La frase había cambiado haciéndose más peligrosa. Ya nada podía detenerlos porque acababan de quemar el último cartucho. Aquel tiempo había sido una guerra tratando de mantenerse separados.

Esa línea desapareció cuando Justin atrajo los labios de Alicia contra los suyos. Los poseyó como si de un vikingo en plena conquista se tratase. Mordió su labio inferior, separándolo levemente, su gemido logró hacerlo enloquecer todavía más.

Justin sabía besar bien. Con un mísero beso todas las razones por las que deseaba ser su amiga de evaporaron. La amistad estaba sobrevalorada e iba a

explorar nuevos horizontes.

—Vas a follarme muy duro —pidió Justin.

¿Cómo negarse? ¿Alguien podía a una petición semejante?

Asintió haciéndole entender que lo haría, pensaba disfrutar de ese viaje que acababan de iniciar.

Presos de la pasión se mordieron y se saborearon a conciencia. Sus lenguas chocaron en multitud de ocasiones, sus cuerpos se enroscaron el uno contra el otro en una disputa de caricias y se calmaron como si llevaran tiempo buscándose.

Justin la tomó por la nuca mientras la besaba y se dejó caer de espaldas invitándola a ponerse encima.

—Hazme tuyo.

Él sabía provocar hasta un punto peligroso. Hábilmente, la abrazó yendo en busca de la cremallera que dejaba salir el vestido. El sonido fue casi el de un ronroneo cuando la prenda cayó al suelo.

Alicia estaba a su merced. Allí, de pie, bajo su atenta mirada.

—¿Te pones siempre así de provocativa? —preguntó mordiéndose los labios disfrutando del espectáculo.

Ella llevaba un sexy conjunto de ropa interior negro. La copa llevaba un dibujo con transparencias que tapaba el pezón y dejaba el resto en semilibertad para la imaginación. El tanga, en cambio, no dejaba nada para la mente, era un hilo que cortar para llegar hasta el deseado premio.

—Quería estar segura de que, si llegaba el momento, no me diría que no.

Justin fingió desmayarse con la imagen de una sexy mujer ante él.

Alicia se quitó los zapatos, no eran de tacón, solo tenían una pequeña plataforma para no parecer tan bajita como era.

Él tomó la iniciativa después. No la dejó respirar, la besó de forma violenta, entrando y saliendo de su boca como si le estuviera haciendo el amor allí mismo sin contemplaciones. Estaba convencida de que no iba a tenerlas pasara lo que pasara entre ellos.

Cuando dejó de torturar la boca tomó la barbilla, después dibujó un reguero de besos por el cuello hasta culminar en el centro de sus pechos. Empujó su rostro entre ellos como si quisiera colarse.

Sus manos subieron hasta allí y colmaron sus senos. Con la lengua dibujó el centro, como si quisiera trazar un canalillo. De pronto, sin aviso, logró desabrochar el sujetador y dejar sus pechos libres.

Alicia lanzó la prenda lo más lejos posible, no quería que nada molestara entre ellos dos.

Fue tan provocativo sentir su lengua en el canalillo que echó la cabeza hacia atrás produciendo una especie de gemido lobuno. Después, bajó la mirada para contemplar lo que él le tenía preparado.

Tomó uno de sus pezones en la boca, llenándola por completo, y el otro entre sus dedos. Un ápice de dolor atravesó su cuerpo, pero pronto cambió a puro placer. Él jugó con ellos de formas distintas, pero igual de placenteras.

Cuando los soltó estaban tan enrojecidos, inflamados y sensibles que temió tocarlos de nuevo.

Justin siguió su descenso con la lengua, había dejado de besar para saborear cada pulgada de su piel expuesta.

Llegó al pequeño hilo que quería ser tanga, usó sus manos para hacerlo descender por sus piernas hasta liberarse de él por completo. Al no conseguirlo, lo rasgó hasta romperlo.

Alicia esperó a que su mano tocara su sexo, no obstante, no lo hizo. Entró directamente con la boca tomando su clítoris. Fue duro y seco, succionándolo entre la lengua y el paladar tratando de volverla loca.

Perdió el equilibrio a causa del placer, aunque, por suerte, él sostuvo sus rodillas con las manos cayendo su sexo sobre su boca.

Dejó de torturarla lo justo para aclarar la voz y decir.

—Mírame.

Alicia obedeció con la boca abierta tratando de tomar aire y no desmayarse.

Sorprendentemente hizo lo que le pidió y no le costó. Él tenía algo que le hacía ser como un imán, era tórrido y caliente. Los ojos no podían mirar a otro lado que no fueran los de Justin y su boca enterrada en su intimidad.

Gimió, notando sus dedos comenzar a acariciar la ingle en busca de algo más. No solo la estaba follando con la boca, lo intercaló con los dedos tomándola por completo hasta lo más profundo.

Alicia lo miró absorta en él y su propio placer. Con cada gemido él parecía sonreír satisfecho de su faena. Y su mirada era lo peor, no dejaba de mirarla casi sin pestañear como si quisiera contemplar cada reacción.

El dedo en su interior subió el ritmo, lo que hizo que perdiera el control.

—Jus...tin...

El orgasmo estaba próximo y, al saberlo, aumentó el ritmo de tal forma que explotó violentamente contra su boca. Los gritos se entremezclaron con los gemidos convirtiéndose en una melodía placentera.

Al final, jadeó aturdida por las sensaciones que se agolpaban en su mente.

Justin no terminó, con la boca y sus hábiles dedos aún dentro, usó la otra mano para tomarla del trasero y ayudarla a descender hacia la alfombra del suelo. Alicia hizo caso sin preguntar, acabando tumbada con él entre sus piernas.

Se separó de ella un poco, lo justo para observarla al completo y sonreír glorioso.

—Eres increíble. Me arrepiento de no haberte follado antes.

Alicia también lo pensaba, habían gastado un tiempo valioso entre ambos.

Entonces reparó en que él seguía completamente vestido. Quiso incorporarse para librarle de toda la ropa, pero fue incapaz. Su mano en el centro del pecho la inmovilizó con gentileza.

—Tu ropa me molesta —susurró.

Justin asintió haciendo caso omiso a su petición.

Tomó su pierna derecha y la alzó apoyándola sobre su hombro izquierdo. Sus manos la acariciaron desde la rodilla hasta la ingle.

—Tu... camiseta... Ahhh...

Gimió presa del placer.

Dos dedos entraron en su interior sin aviso, mientras la boca de Justin mordía en el pliegue de la rodilla. Parecía ser un sitio sin importancia, pero resultó que era un punto erógeno importante.

Tomando sus gemidos como aliciente él aumentó el ritmo mientras lamía su piel con hambre. Esa vez fue rápido, el orgasmo llegó casi sin aviso atravesándola como una flecha haciéndola gritar.

Él la miró como se mira una gran obra de arte y eso la hizo sentir la mujer

más especial del universo.

—Quítate la maldita ropa, ya, Justin —advirtió.

Sacó los dedos de su interior totalmente mojados por la excitación, los subió por su cuerpo, escalando hasta llegar a su boca. Alicia abrió de forma instintiva y los lamió con pasión.

—¿Notas el sabor de tu coño? —preguntó mejilla con mejilla mientras ella lo lamía como si se tratase de una parte de su anatomía que se moría por probar.

—Eres un maldito postre que pienso saborear a conciencia —acabó diciéndole retirando los dedos para besarla y tomarle la boca con fuertes embestidas.

Al final, Alicia se apartó dejándolo mirando impresionado y frunciendo el ceño.

Se incorporó y buscó la base de su camiseta para hacerla salir. Justin rio cuando la lanzó lo más lejos posible como si no quisiera volver a verla jamás.

Era atractivo, eso ya lo sabía, pero sin camiseta era mejor que un pecado. No se contuvo y lamió sus pectorales para saber si sabían igual que su boca. El olor a tormenta y placer se mezcló en su boca.

Justin se llevó las manos a su pantalón, el cual desapareció por arte de magia más lejos que la camiseta. Hacía rato que los zapatos se habían marchado y solo quedaba un maldito bóxer que lo separaba de su premio.

Poniendo las manos contra su pecho, lo tumbó en la alfombra sin que este dijera nada al respecto. Después, no quiso esperar. Sacó su ropa interior descubriendo una gran polla dura y preparada para ella.

—¿Vas a follarme?

Ante su pregunta, Alicia no pudo más que sonreír.

La tomó entre sus manos, estaba tan caliente que casi podía ser una bengala de pescador a punto de explotar.

Se llenó la boca con ella sedienta de su sabor. Él gritó, con fuerza, al mismo tiempo que sus manos se agarraban a la alfombra tan fuerte que sus dedos se tornaban blancos.

Usó la lengua para proporcionarle placer. Desde la base hasta la punta la lamió como si tuviera un caramelo entre sus manos. Uno que sabía mucho

mejor que otros. Se entretuvo en la punta dibujando círculos sobre ella haciendo que Justin comenzara a gemir con los ojos cerrados.

Al final, y sin que la viera venir, se introdujo todo su miembro en la boca hasta la base. Él la tomó de la cabeza y la acompañó provocando que toda ella entrara hasta la garganta.

Al sacarla, él casi se desmayó, pero no la soltó. Acunó su rostro con ambas manos y la incitó a seguir chupando. Marcó el ritmo, primero lento, para después subir la velocidad mientras le hacía la mejor felación de su vida.

—Joder, qué bien chupas...

Y eso hizo, lo lamió a conciencia y lo introdujo en su boca hasta la garganta un par de veces antes de querer pasar a otro tipo de juego.

Justin corrió a por condones y regresó con uno puesto y un par más de repuesto. Alicia rio señalándolos y él enarcó una ceja.

—Pienso gastarlos contigo los días que hagan falta.

Esa promesa hizo que toda ella se humedeciera. Él lo vio, se lamió el dedo índice y tomó justo el placer que deseaba. Entró sin contemplaciones arrancándole un gemido desde lo más profundo de su garganta.

—Tienes el coño tan húmedo que vas a poder montarme sin problemas.

Alicia lo tomó de la barbilla y lo besó. Tampoco fue gentil, fue dura y provocativa, tomando su boca mientras masajeaba su polla entre sus manos. Al final, se separó de él caminando en círculos.

Usando su propio dedo índice lo instó a callar cuando abrió la boca. Tocaba observar.

Caminó hasta el sofá y allí se colocó a cuatro patas apoyando sus brazos contra el respaldo.

Sus piernas dejaron ver el premio que se moría por tener, no obstante, no le dejó. Quiso ir un poco más allá antes de que todo siguiera adelante. Se lamió el dedo mirándolo fijamente, él se sujetó la polla y comenzó a masajearse mientras disfrutaba del espectáculo.

Casi perdió el conocimiento cuando ella misma se penetró, bombeó fuerte, mucho más de lo que esperaba y alcanzó su propia satisfacción sexual dejándolo sin habla.

Fue en ese momento, en el que usó ese mismo dedo húmedo para indicarle

que viniera.

—Eres una chica muy mala —le susurró al oído.

La tomó de la muñeca y se metió el dedo en la boca entre gemidos de placer.

—Me encanta como sabes —admitió.

Justin agarró sus caderas con fuerza y dejó que su miembro entrara en ella. Ambos gimieron, cada uno preso de su propio placer. Solo cuando entró hasta la base, Alicia se sintió completamente llena.

Estuvieron quietos unos pocos segundos antes de bombear cada uno en una dirección. Fue como una coreografía, acoplándose al ritmo del otro para sentir más placer.

Gimieron con fuerza rozando los gritos.

Justin la tomó del cuello y la levantó hasta que su espalda chocó contra el pecho de él. Allí, ella giró el rostro para besarse.

—¿Te gusta mi coño?

Él aumentó el ritmo producto del placer y sus palabras provocativas.

—Todo tuyo, para que te lo folles a conciencia.

Justin asintió aumentando el ritmo, habían llegado a un límite de placer que solo podía gemir y gruñir.

—Me encanta tu polla dentro de mí.

Antes de que pudiera culminar nuevamente, él se retiró. La abrazó con sumo cariño y volvió a besarla, esta vez con calma, como si no quisiera que acabase nunca aquel instante.

Su tumbaron uno sobre el otro y volvió a meterse dentro de ella. Embistió fuertemente haciéndola gemir, sacó su polla y repitió la operación un par de veces más mientras contemplaba su placer.

—Sigue... —suplicó.

Obedeció, contento con la petición, y aumentó el ritmo, ya no salió de ella. La tomó sin contemplaciones en un baile, ansioso por culminar.

Y, entonces, la miró a los ojos con cariño y Alicia sintió que moría en sus brazos. Aquel hombre podía ser dulce y provocativo a la vez. Ella sabía que acababa de sucumbir en sus manos para siempre.

Al final, cuando notó que estaba a punto de llegar, Alicia lo besó dejando que el gemido se ahogara en su garganta mientras el calor llenaba su intimidad. Fue tan fuerte que casi se desplomó sobre su pecho cuando el placer lo golpeó.

Y quedaron allí, exhaustos como si acabaran de tener la peor de las batallas. Jadeando en busca de un aire que había abandonado sus pulmones.

Justin estaba sobre ella escuchando los latidos de su corazón. Estaban tan agitados como los suyos propios, lo que lo colmó de felicidad. Era una sensación agradable tenerla ahí, desnuda y en su casa.

—Vas a tener que seguir teniendo citas desastrosas para que podamos celebrarlo así a la vuelta.

Alicia le dio una palmadita en el hombro con fuerza y ambos rieron.

Se incorporó saliendo de encima suyo por miedo a no dejarla respirar. Ella sonreía tan satisfecha que no pudo reprimir las ganas de besarla.

Lo hizo y la abrazó sosteniéndola entre sus brazos con fuerza. Ambos se levantaron sin saber muy bien qué hacer.

De pronto, aquella situación se tornó incómoda. No habían reparado en lo que ocurriría después cuando el placer se desvaneciera.

Justin no quiso seguir pensando. La tomó entre sus brazos y la condujo hasta su habitación. Al llegar la depositó en su cama para tumbarse a su lado. No valía la pena pensar, solo acabar de disfrutar de su compañía.

Alicia se apoyó sobre su pecho y él aspiró su dulce aroma prometiendo recordarlo siempre.

—Tú no vas a ser una cita desastrosa más, ¿verdad? —preguntó inocentemente.

Justin casi sintió el impulso de tomarle el pelo, pero decidió ser benevolente.

—Yo no, nunca.

Esa era una promesa solemne.

CAPÍTULO 33



Alicia presentó su propuesta ante la junta directiva formada, entre otros, por Maddox y Sarah. El plan consistía en un par de anuncios televisivos, otros destinados a las redes sociales y un programa en directo haciendo una demostración en el aire.

—¿Crees que esto puede atraer la atención? —preguntó su jefa.

Ella asintió.

—Pondríamos a una presentadora y a otra persona con el sacerdote, los casaría de mentira y enseñaríamos todo lo que tiene que ofrecer al cliente. Después, podemos colgar ese video en cientos de redes sociales buscando hacerlo viral.

Maddox pareció encantado con la idea, cosa que agradeció. Aquella vez la campaña se le había atravesado un poco más, pero, con el trabajo duro, el resultado parecía mucho más que aceptable.

—Quiero que seas la presentadora y grabaremos el sábado que viene —sentenció su jefa sin darle tiempo a reaccionar.

Quiso negarse puesto que era un plazo muy difícil de conseguir. Debían informar a la prensa y buscar algún canal televisivo que estuviera dispuesto a emitir el reportaje. Eran muchas llamadas que requerían tiempo.

—Eso es un plan suicida. Hay que darle más tiempo —replicó Maddox.

Sarah no pensaba lo mismo, discutió abiertamente con su hermano dispuesta a conseguir lo que deseaba hasta que lo consiguió. Él acabó cediendo a cambio de que, ella, les diera un par de teléfonos de gente influyente que conocía.

—No la cagues, Alicia. El premio lo tienes al alcance de la mano —la alentó su jefa antes de dejarla ponerse a trabajar.

Solo cuando todos, excepto Maddox, se hubieron marchado pudo respirar tranquila. Los nervios habían provocado que temblase como una hoja, además, tartamudeó un par de veces. Algo que esperaba que no tomaran demasiado en cuenta. Era una profesional y pensaba demostrarlo.

—¿Crees que lo conseguirás?

La pregunta de Maddox transportaba una preocupación que agradeció.

—Sí. Tengo que hacerlo. Tu hermana me hará fija después.

Él asintió. Sabía lo que significaba para ella ese puesto, lo conocía desde el primer instante en que la conoció. Deseaba quedarse en aquella ciudad todo lo posible y vivir allí el resto de sus días.

—Yo te ayudaré en todo lo posible para que lo consigas.

—Gracias, eres muy amable.

Recogió los informes que había dejado sobre la mesa y desconectó el USB con el que había expuesto su proyecto. Ahí había mucha información que no podía perder, estaba todo estructurado para seguir su plan a rajatabla.

—¿Cuándo recogerás a tu amiga?

Su salto a la vida personal la sorprendió.

—Mañana —contestó siguiendo con todos los preparativos.

Estaba emocionada con la idea de reencontrarse con Cristina. La necesitaba para explicarle todo lo que había pasado entre Justin y ella.

—Puedes traer algún amigo más, tengo entradas de sobra. Nos las da un cliente.

Pensó en Justin y sonrió.

—Si no es mucho abusar, me gustaría llevar a una persona más.

Maddox asintió sin preguntar. Al parecer, su jefe necesitaba compañía más de lo que esperaba. Casi le dio lástima ver lo solo que estaba y lo mucho que dependía de la gente de aquella oficina.

No quiso hacerle daño preguntando y lo dejó estar. Ese sábado irían a ver un partido de béisbol en uno de los mejores estadios y no podía estar más emocionada.

—Voy a hacer las llamadas. Me dices cualquier cosa que necesites —le explicó Maddox antes de irse.

Alicia se quedó a solas y no pudo evitar pensar en Justin. Todo giraba a su alrededor, necesitaba contarle que había conseguido que aprobaran su proyecto y que su sueño estaba más cerca que nunca.

«El sábado tengo la presentación de las bodas en globo. Lo he conseguido».

«Me alegro mucho por ti. Eres una campeona ».

«¡Ah! Mi jefe nos invita a ti, Cristina y a mí al partido de béisbol del viernes. Así nos conocemos todos. ¿Te apetece?».

«¿No es un poco raro?».

Rio ante sus palabras.

«Al parecer, pasa tanto tiempo aquí que no tiene amigos. Va, por fi, hazlo por mí...».

«Soy un blando. Vale, pero querré palomitas».

Era un trato justo.

«De acuerdo».

—Si sigues sonriendo tanto te vas a dar la vuelta —dijo Rash.

No le importó, siguió canturreando feliz mientras arreglaba una de las motos que le acababan de dejar.

—De verdad, cuéntame ya lo que ha pasado o vas a matarme de un ataque al corazón. Yo no bromearía con estas cosas.

Su amigo era tan dramático como su madre, por ese motivo se llevaban tan bien.

Suspiró tratando de aliviar su carácter. No deseaba explicar todo lo que había pasado ese fin de semana.

—Esto es por Alicia —sentenció su amigo.

Eso llamó su atención. Al parecer, Rash estaba casi seguro de lo que había pasado y el motivo de su alegría.

—¿Cómo lo sabes?

—Llevas detrás de ella, como un perrito, desde que apareció en tu vida.

Puede que fuera verdad, pero, por suerte, el sentimiento había sido mutuo. Entre ellos se había forjado una conexión casi instantánea que había derivado en una tensión sexual ya resuelta.

Tras la noche del sábado, intentar sobrevivir al domingo fue difícil. Despertar a su lado fue extraño, no obstante, lo dejaron pasar cuando decidieron dedicarse el día el uno al otro y al placer mutuo.

Casi parecían dos desesperados que no sabían parar.

—Entonces, tienes novia —comentó su amigo.

Reflexionó sobre el tema, él quería eso y, después del fin de semana, se podía considerar que lo eran. ¿O no? Debía hablar de ello con Alicia y aclararlo todo antes de que su cabeza explotara.

—Yo creo que sí.

El tema se cortó en seco cuando Rash miró tras él y puso una cara que conocía bien: Sarah Reed estaba ahí.

Giró sobre sus talones y la encaró con una agradable sonrisa para que no sintiera que no era bien recibida.

—¿Qué te trae por aquí, Sarah? Tu coche ya pasó la revisión pertinente.

Rash desapareció con alguna excusa que nadie creyó. No le gustaba aquella mujer y se lo haría saber, como siempre, en cuanto se marchase.

—Vengo a invitarte a salir y no aceptaré un «no» por respuesta.

Aquel tema ya cansaba. La había rechazado tantas veces que no lograba comprender por qué seguía intentándolo incansablemente. Parecía obsesionada con estar con él y nada le quitaba las ganas.

—Sarah, yo

Lo cortó al momento.

—Esta vez no vas a poder rechazarme.

Cuánto lo dudaba, siempre podía negarse a ir con ella. No tenía autoridad o potestad para mandar sobre sí mismo. Y tampoco le gustaban esos aires de superioridad que desprendía aquel día.

—A ver, ilumíname si estás tan segura de que no me negaré —pidió

cansado de seguir hablando.

Sarah sonrió.

—El viernes que viene vas a venir a cenar conmigo, te pondrás guapo y me llevarás a algún restaurante que pagaremos a medias. Una buena conversación, un polvete agradable y lo verás todo de otro color.

Justin rio.

—No sé qué tipo de mechas te han puesto en la peluquería, pero que cambien de tinte porque agarra muy bien.

El semblante de Sarah se transformó, no le había gustado ese comentario y no se molestó en ocultarlo.

—Vas a venir conmigo.

No era una petición, daba por hecho que ocurriría.

—¿Cómo puedes estar tan segura si te estoy diciendo que no?

Necesitaba saber los motivos para parecer tan segura de sí misma sin flaquear. Otras veces había encajado el golpe y se había marchado dispuesta a regresar con un nuevo plan. Esta vez, no tenía intención de retroceder ni un ápice.

—Porque tengo un pequeñito as en la manga —canturreó.

Justin enarcó una ceja.

—Pues muestra tus cartas, que veamos de una vez de lo que hablas.

Sarah se tomó su tiempo, recreándose en el momento como si quisiera imponerse todavía más. Solo cuando logró ver algo de desesperación en su rostro buscó una foto en su móvil y se la mostró.

Justin frunció el ceño cuando reconoció a Alicia en medio de lo que parecía una sala. Estaba exponiendo algo que, según las fotos, pudo deducir que era la campaña de los globos de la que no dejaba de hablar.

—Esta pequeña muchacha de aquí trabaja para mí desde hace unos meses. Y ese proyecto es el más importante de su carrera. Si no me complace lo suficiente no conseguirá la residencia y rescindiré su contrato laboral.

Todo empezó a cambiar de color para tornarse oscuro. Aquella mujer era mucho peor de lo que esperaba.

—¿Qué tiene que ver Alicia en todo esto?

Sarah rio.

—La contraté por ti, porque sabía tu interés en ella y me imaginé que sería útil algún día. Además, es muy buena en su trabajo.

Rash apareció tras ella con una llave inglesa en la mano, la levantó como si fuera a golpearla, pero Justin negó con la cabeza. No necesitaban ese tipo de problema.

—¿Y qué crees que haré? —preguntó Justin.

Sarah acarició su mejilla con un dedo mientras él luchaba para mantenerse impasible.

—Vas a venir a la cita y voy a tener lo que me merezco desde hace meses.

Justin no parpadeó, escuchó cada una de sus palabras y la miró como si estuviera ante una persona despreciable.

—¿Y si no lo hago? —preguntó para saber todas las opciones que tenía sobre la mesa.

Mucho se temía que iban a ser pocas.

—Llamaré a inmigración y la expulsarán del país como a una inmigrante ilegal sin posibilidad de retorno sin un contrato laboral. Y a alguien con ese tipo de antecedentes le cuesta encontrar trabajo.

Sarah era una persona despreciable y sin escrúpulos. Sorprendentemente, había tejido una tela de araña en la que ambos habían quedado atrapados sin vérselo venir. Nunca imaginó que pudiera ser de esa forma.

—¿Qué harás? ¿Tenemos trato?

Necesitaba negociar unas condiciones.

—Si voy quiero su contrato firmado por tu parte, en mis manos, en cuanto llegue. Quiero que se quede.

Sarah aceptó de buen grado.

—Para ella es tan importante cumplir su sueño y quedarse aquí... En la oficina se lo ha contado a todos, sin excepción.

Tenía que aceptar o el sueño de Alicia se haría añicos. No solo eso, tendría problemas legales y la expulsarían del país un largo tiempo. Las políticas de inmigración se habían endurecido los últimos años y no deseaba que se viera envuelta en eso. No se lo merecía.

—Bien pues, el viernes a las ocho. Te pasaré mi dirección por mensaje.

Ponte guapo.

Y, acto seguido, se marchó de allí caminando como si el mundo le perteneciese. Miró a Rash por encima del hombro y sonrió como si acabara de ganar una de sus mejores batallas.

—¡Deberías haberme dejado matarla! —exclamó Rash con rabia.

No necesitaban ese problema sobre los hombros, pero se hubiera quitado un peso de encima con ello.

Aquella mujer era el mismísimo diablo personificado. Era tan retorcida que podía rivalizar con el peor de los asesinos en serie. Un plan bien elaborado que culminaba teniendo al hombre que deseaba desde hacía años.

Con rabia, Justin golpeó con sus puños la mesa más cercana. Después tiró todo lo que había encima gritando, en un intento de calmar sus nervios y reprimir las ganas de salir en busca de Sarah para matarla.

—Algo se podrá hacer, eso que ha hecho es chantaje.

No quería escuchar a Rash en esos momentos, no quería más compañía que la suya propia y la de sus pensamientos. De lo contrario, se encendería hasta tal punto que cometería una locura.

No podía explicarle eso a ella o sufriría. Tenía que cumplir con el trato para que, su Alicia, pudiera quedarse en Manhattan.

CAPÍTULO 34



Justin llevaba días muy extraño. Apenas hablaban y lo poco que lo hacían, eran cuatro frases inconexas que dejaban silencios incómodos. Al parecer, no había sido buena idea tener sexo con él.

Seguramente ya se había arrepentido de ese momento de pasión e iba a pasar aquello a lo que más miedo le había tenido: iba a perderlo.

«¡Eres una estúpida! Si ya lo dice el refranero español: donde tengas la olla no metas la polla», se regañó a sí misma cientos de veces.

Era buena fustigándose de esa forma y le salía de maravilla ver, analizar y puntualizar cada error que había cometido en el camino. Fue tan decepcionante que lloró durante largas horas después del trabajo.

Tampoco había cafés. Según Justin, aquella semana estaba teniendo mucho trabajo y no tenía posibilidad de coincidir, pero sabía que estaba en casa cuando ella se marchaba a trabajar.

En conclusión: había roto una amistad por unos polvos que pasarían a la historia.

Estaba en el aeropuerto recogiendo a Cristina y no se percató de que ella estaba a su espalda. La quiso asustar, sin éxito, porque estaba tan inmersa en sus propios pensamientos que no hizo el más mínimo movimiento.

Tras unos segundos, giró sobre los talones y la abrazó echándose a llorar.

—No esperaba un recibimiento tan sentimental. Sí que me has echado de menos, amiga.

Pero cuando la cosa no mejoró, Cristina se preocupó de verdad.

—¿Qué ocurre? ¿A quién tengo que matar? —preguntó presa de la ira.

Nadie tenía derecho a dañar a su amiga de esa forma sin lamentarlo el resto de sus días. Habían jodido a la chica equivocada y, ahora, estaba en Manhattan para ajustar las cuentas que hicieran falta.

—¿Te acuerdas que te dije que no tendría sexo con Justin para no perder la amistad?

La vio venir antes de que tuviera ocasión de explicarse.

—Caíste de cuatro patas y ahora pasa de ti —añadió provocando que asintiera y volviera a la carga con las lágrimas.

Todos los hombres eran iguales, no se salvaba ni uno. Por eso ella los usaba como los clínex, de usar y tirar. Si se repetía podías caer en la tentación de querer más y acabar con el corazón roto.

Tal y cómo había acabado el de Alicia.

—Pienso matarlo con mis propias manos —amenazó fuera de sí.

No estaba en Manhattan para ver sufrir a su amiga y si eso significaba tener que hablar con ese hombre, lo haría encantada.

—Por favor, no te metas. Déjalo, fue culpa mía por caer.

Ese pensamiento no era el correcto. Él era el gusano traidor que la había dejado tirada después de pegarle cuatro polvos. Si de ella dependiera, le estaría dando descargas eléctricas en las pelotas hasta que se arrepintiera de verdad.

—Lo haré porque me lo pides, pero si dice algo inapropiado me lo cargo sin esperar a que me pares.

Alicia asintió, era un trato justo y el único que su amiga pensaba aceptar en aquellos momentos.

Su llegada a la ciudad no había sido como esperaba, lo que le molestaba seriamente. Ella deseaba hacer turismo y divertirse, a poder ser las dos cosas a la vez, para disfrutar de sus dos semanas de estancia.

Ahora tenía que lidiar con un corazón roto y un casero sin escrúpulos.

—Menos mal que estoy aquí para cuidar de ti.

—No necesito que nadie me cuide. Solo que me digas métodos de tortura o ideas para ocultar un cuerpo.

Eso sonó interesante, pero supo que no podía alentarla y empujarla hacia la

delincuencia. Necesitaba mantenerla tranquila, superar aquel bache y verla feliz y contenta cuando se marchara de regreso a casa.

—Pedorra, métete en la ducha ya, que tu jefe nos está esperando. Según el *WhatsApp* estará aquí en media hora —dijo Cristina.

Pero Alicia no quiso mover un dedo del ordenador. Seguía inmersa en la presentación que tenía al día siguiente de bodas en globo aerostático y no había otro tema de conversación.

—Ve tú y dile que me he muerto.

Vale, su amiga no era el alma de la fiesta, no obstante, pensaba llevarla a rastras si hacía falta.

Se acercó a ella y la tomó de la muñeca.

—Apaga el ordenador o lo apago yo.

Alicia respondió parpadeando e ignorándola.

—A mí pulsitos no, ¿eh?, que no me tiembla el pulso —dijo con el dedo sobre el botón de apagado.

Alicia pareció reaccionar guardándolo todo apresuradamente antes de que desapareciera. Cristina jamás confesaría que no hubiera sido capaz de hacerlo, iba a ser un secreto que se llevaría a la tumba.

—Venga, ahora a la ducha —le dijo cuando la pantalla se fundió en negro.

Al final, logró lo que quería y Alicia se movió tal y como le había ordenado. Si tenía que ser teniente esas dos semanas pensaba serlo costase lo que costase.

El timbre sonó.

—Alicia, tu jefe.

Pero su amiga no oía nada porque tenía el secador al máximo mientras acababa de arreglarse. Así pues, se dirigió a la puerta y abrió ella misma con

la sorpresa de que, el hombre que había tras ella era mucho mejor de lo que esperaba. Era un dios en la tierra hecho para el pecado.

Sonrió seductoramente y se apoyó en el marco.

—Hola, debes ser Maddox.

Él enarcó una ceja antes de entrar en su juego mirándola pícaramente y asentir.

—Y tú debes ser la amiga de Alicia.

Asintió.

—Así es, soy Cristina. Pasa, el despojo de mi amiga pronto saldrá de la ducha.

Aquel hombre frunció el ceño sin comprender sus palabras a lo que, Cristina, contestó agitando las manos restándole importancia.

—Tranquilo, no es grave. Se encaprichó de un idiota que pasa de ella, pero con un par de polvos se le pasa. Yo me encargo de ello.

Maddox rio con su carácter y su energía, eso les hizo concluir que iban a pasarlo bien. Algo rápido y placentero para no verse jamás.

—Toma asiento.

Eso hizo, se sentó en el sofá a esperar.

—Tiene un apartamento muy bonito.

Cristina sonrió.

—Sí, es que mi amiga siempre ha tenido muy buen gusto para la decoración. ¿Me disculpas un segundo? No tardo.

Él asintió, lo que ella tomó como el pistoletazo de salida hacia el baño. Allí abrazó a Alicia dando saltos de alegría que no comprendió, no obstante, y por mera amistad, saltó con ella celebrando algo que no sabía.

—¿Qué pasa?

—No me habías dicho que tu jefe estaba tan bueno. Creo que le gusto y si no pienso trabajármelo para hacerlo. Antes de irme prueba carne española.

Alicia sonrió y arrancó a reír.

—Sí, hija mía, tú no pierdas el tiempo. Propongo algo, te vas con él al partido y así tenéis la intimidad suficiente como para fornicar como conejos.

Cristina chasqueó los dedos antes de señalarla.

—Buen intento, casi caigo, pero tú vienes con nosotros.

Alicia la fulminó con la mirada. No tenía otra opción y no pensaba encerrarse en una cueva el resto de su vida. Salir era bueno, sería un poco de diversión para distraerse de su monótona vida laboral.

—Pero volvemos pronto que mañana tienes trabajo —puntualizó Cristina.

—Sí, mami.

CAPÍTULO 35



Había acudido a la cita sintiéndose el peor hombre de la tierra. Llevaba ignorando a Alicia toda la semana y, por suerte, eso había sido más fácil con la presencia de Cristina allí. Así no estaba tan sola y él podía pensar en lo que tenía que hacer.

Rash propuso mil formas de matar a Sarah antes de que apagara el teléfono para no tentar a la suerte. Si le seguían calentando acabaría cayendo en homicidio en primer grado.

Al final, Sarah había elegido el destino de la cita.

Cuando llegó al restaurante vio que estaban demasiado cerca del estadio de béisbol donde iba a estar Alicia. Eso demostró la clase de persona que era, con aquel gesto le recordaba, incansablemente, que debía cumplir o ella acabaría de regreso a España como una criminal.

—¿Te gusta? A mi hermano y a mí nos gusta mucho este lugar. Solemos venir siempre que podemos.

No quería charlar, sin embargo, no le quedaba más remedio. Al no lograr que las palabras alcanzaran su boca decidió que lo mejor era sonreír.

—Vamos, no te lo tomes así. Estoy segura de que has tenido situaciones peores.

—Sí, porque una cita por chantaje y el sexo sin querer son delitos que se cometen cada día a modo de diversión —contestó él con el tono elevado.

Sarah hizo caso omiso a sus palabras, ella iba a disfrutar de su cita soñada por mucho que su acompañante no quisiera tenerla. Así pues, iba a lograr de él lo que quería para quedar satisfecha.

—¿Qué deseas comer? ¿Pedimos algo para compartir?

Decir que se le había cerrado el estómago era quedarse corto. Los últimos días de su vida apenas había comido o dormido por culpa de esa mujer.

—Elige tú —dijo intentando ser amable para hacer bien lo que tenía que hacer.

Ella sonrió pletórica.

Ir al estadio fue mucho mejor de lo que había esperado. Alicia había gritado como una loca animando al equipo que fuera y se había desahogado quemando adrenalina.

Aquel lugar era tan grande que imponía. Se sintió una hormiga en un mundo gigante y, visto así, sus problemas no eran tan grandes. Tal vez había sido necesaria la entrada en su vida de Justin para ser mejor persona y aprender una valiosa lección.

O, quizás, era una idiota con el corazón roto.

Miró a la derecha y negó con la cabeza.

Cristina y Maddox llevaban besándose cerca de media hora. ¿Y ella? Aguantando la vela de una forma patética.

Puede que se hubieran gustado desde el primer vistazo, pero esperaba que tuvieran la cortesía de tener algo sin estar ella presente. Y no, no lo habían hecho, lo cual hacía que su noche fuera más interesante.

—Voy a por un perrito caliente, ¿queréis algo? —preguntó.

Ellos siguieron besándose como si no lo hubieran hecho en años, lo que hizo que pusiera los ojos en blanco y comenzara a sortearlos para pasar.

—Si ya vais calientes como perros, como para querer algo.

El plan inicial fue ir a comprar comida, pero se perdió entre aquellos pasillos interminables y, cuando trató de regresar, fue incapaz de hacerlo. ¿Cómo podía orientarse la gente de allí sin morir en el intento?

Pasillo a pasillo y palco a palco acabó llegando a la salida, cosa que se tomó como una señal divina de que debía huir y dejar a los tortolitos besándose hasta que se desgastaran como un helado.

El plan fracasó cuando trató de encontrar el coche, misión imposible entre tantos números y combinaciones. Además, el ticket se lo había quedado Cristina para evitar posibles huidas.

Chica lista, la conocía demasiado bien.

—¿Te has perdido, guapa?

Una voz masculina le hizo temer al hombre que se acercaba a ella con cierto aire desaliñado. Sonreía con malicia, haciendo que temiera lo peor y provocando que miles de cosas atravesaran su mente.

Alicia negó con la cabeza y sacó el móvil del bolso. El de seguridad y sus amigos no estaba cerca, pero él no lo sabía.

—Apártate, gusano o acabo escupiéndote tus huesos.

La voz de Cristina la sorprendió y alivió a partes iguales. Ella estaba a su espalda junto con su jefe, habían salido a buscarla. A Alicia no le importaron los motivos de su búsqueda, solo se alegraba de tenerlos allí.

El hombre se fue sin hacer el menor ruido, la presa ya no estaba sola y no tenía mucho que hacer.

—¿Y el perrito? —preguntó Cristina viendo sus manos vacías.

Alicia se encogió de hombros.

—No lo encontré. Me perdí, di vueltas y decidí huir con el coche. Después recordé que tienes el ticket para salir y os esperaba.

Su amiga la miró con pesar, era tan desastre que no le salía nada bien. No podía dejarla sola, aunque quisiera porque se perdía.

—Si seguís con hambre hay un restaurante por aquí cerca que me encanta —propuso Maddox.

Alicia negó con la cabeza.

—Id vosotros. Yo no sujeto más vela, me dejáis en mi apartamento y aprovecho para dormir. Tú no tienes toque de queda así que puedes regresar a casa cuando quieras.

Aunque sonó a un buen plan, ninguno de los dos aceptó. Cada uno a un lado de ella, la tomaron por los brazos y decidieron sacarla de allí para invitarla a cenar. La comida siempre alegraba.

—Vas a comer como una reina —canturrearon.

Alicia pidió a los cielos que se cansaran y la dejaran irse. ¿Qué pintaba allí

en medio?

Ignoraron su petición las mil veces siguientes que las repitió. No estaban dispuestos a dejarla marchar y eso fue lo más cruel que pudieron hacer. ¡Si ella era feliz en casa viendo una película! No necesitaba más que eso.

Maddox condujo hasta un lugar muy cercano. Al salir del partido antes del final encontraron aparcamiento mejor de lo esperado.

Era un restaurante pequeño que apenas ocupaba una esquina. La terraza estaba cruzando la calle, donde había unas pocas mesas vacías que esperaban llenar en cuanto el estadio se vaciara.

—Mejor cenamos dentro con el aire acondicionado, así estaremos más frescos —anunció Maddox.

—Sí, mejor. Así evitamos que Alicia coja las llaves del coche y nos deje tirados.

Su jefe fue el primero en entrar. Una camarera muy simpática corrió a atenderles con una sonrisa dibujada en los labios.

—Mesa para...

No llegó a acabar la frase. Se quedó en silencio con la pobre muchacha mirándolo como si no estuviera bien de la cabeza.

Pronto, Alicia descubrió los motivos por los que había enmudecido.

Su corazón se rompió en mil pedazos cuando pudo vislumbrar, al fondo del local, dos figuras conocidas. Ellos parecían compartir una conversación muy animada, además de la cena.

Lo sorprendente fue que los conocía a ambos.

Por un lado, estaba Justin y por el otro su jefa Sarah. Esta última, los miró y, tras fingir sorpresa, los saludó con la mano. Su «examigo» en cambio, pareció palidecer cuando los vio aparecer.

Maddox fue a toda prisa hacia ellos. Sabía lo mal que lo estaba pasando Alicia, lo que hizo que ella corriera tras él por miedo a que dijese algo. Cristina también los siguió haciendo aquello más peligroso.

Al parecer, aquella noche no iba a acabar bien.

—¿Qué hacéis aquí? —exigió saber Maddox.

Su hermana, sin miedo alguno a su tono severo, los miró de forma condescendiente antes de contestar.

—Aquí, pasando una velada con un buen amigo.

Esa expresión lo dijo todo.

Alicia no pudo seguir mirando, quiso ir a por un taburete de la barra para tirárselo a Justin a la cabeza, pero su amiga se lo impidió cogiéndola de la cintura. No era una buena idea hacer un escándalo público.

—No lo mates que no se lo merece. Por eso has pasado de ella, ¿eh? Para ir corriendo a tirarte a otra —le reprochó Cristina.

Justin tomó un par de respiraciones rápidas. Se levantó dispuesto a hablar con Alicia, pero Maddox lo detuvo poniendo una mano sobre su pecho.

—No creo que sea lo mejor —le dijo su jefe.

Pero no quiso escucharlo, trató de quitar la mano de él de encima suyo y solo provocó que lo agarrase del brazo con fuerza. Ambos se fulminaron con la mirada dispuestos a iniciar una pelea.

—Después de lo que has hecho no te mereces que te mire a la cara —explicó Maddox.

Finalmente, y sintiéndolo mucho, Justin decidió que valía más que Alicia supiera la verdad a que lo recordase como un sucio traidor.

—Díselo a tu hermana, me ha traído aquí amenazado con llamar a inmigración para que hagan regresar a Alicia a España.

Aquello cayó como un jarro de agua fría a todos los que estaban en la sala, incluso para todos los clientes que no los conocían de nada. El corazón de Alicia se detuvo en seco incapaz de comprender nada.

—¡Menuda sarta de mentiras! —exclamó Sarah tratando de defenderse.

Maddox miró a su hermana negando con la cabeza.

—No puedo creer que hayas hecho eso. ¿Por qué? ¿Cómo puedes ser tan retorcida?

Alicia tenía la cabeza a punto de explotar. En ella se amontonaban cientos de pensamientos que no tenían respuesta alguna. Después de escuchar algún cruce de acusaciones gritó para que todos permanecieran en silencio.

—¡Vas a explicarme esto ahora mismo o nadie podrá detenerme de nuevo con el taburete!

Justin quiso avanzar, pero Maddox le cortó el paso. Forcejearon un poco, pero tras un nuevo chillido por parte de ella, decidieron quedar como estaban.

—El día que te conocí iba a tener una cita con Sarah. No me interesaba, pero mi madre llevaba persiguiéndome meses y decidí aceptar para que se callase de una vez.

Eso era fácil de comprender. Se conocían desde hacía tiempo.

—Imagino que te contrató cuando repartí los currículums que te pedí. Vio que tenía alguna especie de interés en ti y te guardó como as en la manga. Hace unos días apareció en el taller para decirme que, o quedaba con ella o te despedía y llamaba a inmigración.

Aquello era lo más cruel que había sentido jamás.

—Sé lo que significa para ti quedarte en Manhattan así que, acepté para que fueras feliz. Lleva tu contrato fijo en el bolso listo para que lo firmes, ese fue el trato.

Alicia sintió que el mundo daba demasiadas vueltas como para no poner el freno de mano. Dejó que las palabras entraran en su mente y se comenzara a dibujar algo demasiado retorcido como para tener sentido.

Sarah sacó el contrato y lo rompió echando los pedazos sobre su plato. Ahí estaba su sueño, convertido en polvo. Su aventura en Manhattan acababa ahí ya que, sin eso, le expiraba el visado.

—Estás despedida.

—¿Cómo puedes ser tan retorcida y mala persona? ¿Por un polvo? No permitiré que la despidas solo porque quieras estar con Justin. Esto infringe muchas leyes, estás cometiendo un delito grave —bramó Maddox fuera de control.

Sarah no se inmutó.

—En lo que a la empresa se refiere, soy el socio mayoritario con un cuarenta y cinco por ciento de la empresa y tú un treinta y dos. Puedo mandar sobre ti y digo que está despedida. Buena chica, trabaja bien, pero si das una patada a una piedra aparecen cientos de ellas.

Alicia se adelantó dispuesta a encararla. Cogió la botella de vino que estaban compartiendo en la cita, le pegó un trago y, tras hacer una mueca, lo vació sobre Sarah.

—No me gusta el vino barato —dijo antes de irse.

Para ella todo eso estaba finalizado. No deseaba escuchar más. Suficiente tenía con saber que debía volver a casa de sus padres y empezar de cero.

Todos los esfuerzos puestos en aquella ciudad no habían servido de nada.

Sarah, Maddox y Cristina se quedaron dentro del local discutiendo. Su amiga empujó a su exjefa cuando esta había tratado de perseguirla para hacerle pagar el chapuzón con el vino.

Alicia, en cambio, salió del local perseguida por Justin. Él no dejaba de pronunciar su nombre intentando que se detuviera para poder conversar, no obstante, no estaba interesada en tener ninguna clase de conversación.

Solo deseaba regresar a su apartamento para empezar a preparar las maletas e irse de aquel país cuanto antes.

Justin la interceptó cogiéndola del brazo, la giró para que lo encarase y no pudo hacer nada para evitarlo.

—Deja que me explique —pidió él.

—No. Ya he escuchado suficiente.

Justin no estaba de acuerdo con sus palabras.

—No, comprende que lo he hecho por ti, porque quería que te quedaras conmigo.

Alicia rio de forma agónica.

—¿Después de tirarte a otra querías seguir conmigo? ¿Y qué harías? ¿Guardarte el secreto hasta la tumba?

El negó con la cabeza antes de mirar al suelo con vergüenza.

—Aunque hubieras estado con otro yo hubiera sido feliz sabiendo que vivirías tu sueño.

Eso fue muy bonito, pero carecía de importancia. Estaba tan enfadada que solo quería golpearlo hasta dejarlo sin conocimiento. Así podría huir y tener lista su maleta antes de que él pudiera regresar a su casa.

—Podrías haber ido a la policía o contarme a mí lo que estaba ocurriendo. Llevo toda la semana triste creyendo que todo se había estropeado por pasar una noche de pasión contigo. Y me has traicionado porque me prometiste que no serías jamás una de mis peores citas. Ahora solo quiero olvidar estos meses que he pasado en esta mierda de país. Todo ha sido golpe tras golpe, me volveré a España y se acabó. Jamás tuve que salir de mi hogar.

Justin, en un intento desesperado por calmarla, la tomó de los hombros provocando que Cristina gritase saliendo del local.

—¡Suéltala o vas a tener que recoger tus dientes del suelo!

Ninguno quería pelear y ese era el camino si seguían así. Al final, Justin se dio por vencido y la dejó marchar.

—Me gustaría hablar contigo antes de que te marchases.

—A mí no —sentenció.

Ella ya había dicho todo lo que tenía que decir y escuchado lo necesario como para llevarse una impresión de todo aquello.

CAPÍTULO 36



—Estás despedida —canturreó Cristina la mañana siguiente cuando la vio preparándose para el trabajo tan importante que tenía el sábado.

Alicia asintió.

—Lo sé, pero no voy a quedar mal con todos los que van a ir. Haré el reportaje y me iré —explicó para descontento de su amiga.

Cristina había estado recogiendo sus pedazos toda la noche. Después de llorar durante horas abrazada a ella se había quedado dormida en algún momento de la madrugada.

Había llegado a la conclusión de que Manhattan nunca la había querido y, por ese motivo, le había llenado de piedras todo el camino para que diera media vuelta.

—No te quiero en España —mintió Cristina.

La ignoró. No tenía muchas más opciones. El despido se efectuaría el lunes y Maddox ya había llamado disculpándose sabiendo que no podía hacer nada porque los números jugaban en su contra.

Su visado expiraría y pasaría a ser una inmigrante ilegal. Así pues, debía regresar a casa para iniciar una nueva vida. Una en la que no tuviera cabida hombres de ensueño, citas desastrosas y jefas retorcidas.

—Después de lo que te ha hecho esa petarda no sé cómo puedes ir a trabajar.

Sonrió.

—No es por ella sino por mí. He hecho todo esto en mi nombre y sería de

muy mala educación, y de ninguna profesionalidad dejar el proyecto a medias. El cliente ha pagado un servicio y ha confiado en mí.

Cristina se cruzó de brazos presa de la ira.

—Si es que de buena eres tonta, amiga. Pero te lo digo con todo el cariño del mundo.

Antes de que siguiera regañándola, le dio un beso en la mejilla y se marchó. Lo que menos necesitaba es que estuviera en su oreja discutiendo cada paso que diera aquel día.

Agradeció enormemente no cruzarse con Justin, no quería volverlo a ver jamás.

Subió al coche y se marchó. Tenía trabajo qué hacer.

Justin llamó al timbre de Alicia sabiendo bien que ella no se encontraba en el interior. Cuando Cristina abrió su rostro cambió mostrando ira. Aquella mujer tenía un genio peligroso, así pues, alzó las manos a modo de rendición.

—Lárgate de aquí o me hago un collar con tus dientes —amenazó.

La verdad era que quería a su amiga.

—Escúchame, hice todo eso porque aprecio a Alicia y no deseaba que le pasara nada malo. Sé que he metido la pata, pero pensé que era la única opción que tenía para que se quedara en Manhattan y pudiera cumplir su sueño.

Cristina entornó los ojos y se pellizcó el puente de la nariz tratando de calmar sus nervios.

—¿A mí para qué me cuentas todo esto?

—Escucha.

EPÍLOGO



Alicia subió al globo dispuesta a hacer su reportaje por mucho miedo a las alturas que tuviese. Además, con la suerte que había tenido esos últimos meses, estaba segura de que acabarían teniendo un pinchazo y muriendo de alguna forma estúpida.

Agradeció a Cristina su presencia. Ella había aparecido, para su sorpresa, animándola a hacer el mejor de los trabajos. Lo cual, viniendo de ella, era mucho y se lo agradecía enormemente.

Maddox también había aparecido para disculparse de los actos de su hermana. No tenía por qué hacerlo ya que no estaba al corriente de nada. Todo lo había orquestado Sarah para conseguir el favor de Justin.

Al parecer habían sido vecinos años antes y había demostrado interés por él desde su mayoría de edad.

Las obsesiones siempre eran malas.

Sarah había sido terriblemente cruel. No le había importado jugar con los sentimientos de las personas y la seguridad de otras. La hubiera lanzado contra la ley sin mirar atrás.

El técnico instaló cuatro cámaras que estarían emitiendo a tiempo real todo lo que ocurriera en el aire. Solo faltaba el sacerdote y el actor que haría de su marido. Tras un teatrillo bajarían y seguirían con sus vidas.

Cristina llamó su atención mientras todos tomaban sus puestos. Dijo algo por señas que no pudo comprender demasiado y, tras insistir mucho para que se lo repitiera, su amiga la dejó por imposible.

El globo empezó a subir a más velocidad y altura de la que había esperado.

Se agarró a una de las cuerdas sin olvidar que estaba emitiendo en directo para la televisión por cable y que, cientos de personas, la estarían viendo.

«Sé valiente», se animó a sí misma.

—Todo listo. Gracias por lo que estás a punto de hacer, otros no lo harían —agradeció Maddox a través del pinganillo que llevaba en la oreja por donde recibiría instrucciones.

Ahora ya no podía mirar atrás. Estaban a tanta altura que temió que su mala suerte hiciera acto de presencia. Quería bajar de allí sana, salva y de una pieza.

—Cámaras listas y acción —avisó Maddox.

Alicia comenzó a presentar la revolución de las bodas rápidas. Para quien estuviera cansado de ir a Las Vegas a que Elvis los casara, llegaba una nueva y novedosa versión: casarse en las alturas.

Todo consistía en un globo aerostático, cuatro cámaras que grababan el precioso momento en un vídeo que, por un módico precio, recogerían al irse y un cura titulado para hacer oficial la ceremonia.

A título informativo, los espectadores estaban a punto de ver una ceremonia en directo con ella y su ayudante. El oficiante haría la ceremonia tal y como se haría en las oficiales dejándolos felizmente casados. Después solo habría que firmar un certificado, a la salida, que ella jamás firmaría.

—Que empiece la ceremonia —ordenó Maddox.

Alicia se giró para presentar a su ayudante y se quedó paralizada cuando se topó de frente con Justin.

—¿Qué haces aquí? —preguntó enfadada.

Ya no le importaron las cámaras que estaban emitiendo a tiempo real, ni tampoco los cientos de personas que estaban sintonizando el canal.

Su primer impulso fue saltar y agarrarse a la cuerda que sujetaba el globo al suelo, pero fue tal la altura que, tras sacar medio torso de la cesta, volvió a meterse algo mareada.

—Tenemos que hablar —dijo Justin.

Alicia no pensaba igual. Ya conocía todos los hechos.

—Lo hice para que pudieras quedarte y ser feliz, aunque fuera con otro.

Aquel hombre no entendía que no deseaba saber nada de él. Por desgracia,

comprendió tarde qué hacía allí su amiga y porqué la había distraído mientras comenzaban a alzarse.

—Seguro que si te lo dices muchas veces te lo crees.

El cura quiso iniciar la ceremonia, pero Alicia lo detuvo tapándole la boca.

—No, padre. No pienso casarme con este hombre, aunque sea de mentira. Que los espectadores se hagan una idea de lo que sería la boda ideal.

Trató de huir, pero había tan pocos metros cuadrados que, con solo dar un par de pasos, ya lograba estar a su lado. Aquello era un callejón sin salida. Una trampa orquestada por Justin, Cristina y Maddox.

—¿Cómo les has convencido? —le reprochó con desdén.

Justin decidió ignorar sus quejas y decir lo que había ido a decir. Además, el tiempo en la tele era muy limitado y no les quedaba mucho, aunque esperaba que tuvieran un pico de audiencia gracias al espectáculo.

—Alicia Arias, te quiero.

Aquello la paralizó en seco. Lo miró con los ojos desorbitados y negó con la cabeza. Aquel hombre estaba loco y acababa de descubrirlo.

—Deja de decir tonterías.

Justin le cortó el paso y Alicia miró la caída, no era una escapatoria factible. Así pues, resopló.

—No son tonterías. Fui a esa cita dispuesto a hacer cualquier cosa por ti. Sabía lo importante que es para ti Manhattan y, después de tantos golpes, no quería que perdieras tu sueño por un tecnicismo.

Su corazón dolió.

—De todas formas, lo he perdido, así que da igual.

Justin alzó un dedo.

—Esta noche estuve pensando tus opciones para no marcharte y se me ocurrió una que podía solucionar tus problemas de forma rápida.

Alicia no creía nada de lo que decía, no obstante, la curiosidad fue mayor a la ira y decidió escuchar.

De pronto, y para su horror, Justin se arrodilló ante ella con una enorme sonrisa en los labios. Buscó en el bolsillo del pantalón una pequeña caja de terciopelo mientras el corazón de Alicia se aceleraba. Al final, lo abrió y le enseñó un hermoso anillo de oro con una pequeña piedra encima.

—No es el que quería para ti, pero es el que he podido conseguir en tan poco tiempo.

Ahora sí que deseaba saltar al vacío para escapar de esa encerrona.

—Sé que no actué bien, no obstante, si de algo estoy seguro es de que lo hice por una buena razón. Te quiero, Alicia. Y no estaba dispuesto a permitir que acabaran con tus sueños y te trataran como una criminal. Solo deseaba lo mejor para ti.

Alicia estaba al borde de las lágrimas.

—Ahora estás en la situación que no quería y tengo la solución al alcance de un dedo —dijo irónicamente.

El corazón de Alicia dejó de bombear allí mismo.

—Te prometo que organizaremos algo mejor con tiempo. Y, mamá, si estás viendo esto espera a que baje y te lo explico.

Aquello era una broma, seguramente era el día de los santos inocentes y lo había olvidado. Miró al sacerdote con terror y, el pobre hombre, solo supo encogerse de hombros.

—Alicia Arias, ¿me harías el honor de casarte conmigo y hacerme el hombre más feliz del mundo?

La locura que tenía alrededor amenazaba con envolverla como si de una camisa de fuerza se trataba.

«Si te casas con él obtendrás el permiso de residencia», dijo Cristina por el pinganillo.

Ya había comprendido el plan, pero no quería obligarle a hacerlo solo porque no pudiera quedarse en el país. Aquel debía ser un acto de amor y no uno de desesperación.

—No creo...

Justin la cortó.

—Esto no es solo por ti, Alicia. Es un acto egoísta para mí también. Si te casas conmigo te quedas a mi lado. Puedo aceptar que no quieras ser mi esposa y haremos vidas separadas, pero, al menos sabré que eres feliz en el país que te está costando domar.

Tomó aire mientras ella se agarraba a la cesta del globo.

—En todas estas citas creo que he salido ganando porque siempre las

comparaba contigo. Quería ese moño despeinado que siempre te haces y tus camisetas con los logos de los superhéroes. Adoro tus gafas de señorita interesante y tu mala suerte, pero sobre todo tu sentido del humor y optimismo. Estos meses han sido geniales porque has estado en mi vida, por nuestros cafés y mensajes hasta altas horas de la madrugada.

Tragó saliva aun a riesgo de ahogarse.

—Has cambiado mi vida para mejor y no puedo imaginarte de otra forma que no sea conmigo. Quiero ser parte de tu desastre, tu peor cita y también la mejor. Que cuando seamos viejos podamos contar a nuestros hijos cómo llegaste a este país y formé parte de la historia casi desde el principio.

Alicia comenzó a llorar con el corazón en un puño. Dolía tanto que se lo sujetó pensando que explotaría en su pecho.

—Deseo compartir mi vida contigo. Que hagamos ese porche nuestro para tomar cafés todos los años de mi existencia. ¿Qué me dices?

«Di que no, petarda, y subo al globo para casarme yo con él», amenazó Cristina en su oído.

Alicia rio antes de tomar una decisión.

Si algo tenía claro era que siempre le había atraído Justin. No había podido evitar caer con él porque tenían una conexión especial. Seguía enfadada por no haber ido a explicarle la situación para que pudieran encontrar una solución juntos, pero era algo que podían limar con el tiempo.

Si echaba la vista atrás, de los últimos meses solo quedaba el recuerdo de Justin y no podía engañar a su corazón.

—Sí, quiero.

Él suspiró aliviado y el público que tenían debajo gritó de alegría cuando escuchó esas palabras.

Justin le puso el anillo en el dedo indicado. Se levantó y la abrazó.

—Te juro que tendrás tu boda de ensueño, sin embargo, ahora toca una algo más rápida.

Se dieron la mano. No importaba como fuera el día de su casamiento porque lo importante era que estaban juntos. Se miraron unos segundos antes de que el oficiante comenzara la ceremonia.

Duró apenas diez minutos, habló de la importancia del perdón en la pareja

y de la felicidad.

Al final, llegó a su parte favorita.

—¿Quieres a Justin como tu esposo?

Ella sonrió. Todo era tan ilógico que tenía sentido, su boda tenía que ser así y de otra forma no hubiera sido igual de especial.

—Sí, quiero.

Justin comenzó a temblar.

—Y tú, Justin Turner. ¿Quieres a Alicia como tu mujer?

Se aclaró la voz como pudo para pronunciar con auténtica devoción.

—Sí, quiero.

—Yo os declaro marido y mujer. —Se dirigió a él—. Puedes besar a la novia.

Justin no dudó, la tomó de la cintura con una sonrisa dibujada en su rostro y una promesa de una boda mejor en los labios.

—Te quiero, mi pequeño gran desastre.

Y la besó de una forma tan profunda que llegó al alma. Alicia se aferró a él con tanta fuerza que casi le cortó la respiración.

«Joder, tía. ¡Qué bonito!», lloró Cristina en su oído.

«Y yo tengo el gusto de decir que, tras una reunión de urgencia, con mi pequeño porcentaje sumado al del resto del equipo directivo hemos decidido prescindir de los servicios de mi hermana Sarah Reed. Tardará un par de meses en ser efectivo, no obstante, después de ese tiempo nos gustaría contar con tus servicios, señora de Turner», dijo Maddox.

La risa de Cristina pudo escucharse hasta sin pinganillo.

«Toma ya. Eso sí es un corte en toda regla. Las dos semanas que me quedan de vacaciones vamos a pasarlo muy bien tú y yo».

Alicia apagó el pinganillo y pidió que bajaran el globo. Necesitaba estar en tierra firme para cerciorarse de que el mundo no estaba loco.

Cuando la cesta tocó el suelo, Alicia no recordó que debía esperar a que les facilitaran la escalera de cuerda. Se tiró al suelo cayendo sobre unos cañones de pétalos de rosa que habían comprado para la ocasión. Todos explotaron, sin hacerle daño, envolviéndola en una burbuja.

Justin corrió a socorrerla cuando comprobó que estaba completamente cubierta de rosas.

—Pareces la personificación de la primavera —comentó entre risas.

La ayudó a levantarse y quitaron todos los pétalos que pudieron.

—Eres mi desastre. Al conocerte algo me dijo que saliera corriendo en dirección contraria. Suerte que no hice caso de mi instinto y me quedé. Si hubiéramos tenido una cita nada de esto hubiera sucedido.

Alicia estaba completamente de acuerdo.

—No debiste hacerme caso —puntualizó ella.

Justin la abrazó.

—Ahora eso da igual. Tengo a mi catástrofe personalizada para siempre.

El corazón iba a explotarle de tanta alegría. Pensó en lo que les diría a sus padres cuando llamase para decirles que se había casado, pero ya tendría tiempo para idear un plan.

—Y tú el mejor mecánico que pude encontrar ese primer día en Manhattan.

Ambos se miraron y dieron gracias al destino.

—Te quiero, Justin. Gracias por querer sacrificarte por mí.

—Gracias a ti por entrar en mi vida.

Y sellaron su amor con un beso eterno.

FIN

Tu opinión marca la diferencia

Espero que hayas disfrutado de la lectura y la novela.

¿Te ha gustado la novela? Por favor deja un comentario o reseña donde la hayas adquirido. Para mí es muy importante, ayuda a mejorar y hace más fácil este trabajo.

También muchos lectores podrán hacerse una idea de la novela que encontrarán gracias a vuestras palabras. Cinco minutos de tu tiempo que marcarán la diferencia.

Y si deseas hablar conmigo estaré encantada de atenderte en mis redes sociales.

Gracias.

Búscame por redes sociales si deseas hablar conmigo y darme tu impresión.

Búscame

Facebook: <https://www.facebook.com/Tania.Lighling>

Fan Page: <https://www.facebook.com/LighlingTucker/>

Canal Youtube <https://www.youtube.com/channel/UC2B18Qv19-Lp5rezM2tduDA>

Twitter: @TaniaLighling

Google +: <https://plus.google.com/+LighlingTucker>

Wattpad: <https://www.wattpad.com/user/Tania-LighlingTucker>

Blog: <http://lighlingtucker.blogspot.com.es>

OTROS TÍTULOS

Títulos anteriores de la saga:

- No te enamores del Devorador.
- No te apiades del Devorador.
- No huyas del Alpha.

Más títulos como **Lighling Tucker**:

- Navidad y lo que surja.
- Se busca duende a tiempo parcial.
- Todo ocurrió por culpa de Halloween.
- Cierra los ojos y pide un deseo.
- Alentadora Traición.

Como **Tania Castaño**:

- Redención.
- Renacer.
- Recordar.

Otros libros:

"No te enamores del Devorador"

Leah es solo un juguete. Como prostituta en el club "Diosas Salvajes" no tiene derecho a sentir, únicamente obedecer. Pero todo cambia cuando su jefe decide que esa noche es distinta. No atenderá a sus clientes habituales sino a alguien aterrador: Dominick Garlick Sin, un Devorador de pecados. Y, a pesar del miedo inicial al verle en el reservado, no puede evitar sentirse atraída. Él es diferente, es la personificación del miedo y, a su vez, la de la provocación.

Dominick decide ir una noche más al club "Diosas Salvajes" con uno de los novatos que entrena. Las reglas son claras: nada de sexo. Debe mantener una conversación con una de las chicas y alimentarse de sus pecados.

El destino le tiene preparado un cambio radical a su vida.

Mientras espera que la sesión del novato llegue a su fin, una asustada humana de ojos azules entra en el reservado. Es una más de las chicas y, a su vez, distinta a todas. ¿Qué tiene de especial? Hasta sus propios poderes deciden manifestarse para sentirla cerca.

Además, la vida se complica cuando un malentendido provoca que la vida de Leah corra peligro. Esa misma noche, con una sola mirada, el destino de ambos se selló para siempre.

Son como nosotros, respiran y hablan como los humanos, pero son Devoradores de pecados. Perversos, peligrosos y con ansias de saciarse del lado oscuro de las personas. Miénteles y satisface su hambre.

"No te apiades del Devorador"

Pixie Kendall Rey no esperaba que al llegar al hospital con su amiga Grace, que acababa de romper aguas, no la atendieran. Eso la obligó a recurrir al único lugar al que su madre siempre le había prohibido acudir: la base militar.

La sorpresa fue aun mayor cuando allí también se negaron a hacerlo. No

podía rendirse y no tenían tiempo, así que decidió derribar la puerta de la base con su coche para así llamar la atención.

¡Y vaya si lo hizo! Provocando incluso que la inmovilizasen contra el capó.

El doctor Dane Frost no estaba teniendo el mejor de sus días y ver la puerta de la base saltar por los aires no lo mejoró. Corrió hacia allí para bloquear el ataque y se dio cuenta de que se trataba de una mujer que necesitaba ayuda urgente.

Al tocarla e inmovilizarla todo cambió.

¿Quién era esa mujer? ¿Qué la había llevado a cometer esa locura?

Ninguno de los dos estaba preparado para conocerse, pero el destino no da segundas oportunidades. Así pues, ambos pusieron la vida del otro del revés.

Son como nosotros; respiran y hablan como los humanos, pero son Devoradores de pecados. Perversos, peligrosos y con ansias de saciarse del lado oscuro de las personas. Miénteles y satisface su hambre.

“No huyas del Alpha”

Olivia siente que ha cambiado un cautiverio por otro. Ya no está siendo golpeada, pero no puede salir de esas cuatro paredes que dicen ser su protección. El recuerdo de la muerte del amor de su vida la está desgastando.

Además, el cambio a loba está siendo difícil y más tratando directamente con su protector. Él tiene un carácter muy especial, se cree divertido cuando lo que ella siente es que es un bufón de la corte. Pero, ¿a quién puede engañar?

Sin proponérselo, él se acaba convirtiendo en alguien indispensable en su vida y eso cambia las reglas del juego. Olivia siempre ha dicho que, una vez finalizase el celo, se marcharía con su hermana y viviría una nueva vida.

¿Es eso posible con la presencia de Lachlan en su vida?

Lachlan no supo lo que hacía cuando acogió a Olivia en su casa. La ha protegido durante meses y ha establecido un vínculo tan fuerte que le duele pensar el día en el que la vea marcharse.

Ha descubierto en ella miles de facetas que no creía que existieran. Olivia tiene picardía, fuerza y siente que debe ayudarla; que no debe dejarla caer en el pozo oscuro de la pena.

No obstante, se ha marcado una meta: no tocarla mientras dure el celo.

¿Podrá resistirse? ¿Luchar contra sí mismo? ¿Entre honor y placer?

Amor, pasión y acción en un libro plagado de seres que te robarán el aliento. Sin olvidarnos de la presencia de los Devoradores.

¿Te atreves a entrar en su mundo?

“NO DESTRUYAS AL DEVORADOR”

Chase no esperaba que, al reencontrarse con Aimee cinco años después, no reconociera a la mujer que tenía ante él.

Aimee está destruida, esa es la mejor definición de la mujer que es ahora. Consumida por los excesos a los que recurre para olvidar, la línea entre la vida y la muerte comienza a desdibujarse.

¿Se puede recomponer un corazón roto?

Él nunca dejó de buscarla, habría descendido al mismísimo Infierno para traerla de vuelta. Y eso Aimee lo sabe. Chase está dispuesto a romper todas las barreras que ella esté dispuesta a poner entre ambos.

¿Por qué huir?

Después de toda una vida prohibiéndose amar él comienza a tambalear todos sus cimientos. No puede permitirse sentir, siente miedo de todo lo que Chase le provoca.

¿Se puede enseñar a amar a un corazón que no lo ha hecho nunca?

Chase y Aimee vuelven a unirse para una aventura más, la más personal y difícil. No importa lo mucho que puedan luchar por alejarse, los caminos siempre los llevarán al mismo destino: reencontrarse.

Son como nosotros, respiran y hablan como los humanos, pero son Devoradores de pecados. Perversos, peligrosos y con ansias de saciarse del lado oscuro de las personas. Miénteles y satisface su hambre.

Otros títulos:

"Navidad y lo que surja"

¿Qué ocurre cuando una bruja decide llevar a su hermana “no bruja” a un hostel repleto de seres mágicos? Que casi acabe siendo atropellada por un Cambiante Tigre, que la quieran devorar los Coyotes y que no deje de querer asesinar a la embustera de su hermana, bruja sí. Así es Iby, una humana nacida en una familia de brujos que odia la Navidad y es llevada, a traición, a pasar las Navidades a un hostel bastante especial. Allí conocerá a Evan, un Cambiante Tigre capaz de hacer vibrar hasta a la más dura de las mujeres. ¿Acabará bien? ¿O iremos a un entierro? Quédate y descubre que estas Navidades pueden ser diferentes.

"Se busca duende a tiempo parcial":

Para Kya las últimas navidades fueron un desastre, por poco muere a manos de su amante Tom en el Hostel Dreamers. Pues este año no parece mejor, su exmarido ha hecho público su divorcio a los medios y las cámaras la siguen a donde quiera que vaya. ¡Ojalá la Navidad nunca hubiera existido! Y lo que parecía un deseo simple se convirtió en el peor de sus pesadillas, su hermana Iby nació en Navidad y ya no existía. En el hostel Dreamers nadie la recuerda y Evan está con otras mujeres. Suerte que el único que cree en ella es Matt, un ardiente y peligroso Cambiante Tigre, que la hace vibrar y sentir cosas que jamás antes ha experimentado. ¿Cómo recuperar la fe en la Navidad? ¿Cómo volver a tener a Iby a su lado? Acompaña a esta bruja en un viaje único en unas Navidades distintas.

"Todo ocurrió por culpa de Halloween":

Se acerca Halloween al Hostel Dreamers y los alojados allí poco saben lo que el destino les tiene preparado. Todo comienza cuando en una patrulla algo consigue noquear a Evan. Para mejorar la situación Iby Andrews vuelve a ser bruja y esta vez no es en el Limbo sino en el mundo real. A todo eso se les suma un nuevo e inquietante huésped en el Hostel: Dominick el Devorador de pecados. Kya e Iby comienzan a investigar los extraños sucesos que ocurren y se topan con alguien que no deben. ¿Qué puede ser más terrorífico que vivir en el Hostel Dreamers?

"Cierra los ojos y pide un deseo":

Aurion Andrews es el mayor brujo de su familia, está cansado de su vida monótona y aburrida hasta que recibe la llamada de su hermana mayor Kya. Ella le hace una petición muy especial: hacer un hechizo para que su mejor amiga pase unas Navidades muy calientes y fogosas. Pero no es capaz de hacerlo y un plan se pone en marcha en su mente. Mía Ravel lleva demasiado tiempo sin sexo, su amiga Kya está recién casada y odia escuchar sus aventuras nocturnas con su estrenado marido. Y, de pronto, abre la puerta y aparece un hombre desnudo con un gran lazo... ahí. Él le dice que viene a poseerla y a desearle felices fiestas. La locura es demasiado para soportarlo. ¿Quién es ese hombre? Nunca tomarse las uvas habían resultado tan calientes y divertidas.



La ayudante de Cupido:

¡Ey! ¡Hola! Mi nombre es Paige y soy una de las ayudantes de Cupido. ¿Sabéis qué me ocurre? Pues que me han obligado a tomarme unas vacaciones, cosa que yo no quiero y encima tengo que bajar a la Tierra.

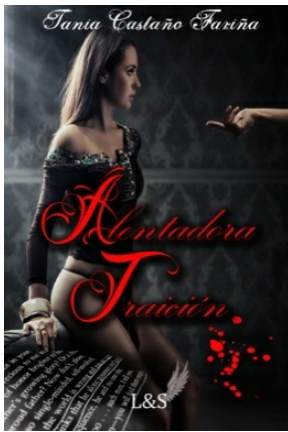
¿Qué hace un ángel como yo allí abajo? Pues creo que será más divertido de lo que esperaba.

Conozco a April una humana con muchísimas ganas de pasarlo bien y mostrarme que puedo divertirme además de trabajar. Pero la guinda del pastel es Iam, un abogado criminalista que no dejo de encontrármelo a cada paso que

doy.

Tal vez mi jefe tenga razón y deba divertirme un poco.

¿Me acompañas?



Alentadora Traición:

Melanie Heaton no está pasando su mejor momento en su matrimonio, las muchas infidelidades por parte de su marido están comenzando a desgastar el amor que, un día, sintió por Jonathan. Sin embargo, cree que puede perdonarlo, que todo volverá a ser lo de antes.

Gabriel Hudson es un pecado mortal que todas las mujeres desean en su cama. Atractivo y sensual, es un hombre que llama la atención por donde pasa. Aunque, no parece estar preparado para lo que siente al ver por primera vez a Melanie. Se siente atraído por ella de un modo visceral, sin embargo, al saber que está casada decide poner distancia entre ellos, con la esperanza de que la atracción morirá. Así que, para cuando vuelve tres meses después no está preparado, no sólo nada ha cambiado, sino que necesita a esa mujer. Melanie lo atrae hasta un punto inhumano, todo su cuerpo la reclama como suya y lo peor es que ve que el sentimiento es mutuo. Sabe que siente lo mismo, que se deshace entre sus manos al mínimo toque.

Ninguno de los dos puede luchar contra una atracción igual y eso es peligroso, porque Melanie no se imagina lo que es Gabriel en realidad. Lo que

esconde bajo una máscara de normalidad; sabe que no puede exponerla, que no debe hacerla suya... pero sus instintos se lo niegan. Necesita que Melanie sea completamente suya, en cuerpo y alma.

¿Puede haber una atracción tan difícil de soportar?

Títulos como TANIA CASTAÑO:



Redención:

Ainhara sabe que su secreto no puede ser comprendido por nadie. En su sangre hay lo que podría hacer tambalear el mundo tal cual se conoce. Su vida ahora es un completo caos, despojada de todo lo que ama, es atrapada en una espiral de dolor y traición a la que no puede hacer frente, sin saber que Gideon amenaza con hacer vibrar cada una de sus células.

El hombre más poderoso de todos fija sus ojos dorados en ella y sin poder evitarlo, Gideon se convierte en el único aliento que necesita para seguir soportando el dolor de la vida, sin saber que miles de peligros comienzan a rodearla hasta cortarle la respiración.

Déjate seducir por la pasión, la intriga y el misterio del mundo de las sombras. Ellos te guiarán hasta adentrarte en la oscuridad donde te harán arder en pasión y palpar de terror.

Ahora comprenderás el porqué de la atracción fatal entre humana y vampiro.

Renacer:

Seis meses después de todo el caos, Ainhara está atrapada por sus propios recuerdos. La muerte de Dash y todos los actos acontecidos después le han golpeado con dureza, llenándola de oscuridad. Siente que se está perdiendo en sí misma; pero sabe que pronto él vendrá a por ella.

Todavía puede escuchar sus palabras firmes y seguras, Gideon no piensa dejarla escapar. Él, el único capaz de hacer tambalear su propio mundo.

Cuanto más fuerte es la luz más oscura es la sombra. El mundo ya no es el que conoce, todo ha cambiado, sabe que no puede huir pero luchará fervientemente por su libertad y lo más importante: escapar de la sombra que la persigue.

Recordar:

Ainhara ha despertado en la habitación de un hospital. Sola, plagada de heridas y con algo inquietante: sin recordar nada. Toda ella se ha desvanecido ante sus ojos y ni siquiera sabe su propio nombre.

¿Quién es? ¿Qué ha ocurrido?

Gideon a su vez, se ha adentrado en un agujero oscuro de dolor y rabia. Se ha convertido en alguien peligroso al que todos sus amigos prefieren no enfrentar.

Lo ha perdido todo y la eternidad es demasiado larga para vivirla sin Ainhara.

¿Hay esperanza?

Adéntrate en la última entrega de la trilogía Negro Atardecer. Donde los vampiros no son como conoces. Vigila con no tropezarte con ninguno, son adictivos.



[1] Walmart: cadena de supermercados.

[2] Soplaré, soplaré y la casa derribaré: en alusión al cuento de los tres cerditos.

[3] Mery tiene un corderito: canción infantil.